
EGOITZ MARTÍNEZ
LA
FURIA
QUE HABITA
EN MÍ
DEL AUTOR DE LA CAZA DEL JUDÍO, N.1 EN AMAZON
EN TODAS SUS CATEGORÍAS DE THRILLER

EGOITZ MARTÍNEZ

LA FURIA QUE HABITA EN MÍ

Sello: Independently published

Título: LA FURIA QUE HABITA EN MÍ
Egoitz Martínez © 2026

Portada: Sara Hernández
Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mis lectoras y lectores.
Especialmente a quienes tenéis
demasiadas cicatrices en vuestro pasado.

NOTA DEL AUTOR

Cientos de lectores y lectoras, seguidores de la serie Ariel Shemesh, me han enviado mensajes por correo o redes sociales con una frase como denominador común: «Quiero saber más de Ariel, necesito conocer más de su pasado».

En parte, lo entiendo. Cuando conectas con un personaje con la personalidad de Ariel, es normal querer entrar en las profundidades de su turbio pasado. ¿Cómo ha sido su vida para que sea quien es a día de hoy? ¿Qué le ha hecho ser lo que es?

Esta es la novela que más me ha costado escribir. Ha sido un proceso un tanto extraño para mí, como sentarme enfrente de Ariel y dejar que él me cuente algunos de los momentos que más han marcado su vida. Yo simplemente he escrito para ti lo que ha salido de su boca.

Por eso esta novela es diferente al resto de la serie Ariel Shemesh. Es la novela con más carga emocional, la que muestra al Ariel más humano. La que revela sus momentos felices, pero también sus lágrimas y sus cicatrices.

Aquí vas a encontrar una novela narrada por Ariel en las diferentes etapas de su vida: el inocente niño de seis años, el adolescente rebelde de catorce, el joven de veintidós enamorado de su prometida… y todo lo que ocurrió después.

He reído escribiendo algunas escenas, pero también hay otras en las que he llorado. Ha sido una montaña rusa de emociones desde el inicio hasta el final.

Bueno, te dejo con Ariel. Escúchale y, como me dijo él: «Que no me juzguen sin antes tratar de entenderme».

Nací y crecí en Israel, la tierra de mi padre. Dicen que fui un niño especial, pero no te creas todo lo que dicen. Ni fui el niño más aplicado, ni el que mejores calificaciones obtenía. Ni siquiera el que mejor se portaba. Pero sí te diré una cosa. Hubo algo que forjó la clase de persona que soy a día de hoy: sentí, cada día, el amor incondicional de mis padres.

PARTE I

Ariel Shemesh (6 años)

«HE HECHO ALGO MUY MALO»

CAPÍTULO 1

Tel Aviv, Israel. Año 1996.

He hecho algo malo. Algo muy malo. Mamá se sentirá triste, y papá se enfadará. Él nunca me pega ni me grita, pero sé que me mirará con esa cara seria de cuando hago algo que no le gusta. Me quedaré sin dibujos en la tele y sin helados. Sin mi helado de pistacho de los sábados.

Los otros niños ya se han ido. Todos. Los han acompañado fuera y sus padres los habrán recogido. Seguramente ya estarán en sus casas. Pero a mí me han dejado sentado en una silla, en el pasillo. Me han dicho que no me mueva de aquí, que papá y mamá llegarán en un rato.

Giro mi cabeza cuando veo que la puerta se abre. Veo otra vez al hombre de la bata blanca. Ya he visto a tres, pero ese, el de gafas, parece el jefe. Es el que da las órdenes, y los otros dos, más jóvenes, asienten y se van, para volver después con carpetas o papeles sueltos. Muchos niños tienen miedo a los hombres de bata blanca. Lloran cuando sus padres los llevan a las revisiones de los médicos. Pero estos hombres no son médicos, no ponen inyecciones, no mandan tomar jarabes que saben fatal. Llevan bata blanca, pero son como profesores, como hombres de un laboratorio. Nos han mandado hacer ejercicios y fichas como hacemos en el cole. Y también otras cosas diferentes. Nos han dicho que eran juegos, sin embargo, yo no me lo creo. Eran pruebas. Para ver si lo hacíamos bien, para ver que no somos niños tontos.

Miro al jefe de la bata blanca. Está esperando en la puerta a los otros hombres, a sus ayudantes. Seguramente le volverán a traer más papeles. Veo cómo gira su cabeza y me observa. Yo vuelvo a

mirar rápidamente a la pared de enfrente, intentando disimular. Pero creo que se ha dado cuenta de que lo observo. Trago saliva. Sigo con mis ojos puestos en la pared, como que no ha pasado nada. Escucho el taconeo de sus zapatos en las baldosas del pasillo. Se está acercando. Llega a mi lado y se inclina hacia mí.

—¿Todo bien, Ariel?

Lo observo de reojo y asiento levemente, sin decir nada.

—Vale. Tus padres están a punto de llegar. Yo ahora voy a entrar a mi despacho. Tienes que estar tranquilo, ¿vale? Ya pasó todo.

Me sonríe y me revuelve el pelo con la mano. Lo veo alejarse, entrar en su despacho y cerrar la puerta. Sé que se lo contará todo a papá y a mamá. Lo que he hecho. Tengo un nudo en la garganta. He hecho algo muy malo.

CAPÍTULO 2

Alicia se giró hacia su marido, que había aparcado junto a la acera, sin apagar el motor.

—¿Un peluche? ¿Eso es lo que te ha dicho?

—Un gato —respondió Jacob, sosteniéndole la mirada—. Ha dicho que compremos uno por el camino.

—¿A santo de qué? ¿Es un premio para Ariel? —Alicia frunció el ceño—. ¿Desde cuándo los psicólogos de la agencia dan regalos tras un test? Es muy raro, Jacob.

—No lo sé, mujer. Eso me ha dicho. Entra ahí. —Señaló la tienda de juguetes—. Busca un gato de peluche. Habrá una razón, saben lo que hacen.

Jacob vio cómo su mujer resoplaba y salía del coche en dirección a la tienda. Se quedó mirando el denso tráfico. La ciudad bullía: cláxones, frenazos y peatones sorteando coches con semáforos en rojo para ganar unos segundos al atasco. Tel Aviv era una urbe de tradiciones antiguas y fachada moderna; Jacob la había visto cambiar durante décadas, asimilando ese veneno occidental que ya había transformado Medio Oriente. Él había viajado mucho por todo el mundo, demasiado quizás, y sabía en qué se acabaría convirtiendo su ciudad. Apartó ese pensamiento de su cabeza cuando miró por el espejo retrovisor interior. Una furgoneta azul había aparcado detrás de su coche, con las luces de emergencia. Miró al otro lado de la carretera, a los vehículos estacionados. Nada que le pareciese fuera de lugar. Después escudriñó las aceras. Primero la del lado donde había aparcado y más tarde la de enfrente. Se quedó observando a las personas. A las que iban y venían y a las que estaban paradas, de pie o sentadas en algunas cafeterías. Todo parecía normal. De la furgoneta azul vio salir a un

chico joven, con un uniforme de empresa y una gorra. Cargaba una caja grande de cartón. Observó por el espejo retrovisor derecho y lo vio hablando con el camarero de una cafetería. Este le hizo un gesto para que lo acompañara dentro. Jacob suspiró. Todo en orden. Justo en ese momento vio cómo su mujer salía de la tienda de juguetes. Alicia llevaba una bolsa de papel en la mano.

—¿Había gatos de peluche? —le preguntó cuando ella entró al coche.

—Había gatos de peluche, sí. Arranca —respondió con gesto serio.

Jacob disimuló la sonrisa. Sabía que a ella no le había hecho gracia todo el asunto de los tests psicológicos para niños cuyos padres trabajaban en la agencia. Esperó unos minutos conduciendo con prudencia entre la atestada calle antes de hablar.

—Estate tranquila, mujer. Todo tiene su porqué. Saben lo que hacen. —Desvió su mirada un par de segundos hacia ella. Alicia seguía con el semblante serio, mirando al frente—. Sabes que los niños con mejores resultados en los tests podrán recibir una educación especial para potenciar sus habilidades. Eso le puede venir bien a Ariel.

Ella se giró para mirarlo.

—Yo no creo que la agencia utilice los mismos tests psicológicos para niños que el resto de colegios del sistema educativo de Israel. —Negó con la cabeza—. Qué va, a mí no me vengas con cuentos, Jacob. Yo sé cómo funciona todo esto. No tengo que recordarte dónde trabajaba yo en España.

Jacob suspiró sin quitar la mirada de la carretera.

—Esos psicólogos no son pediatras, Jacob. Buscan otras cosas en los niños. Habilidades diferentes. Niños precoces en lo que le interesa a la agencia. Para hacerles un seguimiento pensando a futuro.

—Yo no estoy al tanto de los tests que usan para valorar capacidades cognitivas o lo que diablos analicen. Eso nos lo explicarán ahora. —Hizo una pausa—. Si dan con algo en lo que destaca mi hijo, a mí también me interesa saberlo. Ni a Ariel ni a ningún otro niño les hará daño rellenar unas fichas, señalar piezas o

garabatear dibujos. Supongo que analizan fortalezas y debilidades. Y saber eso desde ahora les puede venir bien.

Alicia soltó una carcajada cargada de ironía y sarcasmo.

—¿Que eso les puede venir bien? Yo te diré lo que le viene bien a mi hijo. Pasar más tiempo con nosotros, sentir el calor humano de una familia. Absorber nuestros valores y recibir mucho amor.

—¿Y no es algo que ya estamos haciendo? Vamos, Alicia, te noto reacia a todo lo que tenga que ver con la agencia. Incluso si es algo que puede ser positivo para el niño.

Ella no dijo nada. Suspiró y permaneció callada. Jacob agradeció el cese de la discusión y condujo en silencio el resto del trayecto hasta el complejo donde estaban ubicadas las oficinas de la agencia en las afueras de Tel Aviv.

CAPÍTULO 3

Vuelvo a escuchar taconeo de zapatos. Viene alguien por el pasillo. Mucho taconeo, y también voces. Varias personas hablando. Desde donde estoy sentado no puedo ver quién se acerca. El primero en aparecer es el jefe de la bata blanca. Me señala.

—Ahí lo tenéis —dice—. Se ha portado muy bien. Ha estado todo el rato ahí sentado, obediente, sin moverse.

Papá y mamá aparecen sonriendo. No lo saben; el hombre de la bata blanca aún no les ha contado lo que he hecho. Siento un pinchazo en la barriga. Estarán decepcionados y yo no quiero que se pongan tristes por mi culpa. Mamá se acerca y yo me quedo quieto, con las lágrimas quemándome los ojos.

—Ari, ¿cómo estás?

Se inclina y me abraza. Yo también la abrazo con fuerza mientras miro hacia papá. Está de pie, con el hombre de la bata blanca, junto a la puerta del despacho. Lleva una bolsa de papel. Veo que están hablando. El hombre de la bata blanca le hace un gesto hacia el interior del despacho. Se lo va a contar ahí dentro. Rompo a llorar.

—Lo siento, mamá, lo siento.

—Pero ¿qué dices, Ari? ¿Qué ha pasado?

Sigo llorando, no soy capaz de hablar. Abrazo a mamá con fuerza. No quiero separarme de ella. Miro a papá. Él me observa con el ceño fruncido, con cara de sorprendido. Claro, aún no sabe lo que he hecho. El hombre de la bata blanca le dice algo desde el interior del despacho.

—Alicia, ¿quieres pasar conmigo? Será un momento, Ariel puede esperar cinco minutos más.

—¿No ves cómo está, Jacob? —le responde ella—. Está asustado. A saber qué pruebas han…

—¿No entras? —insiste él.

—¡Me quedo con mi hijo! Que te lo explique rápido, quiero irme a casa ya.

Papá se encoge de hombros y entra al despacho. Mamá se separa un poco y me agarra de los hombros. Me quita las lágrimas con sus dedos, sonríe y me mira a los ojos.

—Ari, tranquilo, cariño. Ya estamos aquí, no pasa nada. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué te has puesto así?

La miro a los ojos, pero los cierro para seguir llorando. Tengo un nudo en el estómago. La vuelvo a abrazar y solo soy capaz de decir entre llantos:

—Lo siento, mamá. Lo siento. He hecho algo muy malo.

CAPÍTULO 4

Jacob entró al despacho del doctor Fridman y tomó asiento. Dejó la bolsa de papel con el gato de peluche en el suelo, junto a la silla. Conocía al doctor desde hacía años. De hecho, en la agencia, él mismo había pasado por varios tests diseñados por el prestigioso psicólogo Abraham Fridman.

—¿Qué me cuenta, doctor?

El doctor Fridman lo miró, asintió sonriendo y cogió unos papeles del lado derecho de la amplia mesa.

—Vamos a ver, sí, aquí. —Se colocó las gafas sobre el puente de la nariz con el dedo índice—. Ariel Shemesh.

Jacob vio cómo el doctor separaba las hojas en dos montones. Tocó con un dedo el montón de la izquierda, mirándole.

—Estos son los tests psicológicos, digamos, normales. —Carraspeó—. Los que utiliza el sistema educativo israelí, los que se realizan en todos los colegios del país, cada año, siguiendo las directrices del Ministerio de Educación.

El doctor calló unos instantes y levantó la vista hacia Jacob.

—¿Y bien? —dijo Jacob señalando con su mirada el montón de papeles.

—Sí, claro. Te explico. Estos tests son para una evaluación cognitiva, para ver si el niño evoluciona intelectual y psicológicamente acorde a su edad. —Sacó una hoja con unas gráficas donde habían marcado varias cruces con bolígrafo—. Tenemos unas tablas con valores de referencia y trasladamos los resultados de los tests realizados a los niños a unas gráficas, para comparar.

Jacob asentía mientras miraba las gráficas que estaba señalando el doctor.

—Los tests utilizados —continuó el doctor Fridman— incluyen varias fichas de cuentas matemáticas, de caligrafía, de lógica espacial, de memorización, de predicción de secuencias… claro, todo acorde a la edad de los niños. —Hizo una pausa y añadió—. Se utilizan líneas punteadas para hacer diferentes trazos, piezas de colores, fichas para memorizar animales…

—Lo que para ellos es casi como un juego —intervino Jacob—. Ejercicios que hacen habitualmente en el colegio.

—Exacto. De esa manera se puede ver qué niños van más avanzados en el aprendizaje y a cuáles les cuesta más. Incluso niños que puedan tener un retraso.

Jacob pensó en Ariel. Lo había visto llorando antes de entrar al despacho y eso le había extrañado. Su Ariel no era para nada un niño propenso a derramar lágrimas. ¿Tendría algún problema para el aprendizaje y se lo habían dicho a él? ¿Algún tipo de retraso? No, desde luego que no. No se imaginaba al doctor Fridman explicándole a un niño de seis años los resultados en esas gráficas y comunicándole que tenía un retraso, que iba más rezagado en el aprendizaje que el resto de niños y niñas de su clase. Que necesitaría unas clases de apoyo especiales.

—Entiendo —dijo Jacob—. Y ahora supongo que me comunicarás los resultados de mi hijo.

El doctor Fridman se quedó observándolo unos instantes, sin decir nada, sonriendo.

—Bueno, en realidad no son los resultados de estos tests los que me interesan.

—Ah, ¿no? —Jacob alzó las cejas.

El doctor volvió a carraspear y cogió el montón de folios de la izquierda. Los tests «normales», como los había llamado él.

—En estos tests los resultados de Ariel son normales. Del montón, como se suele decir. Hay bastantes niños y niñas por delante de él. —Comenzó a buscar entre las hojas hasta que localizó una de ellas—. Tu hijo no destaca en ejercicios de cuentas matemáticas, problemas básicos de geometría, caligrafía y dibujo. Sí me he fijado que obtiene mejores resultados, aunque tampoco los mejores, en memoria visual y en predicción de patrones.

Jacob se quedó mirando los folios que el doctor Fridman tenía en su mano, sin entender muy bien de lo que hablaba. El doctor captó la confusión en el rostro de Jacob.

—Sí, bueno, te explico. Para la memoria visual utilizamos cartas de animales. Las cartas están boca abajo, los niños no ven los animales. Se les explica que deben emparejarlos. El pato con el pato, el perro con el perro, etcétera. Ellos van levantando dos cartas para conseguir formar las parejas. Cuando fallan, deben tratar de recordar la posición en la que estaban esos animales en el tablero para ir emparejándolos.

Jacob asintió. Le pareció algo así como un juego de mesa para jugar en familia. El doctor cambió de folio.

—Para la predicción de patrones se utilizan secuencias basadas en colores, formas y tamaños. Varios patrones se van repitiendo y el niño debe tratar de predecir la secuencia lógica que irá a continuación.

El doctor dejó el folio sobre la mesa, en el montón de la izquierda. Lo apartó a un lado y alargó su mano hacia la pila de papeles de la derecha. Volvió a mirar a Jacob.

—Estos test de los que te he hablado no nos interesan demasiado. —Chasqueó la lengua—. Quiero decir, nos dan una idea del desarrollo cognitivo básico de los niños, pero… no van más allá.

—¿Más allá? —preguntó Jacob.

El doctor Fridman señaló el montón de folios de la izquierda.

—Esto que te he explicado son los tests que hemos realizado esta mañana. Por la tarde hemos pasado a los diseñados por la agencia.

—Los tests de la agencia —repitió Jacob.

Se pasó la mano por el cabello y suspiró. Sabía que ahora seguramente llegaba la parte que Alicia nunca aprobaría. Los tests especiales, los diferentes a los que preparaba el Ministerio de Educación. Los que evaluaban… otras cosas. Jacob vio cómo el doctor Fridman cogía un folio del montón de la derecha. Lo agitó en el aire.

—Primer test interesante —continuó el doctor. Se quitó las gafas y se recostó en el respaldo de la silla—. Tu hijo es un niño muy observador, Jacob. Es capaz de ver cosas que no ven otros de su

edad. Ni de su edad, ni mayores. Y con mayores me refiero incluso a muchos adultos. —Hizo una pausa. Medida, calculada—. Jacob, tu hijo no solo es capaz de observar lo que está viendo. Es capaz de analizar y de discernir lo que ocurre en un segundo plano. Lo que aparentemente no está a la vista.

Jacob alzó las cejas. Posó su mirada en el folio que el doctor había dejado sobre la mesa. Tras un par de segundos alzó su vista.

—Disculpe, doctor. No estoy muy puesto en…

El doctor Fridman sonrió y alzó una mano.

—¿Has oído hablar de la ceguera por falta de atención?

Jacob negó con la cabeza.

—Es un término que utilizamos los que nos dedicamos a este tipo de evaluaciones. Las personas, cuando ponemos nuestra atención en una zona concreta, tendemos a no advertir objetos no esperados, aun cuando estos sean llamativos, potencialmente importantes y aparezcan justo allí donde estamos mirando.

—Lo que aparentemente no está a la vista. Ese segundo plano que ha comentado antes —indicó Jacob.

—Exacto. Centramos el cien por cien de nuestra atención en lo que nuestro cerebro considera relevante y dejamos de ver otras cosas.

—Otras cosas —repitió Jacob.

—Sí. Otras cosas que podrían ser potencialmente peligrosas, en función de la situación.

Jacob empezaba a entender el interés de la agencia en realizar ciertos tests, ya desde edades tan precoces.

—La prueba consiste en mostrarles un vídeo en el proyector —comenzó a explicar el doctor—. En el vídeo aparecen ocho niños jugando en el patio de un colegio. Cuatro de ellos llevan puesto un uniforme azul, mientras que los otros cuatro lo llevan rojo.

—Vale, dos equipos —intervino Jacob.

—Eso es. Cada equipo se irá pasando una pelota, de niño a niño. La reciben con las manos y la pasan a otro compañero de su mismo equipo, pero no en orden, no al más cercano, ni de izquierda a derecha o viceversa, sino de forma aleatoria. —Se calló unos

instantes. Sonrió—. Pero no es tan simple, a los estudiosos nos gusta complicar un poco más las cosas.

Jacob permaneció en silencio, invitándolo a continuar.

—Los dos equipos están mezclados en el patio. La pelota del equipo azul es roja y la del equipo rojo es azul. Ambos comienzan a pasarse la pelota a la vez. Les pedimos a los niños que traten de contar los pases que hace cada equipo durante los treinta segundos que dura el ejercicio.

Jacob asintió. Estaba claro que no era un ejercicio para niños de seis años. La agencia. Localizando talentos precoces. El doctor se levantó de la silla, interrumpiendo los pensamientos de Jacob.

—Pero mira, Jacob. Vamos a hacer una cosa, para que puedas entenderlo mejor.

El doctor Fridman se acercó a un monitor que había sobre una pequeña mesa en un lado del despacho. Comenzó a pulsar botones en la torre de la computadora. Jacob vio cómo insertaba un disquete.

—Levántate y ven, por favor —le indicó—. Me gustaría que lo comprobaras de primera mano.

Jacob frunció el ceño.

—¿Me va a evaluar con el mismo test que a mi hijo de seis años?

—¿Y no hay mejor forma de explicarle algo a alguien que invitándolo a vivir la experiencia?

Jacob se levantó y caminó hasta quedarse a dos metros de la pantalla.

—¿Preparado? —preguntó el doctor.

—Equipo azul. Equipo rojo. Contar los pases de ambos equipos. Treinta segundos —contestó Jacob.

—Perfecto. Vamos con ello —dijo, y pulsó el botón para iniciar el vídeo.

En la pantalla apareció el patio de un colegio. Se apreciaba parte de la fachada del edificio, la planta baja. La calidad del vídeo era aceptable. De repente entraron en escena los niños, con sus uniformes de colores. Y ambos equipos comenzaron a pasarse la pelota. Jacob empezó a contar los pases de cada equipo. Trató de no centrarse en una de las pelotas. Como diría Eliam, su viejo amigo e

instructor en la agencia, usaría la percepción por compartimentos. Dividir su atención, tratar de que su cerebro separase el grano de la paja. Siluetas de niños por una parte, una de las pelotas, la otra pelota, la fachada en un plano más posterior. Cuando llevaba contados nueve pases del equipo azul y siete del rojo, algo en un segundo plano captó parte de su atención. La necesaria para ver cómo una ventana se abría y aparecía la figura de un hombre con barba y un gorro negro. Apuntando a los niños con una pistola. Fueron solo tres o cuatro segundos. El cerebro de Jacob seguía contando los pases de cada equipo. La ventana se cerró y el hombre desapareció de la imagen. Después de unos cuantos pases más, el vídeo se paró.

—Tiempo —dijo el doctor. Miró a Jacob—. ¿Y bien? ¿Pases de cada equipo?

—Diecisiete el equipo azul, quince el rojo.

—Muy bien. Resultado correcto. —Sacó un pulgar hacia arriba—. De los treinta y dos niños, solo acertaron cuatro. Tu hijo no estaba entre ellos. Le faltó contabilizar un pase del equipo azul.

—Pero él lo ha visto —dijo Jacob mirando a los ojos al doctor—. Ariel ha visto al hombre con la pistola. Por eso estoy aquí hablando contigo. Por eso mi hijo es el único al que todavía no han mandado a casa.

El doctor Fridman se quedó observando a Jacob varios segundos.

—Solo el ocho por ciento de adultos ve al hombre de la pistola, Jacob. Enhorabuena. —El doctor regresó a su silla y se ajustó las gafas—. Sí, Ariel lo ha visto. Ha sido el único. Tu hijo no solo lo ha detectado, ha sido capaz de describir al hombre de la pistola. Ha identificado un peligro real, oculto en el segundo plano de nuestra atención.

CAPÍTULO 5

Mamá me ha tranquilizado. Ya no estoy llorando, pero estoy nervioso. El hombre de la bata blanca le estará contando todo a papá. Lo que he hecho. Miro otra vez más hacia la puerta del despacho y suspiro. Mamá se da cuenta.

—Ari, ya que no me quieres decir qué te pasa, ¿te parece si salimos fuera, al jardín? —me pregunta mientras se levanta de la silla—. ¿Damos un paseo hasta que salga papá? Seguro que tarda poco, pero estaremos mejor al aire libre, ¿no crees?

Pongo de nuevo los ojos en la puerta. Me giro hacia mamá y me encojo de hombros.

—Venga, vamos —me dice mientras me da la mano—. Un poquito de aire fresco no le viene mal a nadie.

Caminamos por el largo pasillo hacia la puerta de la entrada. Nos cruzamos con uno de los hombres jóvenes de bata blanca. Un ayudante del jefe, del hombre que le estará contando todo a papá. Lleva una carpeta azul en la mano. Mamá le saluda. Yo sigo mirando al frente. Bajamos los nueve escalones que hay antes de salir por la puerta principal. Cojo aire y lo suelto de golpe. Alejarme de la puerta del despacho me ha hecho sentir mejor. Mamá se ha dado cuenta, pero no me ha dicho nada. Ella siempre se da cuenta de todo, de lo que hago, de cómo me siento. Es muy lista. Parece que tiene rayos X para verme la cabeza por dentro. Me lleva de la mano hacia un jardín a la derecha del edificio.

—No tienes por qué contarme nada si no quieres, Ari, pero ya sabes que mamá está aquí para ayudarte. —Se pone en cuclillas para mirarme a los ojos y sonríe. Siempre hace eso cuando vamos a hablar de algo importante—. Antes dijiste que habías hecho algo muy malo.

Siento un nudo en la garganta. Quiero contárselo, quiero que me perdone, que no se ponga triste, pero no soy capaz de aguantar su mirada y agacho la cabeza.

—Vamos, Ari —me dice—. ¿Qué es eso tan malo que dices que has hecho? ¿Has pegado a otro niño? ¿Has dicho algo feo a alguno de esos… eh… profesores?

Niego con la cabeza. No puedo hablar. Siento las lágrimas en mis ojos. Otra vez. No quiero llorar.

—Está bien, no me cuentes eso. Háblame de los ejercicios que habéis estado haciendo. ¿Qué os pedían hacer? ¿Fichas como los deberes del cole? ¿Cuentas? ¿Dibujar figuras?

Cojo aire y lo vuelvo a soltar. Consigo contener las lágrimas. Miro a mamá y asiento.

—Sí, eso ha sido por la mañana. Muchos ejercicios parecidos a las fichas del cole. Bueno, parecidos, pero un poco diferentes.

—Muy bien. Parecidos pero un poco diferentes —repite mamá.

—Pero por la tarde sí que ha sido diferente.

—Vale, diferente, bien —dice. Entrecierra los ojos—. ¿Cómo de diferente?

Me giro hacia el edificio. ¿Lo sabrá ya papá? Vuelvo a mirar a mamá.

—Por la mañana eran como ejercicios y fichas. Por la tarde parecían como juegos —le explico—. Y los primeros me han parecido divertidos. Pero el último…

—¿Qué ha pasado con el último juego? —me pregunta. Pone las manos en mis hombros y me mira a los ojos. No respondo. Aparto la mirada. Pienso en lo que pasó, lo que he hecho. Me viene el recuerdo del hombre, acercándose a nosotros. Siento un escalofrío.

—Ari, ¿qué pasó en ese último juego?

La miro a los ojos, pero el nudo en la garganta no me deja hablar. Me refugio en su pecho y rompo a llorar otra vez.

—Lo siento, mamá. Lo siento de verdad.

CAPÍTULO 6

—Pero eso no es todo, Jacob —dijo el doctor Fridman.

Jacob ladeó ligeramente la cabeza.

—¿A qué se refiere? —preguntó mientras se acomodaba en la silla frente al doctor.

—Para poder explicarte los siguientes tests necesito que pasemos a la sala de grabaciones —comentó el doctor. Cogió el montón de folios del lado derecho de la mesa y se incorporó—. Ven, sígueme.

Jacob cogió la bolsa de papel con el gato de peluche del suelo y siguió los pasos del doctor Fridman. Al salir del despacho, Jacob miró hacia su derecha y comprobó que ni Alicia ni Ariel estaban esperando en el pasillo. Seguramente su mujer había querido sacar a su hijo del edificio. Tratar de alejarlo de la agencia, tanto en sentido real como figurado. El doctor Fridman abrió con una llave la tercera puerta del pasillo y lo invitó a entrar. Se encendieron unas luces y Jacob comprobó que se encontraba en una sala llena de computadoras y monitores. Una sala de control audiovisual. Vio cómo el doctor caminaba hasta una estantería. En una de las baldas había un disquete. El doctor Fridman lo cogió y caminó con calma los cuatro metros que separaban la estantería de una mesa con un gran monitor. Jacob lo vio agacharse y pulsar un botón de una torre de ordenador que había bajo la mesa. Escuchó el sonido de encendido, ese pitido seguido de los característicos zumbidos al activarse el mecanismo interno del aparato. Unos segundos después se encendió el monitor.

—Acércate, Jacob, toma asiento —le dijo el doctor mientras acomodaba un par de sillas.

Jacob obedeció. Tras unos instantes, Fridman localizó el archivo y apareció en pantalla la imagen de dos niños compartiendo pupitre.

Jacob se fijó en el plano de la cámara.

—Es una cámara oculta —dijo señalando a la pantalla—. No saben que los estáis grabando.

—Sí, las tres pruebas que vas a ver son con cámara oculta. Algo necesario en el estudio del comportamiento humano si queremos que el experimento sea válido. Cuando sabemos que nos están viendo, actuamos de forma diferente, tanto los adultos como los niños.

La palabra experimento resonó en la cabeza de Jacob. Pensó en Alicia. Suspiró y siguió concentrado en la imagen. Vio a su hijo junto a otro niño que conocía muy bien. Era Asaf, uno de los amiguitos de Ariel, el hijo de un compañero en la agencia. Un hombre de bata blanca, que Jacob identificó como uno de los asistentes del doctor Fridman, estaba diciendo algo a los niños mientras señalaba varios objetos sobre la mesa. El vídeo no tenía señal de audio, Jacob no podía escuchar lo que les estaba diciendo.

—¿Ves lo que hay sobre la mesa? —preguntó el doctor. Jacob asintió—. Cada niño tiene un caramelo delante. Y eso que ves en el centro de la mesa, en un plato, es un pequeño y delicioso pastel de chocolate. Les está diciendo que los caramelos son para ellos, que se los pueden comer ahora si quieren. Pero también les dice que, si tienen la paciencia de aguantar un rato sin comerlos, porque él debe ausentarse un momento, cuando vuelva les dará otro caramelo más a cada uno. Eso sí, lo que no pueden comer es el pastel de chocolate. Eso está totalmente prohibido. Les ha dejado claro que eso es suyo, y que eso no lo pueden ni tocar.

Jacob vio cómo el hombre salía de la sala y dejaba a los niños solos. Observó cómo los niños miraban hacia la puerta y luego a la mesa. Hablaban entre ellos. Volvían a desviar su mirada hacia la puerta. Se reían. Asaf señalaba los caramelos y Ariel negaba con la cabeza.

—Ese niño está incitando a tu hijo a comer los caramelos ya —dijo el doctor.

Jacob vio cómo Asaf cogía su caramelo. Miraba a Ariel y se reía. Empezó a quitar el envoltorio del dulce. Se giró hacia Ariel y le dijo algo. Su hijo negaba con la cabeza. Asaf alargó su mano hacia el

caramelo de Ariel y lo cogió. Se lo puso en la mano a su amigo. Hizo un gesto con su caramelo hacia el de Ariel, como para querer chocarlos. Camaradería, pensó Jacob. Como dos adultos brindando, pero con caramelos. Vio a su hijo dudar. Ariel ya no negaba con la cabeza. Jacob observaba en silencio. Empezaba a entender el experimento: control de impulsos y gratificación retardada. Doble premio al demostrar paciencia. Ariel miró hacia la puerta y de nuevo a su amigo. Jacob lo vio encogerse de hombros, sonreír, sacar el caramelo del envoltorio, imitar el brindis de su amigo y llevárselo a la boca. Sin poder evitarlo, sintió una punzada de decepción por el comportamiento de su hijo.

—Se lo ha comido —dijo el doctor—. Al igual que el ochenta por ciento de los niños evaluados. Entra dentro de la normalidad, con seis años el control de impulsos es casi imposible.

Jacob seguía mirando el vídeo. Ambos niños se reían.

—Ahora llega lo interesante, fíjate —continuó el doctor Fridman.

Asaf señaló el pastel mientras le decía algo a Ariel, al parecer persuadiéndolo para que se lo comieran también. Ariel le decía que no. «Lo prohibido», pensó Jacob. «¿Será capaz Ariel de dar ese paso, de contradecir órdenes de una autoridad?». Se avergonzó de comenzar a ponerse nervioso por la posible reacción de su hijo, que no dejaba de ser un niño de seis años. Pero estaba claro que si destacaba en esta prueba iba a ser de forma negativa. En la pantalla, Asaf había cogido el pastel de chocolate. Ariel intentó quitárselo, pero su amigo se giró y lo partió por la mitad, dejando uno de los dos pedazos en el lado de la mesa del hijo de Jacob. Asaf se reía, pero el semblante de Ariel era serio. Se le veía contrariado, como si ya no quisiera formar parte de ese juego entre amigos. Jacob vio cómo Asaf volvía a hacer lo mismo que con los caramelos. Levantó el pedazo de pastel de su mano mientras señalaba el que había partido para Ariel, animándolo a chocar pedazos para comerlos después. Sin embargo, Ariel no le siguió el juego, negaba con la cabeza y le decía algo a su amigo. Un momento después, Asaf se metía su pedazo de pastel en la boca. Ariel miró hacia la puerta. El hombre de la bata blanca seguía sin volver. Ariel miró el trozo de pastel que tenía delante y lo cogió. «Lo va a hacer. Se lo va a comer.

Va a dejarse llevar por la mala acción de su amigo. Para ganarse su aceptación. O para no quedar como un cobarde». Pero Ariel volvió a colocar el pedazo de pastel en el plato y después miró a su amigo con el ceño fruncido, reprobando su acción. Jacob percibió un gesto de decepción en el rostro del pequeño Asaf y, seguidamente, vio cómo este cogía el otro pedazo del plato y se lo comía también. Observó cómo su hijo, tras abrir la boca, asombrado ante semejante quebrantamiento de la norma, miraba hacia la puerta. En ese momento entraba el asistente del doctor Fridman. Se paraba frente a ellos. Señalaba hacia la mesa. No había caramelos. Después cogía el plato vacío donde unos minutos antes había un pastel de chocolate.

—Les está pidiendo explicaciones. Quiere saber quién se lo ha comido, porque eso tendrá consecuencias graves para el niño que ha desobedecido —explicó el doctor.

—¿Les está gritando? —preguntó Jacob sin dejar de mirar a la pantalla. Por el lenguaje corporal del hombre así lo parecía.

—Forma parte del experimento. Autoridad firme y agresiva. En este caso, en el que algún sujeto come el pastel, se busca el miedo, el arrepentimiento, la confesión.

Jacob siguió con la mirada puesta en el monitor. Asaf había comenzado a llorar. De forma evidente. Su mirada buscaba de forma desesperada la puerta, quizás la presencia de sus padres, la protección ante la amenaza, el calor ante la frialdad de una autoridad a punto de castigarlo.

—¿Ha confesado? —preguntó Jacob.

—No. Y fíjate —dijo señalando a la pantalla—. Se levanta de la silla y camina hacia la puerta, llorando. Trata de abrirla, de escapar, de salir de esa situación.

Jacob observó cómo Asaf trataba inútilmente de abrir la puerta. Estaba cerrada. Su cara transmitía angustia, y no dejaba de llorar. En ese momento, el asistente se dio la vuelta hacia Ariel. Se quedó quieto, como escuchando algo que estaba diciendo el hijo de Jacob.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jacob al doctor.

—Tu hijo. Le ha dicho a mi asistente que deje de asustar a su amigo, que quien se ha comido el pastel es él.

—¿Le ha dicho que ha sido él? —Jacob miró al doctor—. Pero ¿por qué…?

—Tu hijo ha asumido la culpa, ha confesado una acción que no ha cometido, para proteger a su amigo. Con seis años.

—Y eso… —dijo Jacob—. ¿Eso es bueno?

El doctor Fridman no contestó, simplemente sonrió y se giró hacia el monitor. Jacob desvió su mirada hacia la pantalla. Asaf seguía junto a la puerta, llorando, pero ahora observaba a Ariel, con gesto confundido. Jacob se fijó en cómo su hijo miraba de frente al tipo de bata blanca. Sin soltar una lágrima. Con gesto desafiante. Aceptando el castigo que le impondría ese hombre.

CAPÍTULO 7

No he podido contárselo a mamá. Hemos seguido paseando por el jardín. Nos hemos parado junto a una fuente de piedra. Mamá me habla de otras cosas, no me ha insistido en que le cuente lo que me ha pasado, no me ha obligado. Es buena, ella quiere que yo me sienta bien. Tengo miedo de contárselo y que se enfade conmigo. No quiero decepcionarla. Y tampoco a papá. Me doy la vuelta y miro el edificio. ¿Se lo habrá contado ya el jefe de la bata blanca?

—Ari, acércate, cariño.

Me giro y veo a mamá sentada en un pequeño muro junto a la fuente. Me acerco a ella.

—Ven, siéntate aquí, a mi lado —me dice sonriendo.

Me siento a su lado. Mamá me coge de la mano y me mira a los ojos.

—¿Cómo te llamas, cariño? —me pregunta.

Pongo cara rara y mamá se ríe.

—Ya sé que sabes cómo te llamas, Ari. Pero quiero que me lo digas tú, en alto.

—Ariel.

—Tu nombre y tus apellidos —me dice sin dejar de sonreír.

—Ariel Shemesh de Vivar.

—Muy bien, eso es. Shemesh es el apellido de papá —me explica —, y mi apellido, tu segundo apellido, es de Vivar.

Asiento un poco confundido. Eso es algo que ya sé. No sé dónde quiere llegar mamá con esto.

—De Vivar es un apellido español, cariño. Mamá es de España, por eso siempre te he hablado en español desde que naciste, y por eso tú sabes hablarlo tan bien.

Vuelvo a asentir. Eso es verdad: en el cole hablamos hebreo e inglés, pero en casa siempre hablamos en español. Incluso papá lo hace, supongo que por orden de mamá.

—Parte de tus raíces está en España, cariño. En una región que se llama Castilla y León. Antiguamente, tanto Castilla como León eran los reinos más poderosos de España. En la época de castillos, batallas y guerreros.

—¿Guerreros? ¿Batallas? —pregunto con la boca abierta. Mamá asiente.

—Sí, cariño. Yo nací en Palencia, pero mis antepasados, y los tuyos, vienen de una pequeña aldea de Burgos.

—¿Burgos?

—Sí. Burgos era una importante ciudad del reino de Castilla y la pequeña aldea de donde surge nuestro apellido se llamaba Vivar.

Mamá se calla unos instantes. La miro a los ojos.

—¿Por qué me cuentas esto, mamá?

—Porque en esa aldea, en Vivar, hace ya casi mil años, nació el guerrero más importante de la historia de España. Se llamaba Ruy Díaz de Vivar.

—Ruy Díaz de Vivar —repito. Me gusta cómo suena ese nombre. Me gusta que ese gran guerrero se apellide igual que yo.

—Sí. Y tú llevas su apellido, cariño. —Me da unos toquecitos en el brazo—. Llevas en tus venas la sangre de un guerrero, Ari.

—¿Como si ese guerrero fuera un familiar nuestro, mamá? —pregunto entusiasmado.

—Podría decirse, sí. Como un pariente lejano.

—Vaya —respondo impresionado. Me miro los antebrazos. Parte de la sangre de ese gran guerrero dentro de mí. Noto un cosquilleo en la tripa. La miro y sonrío—. Cuéntame más de ese guerrero, mamá.

Mamá me devuelve la sonrisa y mira al cielo. Después se gira hacia mí y pone esa voz que tanto me gusta cuando me cuenta cuentos al ir a dormir.

—El pequeño Ruy era un niño muy obediente, se portaba muy bien. Ayudaba mucho a su madre: en las tareas de la casa, con el cuidado de los animales, en la época de cosecha, en el mercado…

—Yo también soy obediente, mamá.

—Sí, cariño, lo sé. —Sonríe y vuelve a poner la voz de contar cuentos—. El pequeño Ruy también acompañaba a su padre a cazar, y pronto empezó a aprender a manejar la espada.

—¿En serio? —digo con la boca abierta.

—Sí, pero una de madera, para niños. Su padre le enseñó a usarla. Todos los días practicaban en el corral que estaba en la parte trasera de la casa.

—O sea que Ruy ya era un buen guerrero siendo niño.

—No, Ari. Convertirte en algo importante lleva muchos años y mucho esfuerzo. Las cosas grandes se consiguen muy poco a poco.

Eso es algo que mamá y papá me dicen a menudo. Un poco cada día. «Como las hormiguitas, Ariel». Eso me dicen.

—Pero déjame que te cuente algo, Ari. Algo que le ocurrió una vez al pequeño Ruy en el mercado de Burgos.

—Sí, por favor —le digo a mamá. De repente me han entrado muchas ganas de saber sobre Ruy, ese pariente lejano que no sabía que tenía.

—Un día, Ruy acompañó a su madre al mercado de Burgos, el más grande de toda la comarca. Mientras su mamá hacía varias compras, Ruy decidió fisgar un poco por la plaza del mercado. Le encantaba ir a Burgos, siempre descubría sitios nuevos en la ciudad —explica gesticulando mucho. Mamá sabe contar muy bien las historias—. Ruy vio un burro al que habían atado junto a un puesto de verduras. Se fijó en que no estaba el dueño, en que nadie lo miraba. Entonces, decidió subirse al burro empuñando su espada de madera porque, ya desde pequeño, su ilusión era ser un caballero en la corte del rey, en Burgos.

—¿Quiso subirse al burro? Uy, eso sí que es una travesura.

—Sí, y aunque las travesuras son normales, hay que tener mucho cuidado. Escucha lo que pasó: cuando Ruy intentó montar, el animal se asustó y soltó una coz que partió un mástil de madera que sujetaba el puesto. Eso hizo que unas cajas de verduras cayesen al suelo, con tal mala suerte que cayeron justo en el momento en que el carruaje de un conde importante pasaba por ahí. Una caja partió

el eje del carruaje y eso provocó que volcase, cayendo el señor conde de bruces al barro.

Mamá hace una pausa y se queda mirándome.

—¿Y qué pasó después, mamá? ¿Qué pasó?

Ella sonríe y sigue contándome lo que ocurrió.

—El conde, con su elegante vestimenta sucia de barro, comenzó a gritar enfurecido. Miraba hacia todos los lados, buscaba al culpable. La gente en el mercado estaba asustada, no entendían lo que había pasado.

—¿Nadie había visto a Ruy subirse al burro? ¿Qué hizo Ruy, mamá?

—No, Ari. Nadie había presenciado lo que había hecho Ruy. El conde preguntó de quién era el burro y el dueño, un pobre campesino que vendía verdura en ese puesto, se arrodilló ante el conde, pidiendo perdón.

—¿Y Ruy, mamá? ¿Dónde estaba Ruy?

—Había vuelto donde su madre, que lo estaba buscando. Cuando escucharon el escándalo por los gritos y amenazas del conde, se acercaron allí. El verdulero lloraba y suplicaba, diciendo que no sabía lo que había ocurrido. El conde lo agarró y se dispuso a llevarlo a la guardia del castillo, para que lo encerrasen hasta que el mismo rey supiese de ello.

—¿Y qué hizo el rey? ¿Lo castigó?

—No, Ari, no hizo falta porque, cuando la madre de Ruy le dijo que tenían que volver a Vivar, el pequeño no podía quitarse la imagen del pobre verdulero llorando, y decidió contárselo todo a su madre. Lloró, arrepentido por la travesura, pero Ruy no quería que ese hombre inocente sufriera la ira del conde.

Me quedo en silencio, pensando. Eso no me lo esperaba. Mamá se da cuenta.

—Ari, cariño, Ruy era un niño como tú, y aunque había hecho algo malo, tenía la confianza para contárselo a su madre —dice mirándome fijamente a los ojos—. Él no era un niño malo, simplemente había hecho algo malo, una travesura, y todas las madres entienden que los niños pequeños a veces hacen travesuras.

No digo nada. Estoy un rato mirando a mamá, pensativo.

—¿Le castigó a Ruy su mamá? ¿Se enfadó con él?

Mamá sonríe antes de continuar.

—No, cariño. La madre de Ruy fue a hablar con el conde y le contó lo ocurrido. Le propuso pagarle el coste de la limpieza de la ropa. Pero el conde, que tenía un niño de edad parecida a la de Ruy, lo entendió perfectamente y lo dejó estar así, haciendo prometer a Ruy que la próxima vez tendría más cuidado en sus juegos.

—¿Qué pasó con el verdulero, mamá? ¿Lo perdonaron?

—Sí, claro. La madre de Ruy hizo que el pequeño pidiera disculpas al hombre, y después volvieron caminando a Vivar.

—Y al llegar a casa la mamá de Ruy se lo contó al papá, ¿verdad?

Mamá suelta una pequeña carcajada.

—Sí, Ari. Los padres siempre se cuentan esas cosas. En una familia no debe haber secretos. Y, antes de que me preguntes lo que sé que tienes en esa cabecita, te respondo: el papá de Ruy tampoco se enfadó con él.

Mamá es muy lista. Es justo lo que le iba a preguntar. Sonrío. Me gusta que los padres de Ruy entiendan que es un niño, que no se enfaden con él. Veo a mamá que levanta un dedo, quiere decirme algo importante.

—Pero también te diré que, aunque hacer alguna travesura de vez en cuando es normal en un niño, toda acción debe tener una consecuencia para poder aprender la lección. —Hace una pausa. Me mira con más intensidad—. Los padres de Ruy le hicieron ir al mercado de Burgos, cada sábado durante una temporada, para ayudar al verdulero. Mientras su madre compraba lo que necesitaba, Ruy ayudaba al hombre en el puesto de verduras. Colocaba las cajas y los canastos, daba de comer al burro…

No digo nada. Asiento. Noto que mamá me observa. Miro hacia el edificio. Papá. El hombre de la bata blanca. Suspiro y me giro hacia mamá. Si Ruy pudo hacerlo, yo también puedo.

—Mamá, quiero contarte lo que he hecho.

CAPÍTULO 8

Jacob observó cómo el doctor Fridman hacía clic con el ratón sobre otro archivo que tenía la etiqueta de «laberinto».

—Mira, aquí tenemos otra prueba interesante. Evaluamos el ingenio, la resolución de una situación compleja y la orientación.

—¿La orientación? —preguntó Jacob. El doctor Fridman asintió.

—Utilizamos una sala especial. Es grande, de unos doscientos metros cuadrados. Hemos diseñado un laberinto de pasillos en esa sala. Espera, mejor te lo voy explicando sobre la marcha.

Jacob observó la pantalla. Un asistente hablaba con Ariel mientras señalaba una pizarra; su hijo asentía a las explicaciones. Lo vio acercarse a la pizarra y coger una tiza mientras el hombre desaparecía del plano al caminar hacia el pasillo.

—En ese lateral de la sala —comenzó a explicar el doctor—, hemos colocado una pizarra. Los niños deben resolver las tres cuentas matemáticas que hemos puesto en la pizarra y después dibujar el animal que más les guste. Cuando acaben de dibujarlo, deben avanzar por ese pasillo hasta que lleguen a una puerta para salir de la sala. —El doctor Fridman señaló con su dedo el lado izquierdo de la pantalla, donde se apreciaba el comienzo del pasillo —. Se les dice que deben intentar hacerlo en el menor tiempo posible porque el ganador tendrá un premio.

Mientras el doctor explicaba la prueba, Jacob observaba cómo su hijo iba resolviendo las operaciones matemáticas.

—¿Son operaciones matemáticas para su edad? —preguntó. En la pantalla, Ariel había comenzado a realizar varios trazos en el lado derecho de la pizarra. Estaba dibujando.

—Sí, no son difíciles de resolver para ellos. Prácticamente todos los niños lo han resuelto sin problemas. Pero esta parte de la

prueba, la pizarra, no es lo que evaluamos. Lo utilizamos como excusa para la parte importante: la orientación en el laberinto.

—No entiendo, o sea que… —comenzó a decir Jacob girándose hacia el doctor.

—Cuando lo veas, lo entenderás.

Jacob volvió a poner su mirada en la pantalla. Ariel había acabado de dibujar el animal y avanzaba hacia el pasillo.

—¿Qué ha dibujado? ¿Un mono?

—Creo que es un gato —respondió el doctor—. Bueno, lo de tu hijo no es dibujar, eso está claro.

De repente, el plano de la cámara cambió. Ahora se veía desde una vista superior, como a vista de pájaro.

—Esta sala la hemos diseñado en uno de los pabellones. Tanto las paredes exteriores como los tabiques interiores del laberinto son de madera —explicó el doctor—. Esa cámara que ahora está grabando está colocada en el techo del pabellón, a unos quince metros del suelo. De esa manera podemos ver todo el plano de la sala, del laberinto.

Jacob asintió sin dejar de mirar a la pantalla. Su hijo había doblado una esquina y continuaba caminando por otro pasillo, hacia la derecha. Siguió y giró a la izquierda. Se estaba adentrando en el laberinto.

—No parece fácil para niños de seis años —dijo Jacob mirando al doctor.

—No lo es, desde luego. El nivel es para niños de trece a quince años. No esperamos que los de seis consigan salir de la sala. Queremos evaluar sus reacciones.

Jacob volvió a mirar a la pantalla. Ariel se había parado. Parecía dudar.

—Sabe que algo ahí no encaja —dijo Jacob—. Supongo que se está empezando a asustar.

—Paciencia, espera —respondió el doctor.

En la pantalla, Ariel estaba retrocediendo, desandando lo recorrido. Jacob lo vio salir de nuevo a la zona de la pizarra. Lo vio mirar a uno y otro lado.

—Busca a alguien, busca ayuda —dijo Jacob.

El doctor no respondió. Observaba la pantalla. Ariel se había acercado a la pizarra.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Jacob.

—Ha cogido una tiza. Tu hijo se ha dado cuenta de que lo que hay ahí dentro es un laberinto.

Jacob observó cómo su hijo se acercó al pasillo, se agachó y comenzó a avanzar mientras pintaba una raya en el suelo. No pudo evitar sonreír. Ingenioso, desde luego. Le vino a la cabeza el relato del laberinto del minotauro. Alicia se lo había contado en repetidas ocasiones a Ariel, a modo de cuento infantil para ir a la cama. Teseo, que en el cuento de Alicia era un niño de la edad de Ariel, utilizaba el ovillo de hilo para no perderse en el laberinto y poder salir de allí tras vencer al malvado minotauro. A su hijo le encantaba esa parte. Jacob siguió observando el vídeo. Durante los siguientes minutos vio a Ariel avanzar y retroceder sin dejar de marcar con la tiza en el suelo; seguramente se imaginaba con un ovillo de hilo, escapando del minotauro. Se paraba a observar los pasillos donde ya había pintado la raya para elegir rutas nuevas. Iba hacia delante, encontraba un callejón sin salida y retrocedía de nuevo, trazando su camino. Jacob se giró hacia el doctor cuando vio a su hijo llegar a la puerta de salida y desaparecer tras ella.

—A eso me refería, Jacob. Resolución de situaciones complejas. Lo de utilizar las tizas en la pizarra simplemente era un despiste, para hacerles creer que era parte de la prueba, cuando en realidad las tizas eran una herramienta para salir de ahí.

—¿Cuántos niños han conseguido salir? —preguntó Jacob.

El doctor Fridman se giró hacia él. Esbozó una sonrisa.

—Solo tu hijo. Todos los demás quedaron atrapados, que, en realidad, era lo esperado. Gritos y llantos cuando se vieron incapaces de salir de ahí.

Jacob volvió a mirar el monitor. La imagen del vídeo estaba congelada.

—Tu hijo tardó siete minutos y veintinueve segundos en salir de esa sala —continuó el doctor Fridman—. Tan solo diecisiete segundos más que el mejor tiempo del grupo de quince años. —Miró a la pantalla y se quitó las gafas—. Algo insólito para su edad. Pero

eso no es todo —dijo, e hizo una pausa para poner sus ojos en los de Jacob—. Lo realmente sorprendente llegó en la última prueba.

El doctor Fridman pulsó varias teclas y clicó con el ratón en otro archivo para reproducir un nuevo vídeo, este con sonido. En él aparecían todos los niños en un aula, sentados en pupitres y mirando una enorme pantalla. Jacob localizó a su hijo en la primera fila.

—Este es un test nuevo que hemos diseñado este año. —Señaló la pantalla—. Mira, eso es un proyector y los niños están viendo una película. Cada niño lleva pegados unos sensores en el pecho, en la espalda y en las muñecas. Nos ayudan a monitorizar varios parámetros. —Comenzó a enumerar con los dedos—: Frecuencia cardiaca, presión arterial, niveles de sudoración, etcétera.

—¿Y qué se trata de analizar? —preguntó Jacob.

—El miedo.

Jacob arqueó las cejas. El doctor Fridman sonrió y continuó hablando.

—Sí, analizamos cómo reaccionan ante situaciones que les producen miedo. —Hizo una pausa—. Cómo reacciona su cuerpo a nivel fisiológico y cómo es su respuesta al miedo, es decir, qué hacen los niños al verse en esa situación.

Jacob señaló la pantalla.

—¿Les ponéis una película de miedo y monitorizáis esos parámetros? ¿Y qué reacciones esperáis en niños de seis años?

El doctor Fridman volvió a colocarse las gafas sobre el puente de la nariz.

—En realidad no están viendo una película de miedo. Bueno, en parte. Quiero decir, lo que ven durante unos veinte minutos es una película donde unos niños, que juegan en el campo, descubren una antigua cabaña abandonada. Hasta ahí, todo en orden, no registramos datos que tengan relación con el miedo. —Llevó su mano al ratón y puso el vídeo en reproducción rápida—. Espera, aquí. ¿Ves? Aquí los niños de la película ya han visto la cabaña. Ha empezado a oscurecer y, al ver una luz en la ventana, deciden acercarse y entrar. Este es el primer momento crítico de la prueba.

Jacob desvió su mirada hacia la pantalla. Le llegaba el sonido de la película que estaban viendo los niños, pero muy atenuado, sin posibilidad de escuchar los diálogos de los pequeños actores. En ese momento se apagaba la luz en la cabaña y, tras unos segundos, se volvía a encender. Pero, esta vez, delante de los niños aparecía un hombre de barba y pelo alborotado, con un delantal ensangrentado. En una mano llevaba un cuchillo y en la otra un enorme saco negro.

—El hombre del saco —dijo Jacob—, pero a lo bestia.

El doctor Fridman asintió. Se escuchaban perfectamente los gritos tras la aparición del hombre del delantal ensangrentado.

—Aquí gritan los niños de la película, pero también los niños que la ven, en el aula. Registramos aumentos notables de frecuencia cardiaca, presión arterial, sudoración, frecuencia respiratoria…

—Lo cual entiendo que será normal —indicó Jacob sin dejar de mirar el vídeo.

—Sí —contestó el doctor—, esas reacciones son normales y esperadas.

Jacob vio a muchos niños gritar y taparse los ojos. Se fijó en su hijo. Cuando el hombre del saco apareció en el proyector, Ariel hizo un gesto rápido e inconsciente de echarse hacia atrás; después, siguió mirando la película. No gritaba. Parecía sentir más curiosidad que miedo.

—Pero ahora llega el punto fuerte del test —continuó el doctor. Hizo un gesto con su barbilla hacia la pantalla—. El segundo momento crítico de la prueba, el más importante. Fíjate, atento.

Jacob puso su vista nuevamente en el vídeo. De repente, la luz del aula se apagó. Y, tras unos segundos de oscuridad, donde pudo escuchar varios gritos de sorpresa y tensión, la luz volvió. En ese momento, en la parte delantera del aula, un hombre con barba y pelo greñudo, vistiendo un delantal ensangrentado, con un cuchillo en una mano y un saco negro en la otra, miraba a los niños. Una explosión de gritos y llantos siguió a ese momento. Los niños trataban de salir de sus pupitres, empujando mesas y sillas, tratando de alejarse del hombre, corriendo hacia la parte trasera del aula.

—Joder —dijo Jacob—. Habéis reproducido en el aula lo que estaba ocurriendo en la cabaña de la película.

El doctor Fridman pulsó el botón de pausa. Miró a Jacob.

—Sí. Y quiero que te fijes en tu hijo, en su reacción. Espera —dijo clicando con el ratón en la barra de reproducción de vídeo—, voy a retroceder varios segundos para analizar la secuencia completa. Ahí está. ¿Tienes localizado a tu hijo?

—Sí —contestó asintiendo y señalando con un dedo en la pantalla —. Ahí está.

—Perfecto. Fíjate bien, no pierdas detalle.

El doctor Fridman clicó nuevamente. En el vídeo se apagó la luz del aula. Oscuridad y gritos. Cuando volvió la luz y apareció el hombre, Jacob vio cómo Ariel se echaba a un lado instintivamente, pero un par de segundos después volvía a su silla y agarraba del brazo al niño que había a su lado.

—Ese niño había quedado paralizado ante la aparición de semejante peligro —dijo el doctor—. Ariel lo ha notado y, en vez de huir hacia el otro lado, ha vuelto a por su amigo. Para sacarlo de ahí.

El vídeo avanzó, el hombre de peluca y barba postiza caminaba hacia los niños moviendo el cuchillo y el saco. Jacob observó cómo la gran mayoría de los niños salieron corriendo hacia el fondo de la sala. Trataban de huir del peligro, y algunos de ellos conseguían escabullirse por los laterales para llegar a la puerta en la parte delantera del aula. Gritos, llantos, varias sillas y pupitres volcados. Jacob seguía pendiente de los movimientos de Ariel. Tras acompañar hasta la puerta a su compañero de pupitre, se dio la vuelta y se quedó observando el aula.

—¿Qué hace? ¿No huye como el resto de niños? —comentó Jacob.

En el vídeo, el hombre estaba en el centro del aula. Varios niños y niñas permanecían al fondo, sin atreverse a escapar, chillando, llorando. Un par de ellos incluso se habían dado la vuelta, contra la pared, para evitar mirar al hombre del saco.

—Tu hijo está analizando la situación. Viendo a sus compañeros atrapados. —Señaló al hombre disfrazado—. Evaluando la amenaza.

En el vídeo, Ariel miraba a uno y otro lado y después se acercaba a la ancha mesa de la parte delantera del aula, junto al proyector. Jacob le vio coger un bote que había junto a unos papeles, de esos

que se usan para guardar lapiceros y bolígrafos. Lo volcó en la mesa y, tras observarlos, cogió uno de ellos.

—¿Ha cogido un bolígrafo? —preguntó Jacob—. ¿No pretenderá…?

—No es un bolígrafo. Lo que ha escogido es una pluma estilográfica. Lo más afilado que ha encontrado.

Jacob miró al doctor con el ceño fruncido.

—¿Eso también lo habéis dejado en la mesa con esa intención?

El doctor Fridman negó con la cabeza.

—No. Esos documentos y el portalápices estaban ahí, no forman parte del experimento. Quizás deberíamos haberlos quitado, pero, después de lo que estás a punto de ver, creo que el hecho de que eso estuviera en la mesa me ha dado una información más útil de lo que esperaba.

Jacob volvió a poner su vista en la pantalla. En esos momentos su hijo, empuñando la pluma, miraba hacia el hombre de barba que amenazaba a varios niños que estaban en el suelo, gritando, llorando, tapándose la cara. Jacob observó cómo uno de los niños, sentado en el suelo, chillaba angustiado en medio de un charco de orina. Jacob se giró hacia el doctor Fridman.

—Doctor, ¿no le parece esto demasiado para niños de seis años? ¿Realmente es necesario?

El doctor Fridman no contestó. Seguía mirando el vídeo.

Ariel comenzó a avanzar hacia el hombre del saco. El asistente disfrazado del doctor Fridman no podía verle, ya que el hijo de Jacob caminaba a sus espaldas. Decidido, pero con sigilo. Avanzó despacio los siete metros que lo separaban del hombre, que seguía agitando el saco y el cuchillo. «¿Qué pretende hacer? ¿Distraerlo para que más niños puedan huir? ¿Enfrentarse al hombre?», pensó Jacob negando levemente con la cabeza. En los siguientes tres segundos presenció una escena que nunca habría imaginado. Mientras que el hombre agitaba el saco frente al niño que se había orinado, el pequeño Ariel consiguió subirse a un pupitre y se lanzó a la espalda del hombre disfrazado. Se quedó enganchado a él, agarrándose con la mano izquierda a un hombro y con las piernas entrelazadas por la

cintura. Con la mano derecha, hundió la pluma en el cuello del sorprendido asistente.

—No —dijo Jacob.

—Sí —respondió el doctor.

En el vídeo, el hombre conseguía quitarse de encima a Ariel lanzándolo por los aires. Después soltaba el saco y el cuchillo para llevarse una mano a la herida del cuello. Sangre, bastante sangre.

—Le ha clavado la pluma con tan mala suerte que ha pinchado la yugular —indicó el doctor Fridman—. Pero bueno, hemos llamado rápido a la asistencia médica y la cosa no ha ido a más. Se ha quedado en un susto.

En el vídeo, el hombre se echaba al suelo, con sus manos en el cuello, tratando de taponar la herida. Se le había salido la peluca. Jacob vio a su hijo mirando alternativamente al hombre y a la peluca en el suelo. Se le veía confundido, tratando de procesar esa situación. Todavía empuñaba la pluma a modo de puñal. Unos segundos después, un hombre y una mujer aparecían en escena. Llevaban un maletín, se agachaban junto al asistente herido. Eran sanitarios. Jacob vio cómo en la imagen aparecía el doctor Fridman. Se colocaba junto al pequeño Ariel, que seguía mirando la escena, desconcertado. El doctor se agachaba y le decía algo. Ariel le entregaba la pluma. En el vídeo se podía apreciar que Ariel había comenzado a llorar. El doctor lo llevaba de la mano para sacarlo del aula. Jacob pudo leer los labios de su hijo mientras caminaba de la mano del doctor Fridman: «Lo siento, lo siento».

Jacob suspiró, sin saber qué decir.

—Mi asistente está bien —dijo el doctor—. Como te digo, todo ha quedado en un susto.

Jacob se giró hacia el doctor para mirarlo a los ojos.

—¿Susto para quién, doctor? ¿No puede algo así crear un trauma, un daño psicológico en niños de seis años?

—No, Jacob, el cerebro es capaz de…

—¡He visto el terror en las caras de esos niños! —le interrumpió Jacob—. ¡Orinándose encima! No me venga con verborrea científica. No sé lo que la agencia busca con estas pruebas, pero…

—La gestión del miedo, Jacob. Y la reacción de tu hijo no es algo que esperábamos.

—¿Vas a decirme ahora que mi Ariel no siente miedo? ¿Que es un bicho raro?

—Ariel siente miedo —respondió el doctor Fridman—. Los parámetros evaluados según sus datos corporales recibidos así lo indican. Lo insólito es cómo reacciona a esa emoción, cómo lo gestiona. El miedo es una emoción ancestral, generada por nuestro cerebro primitivo para la supervivencia de la especie. Instintivamente huimos de lo que nos genera miedo, de la amenaza. Es lo normal, y mucho más en niños de seis años.

Jacob miraba al doctor con el semblante serio.

—¿Y bien?

—Tu hijo responde al miedo analizando la situación y enfrentándose a la amenaza. En su cabecita piensa que si elimina la amenaza, desaparecerá el miedo. El suyo y el de sus compañeros. —Se colocó las gafas sobre el puente de la nariz—. Algo insólito, como te digo.

Jacob suspiró. Negó con la cabeza y se incorporó de la silla.

—No, esto es demasiado para niños de seis años. No me parece…

—Necesitaré hacer un seguimiento a tu hijo, Jacob. Una vez al año, nuevas pruebas que…

—Ni hablar —respondió Jacob cogiendo la bolsa de papel con el gato de peluche y caminando hacia la puerta.

—Jacob, espera. Sabes que tengo que pasar estos informes de evaluación, sabes que la agencia…

—Que le den a la agencia, doctor. No pueden obligarme. No con esto.

El doctor Fridman no respondió. Jacob se giró hacia él cuando llegó a la puerta. Agitó la bolsa.

—¿Y esto?

—Regálaselo a tu hijo. La prueba del laberinto. El gato de la pizarra. Tu hijo quiere un gato, me lo dijo al acabar la prueba. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la bolsa que sujetaba Jacob—. Aunque yo también pensé que lo que había dibujado era un mono.

CAPÍTULO 9

Veo salir a papá por la puerta del edificio. Siento un cosquilleo en la tripa y el corazón me late más rápido; el hombre de la bata blanca ya se lo habrá contado. Me fijo en la cara de papá. Esboza una ligera sonrisa al mirarme, pero desaparece en cuanto ve a mamá. Ella no se ha enfadado ni se ha puesto triste al saberlo. Se ha puesto seria, pero me ha dicho que yo no he hecho nada malo y que lo que ha pasado no es mi culpa. Papá camina hasta donde nos encontramos. Se agacha para ponerse a mi altura y me sonríe. Saca algo de la bolsa que lleva en la mano.

—Toma, Ari. Esto es para ti.

—¡Un gato! —digo cogiendo el peluche. Miro a papá.

—¿Para mí? ¿Me lo has comprado?

Papá asiente sin dejar de sonreír.

—¿No estás enfadado, papá? —pregunto mirando hacia la puerta de entrada del edificio. Me doy cuenta de que el hombre de la bata blanca nos observa desde una ventana.

—No, no estoy enfadado contigo, Ari. No has hecho nada malo.

—¿De verdad?

Papá busca la mirada de mamá antes de volver a la mía.

—De verdad. Creo que has hecho todas las pruebas muy bien. Estamos orgullosos de ti.

Me da un beso. Abrazo a papá con fuerza. Estamos así un buen rato, abrazados. Se me escapan unas lágrimas, pero no son de las de estar triste. Ahora siento alivio. Nos soltamos y papá se pone en pie. Me fijo en cómo mira a mamá. Ella está muy seria.

—Alicia, ha habido un incidente con el niño, resulta que…

—Lo sé. Ariel me lo ha contado —responde mamá con voz de estar enfadada.

Papá suspira.

—¿El hombre del saco, Jacob? ¿Con un cuchillo, atemorizando a niños de seis años? —Señala hacia el edificio—. ¿Eso es lo que hace la agencia con mi hijo?

—Lo sé, lo sé, y yo mismo le he dicho al doc…

—¡Por el amor de Dios, Jacob! ¡Por el amor de Dios! ¡Son niños de seis años!

Observo cómo papá mira hacia otro lado, incapaz de sostener la mirada furiosa de mamá. No me gusta que discutan, y menos cuando es por mí. Odio cuando lo hacen. Me acerco a papá y le agarro la mano. Miro a mamá. Ella se da cuenta y observo cómo su rostro cambia. Me sonríe. Me acerco a ella tirando un poco de papá y también le agarro una mano. Mamá suelta una pequeña carcajada.

—Eres un niño muy listo, Ari —me dice.

Me giro hacia papá. Nos miramos y sonreímos. Caminamos los tres juntos, de la mano, hasta nuestro coche. Desde allí miro a la ventana del edificio. El jefe de la bata blanca sigue allí, observándonos. Ya no me importa. Papá y mamá no se han enfadado conmigo. Y, además, ahora tengo un gato. Me encantan los gatos.

Siempre intenté que mi adolescencia fuera igual a la de cualquier otro chico de Tel Aviv. Eso no fue fácil, yo sabía a lo que se dedicaba mi padre. Tuve que madurar antes de tiempo, aprender cosas que no correspondían a mi edad. Pero fueron años felices. Nunca olvidaré mi pequeño círculo de amigos. Éramos como hermanos de sangre, inseparables.

Aprendí el valor de la amistad. Y también el de la lealtad.

PARTE II

Ariel Shemesh (14 años)

«YO SÉ EN LO QUE TRABAJA MI PADRE»

CAPÍTULO 10

Tel Aviv, Israel. Año 2004.

«Te voy a partir la cara, enano de mierda. Y a ti también por meterte, payaso». Eso es lo que ha dicho. La primera frase iba para Yuval; la segunda, señalándome a mí. Lo típico: que nos espera fuera al acabar las clases, que nos va a machacar y que vamos a sufrir de lo lindo. Sé que no es un farol, sé que va a ir a por nosotros. Y no lo hará solo, vendrá con varios de sus secuaces. Lo ha hecho otras veces con otros chicos. Moshe tiene dieciséis años, dos más que nosotros. Ha entrado este año en nuestro curso, procedente de otro colegio. Dicen que sus padres lo sacaron de allí por los continuos problemas y peleas. Malas compañías, malas calificaciones y dos cursos repetidos. Miro el reloj que cuelga sobre el encerado. Faltan cuatro minutos para que acabe la clase. Ya me imagino la secuencia: timbre, recoger las cosas, paliza en el patio. Noto el ligero codazo de Yuval en mi brazo. Somos compañeros de pupitre. Es como un hermano para mí.

—Deberíamos decírselo al señor Levine, ahora que estamos a tiempo —me susurra—. Si él interviene, no se atreverá.

—No —le contesto—. Si acudimos al profesor será peor. Nos verán como cobardes y eso lo aprovechará ese imbécil para ensañarse más. —Me giro ligeramente para mirar hacia la última fila. Veo a Moshe sonriendo y señalando el reloj. Puedo leer «tic, tac, tic, tac» en sus labios. Vuelvo a susurrarle a Yuval—. Tenemos que hacerle frente. Es la única manera de pararlo de una vez por todas.

—¿Hacerle frente, Ari? Te saca una cabeza. Y a mí, dos.

—Su cabeza no cuenta.

—¿Cómo dices?

—Está llena de serrín —respondo con una sonrisa—. Mi padre siempre dice que cuanto más grandes, más torpes.

—Ah, ¿sí? Pues yo creo que el mío dice que cuanto más grande es el otro, con más huesos rotos vas a tu casa.

Suena el timbre. El señor Levine dice algo sobre unos ejercicios de matemáticas, pero no lo entiendo entre el estrépito de los alumnos y mi propia cabeza, que solo piensa en el patio. Veo a Yuval muy nervioso, guardando todo a toda prisa, alternando la mirada entre su mochila y la última fila.

—Vamos, Ari, rápido. Si salimos antes y corremos como locos, igual tenemos suerte y hoy libramos.

Niego con la cabeza. Me pongo a recoger mis cosas con total tranquilidad. El cuaderno, el libro de texto, el estuche con los bolígrafos y lapiceros.

—¿Qué coño haces, Ariel? ¿Quieres que ese gigante y su banda de subnormales nos hagan papilla?

—Tranquilo.

—¿Tranquilo? Joder, Ari, me estoy cagando encima.

Lo miro y sonrío.

—¿Para oler como una mofeta y que no te quiera tocar?

—Muy gracioso. —Yuval mira hacia Moshe y su grupito de cuatro matones. Se gira hacia mí—. No me vengas con chorradas, Ari. Son cinco. Y ese bestia se basta él solito para hacernos puré a los dos. No me digas que tú no estás cagado.

—El problema no es sentir miedo, Yuval. —Le miro a los ojos—. El problema es que se te vea. Y a ti se te ve a leguas.

Observo cómo Moshe camina por el aula seguido de sus lameculos. Me mira y sonríe mientras hace el gesto de cortar el cuello con el dedo índice. Un mensaje claro. Los veo salir por la puerta.

—¡Teníamos que haber salido antes que ellos, joder! —me grita Yuval. Su voz está llena de angustia—. ¡Hemos perdido la oportunidad!

Acabo de meter mis cosas con tranquilidad en la mochila. Cojo aire y suspiro con resignación. Supongo que este tipo de cosas son por las que, antes o después, uno tiene que pasar a lo largo del

curso. Se metió con Yuval a propósito, buscando la excusa para darle una paliza. Yo traté de defenderlo, y me metió en el mismo lote. El precio de tener en el aula a un gorila con ganas de hacerse ver, de tener que demostrar delante de todos que él es el espalda plateada. Salgo por la puerta obligándome a mantener un paso firme. Yuval me sigue, mascando algún juramento a mis espaldas al que no presto atención. No negaré que siento una sensación incómoda, un hormigueo en el estómago. ¿Miedo? Puede ser. Se avecina un enfrentamiento, probablemente con paliza incluida. Pero, pase lo que pase, tengo una cosa clara: ese abusón de mierda no verá el miedo en mis ojos.

CAPÍTULO 11

Salimos al patio por la puerta principal. Sé que no estarán ahí, a la vista de profesores que puedan mirar por las ventanas del colegio. El lugar será el pequeño parque de arena junto al patio exterior. Está protegido por una arboleda, oculto de la vista de profesores.

—No está —dice Yuval—. Joder, no está, Ari. Igual era un farol para acojonarnos y lo ha dejado pasar.

—No lo va a dejar pasar, Yuval. Asúmelo. No está aquí, pero estará más adelante.

—¿Por qué lo sabes? —Me agarra del brazo para frenarme—. ¿Por qué eres tan pesimista?

—Soy realista, amigo. No va a dejar pasar esta oportunidad. Machacar a otros dos pringados. Someternos, humillarnos delante de todos. —Le miro a los ojos—. Y esa es la clave. Delante de todos. Se ha encargado de que toda la clase, y seguramente más clases, lo sepan. Lo han pregonado por ahí, como una función para espectadores escolares, como un espectáculo sangriento.

Yuval no dice nada. Me mira. Ahora mismo sus ojos son la definición de miedo. Respira más acelerado. No le culpo, es normal.

—¿Espectáculo sangriento? —responde—. ¿Crees que la cosa llegará a tanto?

—Probablemente —le digo encogiéndome de hombros—. Con todos los chicos y chicas que estarán mirando, querrá dejarlo claro, de forma contundente y brutal. Pegarnos hasta que le supliquemos que pare. Que todo el mundo nos vea llorar, vencidos y humillados.

Vuelvo a caminar, dirigiéndome hacia el parque de arena, intentando mantener un ritmo relajado y pausado. Yuval se ha quedado rezagado, pensativo. Unos segundos después escucho sus pasos a mis espaldas.

—¿Y ese es tu plan? —me suelta—. ¿Que nos machaque delante de todos hasta que le supliquemos que pare? ¡Joder! ¿Por qué coño no hemos salido corriendo de clase?

—No tengo un plan —le contesto. Me giro hacia él—. Lo que tengo claro es que no voy a salir huyendo. Eso nunca. Solo sería retardar un día más lo inevitable. Y mañana estaría en las mismas, pero con la etiqueta de cobarde.

Le escucho resoplar, pero no responde. Se pone a mi altura, resignado. Seguimos caminando los cincuenta metros que separan el patio principal del patio exterior. Atravesamos la arboleda. Ya puedo escuchar el murmullo del público, de todos los chicos y chicas que esperan la pelea. Entretenimiento, diversión y risas. Puñetazos, sangre y morbo.

Cuando giramos hacia el parque de arena, vemos un nutrido grupo de espectadores. Calculo que habrá unos cuarenta o cincuenta. La gran mayoría son chicos, pero también veo algunas chicas entre los asistentes. Querrán comprobar que el nuevo, el malote que ha venido de otro colegio, el espalda plateada, está en plena forma. Observo que el público ha formado un semicírculo en el parque. En el centro está Moshe, sonriendo, y un metro detrás de él, los cuatro babosos que lo acompañan siempre. Su séquito de buitres carroñeros. Cobardes uno a uno, pero que se sienten fuertes bajo el ala del macho alfa. Un semicírculo de espectadores en un parque de arena, con una bestia en el centro, escoltada por cuatro matones, esperando la llegada de sus adversarios. Mejor dicho, de sus víctimas. Me viene a la mente la imagen de una película de gladiadores; resulta surrealista pasar por esto por culpa de un payaso que quiere dejar claro quién manda ahora en el colegio.

Caminamos los últimos cinco metros y pisamos la arena. Moshe se gira un poco para decir algo a sus matones. Ellos se ríen a carcajadas. El gorila nos mira, sin dejar de sonreír, golpeando un puño contra la palma de su otra mano. «Has visto demasiadas películas», pienso sin dejar de sostenerle la mirada. Se podría decir que yo he visto alguna de sus «películas», porque lo he visto pelearse por lo menos cinco veces. Cinco palizas a chicos que ni siquiera se habían metido con él. Moshe siempre usa la misma

táctica: intimidar con cualquier bravuconada mientras se acerca a su objetivo. Se queda a menos de medio metro, callado, sonriendo mientras saborea el pánico de su víctima. Tras varios segundos así, lo agarra del pecho con ambas manos y le propina una patada con la pierna derecha que lo estampa contra el suelo. Y ya después, se echa sobre él y lo machaca a puñetazos. Ojos hinchados, labios partidos, dientes sueltos, narices rotas. El historial médico de sus víctimas crece semana tras semana. Y parece que el de Yuval y el mío tienen muchas opciones de sumarse a esa lista.

Moshe comienza a acercarse. Está mirando a Yuval. Escucho a mi amigo tragar saliva.

—Creo que empezaré con el puto enano. Cuando le arranque los dientes me pondré contigo —dice señalándome.

Lo de siempre, la bravuconada mientras camina hacia nosotros. Noto la respiración de Yuval muy acelerada. Trata de hablarle, supongo que intentando calmarle, pero no es capaz de formar una frase. Sus palabras son una secuencia de fonemas llenos de miedo y angustia.

—Mo… Moshe… yo… nosotros… no…

Moshe ya está a menos de dos metros de mi amigo. No voy a dejar que avance más. Ahora soy yo el que intenta formar una frase.

—Eh, payaso. Dicen que tus padres te trajeron a nuestro colegio porque no quedaban jaulas libres en el zoológico.

Bueno, ya está dicho. A tomar por culo. Es lo primero que se me ha ocurrido. He improvisado, no tengo un plan. Pero parece que eso ha captado su atención porque se frena y me mira a los ojos. Escucho risas entre el público y algún que otro «¿ha dicho eso? ¿en serio?». Sé que eso no ayudará a calmar la furia de la bestia. Al contrario, la habrá alimentado. Además, hoy tiene público. Y noto al público con ganas de sangre.

Moshe me sigue mirando. Su cara se está poniendo roja por momentos. Sonríe. Cambia su trayectoria para ponerse delante de mí. Dos metros. Un metro.

—Estás muerto, hijo de puta —me dice con una rabia que no le había visto nunca. También es verdad que nadie antes le había dicho algo así—. Te voy a destrozar.

CAPÍTULO 12

Se acerca un poco más y estira sus brazos. Me agarra del pecho. Ya conozco su secuencia: lo siguiente será la fuerte patada a modo de barrido para tirarme al suelo y destrozarme. Pero eso hoy no va a ocurrir. Aprovechando que tiene las manos ocupadas agarrando mi camiseta, le lanzo un cabezazo brutal. He puesto todas mis fuerzas. Escucho un crujido y lo veo caer de espaldas. Se lleva las manos al rostro. Creo que ha sido la nariz porque ya sangra como un cerdo. Como lo que es, vaya. De fondo se oye un «ohhh» entre los asistentes. No sé si de sorpresa o de decepción. Igual hasta se habían hecho apuestas, a saber. Me giro hacia Yuval y lo veo echar a correr, huyendo como alma que lleva el diablo. Seguramente piensa que King Kong se levantará aún más cabreado. No le culpo. Pero yo hoy no voy a correr. Si he llegado hasta aquí es para no echarme atrás. Cuando me vuelvo a girar, noto un puñetazo en mi cara. Ha sido Daniel, uno de los matones de Moshe. Se han acercado al ver caer a su líder y han aprovechado el momento en que me he girado cuando he visto correr a Yuval. Intento recomponerme del puñetazo, pero otra patada de uno de ellos hace que me tambalee. Doy un pequeño traspié. Otro puñetazo más, en la sien, por la espalda. Caigo a la arena. Mal asunto. Siento cómo se me echan encima y me empieza a caer una lluvia brutal de patadas y puñetazos. Trato de encogerme en el suelo, haciéndome una bola, protegiéndome la cabeza con los brazos. En esa posición, entre patadas que me golpean por todo el cuerpo, consigo ver que Moshe todavía está en el suelo. Está sentado, aturdido, con toda la cara, el cuello y la camiseta llena de sangre. Bueno, al menos no podrá decir que fue él quien me dio la paliza. Una patada en la cabeza me hace temer lo peor. Si esto no para, en el mejor de los casos me veo pasando

varios días en el hospital. En el peor me veo en una caja de pino. «Una pelea entre chavales que se fue de las manos». Eso diría el director del colegio a los periódicos. Quizás hasta saldría en las noticias locales por televisión. Las patadas y los gritos siguen. Tengo miedo de perder la consciencia y dejar mi cabeza completamente desprotegida. Tengo la mirada borrosa, y ahora veo puntitos negros que se mueven por mis ojos. Cuando los cierro y aprieto los dientes, escucho la voz. Un hombre, gritando. Las patadas cesan.

—¡Parad, parad de una vez! ¡Lo vais a matar!

Unos segundos después, unas manos se apoyan en mi espalda.

—¿Estás bien, chico? Anda, arriba, yo te ayudo.

El hombre me ayuda a sentarme en el suelo. La cabeza me da vueltas. Me duele todo. Giro el cuello hacia la derecha y veo la imagen borrosa de los cuatro bastardos ayudando a Moshe a salir del parque. Escucho a uno de ellos gritándome:

—¡Estás muerto, Shemesh! ¡Esto no va a quedar así!

El hombre les increpa y luego se dirige a mí. Apoya una mano en mi hombro.

—Vaya paliza, chico. ¿Así os divertís los chavales hoy en día?

No contesto, pero otra voz aparece en escena. Es la voz de Yuval.

—¿Divertirnos? Esos mierdas se dedican a dar palizas. Básicamente se divierten ellos.

Trato de enfocar la mirada. Distingo su silueta, borrosa, entre una bruma mental de la que me cuesta salir. Cojo aire. Me duele el ojo derecho y noto cómo el labio inferior se me hincha por momentos. Creo que me lo han partido. Noto en mi boca el sabor metálico de la sangre. Me paso la lengua por los dientes. No hay huecos, no parece que falte ninguno. Me llevo una mano a la nariz. Parece que está en su sitio.

—Ari, ¿estás bien? —me dice Yuval.

—Creo que habría que llevarle a un hospital para que le curen. Ese labio no tiene buena pinta, y el ojo… no sé yo —dice el hombre.

Me sujeto al hombro de Yuval y me incorporo poco a poco. Enderezo la espalda entre gestos de dolor. Me duelen las costillas. Espero que no haya ninguna fracturada.

—No, no —consigo decir. Escupo sangre y arena—. No hace falta ir al hospital. Estoy bien.

—¿Bien? ¿Te has visto la cara, chico?

Ya consigo enfocar algo mejor la vista. Parece que la bruma se va disipando. Es un hombre de unos cincuenta años, delgado y con el pelo canoso. Miro a Yuval. Hace una mueca.

—Lo siento, Ari. Salí corriendo, es verdad, pero fue para buscar ayuda. Lo juro.

Asiento. No me quedan fuerzas ni para discutir.

—Sí, bueno. —Miro hacia la derecha. Por allí hay una fuente. Observo que ya se ha ido casi todo el mundo. Se acabó la diversión. Queda media docena de chavales, alguna chica entre ellos. Se habrán quedado para ver si esos bestias me han matado o simplemente me han dejado lisiado—. La fuente, vamos a la fuente —digo finalmente.

—Sí, un poco de agua fresca te vendrá genial —afirma Yuval.

Me ayudan a llegar hasta la fuente entre los cuchicheos de los cotillas, que pronto se alejan en dirección opuesta. Yuval pulsa el botón y meto la cabeza bajo el chorro. El agua fría me despeja. Doy un trago, me enjuago y escupo un rastro sanguinolento. Me toco el labio: está deforme. El ojo derecho empieza a cerrarse del todo. Me inclino para meter la cabeza bajo el chorro de agua fría. Estoy así un par de minutos, con Yuval manteniendo pulsado el botón del grifo. Quiero que el agua fría reduzca un poco la inflamación del ojo y del labio. Me duele el costado, pero menos que antes. Igual tengo suerte y no hay nada roto. El hombre se despide de nosotros, no sin antes recomendarnos denunciar a los agresores y pasar por un hospital. Le digo que lo pensaré. Ni de coña. Prefiero lamer mis heridas y no recurrir a la policía. Y si mañana ese payaso vuelve a amenazarme, le volveré a reventar la nariz. A ese imbécil van a tener que clavarle un clavo entre los ojos para poder sujetar las gafas cuando las necesite. Como me llamo Ariel Shemesh que le vuelvo a reventar la puta nariz. Se me escapa una carcajada al imaginarme la situación. Yuval deja de presionar el botón.

—¿De qué coño te ríes?

—Nada, cosas mías —respondo mientras me separo de la fuente. Me siento mejor. El agua fría me ha revitalizado—. Venga, vamos a dar una vuelta.

Mientras caminamos hacia la salida del parque, noto a Yuval incómodo. Como si le costase hablar, como si no se atreviera a decirme algo.

—Ari, de verdad, tío. Lo siento. Te has metido en este lío por mi culpa y…

—No fue tu culpa —le corto—. Es un imbécil. Y punto. Se metió contigo y yo simplemente traté de defenderte. Soy tu amigo, ¿recuerdas? Además, cualquier otro día me iba a tocar a mí ser su víctima. —Chasqueo la lengua—. Digamos que solo he acelerado ese proceso.

—Lo de salir corriendo, Ari… en serio, he pensado en buscar ayuda, te lo prometo, en cuanto he visto a ese hombre he…

—Déjalo ya, Yuval. Bien hecho, ese hombre los ha espantado. No des más vueltas al tema.

Sé que se siente mal, Yuval siente que ha actuado con cobardía. Yo sé que ha huido por instinto, por supervivencia, pero también es verdad que ha buscado ayuda para minimizar los daños. Es mi amigo, y le quiero tal y como es. Con sus cosas buenas y con las menos buenas.

—Tengo algo suelto. Te invito a un helado, Ari.

Quiero que se sienta bien. No voy a rechazar su oferta.

—De pistacho, Ari, tu sabor preferido. El viejo Zacarías tiene los mejores helados de pistacho de Tel Aviv.

Lo dicho, no voy a rechazar su oferta. Y menos si es un helado de pistacho.

CAPÍTULO 13

Caminamos por la avenida Ibn Gabirol, junto al parque Yarkon. La tienda de chucherías de Zacarías está a unos quince minutos de aquí.

—¿Crees que mañana tendremos el mismo problema? —me pregunta.

Sigue dándole vueltas al asunto de Moshe. Me encojo de hombros.

—No lo sé. Puede ser. Lo sabremos mañana.

—Moshe estará muy cabreado. Lo has noqueado delante de mucha gente.

—Sí, seguramente estará furioso. Pero también se lo pensará dos veces. No tiene otra nariz de repuesto —respondo llevando una mano a la mía.

—Joder, Ari, no sé cómo puedes estar tan tranquilo.

—Estar nervioso no sirve de nada. No sabemos lo que ocurrirá mañana, o pasado. ¿Por qué amargarme el día si no sé qué pasará? —Niego con la cabeza—. No, ya pensaré en ello cuando llegue el momento, si es que llega.

Observo cómo me mira. Asiente y sonríe.

—Joder, te han dejado la cara como un mapa.

Le devuelvo la sonrisa.

—Sí. Pero un mapa con una nariz preciosa. Una nariz que puede oler helados de pistacho. Ese bastardo va a estar semanas sin saber a qué huele su propia mierda.

Suelta una carcajada. Seguimos caminando. Desde la acera por donde vamos observo a personas paseando por el interior del parque. Hay madres empujando carritos de bebés, gente haciendo

jogging, varios niños jugando con una pelota. De repente, me paro y señalo hacia allí.

—¿No es esa la bicicleta de Asaf?

Yuval desvía su mirada siguiendo la dirección de mi dedo.

—¿La que está atada a la farola? Sí, es la suya. Fíjate en la pegatina del sillín. —Se gira hacia mí—. ¿Quieres que vayamos a buscarle? Seguramente estará en la zona del estanque. Muchas chicas de quinto curso pasan la tarde allí. Estará intentando ver alguna braga.

Sigo mirando la bicicleta. Observo los alrededores. Ni rastro de nuestro amigo Asaf. Sonrío.

—No, tengo una idea mejor —respondo mientras me encamino hacia la farola. Yuval sigue mis pasos.

Al llegar a la farola, vuelvo a asegurarme de que nuestro amigo no se encuentra a la vista. Unos setos cuadrados, bien recortados, nos ocultan de miradas indiscretas. Me agacho junto a la bicicleta e hinco una rodilla en el suelo. Me llevo una mano a mi zapatilla derecha. Son de tipo botín con punta de goma, de las que ocultan prácticamente todo el calcetín. Levanto un poco el bajo del pantalón y meto la mano por dentro del calcetín. Saco mi navaja suiza, la que me regaló papá por mi cumpleaños. Modificada por él mismo. Papá incorporó unas ganzúas en ella. Yuval observa la navaja.

—Joder, Ari. ¿Vas con una navaja encima? —Se queda pensativo y suelta—: Podrías haberla usado con esos cabro…

—Ni lo pienses —le corto—. Lo primero, es una pequeña navaja a modo de minicaja de herramientas, no vale como arma blanca. —Le miro con gesto serio—. Lo segundo, si mi padre se entera de que amenazo a algún chico con esto, más me vale ponerme a rezar.

Asiente. Yuval conoce a mi padre. Sabe que Jacob Shemesh no toleraría algo así. Señala la rueda de la bicicleta.

—¡Qué cabrón! ¿Vas a pincharle la rueda? —me pregunta con media sonrisa en su rostro—. ¿Por lo que te hizo con la mochila?

Empiezo a hurgar en el candado.

—No, mejor todavía. Se la voy a devolver con la misma moneda.

—¿Y cómo piensas hacerlo? Él te escondió la mochila. La subió a las ramas de un árbol.

Asiento con la cabeza mientras sigo girando la ganzúa a un lado y otro, buscando el punto exacto.

—Eso es lo que voy a hacer —respondo—. Anda, busca un árbol que se pueda trepar.

Unos segundos después escucho un *clic* y el mecanismo cede. Suelto la bicicleta de la farola y Yuval señala el candado.

—¿Quién te ha enseñado a hacer eso?

—Mi padre —contesto mientras guardo la navaja en el calcetín—. ¿De qué sirve un regalo así si no saber usarlo?

Caminamos unos treinta metros hacia la izquierda, llevando la bicicleta y la cadena con el candado. Nadie se ha percatado de nuestro pequeño hurto al patrimonio de Asaf «el gracioso».

—¡Mira, ese podría valer! —dice Yuval señalando un árbol.

Lo observo. Es lo suficientemente alto y fuerte. Compruebo que acceder a las primeras ramas no es tan complicado.

—Muy bien, ayúdame. Sujeta la bicicleta.

Trepo hasta la primera rama. Es gruesa, aguanta mi peso perfectamente.

—Anda, pásamela.

Yuval levanta la bicicleta hacia mí. La sujeto por la rueda delantera y la elevo mientras mi amigo me ayuda empujándola hacia arriba.

—Bien, ya la tengo.

Consigo colocar la bici sin caerme. La he encajado entre dos ramas y he candado la rueda a una de ellas.

—¿Con el candado, Ari? —Escucho decir a Yuval—. Joder, eso sí es putada gorda.

Me cuelgo de la rama y salto al suelo. Miro hacia arriba y sonrío, satisfecho con el trabajo. No está completamente oculta entre las hojas, pero puede valer. Asaf «el gracioso» entenderá que con Ariel Shemesh no se juega.

—La venganza es un plato que se sirve frío —respondo poniendo una voz grave, de actor malo.

Yuval suelta una carcajada. Se gira hacia el otro lado.

—¿Qué distancia crees que habrá desde aquí hasta su casa?

—Umm… no lo sé. ¿Dos kilómetros? —respondo mirando al norte, en la dirección del barrio de nuestro amigo.

—Buen paseo —dice soltando una risita—. Para bajar el calentón después de haber visto un par de bragas.

—Muy saludable para las piernas, dicen. —Me miro el pantalón—. Y seguramente para su entrepierna también.

Más carcajadas. Yuval me echa el brazo por encima del hombro.

—Venga, vamos. El helado de pistacho. Te lo has ganado.

CAPÍTULO 14

La tienda de Zacarías está en una calle junto a una plaza con columpios para niños pequeños. El viejo vio el negocio. Columpios, niños pequeños, chucherías, madres, dinero. Una secuencia que nunca falla. Lo que comenzó hace años como una pequeña tienda de chucherías, con unas pocas golosinas y refrescos, fue creciendo hasta lo que es hoy en día. El viejo compró el local de al lado y aumentó notablemente su catálogo de productos azucarados para niños que no entienden de glucosa, grasa, colorantes y diabetes. Ni los niños ni sus madres. Y no solo eso, lo mejor de todo es el mostrador con helados artesanos que montó en la zona derecha de la tienda. Y ya puestos, lo mejor del mostrador, después del helado de pistacho, es la dependienta: la nieta de Zacarías. Dieciséis años y un cuerpo, con sonrisa incluida, que nos hace temblar las piernas a los de catorce. El viejo vio el negocio.

Miramos a ambos lados antes de cruzar la carretera. Que haya un semáforo en verde para peatones no significa que no pueda atropellarnos un despistado con mucho estrés y todavía más prisa. Esto es Tel Aviv, no un pequeño pueblo de las afueras. Mientras caminamos por el paso de cebra, veo venir a lo lejos una furgoneta negra, pero viene a una velocidad prudencial. Incluso lenta, diría yo, para lo que es esta avenida. El reflejo del sol en la luna delantera me hace apartar la mirada, pero diría que es la misma furgoneta que he visto en el parque, tras subir la bici de Asaf al árbol.

Llegamos a la otra acera y Yuval entra a la tienda de Zacarías, directo al mostrador de helados artesanos. Yo me giro. La furgoneta negra pasa de largo. Me quedo mirando cómo gira a la derecha y desaparece tras un bloque de viviendas, por una de las avenidas principales de la ciudad. Suspiro. Creo que el asunto de Moshe me

está produciendo jugarretas mentales. Supongo que todavía tengo la adrenalina en un nivel por encima de lo normal.

Veo la cabeza de Yuval asomar por la puerta.

—¿No entras, Ari?

—No tengo que elegir. Ya lo sabes. Pistacho.

Hace una mueca.

—Escote, escote —dice con voz de retrasado mental y los ojos bizcos. Vuelve a su voz normal y se señala la cabeza—. Que no lo pillas. Ya te digo yo que la paliza te ha dejado un poco tonto.

Me río. Tiene razón. No por lo de la paliza y mi supuesta tontera. Siempre hemos dicho que entrar en la tienda de Zacarías merece la pena, aunque salgas sin helado. Los modelitos que lleva la nieta no dejan mucho para la imaginación. Según Asaf «el gracioso», ese escote es lo más goloso de toda la tienda. Yo casi estoy seguro de que los modelitos los elige Zacarías. El viejo vio el negocio.

Elegimos helado entre susurros y risitas. Yo, como siempre, pistacho. Yuval, como siempre, el que más alejado está de ella, el que la hace estirarse e inclinarse más. A él casi le da igual el sabor. Entre los amigos tenemos la broma de que el helado preferido de Yuval es el de sabor escote. Salimos de la tienda entre risas, a lo nuestro, chupando los helados. Caminamos por la acera unos veinte pasos. Si me hubiera dejado guiar por la intuición, si me hubiera quedado fuera o si Yuval no me hubiese tentado con el escote, nada de esto habría pasado. Pero cuando un vehículo frena a nuestro lado y oigo el estruendo de un portón lateral, ya es tarde. La furgoneta negra. Tres encapuchados que, entre forcejeos y sin miramientos, nos meten dentro. Una mano callosa me tapa la boca, me ponen una capucha negra en la cabeza. Lo último que ven mis ojos antes de que se cierre la puerta son nuestros helados en el suelo.

CAPÍTULO 15

Todo ha ocurrido muy rápido. Tengo la adrenalina a mil y me cuesta respirar. Noto de nuevo el sabor metálico de la sangre. No han tenido cuidado con mi labio partido al taparme la boca para que no grite. El agobio la tela negra aumenta. También me han atado las manos a la espalda con unas bridas de *nylon*. Demasiado prietas. El plástico se me hunde en la carne y el dolor es constante. Escucho los sonidos angustiosos de Yuval. Sus gritos no suenan a gritos, son murmullos ahogados. También a él le están tapando la boca. Me gustaría decirle que deje de chillar, que no malgaste fuerzas que quizás necesitemos más adelante. Nos han secuestrado y eso hay que asumirlo. Trato de tranquilizarme y me concentro en el recorrido que está haciendo la furgoneta mientras me imagino el plano de ese sector de la ciudad en mi cabeza. En la primera intersección ha girado a la derecha y las dos siguientes a la izquierda. No van rápidos, tratan de respetar los límites de velocidad para no llamar la atención de la policía. La furgoneta para, sin apagar el motor. Un semáforo, claro. Según mis cálculos, deberíamos estar en la avenida Dizengoff. Aprovecho esos segundos de parón para tratar de respirar con calma y tranquilizarme. Han visto que yo no grito y ya no hay una mano presionando mis doloridos labios. Necesito pensar con más claridad. Tres han sido los hombres que nos han metido dentro. Antes de que me pusieran la capucha, he podido ver fugazmente al conductor y a un copiloto. Me ha parecido que llevaban gorra y gafas. Imposible distinguir sus rostros, ni el de ninguno de los otros tres. Maldigo en silencio. Pero hay una cosa que me ha llamado la atención. Y me ha erizado el vello de la nuca. Los he escuchado hablar en árabe. Eso no es bueno. Nada bueno. Porque no soy tonto. Yo sé en qué trabaja mi padre.

CAPÍTULO 16

Pensé que sería capaz de adivinar la dirección que hemos tomado, la ubicación aproximada donde finalmente la furgoneta ha aparcado y apagado el motor. Qué iluso, ha sido imposible. Han sido demasiados giros y desvíos dentro de la ciudad y calculo que unos cuarenta minutos de recorrido. Durante los últimos siete u ocho minutos hemos ido por una carretera secundaria. Lo sé porque he sentido un cambio en el asfalto y también por el escaso tráfico que he escuchado. Yuval ha estado gimiendo y sollozando durante todo el recorrido. Él también ha entendido la gravedad de la situación. Los árabes no han cruzado casi ninguna palabra durante el trayecto. Algunas instrucciones sueltas del copiloto al piloto: «a la izquierda», «por la derecha», «no tan rápido». Aún no hablo árabe con fluidez, pero soy capaz de comprenderlo todo. Papá insistió en apuntarme a clases con siete años. Yo me resistí, pero mamá no se negó. Lo que no entendí en su momento ahora sí.

Escucho cómo se abre el portón lateral y unas férreas manos me agarran de los brazos. Me sacan fuera y me conducen unos treinta pasos antes de parar. Oigo el sonido de una puerta metálica al abrirse. Entramos. Escucho a Yuval a mis espaldas: «¡No! ¡Por favor, por favor! ¡Es un error! ¡Os habéis confundido! ¡Yo no…!». Una voz le ordena callar. Yo sé que no se han confundido. Nos estaban siguiendo. Seguramente desde la salida del colegio. Quizás hasta hayan visto la paliza, a lo lejos, sonriendo. Se me pone la carne de gallina pensando en la que nos puede esperar en unos minutos. No como la de Moshe y sus matones, no una de chavales. Una de hombres de verdad. Hombres expertos en hacer hablar a rehenes. Porque no soy tonto. Yo sé en qué trabaja mi padre.

Nos conducen por el interior de ese lugar. Nuestras pisadas hacen eco. Tiene que ser bastante amplio, y de techos muy altos. Algo parecido a un pabellón industrial. Puede que uno abandonado donde llevan a sus víctimas para torturarlas, hacerles hablar, pegarles un tiro en la nuca y enterrarlas en un descampado solitario que seguramente habrá detrás. Noto cómo mi corazón se acelera. Mi respiración es más agitada. Me maldigo a mí mismo por dejar que esos pensamientos tomen el control de mi mente. Si entro en ese bucle no voy a ser capaz de pensar con un mínimo de claridad. Nos paramos. Abren una puerta y nos obligan a sentarnos en el suelo, con la espalda contra una pared. Escucho cómo se cierra la puerta, con llave. Oigo la respiración de Yuval a mi lado. Una respiración agitada, angustiosa. Está llorando. No escucho a nadie más junto a nosotros. Dejo que pasen un par de minutos así, en silencio. Parece que nos han dejado solos.

—Yuval, trata de tranquilizarte —le digo en voz baja. La capucha es asfixiante.

—¿Tranquilizarme? —me responde entre sollozos—. Nos van a matar, joder.

—Eso no lo sabemos —le miento—. Y habla más bajo.

Él sigue sollozando un rato.

—Sí lo sabemos, Ari. Es por nuestros padres, ¿verdad?

Él también se lo ha imaginado. Nuestros padres trabajan juntos. Creo que el de Yuval es experto informático, y seguramente sabrá cosas que interesan a los árabes. No voy a mentirle, no en estos momentos.

—Sí, Yuval. Supongo que es por nuestros padres.

Escucho su respiración, acelerada y llena de agobio.

—Eso que hablaban… era árabe, ¿verdad? Tú entiendes árabe, Ariel. ¿Qué coño quieren? ¿Qué…?

—*¡Chist!* —le corto. Los nervios le están haciendo levantar la voz —. Habla más bajo —le digo en un susurro—. Son árabes, sí. Y no han dicho nada sobre nosotros. Simplemente instrucciones para llegar aquí.

—Joder, los putos árabes. Dios, nos van a matar.

Suspiro. Trato de que sus pensamientos no me afecten, que no me hagan caer a las profundidades del pozo anímico donde se está ahogando mi amigo. Intento pensar con claridad. Mi sentido común me dice que nos dejarán aislados un buen rato, para que nuestra angustia crezca, para alimentar nuestro miedo, para que nosotros mismos nos desanimemos el uno al otro. En ese estado de miedo y desolación, nos sacarán la información que quieren. Después de eso, ya no les serviremos para nada, solo seremos cabos sueltos que eliminar.

—No nos van a matar, Yuval —le miento—. Quieren sacarnos información.

—¿Información? —responde con un gallo en su voz—. Yo no sé…

—No información nuestra —le corto—. De nuestros padres. Querrán saber datos personales, dirección de domicilios, vehículos, matrículas… Todo lo que podamos decirles.

Se queda en silencio unos segundos. Pensativo. Me imagino su corazón a punto de salírsele del pecho. De su boca salen unos pequeños gemidos. Sigue sin ser capaz de procesar lo que está pasando. Sé que las siguientes palabras serán duras, sé que serán un choque de frente contra la realidad, pero también sé que son imprescindibles.

—Yuval, tienes que prometerme algo.

No dice nada. Se sorbe los mocos.

—Yuval, cuando venga esa gente, prométeme que no saldrá una palabra de tu boca. Tratarán de sacarnos esa información, nos hablarán en nuestro idioma, nos darán esperanzas, te dirán que te dejarán libre, que solo necesitan saber eso. —Hago una pausa. Cierro mis ojos dentro de la oscuridad de la capucha. A mi mente vienen imágenes de puñetazos, de un hierro incandescente en mi piel, de pinzas de electroshock por mi cuerpo, de gritos y llantos. No puedo dejar que mi imaginación tome las riendas ahora. Cojo aire y lo suelto lentamente—. Yo no voy a decir nada, Yuval. No va a salir una palabra de mi boca. Pase lo que pase. Prométeme que tú harás lo mismo.

Yuval no dice nada. El silencio como respuesta no me vale. Aprieto los dientes.

—¡Júralo, Yuval! —le digo en un tono más alto de lo que me hubiera gustado.

—Lo juro —contesta entre llantos.

Cierro los ojos. Tengo lágrimas acumuladas en ellos. La lástima que siento por mi amigo es mayor que mi propio miedo.

—Por tu hermana, Yuval. Júramelo por Judith.

Su hermanita pequeña. Lo que más quiere en este mundo. Me siento sucio por recurrir a semejante chantaje emocional. Me maldigo por tener que llegar a ese punto. Le escucho sollozar más intensamente.

—Por mi hermana. Lo juro —consigue decir entre llantos ahogados.

Aprieto los dientes y asiento con la cabeza. Realizo varias inspiraciones profundas para tratar de tranquilizarme, para ver si desaparece la opresión que siento en el pecho. Tengo una idea. No es un plan, ni sé lo que haré después, pero necesito actuar rápido. Ya iré pensando sobre la marcha.

—Escucha, Yuval. Voy a intentar cortar mis bridas con la navaja —le susurro—. Me soltaré y te soltaré a ti.

—¿Y después? —me pregunta. Buena pregunta.

—Después ya veremos —respondo. No tan buena respuesta.

Cambio de postura y me pongo de rodillas. En esa posición me siento sobre mis talones para que mis manos puedan llegar a mis tobillos. Mis dedos hurgan como pueden en el calcetín derecho. Las bridas no me dejan casi margen de movimiento para las manos. Se clavan en mi piel, casi cortando la circulación. Aprieto los dientes por el dolor que siento en esa postura forzada de las muñecas. Consigo coger la navaja entre la punta de los dedos índice y medio. La voy sacando del calcetín, con mucha dificultad, luchando centímetro a centímetro. Ya casi está fuera. De repente, noto cómo se desliza entre mis dedos y cae al suelo. Se me hiela la sangre.

—¡Joder!

—¿Qué ha pasado, Ari?

—Nada, tranquilo —le miento—. Dame unos minutos. Respira, Yuval, trata de tranquilizarte.

Con la capucha no veo absolutamente nada. Me voy girando en una postura muy forzada, tratando de que mis dedos, rozando el suelo, vuelvan a contactar con la navaja. No puede haber ido muy lejos. Sigo moviéndome, notando el áspero suelo de cemento en las yemas de mis dedos. Nada, no consigo dar con ella. La angustia crece poco a poco. El corazón, que parecía haberse tranquilizado, empieza a galopar de nuevo. De repente, mi zapatilla choca con algo. Me quedo quieto, calculando la posición de mi pie. Muevo mi cuerpo para llevar mis manos hacia ahí. La puedo tocar. Me inclino todo lo que puedo para poder cogerla entre mis dedos.

—¿Cómo vas? ¿Puedes soltarte?

—Espera, paciencia. No es fácil, lleva su tiempo —le contesto girando mi cabeza hacia él, como si pudiera verle.

Me vuelvo a colocar de rodillas, buscando la postura más cómoda para manejar mis manos. Sujeto la navaja con la mano derecha y me ayudo de la izquierda para desplegar el filo. La agarro por el mango y comienzo a rozar el acero contra el plástico. Me felicito por haberla afilado en su momento y no confiar en cómo vienen de fábrica. esas multiusos no cortan nada. Papá me enseñó a afilarla. Un par de minutos y la brida se parte. Mis muñecas agradecen la liberación de semejante presión. El dolor estaba siendo insoportable. Me quito la capucha. Mis ojos reaccionan cerrándose al contraste de la luz, pero se adaptan en cuestión de segundos. Estamos en una estancia pequeña, una especie de sala que hace de pequeño almacén. Hay una ventana en la pared de la derecha. Veo trastos acumulados en una esquina. Varias sillas de plástico sucias, amontonadas una sobre otra, el cubo de una fregona y una caja de cartón con un espejo de baño roto y lo que desde mi posición parecen cosas viejas e inservibles. Me giro hacia Yuval. Sigue sentado, apoyado contra la pared, con la capucha en la cabeza y las manos a la espalda. Me fijo en la mancha oscura de sus pantalones. Se ha meado encima. No voy a hacer ningún comentario sobre ello. Me acerco y me agacho junto a él.

—Ya me he soltado, Yuval —le susurro—. Tranquilo, voy a cortar tus bridas y trataremos de salir de aquí. Hay una ventana, intentaré…

—Ariel —me corta todavía con voz angustiada—. Prométeme que acabaremos juntos. Que salgamos o no de esta, lo haremos juntos.

—Sí, tranquilo, Yuval —le digo mientras me inclino buscando sus muñecas.

—Júramelo. Por tu familia —responde con la voz rota por la tensión—. Júramelo por tu madre y por tu padre.

Me quedo quieto y pongo una mano en su hombro. Suspiro, asiento y digo:

—Te lo juro, Yuval.

Veo cómo su capucha se mueve, asintiendo entre pequeños sollozos. Y, de repente, antes de que el filo de mi navaja toque sus bridas, escucho voces y pasos al otro lado de la puerta. Se acercan al menos dos hombres. Noto un escalofrío por la espalda y mi corazón a punto está de pararse. Me aparto de Yuval, no sé si me dará tiempo a lo que quiero hacer antes de que se abra la puerta. Unos segundos después, tras el ruido de un cerrojo, la puerta se abre.

CAPÍTULO 17

Me ha dado tiempo. Cuando se ha abierto la puerta yo también estaba sentado contra la pared, con la capucha y las manos en la espalda. Me he sentado sobre las bridas rotas para ocultarlas. El corazón me late con fuerza. A Yuval se le escapa un lamento y unas palabras entrecortadas que no consigo descifrar. Está muerto de miedo. Una de las voces habla en árabe. Lo he entendido. «Empecemos por este de aquí». Lo están agarrando, llevando a rastras hacia la puerta. Oigo gritar a Yuval. Lucho con todas mis fuerzas contra el instinto de saltar a por ellos con mi navaja. Eso sería nuestra perdición. No. Mantengo la sangre fría y no me muevo. Si han dicho eso y lo están arrastrando es porque quieren sacarlo de aquí para interrogarlo en otro lugar. Primero uno, luego el otro. Para comprobar si nuestras respuestas coinciden, para que uno no pueda condicionar al otro. Nos separan para que la sensación de aislamiento y el no saber qué le está sucediendo al otro ayude a doblegarnos mucho antes.

—¡Noooo! ¡Por favor, noooo! —grita Yuval—. ¡Ariel, ayúdame! ¡Ariel!

Aprieto los dientes y cierro los ojos. Noto lágrimas en ellos. Lágrimas de desesperación, de furia, de impotencia. Pero me quedo quieto. No respondo. Lo siento, Yuval. Lo siento mucho. La puerta se cierra y le sigue el sonido del mecanismo de la cerradura. Los oigo alejarse por el pasillo. Yuval sigue gritando, llorando. Resuenan en mi cabeza sus últimas palabras, las últimas que yo he escuchado de su boca. Ha sido mi nombre, pidiéndome ayuda. Y me he quedado quieto, sin reaccionar. ¿Qué ha podido pensar mi amigo de mí? Niego con la cabeza. No. No puedo dejar que esos pensamientos tóxicos bombardeen mi cerebro. Realizo cinco inspiraciones

profundas. Necesito despejar mi mente. Me obligo a mantenerme en la misma posición, sin moverme, sin quitarme la capucha. Cuento mentalmente hasta cien mientras me concentro en escuchar con atención. ¿Quién me dice que no se ha quedado conmigo uno de ellos, en silencio y sin moverse para ver mi reacción? Solo me moveré si no escucho absolutamente nada, ni un roce en el suelo, ni una respiración que no sea la mía en esta sala. Tras el conteo, y sin haber escuchado ni sentido algo que pudiera delatar la presencia de alguno de los árabes, decido moverme, con cuidado. Me subo la capucha y respiro aliviado al ver que estoy solo. Me incorporo y me giro a la derecha. La ventana, tengo que tratar de salir por la ventana. No es muy grande, pero lo suficiente para poder salir a través de ella. El cristal es uno de esos translúcidos, que dejan pasar la luz, pero que no permiten distinguir claramente lo que hay al otro lado. Cojo una de las sillas apiladas y la coloco bajo la ventana. Me subo en ella y giro la manilla con fuerza. Está atascada y casi caigo de la silla al hacer el esfuerzo. Pruebo de nuevo, esta vez con más fuerza. Noto el sudor en mi frente y cómo la camiseta se va pegando a mi espalda. La manilla cede un poco pero no lo suficiente. Aprieto los dientes y pongo toda mi alma en el siguiente tirón. El mecanismo chirría y la hoja se abre con el lamento sonoro de haber estado cerrada demasiado tiempo. Me giro y miro hacia la puerta, esperando escuchar pasos al otro lado, pensando que esa ventana puede haberme traicionado. No escucho nada. Respiro aliviado. Abro la hoja lentamente procurando no hacer ruido, pero lo que veo al otro lado me hunde la moral. Hay barrotes, es una ventana enrejada. Tiene sentido al estar a la altura de la calle. Debieron de ponerlos para evitar robos. Aun así, agarro uno de los barrotes con fuerza y trato de moverlo. Imposible, no cede ni un milímetro. Me quedo pensativo. No puedo chillar a través de la ventana pidiendo ayuda. Me delataría y, si estoy en un pabellón abandonado o muy aislado, eso no serviría de nada salvo para alertar a los árabes. Cierro la ventana, bajo de la silla y vuelvo a colocarla apilada sobre las otras. Inspiro profundamente, suelto el aire. Intento tranquilizarme. Me giro hacia la puerta y observo la cerradura. Desvío la mirada hacia la caja de cartón llena de trastos inútiles. Me

quedo observando el espejo de baño roto. Vuelvo a mirar la puerta. Mi mente empieza a pensar con cierta claridad. Enrollo la capucha de tela sobre mi puño derecho y saco el espejo de la caja. Ya está rajado, lo que facilita las cosas. Le doy un golpe seco y se quiebra en varios trozos; la tela evita que me corte y amortigua el impacto. Reviso los pedazos. Elijo uno estrecho y triangular, de unos quince centímetros, que acaba en una punta afilada. Lo empuño como si fuese un cuchillo, envolviendo con la tela lo que sería el mango. Bien, llegado a un extremo al que no me gustaría llegar, serviría. Pero, de momento, lo quiero para otra cosa. Camino hacia la puerta y me arrodillo frente a la cerradura. Dejo en el suelo el pedazo de cristal con la capucha enrollada en él. Cojo mi navaja y despliego la ganzúa. Me quedo unos instantes en silencio, aguzando mi oído. No escucho nada al otro lado. Comienzo a manipular la cerradura. Sigo sudando, y las gotas que caen sobre mis ojos me producen un escozor que no ayuda a mi concentración. Y, de repente, escucho algo que me bloquea, que me eriza el vello de la nuca, que hace que la ganzúa se salga del ojo de la cerradura y la navaja caiga al suelo. Son alaridos. De terror, de dolor. De mi amigo Yuval.

CAPÍTULO 18

Me quedo sentado frente a la puerta con el corazón a punto de salírseme del pecho. Los gritos de Yuval van a más. Desde aquí no consigo distinguir sus palabras, pero es su voz, sin duda. Sus lamentos, su llanto, su desesperación. Realizo una inspiración profunda y suelto el aire lentamente, alternando mi mirada entre la navaja y la cerradura. «¿Qué esperabas cuando se lo han llevado, Ariel? ¿Qué coño esperabas?», me digo maldiciendo mi flojera mental. Tengo que cambiar de actitud. No puedo dejar que me atenace el miedo, eso no sirve de nada. Debo cambiar a una actitud más agresiva, transformar el miedo en ira y determinación. Intentar ser más inteligente que ellos y, llegado el caso, morir matando. Más gritos de Yuval. Pero ahora me fuerzo a pensar de forma diferente, me comienzo a tomar esos gritos como una energía vital que me envía mi amigo para que actúe con rapidez y eficacia. Sí, eso es lo que necesito: rapidez y eficacia.

Lo primero y más urgente es salir de aquí. Vuelvo a coger la navaja y me pongo con la cerradura. En menos de un minuto escucho el clic que necesito. Giro la manilla y comienzo a abrir la puerta, pero solo un par de centímetros. Pongo mi oreja en la estrecha abertura. No escucho nada, no hay nadie ahí fuera haciendo guardia. Desvío mi mirada hacia el suelo, hacia el trozo de cristal del espejo. Lo cojo, le quito la tela enrollada y lo agarro por un extremo, entre el pulgar y el índice. Me tumbo en el suelo junto a la puerta y la abro un poco más, lo suficiente para sacar un poco mi mano con el trozo de espejo. Eso me permite ver a través de su reflejo. Lo oriento, primero hacia la derecha. Veo un pasillo. Parece que tiene dos puertas, una enfrente de la otra. Giro mi mano para orientarlo después hacia la izquierda. El pasillo acaba en una zona

abierta del pabellón. Desde ahí vienen los gritos de Yuval. Mi mente lucha para hacer caso omiso de esos alaridos, para no formar pensamientos con imágenes de mi amigo siendo torturado. Apenas abro la puerta, lo suficiente para sacar la cabeza un poco, hasta que mis ojos pueden observar el entorno. Sigo tumbado en el suelo. Miro a uno y otro lado. Nadie. No sé cuánto se tarda en torturar a alguien, lo que sí sé es que tardarán poco con Yuval. Lo van a romper para que cante rápido. Tengo poco tiempo. Guardo la navaja en un bolsillo del pantalón. Me incorporo y salgo por la puerta, empuñando el afilado cristal con mi mano derecha. Mi impulso inicial es ir hacia la izquierda, hacia la estancia amplia del pabellón. Creo que nos han traído por allí, que la entrada principal puede estar por ese lado. Pero yo hago lo contrario. Voy hacia la derecha, hacia las dos puertas del pasillo. Lo hago porque esas puertas quedan hacia la parte de la fachada donde está la ventana con barrotes. ¿Y si alguna de esas dos estancias tiene alguna puerta que da al exterior? Una puerta trasera, como tienen muchos pabellones. Empiezo por la puerta de la derecha. Giro la manilla y, para mi sorpresa, está abierta. Cierro bien mi puño sobre el improvisado cuchillo de cristal antes de entrar. Morir matando. Abro la puerta y entro. No hay nadie. Es una sala pequeña. Está vacía, salvo por una mesa de camping y cuatro sillas plegables alrededor de ella. Seguramente una pequeña sala de reuniones de esos árabes. Veo un periódico sobre la mesa, junto a un paquete de tabaco y un mechero. También hay un cenicero, con cinco colillas apagadas. Toco la ceniza. No está caliente. La sala tiene una ventana. Está entreabierta. Bien. Me acerco y mis ilusiones se desvanecen cuando veo las rejas a través de ella. Mierda. Vuelvo a la mesa y cojo el mechero. Papá siempre me dice que nunca sabe uno cuándo va a poder utilizar una herramienta, que no subestime ninguna. Y el fuego es una herramienta. Salgo con cuidado de esa estancia. Los gritos de Yuval siguen. «Aguanta, amigo. Aguanta», me digo entre dientes. Hago un ejercicio mental para jurarme a mí mismo que yo no diré nada. No me sacarán mi nombre real, ni el de mi padre, ni nada que me obliguen a decir. De mi boca no saldrá una palabra que pueda dañar a mi familia. Antes, la muerte. Me pongo frente a la otra puerta y

giro la manilla. Cerrada, mierda. Desvío la mirada hacia la izquierda para comprobar que ningún árabe se asoma por el pasillo. Saco mi navaja y vuelvo a desplegar la ganzúa. Me arrodillo y me pongo manos a la obra. Mis dedos se mueven con destreza y en menos de medio minuto estoy dentro. Es una sala mucho más grande, parece un almacén. Observo los artículos, apilados contra la pared y colocados en enormes baldas metálicas. Son productos de limpieza. «Esto no es un pabellón abandonado, es un almacén. Y está en activo», pienso mientras voy chequeando el tipo de productos que hay almacenados. En un lado hay lotes de rollos de papel, trapos, estropajos, fregonas y más artículos domésticos. En el otro, ocupando más de la mitad de la estancia, se amontonan centenares de botes y garrafas con sustancias que en mi cabeza cobran una importancia vital. Una importancia muy química. Algunos son fácilmente reconocibles: garrafas de lejía, botes de amoniaco, de aguarrás y varios tipos de disolventes. Otros no los reconozco, pero estoy dispuesto a invertir un par de minutos en leer sus etiquetas. En mi cabeza se está empezando a formar una idea. Una idea que puede servirme de dos formas. Una, para desviar la atención de los árabes, y dos, para atraer la atención de gente del exterior. Personas que podrían llamar a la policía. Comienzo a leer etiquetas mientras recuerdo el experimento que mi profesor de química, el señor Golan, hizo el año pasado en el colegio. Lo tuvo que hacer en el patio exterior. La explosión fue tremenda, y se rumoreó que desde dirección le habían llamado la atención. Pero todos en el cole nos quedamos flipados, fue lo mejor del curso. Y yo memoricé parte de la combinación de ingredientes que utilizó el profesor, porque Asaf «el gracioso» quería que repitiésemos el experimento en un solar abandonado de las afueras. Nunca lo hicimos. Pero quizás nunca sea tarde para el experimento, quizá el momento es ahora. Cojo un enorme barreño metálico de una esquina y lo sitúo en el centro. Echo en el fondo al menos cincuenta trapos. Empiezo a colocar sobre ellos botes y garrafas a medida que voy leyendo las etiquetas. Me interesan productos que contengan alcohol isopropílico, acetona, aguarrás, disolventes. Necesito algo más, algo clave: hipoclorito de sodio. Me doy la vuelta y veo las garrafas amarillas de lejía. Perfecto.

Cojo cuatro y las meto dentro. Me echo unos pasos hacia atrás y me quedo pensativo. El barreño es grande, pero quizás no lo suficiente. Hago un par de pilas más, una a cada lado del barreño, con los mismos productos apilados. Observo cómo ha quedado mi barricada inflamable. Si mi experimento funciona y el barreño estalla entre llamas, esos dos montones de productos harán lo mismo, y quizás eso continúe con el resto de productos dentro de ese almacén. Quizás hasta supere al profesor Golan. Y ahora queda la fase clave de mi experimento. Cojo un par de docenas de trapos de tela y los anudo uno con otro, a modo de cuerda larga. Lo que sería una mecha, vaya. El último, el del extremo, lo anudo a uno de los del fondo del barreño. Como no estoy seguro de que esa tela vaya a arder fácilmente, cojo un pequeño bote de alcohol y voy rociando toda la mecha, de un extremo al otro. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que entré en esta sala? ¿Ocho, diez minutos? Joder, necesito darme prisa, no creo que los árabes tarden mucho en ir a por su siguiente rehén, su siguiente informante. Me acerco al pack de rollos secamanos y saco uno de ellos del envoltorio de plástico. Lo empiezo a desenrollar y hago una bola enorme de papel. La coloco junto al primer trapo de tela empapado de alcohol de mi improvisada mecha. Hago otras cuatro bolas enormes de papel. Dos de ellas las meto al barreño envolviendo la pila de productos, y las otras dos las coloco junto a los montones de productos que he colocado junto al barreño. El papel alimenta y acelera el fuego, mucho más que la tela. Vuelvo al extremo de la peculiar mecha casera. Saco el mechero del bolsillo y lo acerco a la enorme bola de papel, la que pondrá en marcha mi experimento. Enciendo el mechero y me aseguro de que el papel comienza a arder. Me quedo varios segundos mirando cómo la bola arde y cómo el fuego comienza a pasar a la tela. Observo la larga cuerda de tela hasta el barreño. Calculo que serán unos quince metros. ¿Cuánto tardará el fuego en llegar allí? ¿Cómo saberlo? Ni yo soy el profesor Golan ni él lo hizo de esta forma. Ni a él estaban a punto de torturarlo unos árabes, claro. Me encojo de hombros. «Qué sé yo, no tengo un plan, hago lo que puedo con lo que tengo», pienso mientras me doy la vuelta y me encamino hacia la puerta. Saco la cabeza por la puerta

con el trozo de cristal empuñado a modo de arma blanca. Vuelvo a escuchar los gritos de Yuval. «Aguanta, amigo, aguanta un poco más». No hay nadie en el pasillo. Toca la parte más arriesgada. Avanzar por ese pasillo y salir a la parte principal del pabellón, donde está la puerta de entrada. Mi salida al exterior. Pero lo lógico es que ahí esté alguno de ellos vigilando esa puerta. No me queda otra. Agarro el cristal con más fuerza. Morir matando.

CAPÍTULO 19

Camino por el pasillo sin saber lo que me voy a encontrar. Llego hasta la esquina y asomo la cabeza con mucha cautela. Efectivamente, se trata de un espacio diáfano de la nave industrial, una zona amplia para que los vehículos de carga puedan maniobrar. De hecho, desde mi posición puedo ver dos carretillas elevadoras junto a varios palés con cajas de cartón amontonadas. En la zona de enfrente observo una sala acristalada que imagino es el típico despacho u oficina para tomar nota de la recogida y entrega de pedidos. Desde el fondo, hacia la derecha, me llegan los gritos de Yuval. Saco un poco más la cabeza, pero me oculto rápidamente cuando veo a dos encapuchados salir de una puerta de aquella sección del pabellón. No se han quitado los pasamontañas. «No quieren que veamos sus rostros. ¿Por qué? ¿Planean dejarnos con vida?», pienso agazapado tras la esquina. Escucho cómo uno de ellos grita un nombre. Sigo oculto, esperando. Unos segundos después, la puerta de entrada al pabellón se abre. Un hombre moreno, con barba de dos o tres días, entra sin su pasamontañas, pero se lo pone una vez dentro. Supongo que es el encargado de vigilar el exterior. Si es que hay otros pabellones cerca, con personal trabajando, sería sospechoso ver a un tipo con el rostro tapado merodeando por el pabellón contiguo. Eso me da ciertas esperanzas. Quizás no estemos tan aislados, quizás estos árabes no tengan el control absoluto de la situación. Observo cómo se reúnen los tres hombres junto a una de las carretillas elevadoras. Están hablando. Uno hace un gesto hacia una puerta y, un momento después, los tres se encaminan hacia allí. Al abrir la puerta me llegan más claros los alaridos de Yuval. Se me pone la piel de gallina. ¿Cuánto tiempo llevan torturándolo? ¿Quince, veinte minutos? El pecho se me llena

de una sensación extraña entre agobio y orgullo. Me agobio de pensar por lo que puede estar pasando mi amigo y siento orgullo porque si aún no han ido a por mí es porque Yuval está cumpliendo lo que le hice jurar. Mis propias palabras resuenan en mi cabeza como un martillo pilón: «Yuval, prométeme que no saldrá una palabra de tu boca. Por tu hermana, Yuval. Júramelo por Judith».

Tengo ganas de llorar, de gritar, de correr hacia aquella puerta empuñando el afilado cristal, pero la parte racional de mi cerebro me da una bofetada de realidad. ¿De qué serviría entrar allí para tratar de enfrentarme a cuatro o cinco hombres? Tengo catorce años, joder, y sé que no soy ningún Rambo. No tendría ninguna posibilidad, y sería la muerte para los dos. No, ese impulso descontrolado no es una buena idea. Recapacito y trato de reunir toda la lógica que soy capaz en ese momento. Han entrado por esa puerta tres hombres de los cinco que nos raptaron. Si Yuval seguía gritando cuando han abierto la puerta es porque, como mínimo, un hombre seguía ahí dentro torturándolo. Puede que los otros dos. Y eso me dejaría el camino libre hacia el exterior del pabellón. El tipo que ha entrado no ha cerrado con llave, esa puerta está abierta. Tengo que actuar rápido. Una de las carretillas elevadoras está a unos diez metros hacia mi izquierda. Si corro hasta allí y me oculto, puedo volver a correr por detrás de los palés y recorrer los últimos cinco metros hasta la puerta de salida. Vuelvo a mirar hacia la puerta por donde han entrado los tres hombres. Sigue cerrada. Cojo aire, cuento mentalmente hasta tres y esprinto hacia la carretilla. Los diez metros se me han hecho tan largos como una maratón. Me tumbo en el suelo y miro por debajo del vehículo hacia la puerta. No hay movimiento. Me incorporo y me lanzo corriendo hacia allí.

CAPÍTULO 20

Llego a la puerta, abro y salgo al exterior con mi corazón descontrolado. Estoy en un aparcamiento, en la zona delantera del pabellón industrial. Me giro y veo el rótulo, unos tres metros por encima de la puerta: «Materiales de limpieza. Hermanos Mizrachi». Observo el entorno. Joder, no veo pabellones cerca, al parecer esto es un solar bastante apartado. En el aparcamiento veo dos vehículos. Uno de ellos es la furgoneta negra en la que nos han secuestrado. El otro es un Ford Focus blanco. Corro hasta la furgoneta y trato de abrir la puerta del piloto. Cerrada. Pruebo con la otra; mismo resultado. Mierda. Antes de intentar nada con el Ford, me arrodillo junto a la rueda delantera derecha. Desde aquí estoy a cubierto: no me verían si alguien saliera del almacén. Voy a pinchar la rueda, quiero anular su vehículo. Pruebo con la punta del cristal. Joder, no puedo, la goma es demasiado dura. Me hago un pequeño corte en la palma de la mano al presionar con tanta fuerza. Saco la navaja suiza del bolsillo, pero consigo idéntico resultado. Mi pequeña navaja tampoco es capaz de atravesar esa gruesa capa de caucho. «¿Por qué en las películas todo es tan fácil?», pienso mientras comienzo a desenroscar el tapón de inflado. Con la punta de la navaja presiono en el diminuto pitorro de la válvula y el aire comienza a salir inmediatamente. Estoy así más tiempo del que me gustaría, hasta que la rueda queda plana sobre el asfalto. Vuelvo a mirar hacia la puerta de entrada. Nada. Bien, un vehículo menos. Corro los cinco metros que separan la furgoneta del Ford. Tiro de la maneta y la puerta se abre. Joder, mi corazón salta de emoción. Sé conducir, un poco de aquella manera, pero lo suficiente como para salir de aquí y buscar ayuda. Papá me enseñó el año pasado con su coche, a escondidas de mamá. Llevo la mano al contacto y la

angustia se apodera de mí. No están las llaves. Busco por la palanca de cambios, en el compartimento de la puerta del piloto. Nada. Estiro el brazo y abro la guantera. Meto la mano y palpo un objeto; me inclino para sacarlo. Es un teléfono móvil. Pero hay algo más. Una pistola. No sé manejarla, joder, nadie me ha enseñado. Un sudor frío me recorre la espalda. Dejo el arma en el asiento del acompañante y me centro en el móvil. «Por favor, que esté encendido, por favor. Solo para llamar a emergencias, por favor». Apagado. Mierda, esto no pasa en las películas, joder. Me giro dentro del coche para volver a mirar hacia la puerta de entrada del pabellón. Sigue cerrada. «Piensa, Ariel, piensa». ¡Ya está! Puedo puentear el coche para arrancarlo. Es algo que hemos hecho alguna vez y no es muy complicado. El hermano mayor de Asaf trabaja en un taller mecánico y el verano pasado nos dio unas lecciones básicas de lo que, según él, debe saber un niño de trece años en Tel Aviv. Yo eso no lo tenía muy claro, pero presté toda la atención que pude y lo estuvimos practicando todo el verano en coches viejos del desguace. Me agacho bajo el volante y me ayudo de mi navaja para forzar las pestañas y quitar la carcasa de plástico que oculta el cableado. Observo los cables mientras recuerdo el proceso. Los sujeto entre mis dedos con una mano mientras que la otra manejará la navaja. Pero, en ese momento, vienen a mi mente los alaridos de Yuval. Lo están torturando, a mi amigo. Y yo, aquí, intentando escapar. Ahora son sus palabras las que martillean sin compasión mi castigado cerebro: «Ariel, prométeme que acabaremos juntos. Que, salgamos o no de esta, lo haremos juntos. Júramelo por tu madre y por tu padre». Por un momento me siento sucio y mezquino. Cierro los ojos, pero soy incapaz de contener las lágrimas. Suelto los cables y me seco las lágrimas con el dorso de la mano. Miro al asiento del copiloto. La pistola. Me vuelvo a girar para confirmar que la puerta todavía permanece cerrada. Inspiro profundamente y trato de transformar el miedo en determinación. Y en furia, también en una furia irracional hacia esos hombres que están matando a mi amigo. Empuño la pistola y salgo del vehículo con la mirada puesta en la puerta de entrada. «Allá voy, amigo. Morir matando».

CAPÍTULO 21

Llego a la puerta de entrada, giro la maneta y entro al pabellón. Escucho unas voces al fondo y corro agachado para ocultarme tras los palés. Miro entre las rendijas del palé y veo que dos de los encapuchados caminan hacia la puerta de entrada. Ya no escucho los gritos de Yuval. ¿Lo habrán matado? Ese pensamiento me crea una sensación de opresión en el pecho. Respiro profundamente. Escucho cómo los dos hombres abren la puerta y salen al exterior. Es mi oportunidad para correr hasta esa sala de tortura. Mi oportunidad de entrar y de acabar con los árabes que estén ahí dentro. De sacar a mi amigo de este maldito almacén, vivo o muerto. Cuento mentalmente hasta diez: tiempo suficiente para armarme de valor y entrar. Irrumpo con la pistola por delante. Veo a Yuval en una silla, sin la capucha y con los brazos cruzados, como si estuviera esperando. Dos encapuchados me observan, uno a cada lado de mi amigo. No me lo pienso, apunto y aprieto el gatillo para acabar con el de mi derecha. Clic. En un gesto rápido hago lo mismo con el hombre de la izquierda. Otro clic. Mi cerebro trata de explicarse por qué no se han producido las detonaciones, por qué no han salido las malditas balas por el cañón. En ese par de segundos también me pregunto por qué Yuval no tiene signos de tortura, por qué me mira con un gesto entre aburrido y desganado. Esos pensamientos quedan relegados a un segundo plano cuando siento el cañón de un arma apoyarse en mi nuca.

—Deja esa pistola sobre la mesa —me dice una voz, pero no en árabe, sino en mi idioma, en hebreo. Y eso acaba de descolocarme —. Las pistolas descargadas no sirven para gran cosa.

Asiento con la cabeza sin decir nada. Dejo la pistola en la mesa mientras miro a los ojos a Yuval. Le veo encogerse de hombros. No

entiendo nada. Los dos hombres que están a su lado se quitan los pasamontañas. No parecen árabes, al menos no tienen esos rasgos.

—Acompáñame —dice uno de ellos—. Alguien quiere hablar contigo.

—¿Alguien? Pero… —consigo decir con la boca seca.

El hombre camina sin dar más explicaciones y sale de la sala. Lo sigo.

—Esta tampoco está cargada —me dice el que me ha encañonado al pasar junto a él. También se ha quitado el pasamontañas. Su rostro me es familiar, pero ahora mismo no consigo ubicarlo, estoy aturdido.

Atravesamos la parte amplia y diáfana del pabellón hasta llegar a lo que parece la oficina, un despacho acristalado con cortinas de rejillas que no dejan ver el interior. El hombre me abre la puerta para que pase. Lo miro con gesto serio antes de entrar. No sé lo que me voy a encontrar, no sé quién quiere hablar conmigo, ni de qué. Pero mi cara debe de ser un poema cuando veo quién está sentado tras una mesa de despacho, con ojos entrecerrados y semblante serio.

CAPÍTULO 22

—Has podido escapar con el coche. No lo has hecho.

Me quedo de pie, mirándolo. Es mi padre. Eso es lo que me ha dicho. Ni un «buenas tardes, Ariel», ni un «perdona por todo este teatro que casi te provoca un infarto de muerte». Mi cerebro parece que se ha desconectado del modo supervivencia, porque comienza a encajar a gran velocidad las piezas del rompecabezas. Mi padre ha orquestado todo esto junto con otros compañeros de la agencia para ponernos a prueba, a Yuval y a mí. Para ver cómo actuamos en una situación de riesgo extremo. Y para ver si somos de los que cantan a las primeras de cambio. Estoy tan descolocado que no contesto, me quedo callado.

—Has podido escapar y no lo has hecho —repite—. Has vuelto para intentar rescatar a tu amigo, sin siquiera conocer su estado, sin saber si estaba vivo o muerto. —Su voz es grave, su semblante, de pocos amigos—. ¿Pretendías enfrentarte solo a un equipo de profesionales? Tu última decisión ha sido suicida, Ariel.

Aprieto los dientes. Me siento engañado e injustamente juzgado. Por mi propio padre. Siento cómo la rabia me invade.

—¿Y qué se supone…? —comienzo a gritarle.

—¡Escapar! —me corta con voz firme, sin necesidad de gritar para callarme—. ¡Escapar, Ariel! Buscar ayuda, intentar contactar con la policía. Lo que tenías pensado hacer hasta que se te nubló la razón. —Señala con un dedo hacia la puerta—. Tratar de salvarlo te ha llevado a ser atrapado. Ya no uno, sino dos activos en manos del enemigo. Un enemigo que te quebrará hasta que sueltes todo, absolutamente todo lo que sabes. Y después ya no le servirás de nada.

—¿Activos? ¿Enemigo? —respondo indignado—. ¿Pero qué cojones…?

—¡La vida real, Ariel! ¡Una situación para la que más te vale estar preparado! —Se levanta de la silla—. Ya no eres ningún niño. Tú sabes dónde trabajo. Conoces los riesgos… o deberías conocerlos.

No aguanto su mirada. Sé que en el fondo tiene razón, pero no puedo evitar estar cabreado.

—Siéntate —me dice señalando la silla frente a la suya, al otro lado de la mesa.

Hago lo que me dice. Trato de tranquilizarme. Le miro a los ojos.

—¿Cuándo habéis empezado a seguirnos? —le pregunto. Se sienta en la silla.

—Desde la salida del colegio. La pelea con esos chicos. —Me señala la cara—. Te han dejado la cara fina.

No puedo evitar sonreír. Me toco el labio. Sigue hinchado, y supongo que mi ojo derecho tampoco estará muy presentable. Ya ni me acordaba de la pelea con Moshe.

—El primer error fue no darte cuenta de la presencia de la furgoneta. En tres sitios diferentes: junto al colegio, en el parque cuando jugabais con la bicicleta y en la calle de la tienda donde comprasteis los helados.

—La vi varias veces, pero… —trato de justificarme.

—Aquí no valen los peros. Aquí vale actuar —me corta—. Ante la mínima sospecha debiste huir, esconderte, dar esquinazo a esa furgoneta. Eres capaz de eso, Ariel.

Esas palabras me duelen, pero sé que son necesarias. Sé que tiene razón. Agacho la cabeza. No digo nada.

—¿Sabías dónde os habíamos traído? ¿Una idea aproximada de la ubicación?

—Estamos hacia el norte de la ciudad. Calculo que a unos veinte o treinta kilómetros —respondo.

Me mira y percibo un leve asentimiento de su cabeza.

—No está mal, pero no es suficiente —me dice—. ¿No escuchaste el sonido de las máquinas de prensado y las bocinas del desguace de la familia Rosenberg? Te he traído por aquí otras veces. ¿No

caíste en eso? Cuando pasamos con la furgoneta frente al desguace se escuchaba claramente.

Trato de acordarme. Puede ser que escuchase algo, pero los nervios y la situación nublaron mis sentidos. No quiero volver a justificarme. Niego con la cabeza.

—Está a solo dos minutos de aquí conduciendo. No solo te habría servido para saber con bastante aproximación dónde estabas retenido, sino que, de haber sabido que era el desguace, podrías haber huido con el coche hasta allí para pedir ayuda. Tú mismo conoces a Eliam Rosenberg.

—El teléfono del coche estaba apagado, aun sabiendo dónde estaba, no hubiera podido llamar a la policía —respondo con un argumento que yo mismo sé que cae por su propio peso.

—Ese teléfono estaba apagado a propósito, Ariel. Y también la pistola descargada. Te hablo de huir con el coche.

Me quedo pensativo.

—¿Tú sabías que sé puentear un coche?

Asiente con media sonrisa en sus labios.

—Me lo dijo el hermano de Asaf, el verano pasado. Me puso sobre aviso por si acaso cometíais alguna travesura.

«El hermano de Asaf, maldito chivato. El mismo que nos enseña a tirar la piedra, nos delata y esconde la mano».

—Os hemos seguido todos los movimientos, en la calle y aquí dentro. Nos han dejado este pabellón para organizarlo todo. —Hace una pausa y continúa—. Esto es necesario, Ariel, es una prueba de lo que puede llegar a pasar. No es ningún juego.

—¿Yuval?

—Está teniendo una conversación con su padre. Una conversación muy seria.

—¿Su padre también es uno de los encapuchados? —le pregunto mientras desvío la mirada hacia la puerta.

Asiente con semblante serio.

—Yuval ha comenzado a hablar nada más sentarlo en la silla. Sin tener que recurrir a nada más que a preguntarle lo que queríamos saber. —Niega con la cabeza—. Eso es serio. Su padre tiene que explicarle muy bien las cosas.

—¿Y sus gritos? Le escuché gritar como si lo estuvieran…

—Una vez que cantó todo lo que le pedimos, le quitamos la capucha, nos descubrimos y le explicamos la situación. Él ya había fallado, ya no tenía sentido retenerlo. Le utilizamos para ver cómo reaccionabas tú. Le ordenamos que chillase y llorase como un loco, gritando tu nombre, pidiendo ayuda.

Me quedo en silencio. Joder, todo ha sido una farsa para darnos una lección. Yuval ha fallado, y yo también.

—¿Por qué tardaste tanto en salir? —me pregunta—. Manejas la ganzúa perfectamente. ¿Por qué tardaste casi quince minutos en salir de la sala donde os dejamos?

Frunzo el ceño. ¿Quince minutos? ¿De qué habla?

—No tardé quince minutos —respondo—. Cuando se llevaron a Yuval, conté mentalmente hasta cien para asegurarme de que estaba solo en ese cuarto y después salí de allí en menos de un minuto.

—No saliste por ese pasillo hasta casi un cuarto de hora después. ¿A qué esperabas? Te arriesgabas a que otro hombre fuese a por ti. —Señala un aparato a la derecha de la mesa. Lo gira para que yo lo vea. Una pantalla con una imagen en blanco y negro. Es una cámara que graba lo que ocurre en la zona diáfana del pabellón—. Esta cubre la zona principal, y tenemos otra instalada fuera, en el aparcamiento. Hiciste bien deshinchando la rueda de la furgoneta, pero después esperaba verte salir del aparcamiento conduciendo el Ford Focus. Tengo otro hombre cubriendo la carretera de salida del polígono industrial. Te habría dado el alto, te habría explicado que todo era un montaje y hubieseis venido hasta aquí de nuevo. Eso habría sido pasar la prueba con éxito, Ariel.

Suspiro. Me quedo pensando unos instantes. Todavía hay algo que me ronda la cabeza.

—No tardé quince minutos en salir de donde estaba encerrado, ni esperé oculto tanto tiempo en el pasillo —le digo—. Un momento, ¿dices que solo tenéis dos cámaras? ¿No hay cámaras en el cuarto donde nos encerrasteis?

Niega con la cabeza.

—¿Y tampoco en el almacén de productos de limpieza?

Vuelve a negar con la cabeza y su ceño comienza a fruncirse.

—Oh, pues debes saber que entré a ese almacén y…

Un tremendo estruendo deja mi frase a medias. Mi padre se levanta como un resorte y corre hacia la puerta del despacho. Al abrir, contempla una escena de confusión y caos.

—… preparé una bomba casera —digo acabando la frase. A través del umbral veo a sus compañeros dirigirse hacia el pasillo. Dos de ellos llevan extintores. Una densa humareda blanca avanza, amenazante—. Es una especie de bomba química. Diles que tengan cuidado, hay mucho producto inflamable e inestable allí dentro. De hecho, quizás sea mejor salir de aquí.

Papá se gira para mirarme. Ahora quien está confundido es él. Me encojo de hombros.

—Tenía que llamar la atención, ¿no? Bomberos, policía… ya sabes. Cualquier cosa para poner contra las cuerdas a los árabes.

Veo salir a papá de la oficina para alertar a sus compañeros. Les grita diciéndoles que lo dejen, que salgamos todos del pabellón. Un par de minutos después estamos todos fuera, en el aparcamiento, viendo cómo una columna de humo sube desde el pabellón hacia el cielo. Llamaradas de fuego salen por un par de ventanas. Uno de los compañeros de papá ha llamado a los bomberos. Miro hacia atrás y veo a Yuval, a unos diez metros, junto al Ford blanco. Su padre ya no está con él, se ha reunido con el resto del grupo. Me acerco a mi amigo.

—Lo siento, Ari —me dice—. No he podido soportar la presión. Y después me obligaron a gritar, para hacerte reaccionar.

—Lo sé —digo observando las llamas—. No estoy enfadado contigo. A fin de cuentas, todo esto lo han montado ellos. —Señalo con mi barbilla hacia mi padre y sus compañeros de la agencia.

—Joder, ¿ese incendio lo has provocado tú?

Asiento sin decir nada. La columna de humo cada vez es mayor, y las llamas parecen crecer por momentos. Puedo escuchar los ruidos en el interior. Objetos que caen al suelo, cristales que estallan, silbidos de productos inflamables que seguirán alimentando el incendio.

—Si los bomberos no llegan pronto, no va a quedar nada del pabellón —dice Yuval.

Me encojo de hombros. Me fijo en el letrero sobre la entrada; el fuego todavía no ha llegado a esa zona. Espero que los hermanos Mizrachi tengan un buen seguro. Vuelvo a pensar en el señor Golan y en su demostración en el patio del colegio. «Creo que te he superado, profesor. Con árabes o sin ellos, te he superado». Veo cómo papá se gira para mirarme. Sigue serio, pero ahora le noto diferente. ¿Es orgullo lo que veo en sus ojos? Sí, eso no se lo esperaba. Le ha gustado la maniobra del incendio. Eso hubiera jodido a los árabes a base de bien. Creo que he compensado la decepción de no escapar con el coche. Me giro hacia Yuval. Me mira y sonríe con esa cara de cabroncete. «Pero ¿cómo diablos me iba a escapar yo solo, sin mi amigo? Tengo catorce años, y eso para mí es una ley grabada a fuego. Yo no dejo tirados a mis amigos».

—¿Sabes una cosa, Yuval?

—Dispara, Ari.

—Nuestros helados se han derretido en el suelo. Técnicamente, todavía me debes un helado de pistacho.

Mis amigos siempre fueron una pieza fundamental en mi vida. Yuval y Asaf estuvieron a mi lado, en las buenas y en las malas, en mis mejores sueños y en mis peores pesadillas.

Cada uno con sus cosas, nunca me defraudaron. Dicen que los amigos son la familia que uno elige. Yo los elegí a ellos, y no los cambiaría por nada en el mundo.

Pero reconozco que cuando ella entró en mi vida, lo hizo con la fuerza de un huracán que todo lo arrasa. Mi atención cambió, mis prioridades cambiaron. Todo cambió. Asaf y Yuval lo entendieron, nunca me lo echaron en cara, porque eso es lo que hacen los buenos amigos, los de verdad.

Nunca me cansaré de hablar de ella, siempre estará en mis labios.

Para mí no existía nadie como ella.

No había otra persona en el mundo como Hadar.

PARTE III

Ariel Shemesh (16 años)

«TOCANDO EL CIELO»

CAPÍTULO 23

Tel Aviv, Israel. Año 2006.

La primera vez que la vi fue en clase de Matemáticas. Habían trasladado a su padre a Tel Aviv por motivos de trabajo, e inscribieron a Hadar en mi instituto. Todo el mundo hablaba de la chica nueva, la que venía de Jaffa. Asaf ya la había visto por los pasillos y decía que era como una diosa. Nunca había que hacerle caso a Asaf en cuestiones de chicas. Él siempre estaba caliente y para él casi todas estaban buenas. Yuval le dijo en una ocasión que una cosa era tener el listón bajo y otra cosa era tirarlo. «Ya, por eso tú llegarás a los cincuenta sin hincarla, subnormal, por tu listón alto, Brad Pitt de los cojones», le respondió Asaf entre risas. Yo no pude evitar soltar una carcajada, lo reconozco, y a Yuval no le sentó bien, estuvo picado varios días.

Pero esa vez Asaf no se equivocaba, no era cuestión de calentón. Hadar me pareció una diosa en cuanto entró por la puerta de clase. Su rostro, su cuerpo, su forma de caminar. Un aura de carisma la envolvía y hacía brillar todo a su alrededor. Bueno, a mí por lo menos me lo parecía, y las mariposas en mi estómago no podían estar equivocadas.

Ella se sentó tres filas por delante de mí, y yo me pasé toda la clase mirándola a hurtadillas, pasando completamente de catetos, hipotenusas y matemáticos griegos que, obviamente, pensaban más en números que en mujeres.

Durante tres semanas no me atreví a dirigirle la palabra, ni siquiera a mirarla a los ojos. Yo agachaba la mirada cuando ella la dirigía hacia mí, supongo que temía que mis ojos fueran los malditos chivatos de un enamoramiento platónico que yo no estaba dispuesto

a demostrar. Pero ese día no me quedó más remedio. El profesor nos puso por parejas para un trabajo de la clase de Biología y a mí me tocó con ella. Teníamos que diseccionar una rana. Siempre me acordaré de la puta rana.

—¿Empiezas tú? —me preguntó con una sonrisa que me dejó sin la capacidad de responder, como si me hubiera dado un ictus.

Balbuceé algo ininteligible porque me lo volvió a preguntar, señalando el bisturí que teníamos que utilizar para abrir el maldito batracio.

De lo nervioso que estaba, cogí la pinza en lugar del bisturí y apreté con fuerza la tripa del bicho. Un chorro, de vete a saber qué, salió disparado de la rana, nunca supe si de la boca o del culo, pero se me heló el alma cuando vi que el puto chorro hacía blanco en la camiseta azul cielo de Hadar.

—¡Joder, perdón! —dije con una máscara de terror—. Espera, que lo limpio, joder, joder…

Alargué la mano para coger el rollo de papel de la mesa y con el codo tiré una probeta con un líquido rojo que se derramó sobre los vaqueros de Hadar, unos vaqueros que le quedaban de muerte. Me quedé más blanco que el chorro de la puta rana, con los ojos como platos, mirando como un imbécil los pantalones empapados de la diosa del instituto.

Ella sí que reaccionó y fue capaz de coger el rollo sin destruir el laboratorio. Comenzó a secarse mientras me miraba divertida.

—Yo, yo… —conseguí sacar de mi boca mientras el mundo se hundía bajo mis pies.

—Tranquilo, Ariel, es ropa, esto se lava y ya está.

Y así me quedé, cual retrasado mental tratando de resolver un problema matemático. Ella había dicho mi nombre, joder. Sabía cómo me llamaba. Sentí como si el cielo se abriera sobre mí, iluminando con un halo de luz celestial la figura de ese ángel llegado de Jaffa.

La clase terminó sin que yo rompiera nada más. Me limité a mirar cómo ella sí era capaz de abrir la rana en canal mientras iba nombrando las diferentes partes. Yo asentía a su lado, babeando

como el sapo más tonto del estanque, pero era feliz, joder, era feliz. Ella me había llamado por mi nombre.

Las siguientes semanas la cosa fue a mejor porque yo ya me atrevía a mirarla a la cara. Hadar había hecho amigas y se notaba que todas querían ser como ella. Pero a ninguna le quedaba tan bien la ropa, ninguna tenía ese brillo en los ojos, esa sonrisa que te derretía por momentos. Lo que me acabó de enamorar hasta las trancas era su personalidad, todo lo contrario a la típica chica guapa, que sabe que es guapa y se lo tiene creído, la que mira por encima del hombro al resto de seres humanos. Hadar no era así, representaba el polo opuesto a eso. Daba la sensación de que no era consciente de su belleza, hablaba con todo el mundo, le daba igual su clase y condición. Su carácter era jovial, extrovertido y con un sentido del humor bien afilado. A mí me encantaba.

Es verdad que yo no me había atrevido todavía a mantener una conversación completa con ella, seguramente por miedo a que una lámpara de clase le cayera en la cabeza mientras hablábamos. Pero yo tenía la esperanza de que quizás la cosa cambiaría, de que llegaría ese momento en que ambos entabláramos una conversación de más de un par de frases. Eso esperaba yo. En cuestión de días se organizaba una fiesta en una discoteca. Varias clases del instituto querían recaudar dinero para sus viajes de estudios y querían financiarse con el precio de las entradas. Todo el mundo estaría allí. Asaf decía que iba a ser el fiestón del siglo, que, si no mojábamos el churro ese día, mejor nos la cortábamos. A mí lo único que me importaba era que ella iba a estar allí. Estuve fantaseando durante noches con imágenes de ella llegando radiante a la fiesta, de nosotros conversando, bailando y… un beso final en medio de la pista con todo el instituto mirándonos. Mis fantasías no tenían en cuenta algo en esa ecuación, lo que podríamos llamar un problema matemático de difícil solución. Ella tenía novio. Y no cualquier novio.

CAPÍTULO 24

—Joder, hoy vamos a triunfar, chavales, lo estoy viendo, es que lo estoy viendo —dijo Asaf dando otro trago a su ron-cola.

—¿Por qué empiezas a beber tan pronto? Aún no ha llegado ni la mitad de la gente y dentro de una hora tú ya vas a estar borracho.

—Dentro de una hora yo estaré metiendo mi arma en alguna funda femenina y tú estarás haciendo cola en la barra, intentando pedir algo, imbécil.

—¡Ja! Metiendo su arma, dice. ¿Le oyes, Ari? Tenemos aquí al nuevo John Travolta y no nos habíamos enterado.

—Sí, tú ríete, payaso, pero cuando venga Becky a ponérmela dura, mi arma ya estará lubricada y lista para la acción. —Sacó varios preservativos de un bolsillo—. Este va a ser el fiestón del siglo y vosotros vais camino de ser vírgenes hasta la jubilación.

—¿Y dónde pretendes follar? ¿En un baño? ¿O en medio de la pista mientras todos te aplaudimos? —Yuval soltó una carcajada y me dio un pequeño codazo para que me uniera a su broma.

—Esto, chaval, esto —contestó Asaf enseñándole una llave.

—¿Qué coño es eso?

—Una copia de la llave del coche de mi hermano. Si muevo los asientos hacia delante puedo hacer hasta un trío en la parte de atrás —contestó Asaf poniendo una mueca.

—¿Va a venir tu hermano a la fiesta? ¿Y te ha dejado una llave de su coche?

—Sí a la primera pregunta y… bueno, dejar, dejar, tampoco diría tanto, pero seguro que se alegra de que su hermanito haga un buen uso de esos asientos de cuero, siempre dejando el apellido de la familia en lo más alto.

Yo no les estaba haciendo caso. Cuando se ponían a decir chorradas mi cerebro comenzaba a desconectar. Además, yo estaba pendiente de otra cosa que me interesaba bastante más. Algo que justo estaba haciendo entrada en esos momentos en el amplio aparcamiento de la discoteca. Me moví para colocarme mejor en el murete en el que estábamos sentados sin quitar ojo del flamante BMW rojo que estaba aparcando a unos cincuenta metros de donde nos encontrábamos. Asaf siguió mi mirada y no tardó ni tres segundos en sacar su afilada lengua.

—Deja de flipar, Ari. Esa diosa tiene a su Zeus. Confórmate con cascártela pensando en ella, como hago yo.

Le di un codazo por respuesta.

—¡Joder! —dijo frotándose el brazo—. No me vengas ahora que tú no te la cascas pensando en ella, míster romántico. Medio instituto lo hace.

—Puede ser. Medio instituto son tíos. Me cuadra —comentó Yuval.

—Incluye también a unas cuantas tías —soltó Asaf—. Sé de varias que seguro se frotan la campanilla a diario pensando que están con ella. Y no precisamente abriendo una rana.

Le di otro codazo mientras continuaba mirando las últimas maniobras del BMW. El motor se apagó, se abrió la puerta del conductor y salió el novio. La bestia iba vestida elegante, con un traje negro y pajarita roja.

—Joder, el hijo de puta lo tiene todo —indicó Asaf—. Un padre forrado, un cochazo y la mejor gallina del gallinero para cubrir.

Otro codazo.

—¡Joder, Ari! ¿Qué te pasa a ti hoy?

—Habla con respeto —le contesté sin dejar de observar al novio de mi amor platónico.

—Etian Abramowitz —dijo Yuval—. Una auténtica bestia. Dicen que ya tiene una beca en una universidad de Estados Unidos. Los yanquis lo ven como el nuevo Tyson.

—No me extraña. Dieciocho combates como semiprofesional. Todos ganados al K.O. Es la puta nueva estrella del boxeo en nuestro país. —Asaf lanzó un gancho al aire—. Ese tío te suelta una hostia y estás dando vueltas hasta fin de curso.

—El cabrón es gigante. A ese lo meten directo a pesos pesados. Y, mirad, mirad, ahí sale ella. —Yuval soltó un leve silbido—. La madre que me parió, es que está buenísima.

Observé cómo Hadar salía del coche. Mi pulso se aceleró. Estaba hermosísima con un elegante vestido rojo ceñido por la cintura. Llevaba su melena castaña sujeta con dos broches dorados en un peinado que realzaba sus facciones. Vi de reojo cómo Asaf me observaba. Soltó una pequeña carcajada.

—Sigue soñando, Ari, nuestro ADN es incompatible con esa genética. Si en un hipotético caso, que obviamente nunca ocurrirá, tus espermatozoides llegaran a juntarse con sus óvulos, se fundirían, colega. Esos soldaditos morirían humillados sin llegar a procrear.

—¿Qué coño dices, Asaf? —Yuval le miraba con el ceño fruncido.

—Lo digo en serio, lo he leído en algún artículo, a un científico… creo que era ruso, experto en genética. Las especies diferentes no pueden llegar a procrear, por incompatibilidad de cromosomas o una mierda así.

—¿Especies diferentes? ¿Ya estás borracho?

Yo seguía ajeno a sus payasadas. Hadar caminaba de la mano de Etian hacia la entrada. El vestido, con una abertura lateral, revelaba sus piernas espectaculares; el escote era perfecto, atrevido, realzado por un collar dorado a juego con los broches de su pelo. No pude evitar sentir una envidia ácida, corrosiva, quemándome por dentro. Hacían una pareja perfecta. Ella era la chica más hermosa del instituto, de la que todo el mundo hablaba. Él era el espalda plateada: enorme, hijo de rico y deportista a nivel nacional.

—Las evidencias demuestran esa teoría —continuó Asaf—. Son de una raza superior, joder, diferente. ¿No os habéis fijado que las tías buenas siempre acaban con guaperas forrados? Miradnos, mirad qué pintas llevamos. Camisas baratas, vaqueros y zapatillas sucias. Miradlos a ellos, joder, si parecen salidos de la puta revista Forbes. Y eso es pura selección natural, lo hace la madre naturaleza para evitar que los hijos de ella sean más feos que una barracuda. Hacedme caso, las guapas eligen a guapos, con los bolsillos bien cargados, que las puedan mantener y que les den hijos guapos. Es así de sencillo.

—Tú eres gilipollas —contestó Yuval—. Y eso no es ninguna teoría, eso está más que confirmado.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué coño tú eres tan feo? ¿Has visto a tus padres?

Yuval le dio otro codazo, Asaf soltó un quejido entre risas y yo vi desaparecer a Hadar por la puerta de entrada de la discoteca.

CAPÍTULO 25

La discoteca era enorme, con diferentes zonas de baile según el tipo de música. Nos estuvimos moviendo durante un par de horas de aquí para allá, saludando amigos, esquivando borrachos y riéndonos de cómo bailaba Benjamin Malka, el empollón de clase.

—Joder, si es que parece que se le van a desencajar los brazos —comentó Yuval con lágrimas en los ojos—. No hago yo eso ni loco, ahí en medio, con todas las tías mirando.

—Por eso lo hace, imbécil. —Asaf señaló hacia la pista de baile—. Ríete del de las gafas de culo de vaso, sabe que lo están mirando y es un puto depredador.

—¿De qué coño hablas? —respondió Yuval quitándose las lágrimas con la manga de la camisa.

—Los que le han visto cambiarse en el vestuario dicen que tiene el rabo más largo que el diablo.

Escupí el trago de agua que estaba bebiendo del botellín y casi me atraganto de la risa. Yuval soltó una carcajada que hizo que un grupito de chavales girase sus cabezas hacia nosotros.

—No os riais, joder —continuó Asaf—, ellas lo saben, son expertas en localizar bultos anómalos en pantalones. Y estoy seguro de que quieren que las monte un semental, aunque sea un friki como ese.

Maldito Asaf y sus ocurrencias. Negué con la cabeza, todavía con la sonrisa en los labios. Pero la sonrisa desapareció cuando en la pista de la derecha la vi bailar con su novio, con el espalda plateada. No me avergüenza reconocer que me sentí pequeño, a años luz de ella; con menos posibilidades, incluso, que el empollón del bulto en el pantalón. Bailaban una lenta: él la aferraba por la cintura y ella entrelazaba las manos tras la nuca del gorila, acortando distancias

hasta que sus cuerpos fueron uno solo. Hadar sonreía y estaba preciosa. Mi corazón pareció agrietarse cuando los vi besarse. Me di la vuelta. «¿Qué esperabas, Ariel? ¿Pensabas que ella iba a arrepentirse de estar junto a un triunfador para cambiarlo por un don nadie como tú?». Negué con la cabeza y comencé a caminar hacia otra zona de la discoteca, sin rumbo ni destino, solo por distanciarme de aquella pista de baile, de aquella visión que me producía dolor.

—¿Dónde vas, Ari? —preguntó Yuval.

—Voy al baño —mentí—, luego os veo.

Pasé la siguiente hora solo, peleándome con un ejército de pensamientos negativos. No quise juntarme con Yuval y Asaf. No quería amargarles la fiesta y mi cabeza me pedía estar solo. Yo no era de bailar, y menos sin mis amigos, pero tampoco estaba disfrutando de la fiesta, de la música. No me concentraba. ¿Habría algo de razón en la estúpida teoría de Asaf? Yo sabía que lo que había comentado no tenía ningún tipo de base científica, pero ¿realmente se llegaría a interesar una chica como Hadar en alguien como yo pudiendo elegir a lo mejor de lo mejor?

Observé cómo Yuval charlaba animadamente con un par de compañeras de clase. Yo sabía que llevaba ya unas cuantas copas encima. Era algo que él necesitaba hacer para desinhibirse, para sentirse como el resto y también para atreverse a hablar con chicas. Cambié de pista de baile y, en una esquina junto a una columna, vi a Asaf morreándose con Lilith Feldman. Joder, el que hablaba de tías feas como barracudas, y mira con quién había picado el anzuelo. Asaf tenía que llevar muchas copas encima porque siempre hacía la broma de que Lilith era como una gamba, que habría que quitarle la cabeza para poder aprovechar el resto. Me juré recordarle muy bien, al día siguiente, que él no solo era defensor de la teoría del ruso, sino que era el primer practicante. Tiré el botellín de plástico a una papelera antes de salir a la calle. La noche era fría y la nube de vapor que salió de mi boca lo confirmó. Me encogí un poco de hombros mientras observaba la amplia zona de aparcamiento. Había bastantes coches de chicos que ya tenían la edad para sacar el carnet de conducir y, claro, de quienes podían permitirse tener un

coche a esas edades. La mayoría de los vehículos eran de colores chillones y llamativos, con enormes llantas y alerones que los hacían parecer coches de carreras. Asaf siempre decía que su primer coche iba a parecer más un avión que un coche, que sobre el alerón trasero podrían bailar media docena de chicas, en minifalda, claro. Caminé por el aparcamiento buscando con la mirada el BMW del tipo con más suerte de la fiesta. Etian Abramowitz, cuyo padre era dueño de un negocio de importación y venta de vehículos europeos, podía presumir de tener el mejor coche de ese aparcamiento. ¿Realmente pesaría algo así en la elección de pareja por parte de Hadar? Mis amigos estaban convencidos de que sí, pero yo no lo creía. Aún conservaba la esperanza de que ella fuera diferente, que esa circunstancia era una casualidad. Me fui acercando al espectacular BMW pensando cuántos caballos podría tener un vehículo como ese. Cuando estaba a menos de veinte metros, algo me llamó la atención. El coche se movía, y tenía los cristales empañados. Me paré en seco. No, eso era demasiado para mí esa noche. Pero justo cuando estaba dispuesto a darme la vuelta y lamerme las nuevas heridas, la escuché gritar.

—¡Déjame, por favor! ¡Te he dicho que no! ¡No quiero!

Después, el sonido de una bofetada.

—¿Y me vas a dejar así, después de calentarme? ¡Zorra!

Un escalofrío me recorrió la espalda y erizó el vello de mi nuca. Un calor súbito inflamó mis entrañas. No sentí miedo, ni pensé en las consecuencias; mis piernas se movieron solas hacia el coche, impulsadas por una mezcla de determinación y rabia. Abrí la puerta y tiré con fuerza de las piernas de Etian hasta que, entre juramentos, salió del coche. Por la puerta abierta pude ver a Hadar, con una mejilla roja, subiéndose las bragas y colocándose el vestido. El gorila ricachón se subió los pantalones con una mueca de furia en su rostro. No llevaba la camisa. Reconozco que impresionaba. Esa montaña de músculos me sacaba media cabeza y más de veinte kilos. Avanzó un par de pasos hacia mí, sonriendo con una mirada vidriosa llena de vicio y alcohol. Y por un momento pensé que, si esa noche iba a morir, era la noche con la luna más preciosa que recordaba.

CAPÍTULO 26

—Eres hombre muerto, gusano.

No respondí.

—Eso que acabas de hacer te va a llevar a la puta tumba. Van a tener que recoger tus trocitos con pinzas.

Yo sabía que estaba ante una prueba de fuego, algo así como el examen de Jacob Shemesh. Desde el simulacro del supuesto secuestro organizado por mi padre unos dos años atrás, se había encargado de convertirme en un Ariel diferente. Su obsesión era moldearme y endurecerme como el acero. Después del instituto y de mis clases de idiomas, de lunes a viernes, mi padre me obligaba a ir a un gimnasio muy particular. El gimnasio del viejo Joe, un anciano que sabía todo sobre el arte de la pelea, sobre todo de la callejera, esa donde la supervivencia no entiende de reglamentos, puntos o competiciones.

—Puto enano de mierda —continuó—, te voy a sacar las putas tripas por la boca a puñetazos.

Mi padre había asistido a cada uno de mis entrenamientos cuando no estaba en ninguna misión. Se había encargado de buscarme contrincantes de más edad y más grandes que yo. Y, cuando él salía de misión, el viejo Joe tenía órdenes de hacer lo mismo. Durante muchos meses me patearon, me machacaron, me trituraron en el ring y fuera de él, donde uno tiene que saber utilizar cualquier objeto a su alcance. Sin reglas, sin piedad, sin compasión.

—Esto va a ser divertido, joder, va a ser divertido —dijo chocando un puño contra la palma de la otra mano mientras daba un par de pasos hacia mí.

No recuerdo la cantidad de veces que llegué a casa cojeando, con un ojo hinchado o los labios partidos. Y no se me olvidará el día que

llegué a casa para quejarme, llorando, a mi madre. Si alguien podía hacer torcer el brazo a Jacob Shemesh, ese alguien era ella. Mamá estaba cocinando, de espaldas a mí. No olvidaré su respuesta a mis súplicas: «Tu padre sabe lo que hace, Ariel». No se dio la vuelta, supongo que no fue capaz de decírmelo mirándome a los ojos. Creo que contuvo el dolor de no ayudarme porque sabía que ese proceso era necesario. No era un capricho de mi padre. Ella entendía lo que suponía ser el hijo de un agente en la agencia. Sabía que Jacob Shemesh no estaba enseñando a su hijo a defenderse de chavales. Le estaba enseñando a sobrevivir a hombres adultos, entrenados y letales.

—¡No! ¡Etian! ¡Déjale, por favor!

Vi cómo Hadar se acercaba a él y lo agarraba de un brazo. Él la empujó y ella cayó de espaldas, golpeándose contra el lateral del coche.

—¿Y tú te vas a poner de su parte? ¡Maldita zorra, ni para follar sirves!

Yo aguanté el impulso de ir a ayudarla. Mi concentración en quien ya era mi enemigo era máxima. Ese impresentable hacía tiempo que había sobrepasado una línea roja y yo no iba a permitir que eso quedara así. Fue entonces cuando entré en ese estado en el que la adrenalina comenzaba a fluir con fuerza por mis venas, transformando la ira en claridad mental para el combate. Algo que ya hacía meses sabía controlar. Ya no había rastro del débil Ariel de dos años atrás. Jacob Shemesh y el viejo Joe habían hecho su trabajo, las palizas en el gimnasio se habían ido reduciendo a la vez que mis habilidades se fueron multiplicando. Me fui haciendo fuerte, rápido e inteligente en el combate, por muy sucio que este fuera.

—¿Por qué sonríes, hijo de puta? —me dijo mientras avanzaba otro paso más, con la guardia de boxeo alta, el peso del cuerpo hacia delante, dispuesto a destrozarme con su primer gancho.

Y, en ese momento, fue como si mi padre estuviera observándome, dándome instrucciones en ese mismo aparcamiento, tal y como había hecho durante casi dos años en aquel gimnasio que olía a cuero, metal y sangre.

«Es más grande y más fuerte que tú, Ariel. Hay que cansarlo».

Y eso hice, comencé a moverme hacia él. Observé que era diestro. Esquivé su primer gancho. Hice lo mismo con sus dos siguientes puñetazos, esquivándolos con rápidos movimientos de tronco y piernas. Yo sabía que un boxeador estaba entrenado no solo para golpear con una fuerza tremenda, sino también para encajar golpes.

«Olvídate de los puñetazos, Ariel. Sabe cubrirse y sabe encajar. Ni con mil puñetazos lo tumbarás».

Esquivé otro golpe de derechas y un gancho de izquierdas. Él bufaba como un buey cabreado, yo trataba de respirar por la nariz y la boca, sin hiperventilar, tal y como me había explicado el viejo Joe. Sus ojos, rojos de alcohol y furia, parecían a punto de salirse de las órbitas. Por mis venas no corría ni una gota de alcohol, otra de las reglas de mi padre. Decía que yo no podía permitirme no estar al cien por cien de mis facultades, en cualquier circunstancia. Y siempre me recordaba el secuestro en la furgoneta. «Bajar la guardia puede suponer la muerte». Etian ya estaba sudando, tratando de alcanzarme con un puñetazo tras otro. Yo los esquivaba todos, me alejaba y me acercaba, me iba moviendo en círculos.

«Necesitas cabrearlo más. Se disparará su adrenalina sin control y se cansará más rápido».

Eso era cierto. Y para ello necesitaba acercarme, entrar en el peligro, en la distancia más corta. Y lo hice. Al esquivar un ataque de su puño izquierdo, me incliné y lancé con fuerza mi mano derecha, bien abierta, contra su rostro. No fue un puñetazo, fue una bofetada en condiciones. Como cuando te pega una chica, o tu madre. Una bofetada humillante. Sonó muy fuerte, como si alguien hubiera dado palmas con todas sus fuerzas. Escuché gritos de sorpresa y risas a mis espaldas. Un grupo de chicos había alertado de que había pelea en el aparcamiento y la gente se estaba congregando a nuestro alrededor. La bofetada azuzó a la bestia. Intentó conectar un golpe tras otro, sin conseguir hacer blanco y cada vez con menos potencia. El boxeador se estaba cansando y allí no iba a sonar ninguna campana para darle descanso. A mis espaldas escuché una voz conocida, la de Yuval.

—¡Es Ari, joder! ¡Asaf, avisa a tu hermano, rápido, antes de que lo mate!

Observé cómo Etian paraba para coger aire, bajando los brazos. Y otra vez visualicé a mi padre, a unos metros a la derecha, apoyado en algún coche, estudiando el combate.

«Está fundido, Ariel. Es el momento. Hay que tirarlo al suelo».

Asentí de forma inconsciente, como haciendo caso a las imaginarias palabras de mi padre. Me acerqué a él, esquivé con una finta un gancho de izquierdas y lancé una patada a su pie de apoyo, el derecho. Tuve que entrar demasiado en la distancia corta y su puño conectó en mi rostro, pero mi patada lo desequilibró y lo hizo caer. Más gritos de sorpresa entre el público. No perdí ni un segundo, fui a por él, rápido como una serpiente. Cualquier otro lo hubiera pateado. Yo no. El viejo Joe decía que no puedes pretender darle una patada a un toro y esperar que eso lo tumbe. Es mejor partirle una pata. Por eso mi objetivo era la mano derecha de mi contrincante. Cuando vi que la apoyaba en el suelo para levantarse, lancé un pisotón con todas mis fuerzas. Primero se escuchó el crujido de sus huesos, y después el alarido de la bestia, que se levantó como pudo, agarrándose esa mano con la otra.

—¡Ahora sí que te voy a matar, enano de mierda!

No respondí. Noté cómo un hilo de sangre caliente descendía por mi rostro. Su puñetazo me había abierto una ceja. Pero yo había abierto algo mucho más importante: su confianza. Sus palabras amenazantes decían una cosa, pero su mirada transmitía otra. De la ira había pasado a la duda. Lo que estaba ocurriendo no formaba parte de su guion. Volví a sonreír. Yo quería que él viera mi sonrisa ante sus amenazas. Sabía que eso lo minaría psicológicamente. El campeón dudando de sus posibilidades.

«Hay que acabar esto, Ariel. Ya sabes lo que toca ahora».

Claro que lo sabía. Tenía claro que quien estaba delante de mí ya no tenía las capacidades del deportista de proyección internacional que había llegado a la fiesta. El viejo Joe decía que un boxeador sin una mano es mucho menos que medio boxeador. Me concentré. Mi obsesión en ese momento era su rodilla. Me lancé hacia él por su derecha, la de la mano rota, sabiendo que su cerebro rehusaría

querer impactar con esos huesos. Y, efectivamente, él tuvo que girarse para rectificar su posición y tratar de lanzarme un gancho de izquierdas. Un golpe que pasó rozando mi cabeza mientras mi pie impactaba con su rodilla derecha, la cual se dobló hacia atrás en un movimiento que, con total seguridad, no recomiendan diez de cada diez médicos. Ese impacto brutal debió de romper ligamentos, meniscos y lo que sea que haya dentro de una rodilla. Cayó al suelo entre gritos, llevándose la mano sana a la rodilla rota. Me giré cuando escuché voces a mi izquierda.

—¡Ahí está! ¡Vamos, a por él!

Media docena de chicos, que identifiqué como los colegas de Etian, corrían hacia mí atravesando el aparcamiento. Alguien los habría alertado de la pelea. Se pararon a unos metros, todavía tratando de asimilar la escena. Su líder, la bestia capaz de tumbar a cualquier ser humano del planeta, estaba gritando y llorando en el suelo. Yo no hui, me quedé quieto, mirándolos con gesto serio y desafiante. Es curioso lo que hace el miedo en el cerebro. Ni uno solo de ellos se atrevió a acercarse a menos de tres metros. Miraban a Etian y me miraban a mí, sin comprender. Pero también sabía que era cuestión de tiempo que esos palurdos decidieran rodearme y atacarme con los vasos y botellas que llevaban. Una voz conocida me hizo desviar la mirada hacia otra zona del aparcamiento.

—¡Ven, Ariel! ¡Por aquí, rápido!

Era Asaf, desde el asiento de copiloto del coche de su hermano. Yuval estaba en los asientos traseros y el hermano de Asaf al volante, con el coche arrancado y listo para desaparecer de allí. Miré a mi izquierda y la vi a ella, preciosa y frágil, en su vestido rojo. Se había quitado los zapatos y los llevaba en una mano. Un par de colegas de Etian se fueron envalentonando y acercándose varios pasos. Volví a mirarla. Ella entendió que yo no me iba a ir de allí dejándola sola, aunque me reventaran a golpes. Y, en un gesto que no olvidaré nunca, se acercó y me agarró del brazo, obligándome a correr con ella hacia el coche que nos sacaría de allí. Yuval nos abrió la puerta y nos lanzamos al interior. El motor rugió, las ruedas chirriaron sobre el asfalto y el coche atravesó con potencia la zona de salida del aparcamiento.

En los minutos que duró el trayecto hasta nuestras casas, Asaf no paraba de lanzar golpes ficticios al aire, reproduciendo la pelea, diciendo que había sido un flipe, que a lo mejor ahora me llamaban de Estados Unidos a mí. Yuval farfullaba algo sobre el lío en el que me había metido, que ahora irían a machacarme al instituto, que ese tipo de gente no dejaba las cosas así, y que seguramente también lo machacarían a él, por ser mi amigo. No hice caso ni a uno ni a otro. Yo miraba a hurtadillas a Hadar sabiendo que sus ojos estaban puestos en mí, con una mezcla de agradecimiento y admiración. Sonreí, jurándome no olvidar nunca esa noche, la noche con la luna más preciosa que recordaba.

CAPÍTULO 27

Ocurrió tres días después, cuando estaba con Asaf y Yuval en un banco del patio del instituto, comiendo un sándwich en un descanso entre clases. La vimos acercarse a lo lejos.

—Viene hacia aquí —dijo Yuval.

—Te va a caer buena, Shemesh —comentó Asaf sonriendo—. Has jodido la carrera de quien iba a ser una estrella del boxeo. Y a esta que viene le has dejado sin mansión, sin mayordomo y sin piscina climatizada.

Era cierto, venía hacia nosotros. El sándwich se me empezó a hacer bola en la boca, que la notaba seca por momentos. No había hablado con ella desde la noche de la fiesta, cuando nos despedimos al dejarla con el coche en su portal. Hadar venía sola, con una carpeta y varios libros bajo el brazo. Vestía unos vaqueros que le quedaban como un guante y una blusa verde que realzaba el moreno de su piel. Decir que estaba preciosa era decir poco. Yo guardé como pude lo que me quedaba del bocadillo en la mochila. La mitad se cayó al suelo. Tragué los restos que me quedaban en la boca.

—Hola, chicos —dijo ella.

Yuval y Asaf devolvieron el saludo. Yo no pude, mi corazón iba a mil y mi garganta se cerraba por momentos. Solo pensaba en no marearme y en no cagarme encima.

—¿Puedo hablar a solas con Ariel?

Al escuchar eso, yo mismo sentí que palidecía. Mi cerebro calculó las posibilidades de que le pueda dar un ictus a un chaval sano de dieciséis años, que no serían muchas, pero, después de lo de la rana, todo era posible.

—Oh, sí —contestó Asaf—. Rambo está disponible —puso voz de alguien a quien sí le ha dado un ictus—, pero cuando te ve… no siente las piernas.

Yuval no pudo evitar soltar una carcajada y se llevó a Asaf cogiéndole del brazo. Los cabrones se quedaron a unos veinte metros, bajo la sombra de un árbol, pendientes de nosotros. Desde mi posición podía ver a Asaf hacerme gestos. Traté de no mirar hacia ellos y concentrarme en Hadar, lo cual no era fácil. Se sentó a mi lado y me miró. Intenté tragar la saliva que no tenía.

—Quería agradecerte lo del otro día, Ariel.

No respondí, y no porque no quisiera. Era incapaz, como un retrasado al que ponen frente a una pizarra llena de integrales para resolver. No me salían las palabras.

—Lo siento mucho, Ariel, y estoy avergonzada. Que me vieras en esa situación, y el comportamiento de ese…

Calló. A ella le dolía recordar el momento.

—No pasa nada —conseguí decir—. No fue culpa tuya.

La vi apretar los dientes. Imaginé que su mente reproducía la escena una y otra vez.

—Nunca pensé que él intentaría… —comenzó a decir con una voz que se iba quebrando por momentos.

Estuvimos unos segundos sin decir nada. Un silencio agobiante, pesado, incómodo.

—Bueno, ya pasó, Hadar. Tú estás bien, la cosa no fue a mayores.

—Ese hijo de puta intentó violarme —soltó con rabia.

No dije nada. Tampoco había mucho que decir a eso. Escuchar esas palabras de su boca me produjo un vacío en el estómago.

—Me pegó, joder. Me pegó. Y me hubiera violado si tú no apareces por allí para impedirlo.

—Si eso llega a ocurrir, le habría matado.

Solté las palabras sin pensar, sin razonamientos previos. Lo dije con la naturalidad de quien afirma un hecho irrefutable. La miré a los ojos.

—Le habría matado —repetí.

Ella buscó mi mirada, sorprendida de que esas palabras hubieran salido de mi boca. Asintió sin estar muy convencida, pensando que esa afirmación era algo metafórico, una forma de hablar. Ella no podía imaginar que aquello no era un farol. No sabía que aquella noche yo llevaba en el bolsillo la navaja que me regaló mi padre. Si Etian Abramowitz la hubiera violado, ella habría presenciado cómo abría en canal a ese cerdo, desde la ingle hasta la garganta. Sin control, sin piedad, sin pensar en las consecuencias.

—He roto con él —comentó sin mirarme, con sus ojos puestos en la fachada del instituto—. No le he dicho nada a mis padres. Si mi padre se entera de que Etian intentó…

—Ya. —Supuse que el señor Cohen habría salido de su casa hacha en mano—. ¿Cómo se lo ha tomado?

Se encogió de hombros.

—Ni siquiera quise mirar a la cara a ese cerdo. Le mandé un mensaje al móvil. Me respondió que tiene a todas las que quiera en fila, y que a ninguna la llego a la suela de los zapatos.

Solté una risita irónica.

—Qué payaso.

—Le tienen que operar —comentó. Lo dijo en un tono neutro, como si no le importara en absoluto—. De la rodilla, un destrozo, por lo que le he escuchado a Noemí, la hermana de Ismael.

Asentí sin inmutarme. Ismael era uno de los colegas de Etian.

—Y tiene la mano escayolada. Tres huesos rotos.

—Bien. Tres no son muchos.

Me miró sonriendo, divertida.

—No te imaginaba así, Ariel.

Cada vez que pronunciaba mi nombre se me ponía la piel de gallina.

—Así… ¿cómo?

—No sé. Cuando salió del coche enfurecido, él tan grande y tú tan pequeño a su lado… —Hizo una pausa—. Pensé que te daría una paliza y, de repente…

—Supongo que se me dan mejor los cerdos que las ranas.

Soltó una carcajada que me encantó. Natural, vibrante, contagiosa. Ambos reímos.

—Es verdad que los batracios no son lo tuyo —comentó guiñando un ojo.

—No me lo recuerdes, por favor —respondí poniendo los ojos en blanco.

Nos quedamos en silencio unos momentos, sonriendo.

—Eres una caja de sorpresas, Ariel Shemesh.

Noté las mejillas calientes, y supongo que ella se dio cuenta, porque quiso relajar el momento.

—En el buen sentido, me refiero.

—Menos mal —dije, sofocado.

—Estaba pensando que… quizás querías… no sé, algún día de estos… salir a tomar algo, juntos.

La siguiente sensación fue de vértigo, como si la tierra se hubiera abierto bajo mis pies y un abismo hubiera aparecido ante mí. Hadar Cohen, la chica más preciosa del instituto y, desde luego para mí, de todo Israel, me estaba ofreciendo una cita. Inspiré y mantuve el aire en el pecho, los nervios atenazando mi garganta. Mi corazón galopaba desbocado, sabiendo que esas cosas pasan una vez en la vida, que era una posibilidad entre un millón. Me dio por mirar hacia el árbol, donde Yuval y Asaf seguían concentrados en lo que estaba ocurriendo entre nosotros. Vi cómo Asaf hacía el gesto con una mano de llevarse algo a la boca, una y otra vez, mientras que con la lengua abultaba rítmicamente su mejilla. Maldito bastardo cabrón. Dejé de mirarle pensando que ya tendría tiempo de colgarlo del árbol después. Hadar me miraba nerviosa, esperando una respuesta.

—¿Eh? Oh, sí, claro, salir juntos, algún día de estos… claro… sí.

Suspiró aliviada. Como si por mi cabeza hubiera pasado la posibilidad de negarle la cita. Antes me habría cortado las venas con el envoltorio del sándwich.

—Bien, genial. ¿Te parece bien el viernes? ¿Después de clases? —Arqueó una ceja, haciendo algún cálculo mental—. ¿Pasas a recogerme a las siete?

—¿Eh? Claro. El viernes. A las siete, sí. A las siete, seguro.

Yo sabía que de seis a ocho tenía que ir al gimnasio del viejo Joe, pero como que me apellidaba Shemesh que iba a estar a las siete menos diez en el portal de Hadar. Aunque tuviera que atar al viejo

con cuerdas y meterle el palo de la fregona por el culo si se negaba a dejarme salir de allí a las seis y media. Me presentaría a las cinco, para que me diera tiempo a entrenar y que el viejo quedara contento, sin chivarse a mi padre.

—Bien, genial, viernes a las siete —dijo Hadar—, y, Ariel…

—¿Sí?

—Gracias, de verdad. Por todo. Estoy deseando que llegue el viernes.

Me dio un beso en la mejilla y mi diosa se alejó hacia la puerta de entrada del instituto. Por un momento pensé que mi corazón se había parado, que ninguna ambulancia llegaría a tiempo para reanimarme y dejarme mínimamente presentable para la cita. Pero el corazón no se paró, cogí mi mochila, me acerqué a mis amigos, le di un pescozón con ganas a Asaf y les expliqué que hasta el mismísimo Brad Pitt me estaría envidiando en esos momentos.

CAPÍTULO 28

El viernes la recogí en su portal. Llegué casi quince minutos antes. Habíamos quedado a las siete y Hadar salió por la puerta a las siete y diez, disculpándose y maldiciendo a su hermano pequeño, Daniel, que había ocupado el baño solo para fastidiarla, para no dejar que se preparase.

—En el fondo es buen chico, pero es un travieso de cuidado —dijo ella cuando caminábamos por la acera hacia Yarkon Park, el gran parque urbano que bordeaba el río Yarkon, al norte de Tel Aviv.

Les había dicho a Asaf y a Yuval que iríamos al centro comercial Dizengoff a ver una película. Sonreí al imaginarlos buscándonos como locos entre las tiendas, merodeando por el cine con la única intención de joderme la tarde. Con amigos así, la precaución es una cuestión de supervivencia.

Yarkon Park era un lugar ideal para una cita de enamorados. Amplias campas de césped bien cortado, senderos para pasear y zonas de pícnic junto al río. Estuvimos paseando un buen rato, disfrutando de la buena temperatura que nos regalaba ese día soleado. Le invité a Hadar a un helado. Ella eligió fresa, y yo no traicioné al sabor pistacho, siempre fiel. Nos sentamos en un banco. Unos patos aleteaban en el río y se daban picotazos. Supuse que serían dos machos peleando por alguna hembra. Pensé que, en definitiva, todas las especies hacíamos lo mismo. Yo había tenido mi pelea unos días atrás, la noche que cambió mi vida. Le di un buen lametazo a mi helado, sonriendo, pensando que ninguno de esos patos sería capaz de mandar al otro al hospital. Ninguno sería capaz de joderle la fulgurante carrera palmípeda al otro.

—¿Qué piensas, Ariel? —Ella siguió mi mirada hacia el río—. ¿Te gustan los patos?

Me encogí de hombros. Nunca lo había pensado. ¿Los patos? No me imaginé teniendo un pato de mascota. Mi madre lo habría metido en una cazuela el mismo día que lo hubiera llevado a casa.

—Sí, no sé, son bonitos. A ver, me gustan todos los animales en general, pero hay una especie que me encanta: los gatos.

—Oh, vaya, ¿los gatos? —Me miró a los ojos, sonriendo—. Qué sorpresa, no lo hubiera dicho. Creo que los chicos son más de tener perros, y si son grandes y de aspecto feroz, mejor. Eres diferente, Ariel, eres diferente para casi todo. —Hizo una pausa y continuó, queriendo explicar ese comentario—. En el buen sentido lo digo. Me gusta que seas así de diferente.

No pude evitar sonrojarme. Le gustaba mi forma de ser, al menos, de momento. Creo que mi único objetivo en esa cita era no cagarla, con eso me conformaba.

—Yo no podría tener gatos. A mi padre le dan alergia. No sé, algo del pelaje, creo. —Lamió un par de veces el helado, pensativa—. Y, además, si te soy sincera, me dan un poco de miedo. Tienen algo, no sé, esa mirada que intimida y… los veo como un poco impredecibles, como que en cualquier momento te pueden soltar un zarpazo sin que te lo esperes.

—Qué va. No son peligrosos para nada, todo lo contrario.

—Sí, lo que quieras —se llevó la mano a la frente—, pero mira cómo le dejó a Daniela su gata. Estuvo una semana con un código de barras rojo de los arañazos que le dio su preciosa gatita peluda.

Solté una risita.

—Algo le haría. Los gatos son criaturas fascinantes.

—¿Tienes gato, Ariel?

Asentí. Mi padre había traído a casa un gatito negro hacía cuatro meses para regalármelo por mi cumpleaños. Un compañero suyo de la agencia tenía una gata que había parido y lo comentó en el grupo operativo de mi padre, tratando de deshacerse de algunas crías.

—Se llama Minaya. Es un gato negro precioso, con unos ojos verdes que hipnotizan.

—¿Minaya? Parece nombre de gata.

Negué con la cabeza.

—Era el apodo de un soldado español. La mano derecha del Cid Campeador, el guerrero más importante de la historia de España.

Frunció el ceño.

—Mi madre es española y… me cuenta cosas de su tierra.

—Ya veo —contestó sonriendo.

—Pero bueno, decía que los gatos son muy inteligentes y, es verdad, quizás son más independientes que los perros, pero son muy cariñosos.

Hadar inclinó ligeramente la cabeza y me miró con gesto pícaro.

—¿Tú eres cariñoso, Ariel?

Esa pregunta me pilló desprevenido. Sentí el calor en mis mejillas.

—¿Yo? Eh… sí… bueno…

Soltó una carcajada y me cogió de la mano.

—Bueno, eso se irá viendo. —Tiró de mí y nos pusimos en pie—. Venga, vamos a estirar las piernas con un paseo romántico, señorito Shemesh.

CAPÍTULO 29

Estuvimos paseando durante algo más de una hora, charlando, riendo. Íbamos cogidos de la mano. Yo nunca sudaba, joder, ¿por qué de repente me sudaban las manos? ¿Por qué tenía tan mala suerte? ¿Qué pensaría ella? Pero, si ella notó mi mano sudada, no dijo nada. Su presencia aún me imponía, pero cada vez me sentía más relajado. Hadar me lo ponía fácil, me daba conversación, su carácter era risueño y tenía un gran sentido del humor. Me hacía reír. Mucho.

Cuando dieron las nueve, decidimos volver a casa. La acompañé hasta su portal. La puerta estaba abierta. Ella me dijo que entráramos. Me miró a los ojos y se acercó más a mí.

—Bueno, se acabó nuestra primera cita —dijo.

—Sí —respondí tragando saliva.

¿Por qué se me estaba acelerando el corazón?

—¿Te ha gustado? A mí me ha encantado. Ha sido una primera cita casi perfecta. —Su sonrisa se hizo más pícara—. Casi perfecta —repitió.

Y el imbécil de Ariel Shemesh no supo qué responder. Me quedé ahí, embobado, mirándola con menos reacción que un geranio. Ella percibía mis nervios y soltó una pequeña risita. Me rozó con sus dedos una mejilla y me estremecí.

—¿Vas a besarme, Ariel Shemesh?

En ese momento pensé que mi corazón explotaría y pondría aquel portal perdido de sangre. Pero el cabrón aguantó y no tuve más remedio que tratar de vencer el miedo. Asentí con torpeza y fui acercando mi rostro al suyo. Yo sabía que aquel sería un momento único. Iba a ser mi primer beso de verdad, porque, por mucho que se empeñara Asaf, mi amago de beso con Ruth Segal no contaba. Yo

le habría dado un beso en condiciones a Ruth, pero la culpa fue de la puta ortodoncia que llevaba. Asaf nos advirtió que nunca moviéramos la lengua dentro de una boca con ortodoncia; decía haber leído que el contacto metálico provocaba calambres que te dejaban la lengua tonta, hablando como un idiota para siempre. Juro que no le creí, pero, a la hora de la verdad, el pánico pudo conmigo. Dejé la lengua tiesa, inmóvil como un palo, evitando cualquier roce con el metal. Ella me mandó a la mierda al día siguiente y se encargó de decir en clase que yo era un estrecho y un pringado. A mí me dio igual, conservé mi lengua en perfectas condiciones.

Hadar comenzó a acercarse más y más. Su rostro estaba tan cerca que podía notar el calor de su respiración en mis labios. Cerré los ojos. Ella ya los había cerrado. Rozó sus labios con los míos con suavidad, con ternura, con control. Al principio fue un roce leve, sutil, cuidadoso. Sus labios eran más suaves de lo que había imaginado. Cálidos, carnosos, flexibles. El simple contacto me produjo un escalofrío que me recorrió desde la nuca hasta la espalda baja.

Me quedé quieto un segundo de más, demasiado consciente de mí mismo, de mi torpeza, de no saber qué hacer con las manos, con la boca, con todo mi cuerpo. Ella no se apartó. Al contrario. Volvió a rozarme. Esta vez presionando un poco más. Sus labios se movieron con lentitud, guiándome. Sentí cómo inclinaba ligeramente la cabeza y comprendí que debía hacer lo mismo. Intenté imitarla.

Nuestros labios empezaron a moverse con un ritmo creciente. Noté la humedad de su boca, el calor que se intensificaba entre nosotros. Cada vez que sus labios se abrían un poco más, mi respiración se volvía más irregular.

Y entonces su lengua rozó la mía. Fue apenas un contacto, pero fue suficiente para que mi cuerpo reaccionara como si alguien hubiera encendido una corriente eléctrica bajo mi piel.

No supe cómo responder. Me quedé un instante rígido, sorprendido por la sensación. Era algo completamente distinto a lo que había imaginado. Más íntimo. Más profundo. Ella se dio cuenta. Se separó apenas un centímetro, lo justo para mirarme. Sus ojos brillaban, divertidos y tiernos al mismo tiempo.

—Relájate —murmuró.

Y volvió a besarme.

Esta vez abrió un poco más los labios y su lengua volvió a buscar la mía, con suavidad, sin prisa. No invadía, invitaba.

Respiré hondo y me dejé llevar. Imité el movimiento, con cuidado. Nuestras lenguas se tocaron de nuevo, esta vez durante más tiempo. La sensación era húmeda, cálida, casi mareante. Sentía el latido en mis oídos, en el cuello, en las muñecas. Mis manos, que hasta entonces habían estado suspendidas en el aire, se atrevieron por fin a posarse en su cintura. Noté el calor de su cuerpo bajo la tela. Ella se acercó más, pegándose a mí, sin brusquedad. El espacio entre nosotros había dejado de existir.

El beso se volvió más profundo. No era agresivo, pero sí intenso. Sus labios me envolvían, me marcaban el ritmo. Yo empezaba a encontrar el mío. El nerviosismo inicial comenzó a transformarse en algo más primitivo, más físico. Sentía cómo mi cuerpo respondía sin que yo pudiera controlarlo. Un cosquilleo en el estómago que descendía lentamente. Un calor que se concentraba en el centro de mi pecho y bajaba aún más. Me estremecí cuando su mano subió por mi espalda y se detuvo en mi nuca, atrayéndome con firmeza.

El mundo desapareció. No oía coches. No oía nada. Solo nuestra respiración entrecortada. Solo el sonido suave de nuestros labios al separarse y volver a encontrarse. Su lengua jugaba con la mía con una seguridad que me fascinaba. Yo la seguía, aprendiendo sobre la marcha, dejándome guiar. Cada roce era distinto. A veces lento y explorador. A veces más decidido. Notaba la humedad, el intercambio de aire, el calor que se acumulaba en nuestras bocas.

Me sentía torpe, sí, pero también vivo como nunca. Había algo hermoso en esa mezcla de inexperiencia y deseo. No era solo excitación física, aunque la había, intensa y creciente. Era la sensación de estar cruzando un umbral invisible.

Cuando finalmente se apartó unos centímetros, nuestras frentes quedaron apoyadas. Seguía sujetándome por la nuca. Yo aún tenía las manos en su cintura. Respirábamos como si acabáramos de correr un sprint.

—Ves que no era tan difícil —susurró con voz suave y una sonrisa que me partió en pedazos.

Me reí, todavía aturdido.

—Creo que necesito práctica —dije.

—Eso se puede arreglar.

Y volvió a besarme, esta vez con menos paciencia y más confianza. Yo respondí con más decisión. Ya no dudaba tanto. Ya no pensaba tanto. Me dejaba llevar por las sensaciones: la suavidad de sus labios, la humedad compartida, el calor de su cuerpo pegado al mío.

Cuando por fin nos separamos del todo, me di cuenta de que mis piernas temblaban ligeramente.

Ella apoyó una mano en mi mejilla, con un gesto inesperadamente tierno.

—Buenas noches —dijo—. Te veo mañana, Ariel.

La vi subir los escalones. Yo me quedé allí unos segundos, respirando el aire fresco que se colaba desde la calle, tratando de asimilar lo que acababa de pasar. Salí del portal todavía en un extraño estado de éxtasis, como flotando en una nube. Sabía que había sido solo un beso. Pero había sido el primero. Y lo recordaría siempre.

CAPÍTULO 30

Las siguientes semanas fueron una revolución para mis hormonas. Hadar estaba en mi cabeza continuamente. Yuval y Asaf decían que mi enamoramiento me había dejado gilipollas, que no era el mismo, que estaba ausente en nuestras conversaciones. Y no lo niego, reconozco que no podía concentrarme, ella invadía todos y cada uno de mis pensamientos.

Ya no me avergonzaba que me vieran paseando con ella por el instituto, agarrados de la mano. Al principio me daba vergüenza que la gente me señalara y se llevara las manos a la cabeza comentando qué coño hacía Hadar saliendo con un tipo como yo si su nivel estaba a años luz del mío. Pero nada de eso ocurrió, en el instituto se había corrido la voz de la pelea en la fiesta y era como si un nuevo Ariel Shemesh hubiera renacido. David había tumbado a Goliath y eso multiplicó mi fama entre chicos y chicas. Ellos me envidiaban, incluso los más guaperas, y ellas me miraban a hurtadillas con ojos de deseo. Asaf decía que deberíamos montar una especie de «Club de la Lucha» en el instituto, con peleas clandestinas donde se pudiera apostar. Decía que yo iría machacando a cada aspirante mientras nos hacíamos ricos, y Yuval y él manejarían el dinero de las apuestas. Le mandé a la mierda tantas veces que acabó desistiendo de su idea millonaria.

Yo seguía en mi nube, con Hadar, y no puedo evitar recordar aquella noche en la playa. Habíamos quedado para dar un paseo desde el centro hasta la playa Mezizim. Ella me esperó a la salida del gimnasio, con la mirada del viejo Joe puesta en mí cuando me vio darle un beso al salir a la calle. Cuando nos alejábamos le escuché gritarme a mis espaldas: «¡Esa te tumba en el primer asalto,

Shemesh! ¿Quieres que te acompañe para darle a la campana?». Hadar soltó una risita a mi lado mientras nos alejábamos. Maldito viejo.

Llegamos a la playa tras caminar durante casi treinta minutos. Era viernes, y el señor Cohen le había dado a su hija permiso para llegar a casa a las diez y media, media hora más tarde de lo habitual. Llegamos a la playa a tiempo para ver la puesta de sol. La vimos sentados en la arena, cerca del agua. Hadar contemplaba fascinada el horizonte, los tonos naranjas y violáceos que iba adquiriendo el cielo con la caída del sol. Sonreía. Ella casi siempre sonreía, era una de sus muchas virtudes, como un superpoder.

El sol estaba bajando despacio, como si él también quisiera alargar aquel momento. La arena aún guardaba el calor del día y yo la sentía bajo las manos, áspera y tibia, mientras ella hablaba mirando al horizonte, con el cabello movido por una brisa suave que parecía conspirar a su favor.

—¿Te das cuenta? —me dijo sin apartar los ojos del mar—. El sol nunca se apaga. Solo se esconde para que podamos recordar que la luz no es eterna… y que por eso es valiosa.

Yo la observaba a ella más que al horizonte. El reflejo anaranjado le teñía la piel de oro; pensé que, si el sol tuviera que elegir un lugar donde quedarse a vivir, sería allí mismo, sobre sus pómulos.

—Supongo que… —empecé, buscando algo que sonara mínimamente inteligente—, supongo que es como cuando te vas de un sitio y de repente todo el mundo se da cuenta de que faltas.

Ella giró la cabeza hacia mí, con esa sonrisa que me dejaba sin equilibrio.

—Eso ha sido bonito —dijo—. Torpe, pero bonito.

Me reí. Siempre tenía razón.

—Estoy compitiendo contra una metáfora cósmica. Dame margen.

Volvió a contemplar el horizonte. El sol ya tocaba el agua y el mar parecía derretirse bajo él.

—¿Sabes lo que más me gusta? —continuó—. Que mientras nosotros vemos el final del día, en otro lugar alguien está viendo el amanecer. Es el mismo sol, pero contado desde otro punto de vista.

Me gusta pensar que las cosas no terminan, solo cambian de escenario.

Me quedé callado unos segundos. Ella hablaba como si tuviera un mapa secreto del universo en la cabeza.

—Entonces —dije al fin—, cuando algo acaba para mí… ¿en realidad está empezando en otro sitio?

—Exacto. —Clavó los ojos en mí, brillantes—. La tristeza es muy egocéntrica. Creemos que todo gira alrededor de nuestra pérdida, pero el mundo sigue creando cosas nuevas al mismo tiempo.

Yo asentí, aunque en realidad estaba pensando que, si ella desapareciera de mi vida, ningún amanecer en ningún sitio podría compensarlo.

—La luna es diferente —añadió—. No tiene luz propia. Vive de lo que el sol le presta. Y aun así la adoramos.

—Eso suena a que no te gusta que la luna tenga su lugar, como si no se lo mereciera, como que vive gracias al reflejo de otro.

—No —dijo riendo—. Estoy diciendo que nadie brilla solo. Siempre hay algo o alguien que nos ilumina.

Me miró al terminar la frase, y yo sentí que la sangre me subía a las mejillas. Torpe, como siempre.

—Bueno… —balbuceé—, en ese caso, creo que yo soy claramente la luna.

—¿Porque necesitas que alguien te ilumine?

—Creo que más bien porque cuando tú hablas, yo solo reflejo lo que dices intentando que parezca mío.

Se echó a reír, y el sonido fue tan limpio que me dolió de felicidad.

—No seas ridículo. Tienes luz propia.

—Sí, pero la tuya tiene mejores metáforas.

Se inclinó hacia atrás apoyándose en las manos, mirando cómo el sol se hundía del todo. El cielo pasó del naranja al rosa, y luego a un violeta suave que parecía pintado a propósito.

—¿Sabes qué creo? —dijo más despacio—. Que el amor es un poco como esto. Todo el mundo habla del amanecer, de la pasión del principio, pero el atardecer tiene algo más profundo. Es la promesa de que, aunque se esconda, volverá.

Yo tragué saliva. Siempre que pronunciaba esa palabra, amor, lo hacía sin dramatismo, como hablando de un fenómeno natural inevitable.

—¿Y nosotros en qué fase estamos? —pregunté, intentando sonar natural.

Ella fingió pensarlo.

—Estamos en esa parte en la que el sol ya está tocando el mar, pero todavía no ha desaparecido. Todo está encendido y, al mismo tiempo, sabes que tienes que memorizarlo.

Me quedé mirándola. No sabía si lo decía en broma, en serio o en esa mezcla misteriosa que era tan suya.

—Entonces voy a memorizar eso —dije, señalando el horizonte—. Y también esto.

Toqué con la punta de los dedos su mano, que descansaba sobre la arena. Ella no la apartó. Al contrario, entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Qué estás memorizando exactamente? —preguntó con una sonrisa ladeada.

—Que el sol se refleja en el agua… y que a ti se te refleja en los ojos. Y que cuando hablas del universo parece que lo estés explicando solo para mí.

Me observó con una mezcla de ternura y diversión.

—Eres peor poeta de lo que creía.

—Lo sé.

—Pero me gusta que lo intentes.

El sol desapareció por completo y quedó una línea brillante sobre el mar, una cicatriz de luz en el horizonte.

—Mira —susurró—. Ahora empieza la parte más interesante. Cuando la luz no está y, aun así, seguimos viendo.

—Eso suena peligroso.

—Lo es. Pero también es cuando uno aprende a confiar.

La observé en silencio. Siempre tenía esa manera de decir cosas enormes con voz suave, pero de una forma natural, sin darse cuenta del efecto que causaban.

—A veces pienso —continuó— que el sol y la luna son dos maneras de entender el amor. El sol es pasión, energía, presencia

absoluta. La luna es calma, paciencia, reflejo. Necesitas las dos cosas.

—¿Y tú cuál eres?

—Depende del día —respondió encogiéndose de hombros—. ¿Y tú?

La miré un momento, dudando. La respuesta fácil era decir que yo era lo que ella quisiera que fuera. Pero quería intentar estar a su altura.

—Creo que soy el que aprende a mirar el cielo porque tú me señalas dónde.

Hubo un silencio breve, pero nada incómodo. Diferente y especial.

Ella apretó un poco mi mano.

—Eso ha sido menos torpe.

—Estoy evolucionando.

—Lo sé —dijo con su sonrisa de dientes blancos y alineados—. Es bonito ver cómo alguien cambia sin dejar de ser él mismo.

El cielo se oscurecía y la primera estrella apareció tímida.

—Ahí está —dijo ella—. Siempre me gusta pensar que cada estrella es una posibilidad que aún no hemos vivido.

—Entonces tenemos bastantes por delante —respondí.

—Si sabemos mirar.

La miré a ella, no al cielo.

—Yo sé dónde quiero mirar.

Sonrió, y en esa sonrisa cabía todo el crepúsculo.

Nos quedamos en silencio un rato, escuchando el mar romper suavemente contra la orilla. Yo pensaba que quizás el sol se escondía cada tarde solo para darnos excusas como aquella: sentarnos en la arena, hablar del universo y descubrir que, a veces, la cosa más inmensa no estaba en ningún rincón del firmamento, sino justo a mi lado, con los dedos entrelazados a los míos.

Y por primera vez entendí que no necesitaba grandes frases. Solo estar allí, aprendiendo a mirar el mundo con sus ojos.

Hadar quiso que camináramos hacia una zona que a ella le parecía más romántica, una pequeña cala tras unas rocas. Una preciosa luna llena nos hacía de guía, de romántico farol natural que

iluminaba la arena y dejaba reflejos plateados en las suaves olas que rompían cerca de la orilla. No había nadie en esa cala, solo nosotros. Ella observó la luna. La vi sonreír. Y alcé las cejas cuando comenzó a quitarse la ropa.

—Hadar, ¿qué haces?

—¿Vienes, Shemesh? —dijo cuando ya estaba en bragas y sujetador, con una sonrisa tan pícara como desafiante—. ¿Me vas a dejar sola, como a una luna triste?

La observé caminar de espaldas, mirándome, entrando al mar. Sonreí. Ella era natural, espontánea, impredecible. Me desvestí hasta quedarme en calzoncillos y seguí sus pasos. Llegué a su altura. El agua, que nos llegaba casi hasta el cuello, estaba fría, pero el calor de su cuerpo compensaba con creces esa pequeña tortura. Ni el océano más gélido podía vencer a la calidez de su piel. La vi contemplar la luna unos instantes. Yo miraba fascinado los reflejos plateados en su rostro, las brillantes gotas colgando, como diminutos diamantes, de su nariz, de sus labios, de su barbilla. Todo en ella era simetría y belleza. Me miró a los ojos.

—La luna es bella, pero es difícil fiarse de algo que tiene una cara oculta. —Acercó su rostro al mío, casi tocando mis labios. Cada célula de mi cuerpo se estremeció—. ¿Puedo fiarme de ti, Ariel, desde ahora, para siempre?

Tragué saliva. Sus reflexiones y sus preguntas, inteligentes y llenas de sentido, me dejaban descolocado. ¿Llegaría yo algún día a estar a su altura? Pensé en la pregunta. No quería contestar cualquier tontería. A ella le gustaban mis esfuerzos mentales, mi voluntad por dar mi respuesta más sincera. Pensé en el trabajo de mi padre, en la agencia, en la preparación que Jacob Shemesh estaba llevando a cabo con su hijo adolescente. Nadie podía saber lo de la agencia, lo que se escondía tras las puertas de mi hogar. Por la seguridad de mi padre, por la mía y la de mi madre. Y también por la de la persona que acababa de entrar en mi vida y la había puesto patas arriba. Nadie debía saberlo. La miré a los ojos, como el marinero que sabe que ya ha caído embrujado por el canto de la sirena.

—Nunca voy a fallarte, Hadar —dije con seriedad, en un tono que era una auténtica declaración de intenciones—. Nunca.

Se quedó mirándome, también con gesto serio. Unos segundos que se me hicieron eternos. Alzó una ceja y una sonrisa comenzó a formarse en sus húmedos labios. Asintió.

—Esa es la mejor respuesta de todas las posibles, Ariel.

Y me besó con tanta pasión que me costó unos segundos seguir su ritmo. Lo hizo abrazándome. Un abrazo intenso, largo, lleno de emoción. Separó su rostro del mío, solo unos centímetros, para susurrarme algo que puso mi piel de gallina, algo que ni habían conseguido las negras aguas del mar.

—Quiero que seas mi sol, Ariel. Quiero que ilumines cada uno de mis días, que calientes cada centímetro de mi piel. Que me ames como si cada segundo de tu vida fuera en ello. ¿Sabes por qué? Porque yo haré eso y mucho más.

Mis ojos encontraron los suyos.

—Lo seré, te lo prometo.

Es lo que me salió sin pensar, porque era algo que ya estaba muy dentro de mí, que no necesitaba razonar.

Me besó de nuevo, con la pasión de una fantástica bestia marina. Nuestras pieles se fundieron buscando la unión, como queriendo dar forma a un ser mitológico de los fondos oceánicos. Se separó y me regaló una preciosa sonrisa antes de fruncir el ceño y mirar hacia la orilla.

—¿Ocurre algo? —pregunté mirando en aquella dirección.

—Espérame aquí, Ariel. Dame un minuto. Quiero ir a mirar el reloj, no quiero que se haga tarde y mi padre ponga una orden de busca y captura con tu foto en los carteles, pidiendo una recompensa por tu cabeza.

—¿Eh? —respondí imaginándome al señor Cohen en el portal, esperándome con cara de pocos amigos—. Sí, claro, vete y mira, te espero.

—Pero antes —dijo metiendo las manos en el agua y sacándolas con sus braguitas en una de ellas—, dame tus calzoncillos, anda.

Abrí los ojos como platos mirando su lencería rosa.

—¿Cómo?

—Vamos, Shemesh, confía en mí.

Era otro de sus juegos, acorde a su picardía, otra de sus virtudes. Me encogí de hombros y me dejé llevar, confiando en mi sirena. Solo el hecho de saber que ella estaba sin sus braguitas encendió todo mi cuerpo. Imaginé que quizás unas burbujas traicioneras comenzarían a salir a la superficie, a mi alrededor, delatando mis calenturas inconfesables. Le entregué mis calzoncillos como quien entrega parte de su alma. La vi alejarse hacia la orilla, pero, para mi decepción, se las puso cuando el agua todavía quedaba por encima de su cintura. No pude evitar sonreír. Chica lista, sí, chica lista. Me había puesto el caramelo en la boca y me lo había robado en el último momento.

Hadar salió a la orilla. La vi rebuscar en su ropa y coger el reloj para ver la hora. Fruncí el ceño cuando observé cómo comenzaba a vestirse, poniéndose el vestido por encima de su ropa interior mojada. Avancé unos pasos hacia la orilla. ¿Era ya tarde? Me quedé parado justo en el punto donde el agua quedaba por debajo de mi ombligo. Mis calzoncillos. No, no, no me lo podía creer. Puse la mirada en ella, que ya tenía mi ropa en sus manos. Cerré los ojos porque sabía lo que me esperaba. ¿Cómo no había caído?

—¡Shemesh, nos vemos en la plaza de las rosas!

—¡No! —grité—. ¡Hadar, por favor, mi ropa!

Su sonrisa, blanca y pura como la luna, y al parecer con una cara oculta, divertida y traicionera, fue la antesala de unas palabras que la brisa nocturna llevó hasta mis oídos.

—¡Demuestra tu amor, Shemesh! ¡Las palabras bonitas se las lleva el viento, son los hechos los que tienen que gritar más alto que esas palabras!

Y se alejó, de espaldas, mirándome y sonriendo como solo ella sabía hacerlo. Desapareció tras las rocas y yo me quedé un par de minutos atontado, bajo la luz de una luna que parecía reírse de mí, sin brazos, pero señalando sin piedad al ser más incauto de esa noche, al chico más inocente sobre la faz de la tierra.

Siento demasiada vergüenza para explicar en detalle lo que ocurrió a continuación. Salí del agua desnudo, cubriendo mis vergüenzas como pude ante las miradas inquisitivas de los

transeúntes. Mi ingenio en aquellos momentos solo dio para localizar unos contenedores de basura, rescatar una caja de cartón y abrirle un fondo. Me metí dentro, sujetando aquel triste armazón que apenas me cubría del ombligo al muslo, y recorrí descalzo y con la mirada baja los casi trescientos metros que separaban el paseo marítimo de la plaza. Ella estaba allí, sentada en el murete donde solíamos tomar algún helado, sonriente, con mi ropa a su lado. Cogió la ropa y se levantó, acercándose a mí. Dejó la ropa a mis pies, me dio un abrazo y me besó.

—Después de esto —dijo con una sonrisa maléfica en sus labios —, ya solo te queda superar la última prueba de fuego.

Fruncí el ceño. Yo por ella me tiraría desde el edificio más alto de Tel Aviv, pero reconozco que sentí más miedo que intriga.

—Ya. La última prueba de fuego. —Hice una pausa sin poder evitar una ligera sonrisa cómplice—. ¿Y cuál es esa prueba?

—Conocer al señor Cohen y sobrevivir a ese primer encuentro.

CAPÍTULO 31

Ese día llegó dos meses después, cuando Hadar consideró que ya era el momento de presentarme a su familia. Le pedí algunas recomendaciones, para no cagarla, pero ella se encogió de hombros y simplemente soltó un «sé tú mismo» acompañado por una sonrisa pícara que no me tranquilizó para nada.

Llegué a la puerta de su casa con dos ramos de flores, una para Hadar y otro para su madre. Toqué el timbre con la boca más seca que el esparto y con el corazón el algún lugar de mi garganta. Y me abrió él, el señor Cohen, con su calva, su mostacho y su cara con gesto serio esculpido en piedra. Me observó y bajó su mirada hacia las flores.

—No, no compramos nada, no queremos flores. Eso mejor lo vendes en algún semáforo.

Y cerró de un portazo. Me quedé petrificado ante la puerta, preguntándome si aquello era un mal sueño o solo el prólogo de mi peor pesadilla. Escuché la voz de Hadar tras la puerta, amonestando a su padre y, un instante después, esta volvió a abrirse.

—Hola, Ariel —dijo con su sonrisa de bienvenida—, discúlpale a mi padre, creo que se ha liado. —Miró los ramos de flores—. Oh, qué detalle, gracias, cariño.

Me dio un beso relativamente casto. Yo me quedé quieto como una estatua, sin mover mis labios ni un milímetro, pensando que en cualquier momento aparecería por detrás un calvo con mostacho, armado con un hacha, para cercenar mi cabeza. Pero eso no ocurrió y suspiré aliviado. Hadar cerró la puerta.

—Es Ariel, papá. Mi novio, ya lo sabes. —Señaló al señor Cohen con un dedo amenazante, en un gesto cariñoso de hija a padre—. No se lo hagas pasar mal, ¿vale?

El señor Cohen alzó una ceja.

—¿Este es tu chico? —Me analizó de los pies a la cabeza. Yo ya no sabía si aquello era un teatro o iba en serio—. Es poca cosa, ¿no?

¿Poca cosa? ¿Había dicho poca cosa? Yo sabía perfectamente lo que habría contestado Asaf, sin contemplaciones, justo en ese preciso instante: «Bueno, puedo poner a su hija a cuatro patas, darle de lo mío y que luego ella decida si soy poca cosa, ¿no?». Pero yo no dije nada. Me quedé más callado que un tabique.

—Anda, papá, no seas tonto —le reprochó Hadar.

—El boxeador abultaba más.

—El boxeador era un imbécil —sentenció ella. Me hizo un gesto —. Pasa, Ariel, pasa.

—Sí, bienvenido, chico, ven por aquí, quiero enseñarte algo —me dijo el señor Cohen.

Crucé mis ojos con los de Hadar, con carita de cordero degollado, pero ella me tranquilizó asintiendo y haciendo un gesto con la cabeza para que siguiera a su padre. Y lo seguí por el pasillo, con más miedo que vergüenza, con los dos ramos de flores. Entramos una habitación amplia, que, por la pinta, parecía el despacho del señor Cohen.

—Deja esas flores en la mesa, chico —dijo mientras se dirigía a un armario.

Coloqué con cuidado los ramos junto a un montón de papeles que imaginé serían documentos de trabajo del padre de Hadar. Cuando se giró me lanzó algo que cogí al vuelo. Me quedé helado. Eran dos guantes de boxeo, y vi que él tenía otro par en sus manos. Empezó a ponerse los suyos.

—Venga, póntelos.

Lo que puse fueron los ojos como platos.

—Pe… pero, señor Cohen, yo no…

—Ponte esos guantes, chaval. Quien sale con mi hija tiene que demostrarme que sabe protegerla.

Me quedé quieto, sin saber qué decir y sintiendo que la palidez de mi rostro empezaba a competir con el blanco de las paredes.

—Venga, chico, póntelos. —Señaló mis guantes con un gesto de su barbilla. Él ya los tenía puestos—. Haremos tres asaltos de dos

minutos. Si te noqueo antes de acabar, saldrás por la puerta y tendrás que olvidarte de mi hija.

Alcé las cejas y tragué saliva. Mi cerebro estaba cerca del colapso tratando de procesar todo aquello. ¿Me iba a liar a guantazos con mi futuro suegro, en su casa, el mismo día que nos presentaban? ¿Dónde estaba Hadar, joder? Yo solo había ido allí a poner buena cara, a entregar flores a las mujeres de la casa y a decir lo deliciosa que estaba la comida que había preparado la señora Cohen. Y me encontraba a punto de zurrarme con un banquero, treinta años mayor que yo, calvo y con bigote, que al parecer era el padre de mi novia. En algún rincón de mi cerebro algo me decía que allí algún detalle no encajaba. Si hacía eso el señor Cohen con todos los novios de su hija, ¿cómo había peleado con Etian Abramowitz y aún conservaba la cabeza sobre los hombros?

—Se enfría la comida, chico, ponte los guantes de una vez.

Miré los guantes que tenía en las manos. Suspiré sin saber cómo iba a salir de aquella con el señor Cohen conservando dientes y yo conservando novia. ¿Sería mejor dejarme ganar? No, no podía. Él había dejado claro que si yo no demostraba que podía proteger a su hija me largaría de aquella casa y él no aceptaría nuestra relación. Me puse los guantes. Lo vi asentir y ponerse en guardia. Yo hice lo mismo y esperé a que el iniciara el combate. Mi idea era hacer una finta cuando el atacara y lanzar un gancho en un lateral de su panza, directo al hígado, de esos que te hacen doblar las rodillas y parar para coger aire. Joder, esperaba que con eso fuera suficiente. Seguramente la señora Cohen prefería eso a una nariz rota sobre el poblado mostacho de su marido. Le miré a los ojos, esperando, con mi cuerpo en tensión, preparado para saltar como un resorte con su primer movimiento de ataque. Y él soltó una carcajada.

—¡Ya puedes, cariño! —dijo mirando hacia la puerta.

Miré por encima de mi hombro derecho para ver cómo Hadar entraba al despacho con una sonrisa en los labios.

—Venga, papá, que ya estaba pasando un mal rato al otro lado de la puerta, y seguro que Ariel lo estaba pasando peor con tu maldita broma.

Me quedé mirándola, sin reaccionar. Mis ojos iban de ella a su padre. ¿Había sido una broma entre padre e hija? Vi cómo el señor Cohen se quitaba los guantes entre risitas.

—Se los ha puesto. Quería pelear, el chico quería pelear. —Guiñó un ojo a su hija—. Me gusta, me gusta.

El señor Cohen salió del despacho, satisfecho, silbando alguna canción que no supe identificar. Miré a Hadar. Ella me observaba divertida.

—¿En serio ibas a pegarle a mi padre, Shemesh? —dijo, y me dio un beso en la mejilla—. Ya le has oído. Le gustas. Venga, vamos, seguro que mamá tiene ganas de conocerte.

Me quedé quieto, sin saber qué decir, viendo cómo Hadar también se dirigía a la cocina. No entendía nada. Nada de nada. Me encogí de hombros y me quité los guantes, deseando que la señora Cohen fuera la única persona normal en la casa y que la comida transcurriera tranquila y relajada, como la de cualquier familia de Tel Aviv.

CAPÍTULO 32

La señora Cohen resultó ser la incógnita que resolvía la ecuación que tenía en mi cabeza. ¿Cómo diablos Hadar era tan hermosa viendo a su padre? Calvo, con mostacho y con una panza que parecía propia de contener dos buenos gemelos. La madre de Hadar conservaba gran parte de la belleza de su juventud. Ella me recibió con una sonrisa, me dio un beso en la mejilla cuando le entregué su ramo de flores y me invitó a que me sentara a la mesa.

Hadar se sentó a mi izquierda y su hermano menor, Daniel, de trece años, justo enfrente de mí. El señor Cohen presidía la mesa.

—Vamos, Sara, trae ya esa cazuela y siéntate con nosotros, que huele que alimenta.

Si soy sincero, el olor no era de mi agrado. Había algo familiar en él que incluso comenzó a darme alguna náusea. La madre de Hadar sonrió y puso la cazuela en el centro de la mesa. A mí me sirvió el primero, como su invitado, después le tocó el turno al señor Cohen, a Hadar, y a su hermano. Finalmente, ella misma se sirvió. Mis peores pesadillas se confirmaron cuando comprobé el contenido de mi plato: era *jolent*, un guiso caldoso de habichuelas blancas, donde los pedazos de carne se mezclaban con los trozos de patata, flotando y seguramente riéndose de mí sabiendo que muy pronto descenderían por mi garganta.

El señor Cohen rezó una pequeña oración para bendecir los alimentos y se lanzó, cuchara en mano, como un jabalí a por las malditas habichuelas. Yo seguía mirando el plato, mi mano apoyada en la mesa, sobre la cuchara, indecisa. Y claro, Daniel se dio cuenta.

—¿No comes? ¿No te gusta el plato favorito de esta casa? ¿No cocina bien mi madre?

Joder, lo que me faltaba para poner la guinda al pastel: el hermano cabrón.

—¿Eh? —respondí nervioso—. No, no, claro que me gusta. Tiene buena pinta. —Miré con gesto algo forzado las putas habichuelas—. Seguro que está delicioso.

Las primeras tres cucharadas no fueron ni tan mal. Las tragué tratando de no notar el sabor, casi lanzándolas con la cuchara, garganta abajo. Pero a partir de la cuarta aquello se me empezó a hacer cuesta arriba. Comencé a sudar y las náuseas iban a más. Hadar me miró con el ceño fruncido.

—¿Estás bien, Ariel? Te veo, no sé, algo pálido.

Estuve tres o cuatro segundos sin hablar, conteniendo con todas mis fuerzas un eructo que sería la antesala de mi boca disparando habichuelas a diestro y siniestro. Paré ese reflejo, no sin esfuerzo, y suspiré.

—No, estoy bien, estoy bien —respondí hundiendo de nuevo la cuchara en aquel potaje que para mí parecían los restos líquidos de un vertedero.

—Eso es que todavía está impactado por lo de los guantes —comentó sonriendo el señor Cohen con una habichuela bailando entre sus dientes—. Estaba acojonado pensando que le iba a caer una buena zurra. —Señaló mi plato con su cuchara—. Venga, acaba eso, que necesitas coger algo más de cuerpo.

—Es que a quién se le ocurre, Abraham. Hacerle eso al chico, el primer día que viene a casa —le amonestó la señora Cohen, negando con la cabeza.

Seguí con mi tortura y conseguí acabar el plato. Y claro, Daniel se dio cuenta. Se incorporó, cogió el cazo y me sirvió, tres veces. Si yo hubiera sido Asaf, me habría levantado de la mesa, habría ido al despacho de mi futuro suegro y habría vuelto, ya con los guantes puestos, para darle a Danielito tal paliza que habría tenido que comer sus habichuelas con pajita. Pero yo no hice eso. Yo me quedé mirándole, serio, sin decir nada, consciente de que la acción, aparentemente generosa del hermano de mi novia, llevaba todo el veneno del mundo. Metí otra cucharada en la boca con la mirada perdida y mi estómago pidiendo clemencia.

—¿Habéis follado ya? —soltó Daniel con la naturalidad de quien pregunta la hora.

Al menos media docena de habichuelas salieron disparadas de mi boca, proyectadas más por el impacto de la pregunta que por las náuseas. Empecé a toser de forma violenta.

—¡Daniel! —le increpó la señora Cohen—. Otra falta de respeto de esas y te castigo todo el mes sin salir de casa.

El señor Cohen y Hadar intentaban permanecer serios sin mucho éxito. Daniel miró a su madre, ofendido, y después me señaló.

—Se supone que en algún momento tendrá que follarse a mi hermana, ¿no?

Yo solté otras tantas habichuelas por la boca y alargué mi brazo a por el vaso de agua. Necesitaba ahogarme, meterme bajo la mesa o huir de allí. Opté por intentar ahogar a las malditas habichuelas que aún quedaban en mi boca con el empuje de un trago de agua. La madre de Hadar le dio una colleja a su hijo.

—¡A tu habitación! —Señaló hacia el pasillo—. ¡Un mes castigado sin salir, tú te lo has ganado!

—Pero… —miró hacia su padre, buscando ayuda—, ¡papá!

El señor Cohen se encogió de hombros luchando contra la sonrisa que iba apareciendo en sus labios.

—Haz caso a tu madre, venga, por listo.

El caso es que Daniel fue desterrado a su cuarto, Hadar fue piadosa conmigo retirando lo que quedaba de mi plato y la señora Cohen puso en la mesa unos pasteles de postre que yo vi como el antídoto perfecto para las malditas habichuelas.

Media hora después nos despedimos de sus padres y salimos a la calle a dar un paseo.

—¿Qué te ha parecido mi familia? —me preguntó Hadar, sonriente.

—Oh, una familia fantástica —contesté tratando de sonar convincente mientras pensaba en seres de fantasía mitológica cuyo objetivo era arruinar mi existencia.

Ella soltó una carcajada. A Hadar no se le escapaba nada.

—Has sufrido un poco, cariño, pero te irás acostumbrando.

Yo me encogí de hombros, eso no lo tenía tan claro y, además, mi mirada iba buscando alguna cafetería por la calle. Unos retortijones en las tripas me avisaron de que aquello no podía acabar nada bien, que la masa que se había formado en mis intestinos quería ver la luz del día.

—¿Qué pasa, Ariel? Te noto raro.

Casi no le dio tiempo a acabar la frase. Yo había localizado una cafetería y eché a correr, haciendo fuerzas por contener semejante revoltijo intestinal. En aquel momento buscaba con ansias la taza de un váter como quien trata de encontrar «El Dorado», con las prisas de quien no sabe si le dará tiempo a evacuar todo lo que lleva dentro.

CAPÍTULO 33

Uno nunca olvida ese momento. Es como una muesca en tu vida, porque unos cuantos años antes de ese instante ya lo has estado imaginando, fantaseando sobre con quién, cómo y dónde. Si soy sincero, ni en mis sueños más salvajes habría soñado que la primera vez que haría el amor sería con alguien como Hadar. No lo sé, seguramente no me sentía merecedor de ello. Pero ese momento llegó y lo he revivido en mi mente cientos de veces.

Fue a los seis meses de nuestra relación, en el día de su diecisiete cumpleaños. Yo quería que fuese algo especial. Llevaba meses ahorrando mi paga para costear una noche en aquel hotel del centro. Lo elegí por su fachada blanca; me recordaba al de *Pretty Woman,* una película que Hadar adoraba. Ella les dijo a sus padres que dormiría en casa de una amiga y yo hice lo propio, usando a Yuval como coartada oficial ante mi madre.

Fue un día romántico desde la mañana, con paseo por el parque y pícnic en una zona ajardinada, bajo un frondoso árbol de hojas rojas y flores blancas. No faltaron los helados en nuestra cafetería favorita antes de dirigirnos hacia el hotel. Para reservar la habitación y no levantar sospechas, tuvimos que utilizar otra treta, que recortó parte de mi presupuesto. Asaf me dijo que podía convencer a su hermano, varios años mayor que nosotros, para que hiciera la reserva, pero que convencerle supondría un dinero. Maldito gusano, seguro que él se quedó con parte del dinero de la operación.

El caso es que el hermano de Asaf cumplió su parte, salió del hotel y me entregó la llave de la habitación, guiñando un ojo y dándome un pequeño puñetazo en el hombro con la misma sonrisa de cabrón que tenía su hermano pequeño.

La habitación era mucho más grande de lo que yo había imaginado. Cuando abrimos la puerta y entramos, los dos nos quedamos un segundo en silencio. Parecía que hubiéramos llegado a un lugar que no nos pertenecía del todo. La cama ocupaba el centro de la estancia. Era enorme, cubierta con unas sábanas blancas que parecían recién planchadas. A un lado había una ventana alta con cortinas gruesas, y al otro una lámpara de pie que proyectaba una luz cálida, casi dorada. Todo olía limpio, a madera y a jabón caro.

—Bueno —dijo Hadar dejando el bolso sobre una silla—. Supongo que este es el escenario.

Yo asentí, pero en realidad estaba demasiado ocupado intentando que mi corazón dejara de latir tan fuerte.

—Es… una cama muy grande —logré decir.

Ella se volvió hacia mí con una sonrisa que mezclaba diversión y nervios.

—Eso suele ser una ventaja en los hoteles.

—Sí, claro —respondí, y me sentí inmediatamente ridículo.

Hadar se acercó y me dio un beso rápido en la mejilla.

—Relájate —susurró—. No vamos a presentarnos a un examen.

Desapareció luego en el baño con una naturalidad que me dejó allí, solo, de pie en medio de la habitación. Escuché el sonido de la ducha y me senté en el borde de la cama, mirando alrededor como si aquel lugar pudiera enseñarme cómo comportarme.

Respiré hondo. Habíamos hablado de ese momento muchas veces, entre bromas, entre silencios largos. Pero una cosa era imaginarlo y otra era estar allí, esperando mientras el agua caía detrás de la puerta.

Me levanté y caminé hasta la ventana. Las luces de la ciudad brillaban abajo, difusas. Me pregunté si todas aquellas personas que estaban en otros edificios sabían que yo estaba a punto de vivir algo que me parecía enorme.

Cuando la ducha se cerró, mi estómago dio un pequeño salto. Unos segundos después la puerta del baño se abrió y Hadar salió envuelta en una toalla blanca que le llegaba hasta medio muslo. El cabello mojado le caía sobre los hombros y pequeñas gotas de agua

resbalaban por su piel. La luz cálida de la lámpara parecía hecha a propósito para ella. Me quedé completamente inmóvil.

—No me mires así —dijo, aunque su sonrisa indicaba que no le molestaba en absoluto.

—¿Cómo?

—Como si acabaras de descubrir una nueva especie humana.

—Solo estoy… documentándome.

Ella soltó una pequeña risa y caminó hacia mí con esa tranquilidad suya que siempre me desarmaba. Cada paso que daba parecía aumentar mi nerviosismo.

—¿Estás nervioso? —preguntó.

—No.

—Mentiroso.

—Un poco —admití.

Se detuvo frente a mí. Muy cerca. Podía oler el jabón de la ducha mezclado con su perfume.

—Yo también —dijo en voz baja—. Pero es un buen tipo de nervios.

Sus manos se posaron en mi pecho y sentí otra vez ese latido descontrolado.

—Sigues igual que el día del primer beso —comentó.

—No me lo recuerdes.

—A mí me pareció adorable.

—A mí me pareció humillante.

Ella levantó la mirada hacia mí con esa expresión que siempre tenía cuando estaba a punto de decir algo inteligente.

—Las primeras veces siempre son torpes —dijo—. Pero también son las únicas que existen.

No supe qué responder. Así que hice lo único que me parecía lógico: la besé. Al principio fue un beso lento, casi tímido. Nuestros labios se encontraron con cuidado, como si todavía estuviéramos aprendiendo a movernos en aquel espacio nuevo. Sus manos subieron por mis hombros y yo rodeé su cintura, sintiendo el calor de su cuerpo bajo la toalla. El beso se hizo más profundo poco a poco. No había prisa, pero sí una intensidad creciente que me hacía olvidar todo lo que había pensado antes.

Cuando nos separamos un momento para respirar, ella me miró con una mezcla de ternura y picardía.

—Estás mejorando.

—Gracias por la evaluación técnica.

—Para eso estoy.

Volvimos a besarnos, esta vez con menos timidez. Sentía el calor subir por mi cuerpo, una mezcla de emoción, nervios y felicidad que me hacía sonreír incluso mientras la besaba. En algún momento recordé algo. Me separé bruscamente.

—Espera.

—¿Qué pasa? —preguntó Hadar.

Saqué del bolsillo de la chaqueta un pequeño paquete que llevaba allí desde hacía días. Ella lo miró y luego me miró a mí.

—Veo que hiciste los deberes.

—No sabes lo que me costó comprarlos.

—Ah, ¿sí?

—Fui a una farmacia a tres barrios de distancia.

Hadar soltó una carcajada.

—Eres increíble.

—No quería encontrarme a nadie conocido.

—Seguro que el farmacéutico ha visto cosas mucho más interesantes hoy.

Intenté abrir el paquete con manos que, de pronto, parecían demasiado torpes para tareas simples. Ella cruzó los brazos, observando la escena.

—¿Necesitas asistencia técnica?

—No… creo que puedo…

El envoltorio se resistía de una manera casi humillante.

—Esto lo diseñan para desquiciar al personal —mascullé.

—Tranquilo —susurró, acortando la distancia—. Tenemos toda la noche.

Me besó otra vez, y aquel beso calmó un poco el caos que tenía en la cabeza. Nos miramos unos segundos después, sonriendo, respirando más rápido de lo normal. Fue entonces cuando pensé que ese momento era demasiado íntimo para describirlo con detalle.

Así que, si alguien está escuchando esta historia, debo decir que a partir de aquí no entraré en más explicaciones. No porque no haya sido hermoso, sino porque llegué a conocer a Hadar lo suficiente como para saber que a ella no le gustaría que alguien contara ciertas cosas. Y tiene razón. Solo diré que aquella noche descubrí que la torpeza puede convivir perfectamente con la felicidad. Aún recuerdo el momento tras el clímax, tras la explosión de placer que hizo temblar durante minutos nuestros cuerpos sudorosos. Vi que ella lloraba, en silencio, sin decir nada. Yo había escuchado que la primera vez a las chicas les duele mucho, que la sensación dista bastante de ser agradable. En todo momento había actuado con sumo cuidado, estando más pendiente de ella que de mí mismo. Fruncí el ceño.

—Oh, te ha dolido. Lo siento, yo… —comencé a decir, pero ella puso su dedo índice en mis labios.

—No son lágrimas de dolor, mi amor. Son de agradecimiento a la vida por haberte puesto en mi camino.

Horas después, la habitación estaba en silencio. Hadar dormía con la cabeza apoyada sobre mi pecho, su respiración ya era lenta y tranquila. Una de sus manos descansaba sobre mi estómago, como si incluso dormida quisiera asegurarse de que seguía allí. Yo, en cambio, tenía los ojos abiertos. No podía dormir. No por incomodidad, sino por la emoción que todavía me recorría el cuerpo. Una luz débil y difusa se filtraba desde la calle por la estrecha abertura de la cortina. Miré el techo del hotel y luego bajé la mirada hacia ella. Sentí algo difícil de explicar, una mezcla de calma y vértigo. Pensé que estar allí, con Hadar dormida sobre mi pecho, era lo más cerca que había estado nunca de tocar el cielo.

Con Hadar pasé los mejores momentos de mi vida.

No sé si fui el mejor amante. Yo, al menos, lo intenté. Ella me enseñó lo que es el amor. Pero no cualquier amor, hablo del amor verdadero. Porque ella sí era especial. Era la luz que hace languidecer a la oscuridad, la bondad que acorrala a la maldad, el amor que hace retroceder al miedo. Tenerla fue como tocar el cielo. Perderla fue mi descenso a los infiernos.

PARTE IV

Ariel Shemesh (22 años)

«EL DÍA QUE DESCENDÍ A LOS INFIERNOS»

CAPÍTULO 34

Tel Aviv, Israel. Año 2012.

El ascensor se detuvo con un quejido metálico y Hadar salió al pasillo iluminado por las luces amarillentas del edificio. Todavía tenía el pelo húmedo del gimnasio y llevaba el bolso al hombro, cargado con el portátil, la cartera y el teléfono. Era viernes por la tarde; la ciudad comenzaba a vibrar unas calles más abajo por el preludio de la vida nocturna, pero allí, en la octava planta, todo parecía envuelto en un silencio pesado.

Metió la llave en la cerradura y empujó la puerta. La familiaridad del olor la envolvió: el detergente que usaba en las sábanas, el perfume que había dejado abierto en la cómoda del salón y una vaga nota de café frío olvidado en la cafetera. Exhaló, aliviada. Estaba en casa.

Cerró la puerta con un par de vueltas de llave y dejó el bolso en el mueble de la entrada. Se quitó los zapatos, como hacía siempre, alineándolos junto a la pequeña alfombra. El clic del interruptor encendió la luz tenue y cálida del angosto recibidor.

Caminó hacia su habitación, arrastrando ligeramente los pies por el suelo de parqué. La rutina era un bálsamo, una especie de canción silenciosa que la tranquilizaba después de un día de ruido.

Pero entonces se detuvo. En el umbral de su habitación, algo la hizo fruncir el ceño.

CAPÍTULO 35

El suelo, que había fregado al mediodía antes de salir, mostraba marcas oscuras e irregulares. Se agachó instintivamente para mirarlas de cerca.

No eran manchas de agua ni rastros de sus zapatos.

Eran huellas. De botas. De hombre.

Sintió cómo el estómago se le encogía. Un sudor frío le recorrió la espalda bajo la blusa. Se enderezó despacio, con el corazón martilleando contra las costillas.

Alguien había estado allí.

O peor aún: alguien estaba todavía allí.

De repente, los ruidos cotidianos adquirieron un significado nuevo. El zumbido lejano del frigorífico, el crujido del parqué bajo su propio peso o el golpeteo de una tubería en el baño. ¿Eran solo eso? ¿O había respiraciones que no lograba identificar, movimientos camuflados bajo la quietud?

Su primera reacción fue girarse hacia la entrada. El bolso. Su teléfono estaba dentro. A cinco metros de distancia. Cinco metros que, ahora, parecían una distancia imposible de cubrir.

No podía gritar. El miedo se le había enroscado en la garganta como un puño invisible. Además, ¿y si el intruso la escuchaba? ¿Y si estaba escondido en la cocina, o en el salón, o justo detrás de ella?

Inspiró despacio, obligándose a pensar. El cerebro quería correr, pero sus piernas estaban clavadas al suelo.

Las huellas seguían hacia el interior de la habitación. Se perdían hacia la ventana. Un ladrón. Eso era lo lógico. Alguien había forzado la ventana del balcón y había entrado buscando objetos de valor. ¿Habría escapado ya? ¿O estaría escondido en el armario, esperando a que ella se acercara?

El otro pensamiento fue aún más paralizante: ¿y si no era un ladrón? ¿Y si era alguien peor? Un acosador. Un hombre que conocía sus rutinas, que había esperado su llegada. Un asesino.

Se llevó la mano a la boca, conteniendo la respiración. La piel de los brazos se le erizó como si un viento helado recorriera el apartamento.

No podía quedarse allí de pie, sin hacer nada. Pero tampoco podía moverse sin saber qué había al otro lado de la puerta.

Cada segundo era una eternidad.

CAPÍTULO 36

El bolso seguía allí, apoyado contra la pared de la entrada. Cinco metros. Un corredor recto, despejado, sin nada que la protegiera. Hadar fijó la vista en él como quien observa un salvavidas en medio del mar. Si alcanzaba el teléfono, podría llamar a la policía.

El problema era lo que no veía. El apartamento no era grande, pero tenía demasiados rincones: la cocina a la izquierda, el baño al fondo, el salón abierto… demasiados escondrijos donde alguien podía estar agazapado en la penumbra, esperando el movimiento más obvio.

El corazón le latía con tanta fuerza que temió que el intruso pudiera escucharlo. Inspiró, contuvo el aire y dio un primer paso, descalza. El suelo crujió bajo su pie y el sonido, amplificado en el silencio, le sonó como el inicio de un terremoto. Se detuvo en seco, con el cuerpo tenso, los ojos escudriñando la oscuridad de la cocina.

Nada. Ni un suspiro.

Dio otro paso. Y otro. Cada movimiento era un castigo.

Algo la hizo girar de golpe la cabeza. Un sonido breve, apenas un roce, proveniente del baño. Se quedó petrificada, con la piel helada. No era la tubería, estaba segura. Era distinto, como un zapato moviéndose sobre azulejos.

Volvió a desviar su mirada hacia el mueble de la entrada. El bolso casi estaba a su alcance. Solo necesitaba acercarse un poco más, abrir la cremallera y sacar el teléfono. Pero hacerlo significaba apartar la vista del pasillo, darle al intruso la oportunidad de abalanzarse sobre ella.

Una idea irracional se le clavó en la mente: si le doy la espalda, me mata.

CAPÍTULO 37

El instinto luchaba contra la razón. Lo más seguro era escapar, salir corriendo por la puerta principal, pedir ayuda en el pasillo. Pero para eso necesitaba abrir la cerradura, y las llaves estaban en el bolso. Todo se reducía al mismo punto: el bolso era la trampa.

Tragó saliva. Podía hacerlo rápido, como un movimiento quirúrgico.

Dio un par de pasos y, con el corazón desbocado, estiró la mano hacia la cremallera. El sonido metálico del cierre le pareció un rugido que llenaba todo el apartamento. Metió la mano a ciegas, palpando hasta encontrar la superficie fría del teléfono. Lo sacó.

Y entonces lo vio: un reflejo.

En el espejo del pasillo, junto a la cocina, algo se movió. Una silueta oscura, un pequeño movimiento, apenas un cambio en la penumbra. Como si alguien hubiera retraído el pie un instante demasiado tarde.

No estaba sola.

CAPÍTULO 38

El teléfono temblaba en su mano. Ni siquiera se atrevía a encender la pantalla, temiendo que la luz la delatara. Se giró muy despacio, sin hacer ruido. Nada se movía.

¿Y si el reflejo había sido un juego de su imaginación un truco de la luz? La duda era casi peor que la certeza.

Sintió la garganta seca. Tenía dos opciones: correr hacia la puerta y arriesgarse a que la detuviera, o adentrarse en el apartamento para descubrir dónde estaba escondido. Ninguna era buena.

Un pensamiento cruel la atravesó: «quizás ya sabe que lo he visto. Quizás está esperando a que decida».

El miedo no era ya una vibración, sino una presión sólida en el pecho. El apartamento, su refugio cotidiano, se había convertido en un campo de caza. Y ella era la presa.

Se armó de valor, apretando el teléfono en la mano como si pudiera usarlo como arma. Dio un paso hacia la cocina, despacio, en silencio. El reflejo había venido de allí.

La oscuridad la engulló.

CAPÍTULO 39

El marco de la cocina estaba frente a ella, un rectángulo negro abierto al pasillo. Hadar se pegó a la pared, avanzando de lado, como había visto hacer en alguna serie policial. Sus propios pasos le parecían torpes, demasiado audibles, cada movimiento delatando su presencia.

El olor a especias —cúrcuma, comino— todavía flotaba en el aire, restos de la cena de la noche anterior. Pero había otro aroma, uno extraño, metálico. ¿Sangre? No quería pensarlo.

Asomó medio cuerpo, lo suficiente para ver la encimera iluminada por el resplandor de las luces de la calle. Todo parecía en orden: platos apilados, un vaso de agua junto al fregadero y el trapo de cocina bien doblado. Tal y como lo había dejado ella.

Pero en el suelo, bajo la mesa, distinguió una huella fresca, marcada en polvo gris. La bota se había arrastrado por allí.

Se quedó inmóvil, la respiración entrecortada, el corazón repitiendo un compás imposible de silenciar. Estaba segura: alguien había pasado por la cocina.

CAPÍTULO 40

Un nuevo ruido la hizo girarse. Un golpecito seco, metálico, esta vez procedente del fondo del pasillo. El baño.

Tragó saliva. Si había alguien dentro, no tendría escapatoria: el baño era una trampa, una celda sin salida.

El teléfono seguía en su mano. Con un gesto tembloroso, lo encendió y miró la pantalla. La luz blanca le arañó los ojos. Abrió la aplicación de llamadas, pero se detuvo: marcar a la policía significaba hablar, y hablar significaba delatar su posición.

Apagó la pantalla de inmediato y apretó el móvil contra su pecho, como si pudiera contener así el destello de luz que todavía parecía flotar en el aire.

Se acercó al baño, paso a paso, con cada músculo de su cuerpo en tensión. La puerta estaba entornada. Del interior no salía ningún sonido.

Empujó con un dedo. La puerta chirrió, un gemido agudo que hizo que su estómago se contrajera.

Dentro, la oscuridad absoluta. Solo el reflejo plateado de la grifería devolvía algo de luz. Avanzó un poco más, hasta que el olor a humedad y jabón barato le llenó la nariz.

Nada. No había nadie.

O eso quería creer.

CAPÍTULO 41

Al salir del baño, un escalofrío le recorrió la nuca. La zona más amplia del apartamento seguía sin revisar: el salón que daba al balcón. Allí había demasiados muebles, demasiados rincones, un sofá que podía ocultar un cuerpo agazapado, cortinas que se movían con la brisa.

El silencio era tan denso y amenazante que podía sentirlo vibrar en los oídos. Caminó hacia el salón, con el teléfono como única arma, con la piel erizada y los ojos intentando abarcarlo todo a la vez.

El reflejo en el espejo no había sido un error. Lo sabía. Y cada paso que daba la acercaba a la confirmación de que alguien, un desconocido, la estaba observando en ese mismo instante. Cuando alcanzó la entrada al salón, la vio.

Una sombra. Inconfundible. Moviéndose en la penumbra.

No estaba sola.

CAPÍTULO 42

El salón estaba en penumbra cuando escuché el crujido del parqué. Sabía que era ella. Había entrado en la habitación, había visto las huellas que dejé a propósito y ahora avanzaba con cautela, convencida de que un extraño merodeaba en la casa.

Contuve la sonrisa. Sus pasos eran lentos, inseguros; el entrenamiento nunca es igual que la vida real. Casi podía sentir cómo la tensión le recorría el cuerpo hasta que oí ese leve roce de su respiración acelerada.

Era el momento. Murmuré apenas un susurro:

—Demasiado ruido, pequeña.

La vi detenerse en seco. Pude imaginar su corazón golpeando con fuerza, su cerebro bloqueado, sin saber si la voz que había escuchado era real, buscándome con los ojos abiertos como platos. Avancé despacio hacia la franja de luz que entraba desde la calle. No quería asustarla de muerte, solo tensarla hasta el límite.

Cuando la luz iluminó mi cara, su expresión cambió del terror a la incredulidad.

—¿Ariel...? —Su voz era un hilo roto.

No pude evitar sonreír. Esa mezcla de rabia y alivio que tenía en los ojos me resultó deliciosa.

—Has tardado demasiado en revisar el salón —le dije, casi como si estuviéramos en un entrenamiento—. En una operación real ya estarías muerta.

Ella me fulminó con la mirada.

—¿¡Qué demonios haces aquí!?

Le mostré mi navaja suiza, con las ganzúas desplegadas que todavía tenía entre los dedos.

—Revisión de seguridad. Tenía que comprobar si todo lo que te enseñé sigue grabado.

No me sorprendió el brillo furioso de sus ojos.

—¡Pensé que me iban a matar! —me espetó con voz quebrada.

CAPÍTULO 43

Decidí que necesitaba suavizarlo todo. Y nada mejor que la sorpresa que llevaba escondida desde el principio. Tiré del hilo que había atado al pomo de la puerta del armario. Un enorme oso de peluche salió de allí. La mole de felpa apareció de golpe en la oscuridad y el grito ahogado de Hadar me atravesó como una descarga eléctrica.

Retrocedió de inmediato, con el miedo marcado en cada gesto. No pude aguantar la risa.

—Relájate, es solo un regalo —le dije.

Su reacción fue instantánea: se acercó y me soltó un puñetazo en el hombro, nada que doliera, pero cargado con toda la rabia acumulada en los últimos minutos.

—¡Idiota!

La atrapé en un abrazo antes de que pudiera apartarse. Sentí su cuerpo temblar contra el mío, no sabía si de enfado, de miedo o de alivio. Quizás de todo junto.

—Lo siento —susurré en su oído—. Tres días de permiso. Quiero pasarlos contigo.

Ella no respondió enseguida. Se limitó a apoyarse en mi pecho, respirando con fuerza. Al final murmuró, con la voz aún tensa:

—Podrías haber entrado como una persona normal.

Sonreí y la apreté con más fuerza, respirando su olor, su calor, la vida que tanto había echado de menos en los últimos meses.

—Ya me conoces —dije—. Nunca hago nada de manera normal.

CAPÍTULO 44

Hacía meses que no veía a Hadar. Meses de polvo y sudor, de armas limpias y órdenes susurradas en la noche. En cada vigilia, en cada guardia interminable, la imagen que me mantenía cuerdo era la suya…

Ahora estaba allí, frente a mí, en aquel apartamento convertido en mi improvisado cuartel, bajo una luz tenue y con la brisa entrando por la ventana. Tenía veintidós años y la belleza intacta: un cuerpo atlético, marcado casi sin esfuerzo, y un rostro me parecía la única patria por la que merecía la pena volver.

—No puedo creer que estés aquí —susurró ella, con la voz quebrada por la emoción.

La miré, bebiéndome cada palabra.

—He cruzado medio mundo para tres días. No pensaba perderlos.

Se mordió el labio inferior, una costumbre suya que me volvía loco. Se acercó un poco más y pude sentir su olor: fresco, con un leve perfume que reconocí de inmediato, el mismo que había impregnado mis recuerdos.

—Tres días —repitió, como si la cifra le doliera.

Le acaricié la mejilla con la yema de los dedos, con una torpeza casi adolescente, porque la distancia había convertido ese gesto en un tesoro. Ella cerró los ojos y apoyó el rostro en mi mano como si quisiera grabar el contacto en su piel.

—Podrían ser tres años o tres minutos —le respondí—. Lo único que me importa es que ahora te tengo.

Cuando abrió los ojos, vi en ellos algo más que ternura. Vi deseo. El mismo que me carcomía desde hacía semanas.

Me acerqué, despacio, saboreando cada segundo, hasta que nuestros labios se rozaron. No fue un beso inmediato, sino un roce

eléctrico, un recordatorio de todo lo que nos habíamos negado durante ese tiempo. Ella dejó escapar un suspiro, y ese leve sonido me atravesó como una bala.

Entonces sí, la besé. Con hambre, con urgencia, con la desesperación acumulada de cada noche en la que había soñado con ella. Su boca se abrió a la mía, y sentí el temblor de su cuerpo contra el mío.

—Te he echado de menos —jadeó entre beso y beso.

—Yo también —murmuré, con los labios pegados a los suyos—. Más de lo que imaginas.

Mis manos recorrieron su espalda, lentamente, con una mezcla de pasión y delicadeza, notando la firmeza de su cuerpo, la tensión en cada músculo. La atraje hacia mí, y nuestras respiraciones se confundieron en un mismo ritmo agitado.

Ella deslizó los dedos por mi nuca, bajando luego por mis hombros endurecidos por el entrenamiento. Su contacto era fuego líquido recorriendo mi cuerpo. Me miró a los ojos, muy de cerca, con esa mezcla de ternura y picardía que solo ella tenía.

—Estás más fuerte… —susurró.

Sonreí.

—Y tú más hermosa.

La tensión se hizo insoportable. Nuestros labios volvieron a encontrarse, más urgentes, más profundos. Nos movimos hacia el sofá casi a ciegas, tropezando entre caricias y risas nerviosas que se mezclaban con la pasión. Caímos juntos, ella sobre mí, su melena rozándome la cara.

Mis manos recorrieron la curva de su cintura, ascendiendo por su espalda, explorando con ansia contenida. Cada centímetro de su piel respondía al contacto, contrayéndose, erizándose, como si ambos estuviéramos destinados para ese momento. Hadar me acariciaba el pecho, deslizaba las manos por mis músculos, queriendo convencerse de que de verdad estaba allí, que todo aquello no era un sueño.

Nuestros besos se volvieron más lentos por un instante, más intensos. Yo quería devorarla y, al mismo tiempo, detener el tiempo

para no perder detalle de su calor, de su sabor, de la forma en que su respiración se quebraba contra mi boca.

Cuando sus dedos jugaron con el borde de mi camisa, comprendí que ya no había barreras posibles. El mundo exterior desapareció. No había soldados, ni permisos contados, ni amenazas latentes en el país. Solo ella y yo, en esa habitación que de pronto era todo el universo.

Nos entregamos con una pasión salvaje y tierna al mismo tiempo. Era un choque de cuerpos, de respiraciones entrecortadas, de suspiros que se confundían con mi nombre en sus labios. Cada movimiento era un reencuentro, cada caricia, una promesa.

La escuchaba gemir suavemente cerca de mi oído y sentía que todo lo demás se desmoronaba, que la vida misma podía detenerse en ese instante. Yo me aferraba a ella con fuerza, con la certeza de que no había nada más verdadero que ese momento, que ese amor.

Cuando finalmente nos quedamos en silencio, agotados y abrazados, escuchando el ritmo lento de nuestros corazones, comprendí que esa era mi única victoria real: volver a ella, poseerla y ser poseído.

Acaricié su cabello, enredando los dedos con suavidad, y susurré:

—Por esto vale la pena todo. Por esto sigo vivo.

Ella sonrió, acurrucada en mi pecho, y respondió con un susurro que se deslizó como la brisa:

—Entonces haz que estos tres días sean como toda una vida.

La abracé más fuerte. Y en mi interior juré que esos tres días serían eternos.

CAPÍTULO 45

Esa noche hicimos el amor tres veces, cada cual con más pasión. Yo aún estaba tumbado, desnudo, con el perfume de Hadar impregnando las sábanas que cubrían parte de mi cuerpo. Ella estaba en el baño, dándose una ducha. Ya había amanecido; pequeños rayos de luz se filtraban a través de las estrechas ranuras de las cortinas.

—Vamos, holgazán, ¿no eras tú quien quería aprovechar estos tres días al máximo? —dijo sonriendo mientras entraba en la habitación con el pelo húmedo y envuelta en una toalla.

—Sí, pero te has alejado del campo de batalla en una huida a tu trinchera de jabones y perfumes.

Alzó una ceja y comenzó a acercarse, lanzándome esa mirada pícara que me encendía por dentro.

—¿Alejarme yo? ¿Huir? ¿Yo?

Di unos golpes con la palma de la mano en el colchón, invitándola a sentarse. Lo hizo. Sonreí como el niño pequeño que se sale con la suya.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes los hoyuelos más bonitos del planeta? —dijo tocando con el dorso de sus dedos mi mejilla.

—Sí, mi madre —respondí para picarla, sabiendo cuál sería el siguiente gesto en su rostro.

Efectivamente, frunció el ceño. Me dio un pequeño codazo en el costado.

—Bien, en ese caso, soldado, será tu madre quien ocupe tu agenda, acabo de recordar que hoy tengo que…

—¡Perdón, mi reina! —solté en un tono teatral y divertido. Agaché mi cabeza en señal de sumisión—. Eso ha sido una completa

estupidez, aceptaré los doscientos latigazos, yo…

—Por cierto, Ari —dijo en tono más serio, sin dejar que yo acabara mi representación—, ¿has quedado con tus padres?

—El domingo nos esperan para comer.

La vi asentir. Chasqueó la lengua.

—Y así también verás a tu gato.

—Sí, claro. Me muero de ganas por achuchar a Minaya.

Ella negó con la cabeza y suspiró.

—¿Quién diablos le pone de nombre Minaya a un gato?

Fruncí el ceño.

—Cariño —respondí—, ya te lo expliqué. Álvaro Fáñez, apodado Minaya, era la mano derecha de Ruy Díaz de Vivar, era su lugarteniente. Según algunas fuentes históricas, probablemente incluso era su primo o su sobrino.

Puso los ojos en blanco.

—Oh, Ari, otra vez con tu Cid capador.

—Campeador, Cid Campeador —corregí.

—Mis disculpas, señor erudito, pensé que era capador de gatos. —Hizo una pausa, preparada, maliciosa—. El Cid castrador, vaya.

Solté una carcajada.

—Cómo te pasas, cariño. Acabarás encariñándote a ese gato.

—Dicen que los gatos negros dan mala suerte —respondió torciendo el gesto.

—Dicen que los gatos negros son perfectos para fundirse en la oscuridad y atrapar a sus presas —contesté sonriendo, desafiante.

—No te creas que me gustan tanto los gatos —dijo, y me miró de reojo.

—A mí me encantan. —Me encogí de hombros—. Y a ti, cariño, ¿a ti qué te gusta? ¿Los perros?

—Yo soy más de dátiles —respondió mirándome a los ojos, sin poder evitar sacar su pícara sonrisa.

Solté una nueva carcajada, mi Hadar no tenía remedio. La vi quitarse la toalla y, antes de que yo pudiera alzar las cejas, ya la tenía encima. Yo traté de ser dulce, como sus dátiles. Ella consiguió ser felina, como mi gato. Y volvimos a hacer el amor, con una pasión desenfrenada, sin saber que esa iba a ser nuestra última vez.

CAPÍTULO 46

La mañana en Tel Aviv se desplegaba con un cielo azul intenso, limpio, casi cruelmente perfecto. La brisa traía el aroma salado del mar cercano y el dulzor del pan recién horneado de las panaderías que se abrían a nuestro paso. Nos dirigíamos a nuestra cafetería favorita. Caminábamos juntos, y no podía apartar los ojos de ella: su pelo castaño, ondulado, con esas tonalidades doradas hacia unas puntas que le caían hasta media espalda, la forma en que caminaba, con pasos ligeros, casi como si flotara sobre los adoquines calientes, y esos ojos que parecían retener toda la luz de la ciudad.

—¿Recuerdas la primera vez que paseamos por aquí? —preguntó, sonriendo con esa mezcla de ternura y picardía que me volvía loco —. Tú llevabas un gesto serio… y yo te decía que necesitabas relajarte.

—Sí, lo recuerdo —dije—. Pero también recuerdo cómo me hiciste sentir que cada segundo era eterno.

Ella me tomó del brazo, con suavidad. Sus dedos rozaban mi piel y un escalofrío me recorrió. Mis veintidós años y mi físico endurecido por el ejército, por años de disciplina y riesgo, parecían flaquear ante la vitalidad que ella emanaba.

—Hoy quiero dátiles —dijo, señalando un pequeño puesto frente a la cafetería, lleno de frutos brillantes, apilados como joyas.

—Los deseos de mi reina son órdenes para mí —respondí, y después saqué una sonrisa cómplice—. Pero solo si prometes compartir.

Ella rio. Ese sonido ligero se mezcló con el murmullo urbano: el rugido de motocicletas, el crujido de las persianas levantándose, los gritos de los vendedores ofreciendo especias, frutas y panes calientes. La ciudad respiraba, emanando estímulos que encendían

los sentidos, pero, aquel día, como una señal de lo que me tenía preparado el destino, mi único interés era ella.

CAPÍTULO 47

Llegamos a la terraza de la cafetería. Mesas de hierro con manteles blancos se extendían bajo grandes sombrillas que protegían a los clientes del sol. Ya había gente: un hombre mayor con sombrero hojeaba un periódico, dos mujeres compartían *shakshuka* y unos adolescentes discutían sobre exámenes mientras revisaban sus portátiles. El camarero nos saludó con una inclinación de cabeza y un guiño cómplice.

—Vamos a sentarnos allí —dije, señalando una mesa cerca de la esquina. Desde aquel punto yo podía ver toda la terraza y gran parte de la calle.

Nos acomodamos. Pedimos dos chocolates calientes. El aroma envolvente de cacao, café y pan tostado era un abrazo reconfortante. Sin poder evitarlo, como un instinto natural que ya formaba parte de mi comportamiento habitual, observé la terraza con ojos de soldado: cada sombra, cada gesto, cada movimiento a nuestro alrededor. Ella me miraba con diversión, notando mi inquietud.

—Vas a estar así toda la mañana, ¿verdad? —preguntó, con media sonrisa.

—Siempre —contesté mirándola a los ojos—. Pero hoy estoy aquí solo para ti.

Guiñé un ojo e hice un gesto con mi barbilla hacia el puesto de enfrente. Me levanté y crucé la calle para comprar los dátiles. La luz del sol calentaba el asfalto y tuve que echarme a un lado para dejar paso a una motocicleta que rugió a mi lado, recordándome lo rápido que la vida puede cambiar. Elegí los frutos más grandes y jugosos, los envolví en papel marrón y sonreí, imaginando el exagerado y

teatral gesto de placer que Hadar me lanzaría con el primer mordisco.

Cuando volvía hacia la terraza, algo llamó mi atención. Un hombre de unos treinta años se había sentado dos mesas a la derecha. Rasgos árabes, piel tostada, barba recortada. Llevaba una mochila negra colgada de un hombro que dejó en el suelo, junto a la silla. Mis instintos se tensaron. Observé cómo sus ojos recorrían la terraza, midiendo cada movimiento. Todo en él era calculado.

Se levantó y caminó hacia un individuo con casco que esperaba sobre una moto arrancada; era la misma que casi me había arrollado unos momentos antes… El que había dejado la mochila se subió en la moto, tras el piloto, y volvió a echar la vista atrás, como para confirmar que todo estaba en orden. Su mirada se cruzó con la mía. Eran unos ojos negros y brillantes como el petróleo, una mirada que jamás olvidaré. En un instante supe lo que estaba a punto de suceder: el hombre, la mochila, la moto… un atentado.

CAPÍTULO 48

—¡Hadar, aparta! —grité con urgencia mientras echaba a correr hacia la terraza, los dátiles aún en mis manos—. ¡Aléjate! ¡Hadar!

La explosión fue inmediata y total. Un rugido que sacudió el mundo, un estallido de fuego y acero que me lanzó por el aire como un muñeco de trapo. La onda expansiva me golpeó en el pecho y me hizo rodar sobre el asfalto. Todo se volvió blanco y luego fuego, como la bienvenida a un infierno que nadie está preparado para presenciar: fragmentos de aluminio y madera, un humo negro y espeso y el olor a pólvora, a carne y a metal caliente.

Un zumbido agudo me perforaba los oídos y borraba cualquier otro sonido. Me incorporé, aturdido. Tenía sangre en mi abdomen, sobre la cadera izquierda. Metralla. No hice caso, alcé la vista. La terraza había desaparecido. Los restos de mesas, sillas, cristales, cubiertos y manteles eran ahora un campo de ruinas humeantes.

—¡Hadar! —grité con una angustia que ya atenazaba mi garganta, avanzando entre los escombros—. ¡Hadar!

La vi. Yacía en el suelo, con el vestido desgarrado, la piel marcada por quemaduras, cortes sangrantes y la respiración dificultosa. Cada segundo parecía una eternidad mientras corría hacia ella.

—Hadar… estoy aquí —susurré, arrodillándome junto a su cuerpo —. Tranquila, cariño, tranquila. Todo va a estar bien.

Pero yo sabía que no. Nada iba a estar bien. Un trozo de chapa metálica se había clavado en su cuello y, por la cantidad de sangre que emanaba de la herida, yo sabía que había seccionado la yugular. No quité el letal pedazo de hierro que, en esos momentos, también hacía de tapón. Me limité a poner mi mano, presionando para evitar una pérdida de sangre más rápida.

Sus ojos, doloridos y vidriosos, me buscaron.

—Ariel… —dijo con voz débil.

Tosió. Un hilillo de sangre comenzó a caer por la comisura de su labio.

—No, cariño, no me dejes, no —rogué, temblando. Sentí las primeras lágrimas calientes caer por mi rostro—. Te necesito… respira, por favor.

Su mano temblorosa se aferró a la mía. Intentó hablar, pero no pudo. No hubo una última conversación, con un «siempre te amaré», como en las películas. Su último aliento fue el cierre a unos balbuceos ininteligibles.

Sus ojos se quedaron abiertos, con la mirada perdida, para siempre, en un cielo azul, ahora cruel, imperfecto y sucio por la humareda de una bomba que acababa de romper mi mundo. La estreché con fuerza mientras más lágrimas ardientes caían por mi rostro, mezclándose con el polvo y la sangre.

—¡No! —grité. Un sonido que se quebró en mil pedazos, que se ennegreció en medio del humo que nos envolvía—. ¡Nooooo!

El infierno había descendido sobre mí en segundos, y todo lo que conocía se desmoronaba. La ciudad rugía con sirenas y gritos. Yo permanecí allí, temblando, sosteniendo su cuerpo todavía caliente entre mis brazos, con la certeza de que mi vida había acabado en ese instante.

Caí en un remolino de desesperación, rozando la autodestrucción. La rabia, la furia y la sed de venganza eran el motor que me propulsaba un paso por delante de la depresión. La agencia se fijó en mí, y mis compañeros de unidad fueron las piezas que mi destrozado puzle necesitaba para seguir adelante. Fui entrenado por los mejores. Ellos me convirtieron en lo que soy hoy.

PARTE V

Ariel Shemesh (23 años)

«EL NOVATO»

CAPÍTULO 49

Desierto del Neguev, Israel. Año 2013.
CUARTO DÍA.

Decidí quedarme así, tumbado boca arriba en esa maldita arena que ardía como las brasas del mismo infierno. Volví a mirar al cielo. Me pasé la lengua por los labios. Agrietados y con varias ampollas. «Dos minutos, solo dos minutos para coger fuerzas y continúo», pensé mientras mi visión comenzaba a nublarse. No, no podía dejarme caer al vacío en la neblina que se iba formando en mi mente. Quedaría inconsciente y eso sería el final. No completaría las pruebas, no entraría en la unidad. Y yo no había llegado allí, hasta el cuarto día de la fase final de reclutamiento, para tirarlo todo por tierra. Me forcé a salir de las brumas, visualizando la imagen a la que tantas otras veces había recurrido: Tel Aviv, la cafetería, la mochila, la fría mirada del terrorista, la explosión. Hadar en mis brazos, asesinada por alguien a quien yo estaba dispuesto a encontrar, aunque fuera lo último que hiciera. Furia, venganza, muerte. Tensé la mandíbula apretando los dientes. Necesitaba entrar en la unidad. Gruñí mientras me daba la vuelta en la arena. Miré a mi compañero; nos unía una cuerda de tres metros atada a la cintura. La regla era clara: no podíamos soltarnos ni llegar a la base en solitario. Debíamos hacerlo juntos. Supongo que el mensaje que querían darnos era el de compañerismo, el de no abandonar a un integrante de tu unidad. El problema es cuando ese integrante se convierte en un lastre, en una carga que te arrastra inexorablemente hacia un destino que no tendría que ser el tuyo. Mi compañero se llamaba Yahir y tenía treinta y seis años. Se jactaba de haber participado en más de quince operaciones especiales en el ejército.

Era fuerte y musculoso, una bestia en el combate cuerpo a cuerpo. Yo había presenciado cómo en la base tumbaba a tres compañeros, uno detrás de otro. A uno de ellos le había dislocado un hombro, lo que había resultado en el billete de vuelta a casa para el desdichado. Esa era otra de las reglas. Si te lesionabas y no podías continuar, te mandaban a casa. Nada de darte un tiempo de recuperación en el barracón de los sanitarios, nada de segundas oportunidades durante la fase de reclutamiento.

Me incorporé como pude, tambaleándome, y me acerqué a Yahir. Viendo su rostro imaginé cómo estaría el mío. Quemaduras, llagas y ampollas allí donde la barba no ofrecía protección. Me llevé la mano a la cantimplora en un acto reflejo, pero no acabé el gesto. No quedaba agua. Le había dado a él parte de la mía, y eso le había hecho aguantar un poco más. Hasta que se desplomó. Yahir seguía inconsciente. Llevaba más de tres horas así, sin poder caminar sin mi ayuda. La última hora había tenido que cargar literalmente con él al hombro. Yahir, veterano del ejército, la bestia del combate cuerpo a cuerpo. Yahir, mi lastre, el motivo de mi fracaso en esa prueba, mi billete de vuelta a casa. Apreté los dientes y negué con la cabeza. No. Eso no podía acabar de esa manera. Me agaché y le agarré fuertemente del traje para volver a echármelo al hombro, pero en ese momento la radio incorporada en el lateral de mi mochila volvió a activarse.

—Déjalo, Shemesh, vamos a enviar un vehículo para traeros a la base.

Miré hacia el cielo. Ahí estaba el puntito negro de nuevo, el dron de seguimiento. Cogí el *talkie* y pulsé el botón.

—¡No! ¡Podemos hacerlo! ¡Vamos a llegar a la base! ¡Sé que estamos cerca!

—Necesita asistencia médica, y eso es una prioridad en la prueba. Déjalo, chico.

—Respira, y su pulso es bueno. —Apreté los dientes y negué con la cabeza—. No pienso abandonar, no así, no…

—Tenéis media hora. Si no estáis aquí en treinta minutos, un vehículo saldrá de la base para traeros.

No respondí. Me quedé pensativo. ¿Había dicho media hora? El teniente Schwartz, supervisor jefe de las pruebas y uno de los máximos responsables en el proceso de reclutamiento de la unidad, me caía bien. Otros suboficiales a su cargo, veteranos en la unidad, nos habían jodido a base de bien durante todo el proceso. Habían gritado, insultado, empujado y humillado a los aspirantes. Yo entendía todo ese rollo de menoscabar nuestra voluntad, de llevarnos al límite físico y mental para quedarse solo con los mejores, crear una especie de selección natural para la unidad. Pero a veces lo llevaban demasiado lejos. Incluso el propio teniente Schwartz había tenido que parar los pies a más de uno de esos cabrones. Mi mente volvió a las palabras del teniente: «Tenéis media hora». ¿Era eso una pequeña ayuda del teniente? ¿Información velada? Yo sabía que los supervisores no estaban autorizados a ayudar a ningún aspirante, pero tenía la sensación de que yo, el benjamín de todos, le caía bien. Tenía la sensación de que le había impresionado durante el proceso de reclutamiento. La forma en la que me observaba, los ligeros asentimientos de su cabeza cuando yo iba completando las pruebas. ¿Me estaba ayudando el teniente sugiriendo que la base estaba aproximadamente a media hora de donde nos encontrábamos? Miré las dunas a mi izquierda y observé la posición del sol. Mi sentido de orientación me decía que esa era la dirección correcta. ¿Y si la base se podía ver desde lo alto de esas dunas? No perdí ni un segundo más, me eché a Yahir al hombro y continué caminando con pasos lentos y pesados, hundiendo mis botas en la arena del traicionero desierto del Neguev.

CAPÍTULO 50

El teniente Schwartz se ajustó el traje y golpeó con los nudillos la puerta del despacho de su superior. El coronel Greenberg lo había hecho llamar. El viejo siempre aparecía por la base el cuarto día, antes de la prueba final. Quería tener el control en la última fase de reclutamiento. Schwartz sabía que el viejo zorro quería conocer los nombres de los seis reclutas que habían llegado al quinto día. Seguramente estaba familiarizado con varios de ellos y no tendría reparos en sugerir a quién veía con buenos ojos para entrar en la unidad.

—¡Adelante!

El teniente cogió aire y lo soltó antes de girar el pomo y entrar. Una vez dentro, se plantó y ejecutó el saludo militar.

—Pase, pase, teniente.

Schwartz avanzó hasta quedar frente a la mesa del coronel. El viejo no se puso de pie. Iba ataviado con su traje engalanado, siempre lanzando un mensaje de autoridad, de superioridad. Estaba revisando informes. Uno de ellos era el suyo, el que había pedido que le hicieran llegar esa misma tarde. El coronel alzó la vista para mirarle.

—De los cuarenta y siete que empezaron el primer día solo quedan seis —dijo con su característica voz ronca y desgastada, la voz de quien ha gritado muchas órdenes tras décadas como alto rango del ejército—. Seis aspirantes para tres plazas.

Schwartz asintió sin decir nada. Vio al coronel fruncir el ceño y poner su dedo en el informe.

—¿Shemesh? ¿Quién es este? No lo conozco.

—Es la primera vez que se presenta, mi coronel. Viene recomendado por el coronel Sharabi, de la unidad de

francotiradores.

Schwartz también había escuchado los rumores. Greenberg y Sharabi. Dos coroneles que habían tenido sus más y sus menos. Dos gallos en el mismo corral. Vio cómo Greenberg torcía el gesto.

—¿Recomendado por Sharabi? ¿Y qué sabe ese patán de esta unidad? Mejor que se dedique a colocar dianas en su campo de tiro.

Schwartz no respondió. No habría sido inteligente contestar a eso. Vio cómo el coronel pasaba páginas hasta llegar a las fichas de los seis aspirantes.

—Aquí… Ariel Shemesh, veintitrés años —dijo el coronel, y volvió a alzar su vista hacia el teniente—. ¿Veintitrés años y ya me lo mandan aquí, teniente? ¿Es esto alguna broma? ¿En cuántas operaciones especiales ha servido?

—Solo en dos, mi coronel, pero…

—¡Dos! ¡Dos! —le cortó—. Usted sabe perfectamente que a mi unidad llegan hombres curtidos, veteranos que ya participaban en operaciones especiales cuando a este pipiolo iba su madre a buscarle al colegio. —Negó con la cabeza mientras continuaba leyendo el informe—. No, no me sirve. Mándeselo de nuevo a Sharabi, con un lazo de regalo.

—Mi coronel, el chico ha superado todas las pruebas hasta ahora. Pasó con nota la primera fase en la academia, todos los tests y pruebas que allí le realizaron. Había más de quinientos aspirantes en esa primera fase. —Hizo una pausa al ver que el coronel seguía negando con la cabeza, pero continuó hablando—. Superó la segunda, las pruebas de campo en la ciudad, en territorio civil. Maniobras de vigilancia, de persecución, orientación en las calles, memoria visual, mimetización en el entorno… las superó todas, con nota, entre los mejores. Ese chico tiene talento, ese chico vale para…

—¡Ese chico no deja de ser un mocoso en mi unidad! —le cortó de nuevo, esta vez dando un puñetazo en la mesa.

El teniente Schwartz tragó saliva, pero estaba dispuesto a no dejarse amilanar.

—Ayer mismo ese chico superó la prueba de orientación y resistencia en el desierto, ¡cargando durante kilómetros con un

compañero al hombro! Con todos los respetos, mi coronel, Ariel Shemesh, a pesar de su juventud respecto al resto de aspirantes, es un diamante en bruto. Y no deberíamos dejar que su edad y su corta experiencia en operaciones especiales fuera un obstáculo para…

—¡Lo que no pienso hacer es crear precedente con este recluta novato para que me sigan mandando chiquillos imberbes sacados de la guardería del ejército! ¡No!

—Pero, coronel…

—¡Cállese, teniente!

Schwartz vio cómo su superior revisaba el resto de fichas de aspirantes.

—Sí, estos tres, los conozco. Veteranos, decenas de operaciones a sus espaldas. —Dio unos toquecitos con el índice en el folio del informe, sobre las fotos de tres aspirantes—. Hazan, Weiss y Geller. —Levantó su vista hacia Schwartz—. Teniente, sé que usted, como supervisor de todo el proceso de reclutamiento, tiene la última palabra a la hora de redactar el informe final con los nombres de los tres nuevos integrantes de la unidad. —Hizo una pausa medida, estudiada, con cierto tono amenazante—. Le aseguro que sería muy conveniente para sus intereses que en ese informe que enviará a Tel Aviv aparezcan los nombres de los tres aspirantes que he mencionado.

El teniente Schwartz tensó la mandíbula. Cuando traspasó el umbral de la puerta de ese despacho sabía que eso podía pasar. Las sugerencias del coronel, las órdenes veladas de quien se sabe superior en la jerarquía depredadora del mundo militar.

—Queda una prueba, mi coronel. Mañana, el quinto día, es «el baño», y si el chico consigue subirse a la plataforma entre los tres mejores tiempos…

—¡Ese novato no subirá a la plataforma, teniente! —soltó el coronel poniéndose en pie y mirando a Schwartz a los ojos—. ¡Haga lo que quiera, búsquese la vida, pero ese chiquillo no entrará en esta unidad! ¡Que pruebe dentro de diez años, cuando tenga por fin barba de hombre!

—Mi coronel, yo no puedo…

—¡Usted sí puede! ¡Y si usted, teniente, no hace algo para que ese informe quede conforme a lo que hemos hablado, seré yo quien lo haga! Pero le aseguro que eso supondrá ciertos… —calló durante un par de segundos antes de continuar— inconvenientes para su carrera. Yo estaré presente, junto a usted, en la playa, supervisando la prueba.

«¿Cómo? ¿Este viejo hijo de puta quiere presenciar la última prueba para asegurarse de que todo sale como él quiere?», pensó Schwartz. El teniente negó con la cabeza. Eso era demasiado. En todos sus años como supervisor no había visto a nadie con el talento y las capacidades de ese chico, y no iba a permitir que un viejo narcisista, dictador y prepotente, por muy coronel que fuera, tirase por la borda el futuro de un activo que podía dar muchas alegrías a esa unidad, la más letal y efectiva del brazo armado de Israel.

—Coronel, con todos mis respetos, yo no me interpondré en los resultados de la prueba de mañana. Todos los aspirantes realizarán la prueba en las mismas condiciones. Tel Aviv recibirá el informe de lo que realmente ha ocurrido en el proceso de reclutamiento. Si el chico no supera la prueba, su nombre no aparecerá en el informe, pero si…

—¡Teniente! ¿Está usted desobedeciendo mis…?

—No tiene autoridad para darme órdenes en este asunto, mi coronel, y usted lo sabe mejor que nadie. —Desvió su mirada hacia el informe que había sobre la mesa y volvió a posar sus ojos en los del coronel—. Que usted tenga sus preferencias me parece perfecto, pero mañana solo los tres mejores aparecerán en el informe final. Y dicho esto, me retiro.

El teniente Schwartz se cuadró, ejecutó el saludo correspondiente ante el coronel y se dio la vuelta para caminar hasta la puerta.

—¡Usted verá lo que hace, teniente, pero esto no quedará así!

CAPÍTULO 51

Mar Mediterráneo, a 20 km de Haifa, Israel.
QUINTO DÍA.

No dormí más de cuatro o cinco horas, pero en esa situación de extenuación, eso ya daba lo mismo. La capacidad de aguante, superado cierto punto, deja de ser física y pasa a ser mental. Nos habían llevado en helicóptero desde la base militar en el desierto hasta la costa mediterránea, cerca de la ciudad de Haifa. El sonido del rotor dominaba el ambiente. Miré a mis compañeros. Tampoco tenían mucho mejor aspecto que yo. Estábamos todos al límite de nuestras fuerzas, con ganas de terminar todo aquello. Cinco días, cinco pruebas durísimas, de las que doblegan la voluntad de hombres tremendamente preparados. Pensé en el día anterior. Lo había conseguido, había llegado a la base militar cargando con Yahir. Lo sentí por él, sabía de sus ganas de entrar a la unidad y de sus capacidades. Pero él sucumbió a la prueba y no pasó el corte. Pensé que eso podría afectar a mi propio resultado, pero mi nombre estaba entre los seis que el teniente Schwartz pronunció por la tarde. El helicóptero viró bruscamente hacia la derecha para enfilar la línea de la costa. Volví a mirar a mis compañeros, en ese momento mis rivales en la prueba. Weiss, Geller, Hazan, Miller y Biton. Reconozco que todavía estaba sorprendido de estar ahí, junto a esos veteranos, hombres curtidos en operaciones especiales, con unas capacidades que dejarían boquiabierto a cualquier soldado, de cualquier ejército. Vi cómo Geller, el gigantón barbudo de Asdod, me miraba con gesto serio.

—¿Qué pasa, novato? ¿Listo para un baño refrescante?

No contesté. Vi cómo Hazan sonreía. Los demás permanecían serios, con caras de concentración, esperando la temida prueba. La llamaban «el baño» porque se trataba de una inmersión en el mar, pero en unas condiciones especiales. Estaban a punto de lanzarnos desde un helicóptero, en plena noche, mar adentro, a unos quinientos metros de la playa. Nos encadenarían de pies y manos, y meterían una pequeña bolsita con las llaves de las esposas en uno de nuestros bolsillos del pantalón. Pensé en lo que estaba por venir. El salto desde el helicóptero, el fuerte impacto en el agua. La profundidad de la inmersión, la baja temperatura del mar. La reducida movilidad para tratar de recuperar las llaves del pantalón, completamente a oscuras, mientras te hundes en esas gélidas aguas tratando de liberarte de las esposas. Era la última prueba, la más dura, no solo por su dificultad, sino también por las condiciones en las que llegábamos. Quien consiguiera liberarse de las esposas debía subir a la superficie y buscar la plataforma flotante para subirse a ella. «El baño», una prueba que no solo requiere estar físicamente fuerte, con una gran capacidad pulmonar para poder completar una apnea prolongada, sino que es fundamental mantener la calma en una situación extrema que genera un pánico irracional. Una situación donde tienes la sensación continua de que te hundes sin remedio, de que te vas a ahogar en las profundidades de unas aguas tan negras como el abismo más oscuro. Nos habían comentado que el mismo coronel Greenberg lo presenciaría todo desde la playa, con sus prismáticos, junto al teniente Schwartz. «Dad lo mejor de vosotros, patanes, el pez gordo estará observando», había dicho entre risas uno de los asistentes del teniente Schwartz. Me fijé en que uno de los oficiales pasó de la cabina a la zona de carga del helicóptero donde nos encontrábamos. Venía con una carpeta. Nos miró uno a uno.

—¿Está todo claro? ¿Tengo que repetir las instrucciones? —gritó por encima del ruido del rotor. El portón lateral estaba abierto y notábamos cómo el viento azotaba con fuerza.

Todos negamos con la cabeza. Le vi mirar a Weiss.

—¡David Weiss! ¡Serás el primero! —dijo, y se puso a colocarle las esposas en los tobillos. La cadena era corta, de unos veinte

centímetros de un tobillo al otro. Muy poca movilidad, difícil patear en el agua en esas condiciones. «Nos vamos a hundir como piedras lanzadas a un estanque», pensé mientras veía cómo le colocaba las esposas en las muñecas, por delante del cuerpo, con una cadena incluso más corta, de no más de diez centímetros. «Joder, hasta en el sofá de casa costaría quitarse esas esposas, incluso ya con las llaves en la mano». Le enseñó la pequeña bolsita de cuero negra, cerrada con una cremallera.

—¡Aquí están las llaves! —gritó.

Observé cómo Weiss asentía. El oficial asistente del teniente Schwartz metió la bolsita en el bolsillo derecho del pantalón de Weiss. En esa bolsita estaban las llaves, las ansiadas llaves. Pero, si ya de por sí no fuera suficiente y para poner algo más de dificultad al asunto, solo una de las seis llaves abría ambas esposas, las de los tobillos y las de las muñecas. Una de seis. Para ir probando mientras te hundes con los pulmones a punto de estallar. El oficial le ayudó a llegar hasta el portón, contó hasta tres y vi cómo Weiss saltaba al vacío. Fue haciendo lo mismo con cada uno de nosotros. Miller, Hazan, Biton y Geller siguieron a Weiss. Noté cómo el helicóptero se desplazaba en otra dirección cada vez que un hombre saltaba al agua. Tenía su lógica, no nos querían a todos cayendo más o menos en el mismo lugar. Nos habían comentado que la plataforma estaría en un radio de unos doscientos metros al punto donde caíamos al mar. Yo era el último, y esperé que los continuos desplazamientos del helicóptero no supusieran alejarme más y más de la plataforma.

—¡Shemesh! ¡Tu turno!

Asentí. Realicé tres inspiraciones profundas. Lo hice en parte para intentar tranquilizarme, pero también para ir ensanchando los pulmones a modo de calentamiento previo al ejercicio extremo al que iban a ser sometidos. El oficial se acercó y me colocó las esposas en los tobillos. Me ordenó ponerme en pie. Extendí las manos con las palmas hacia arriba para que me las pusiera también en las muñecas. Cerró la derecha y, en un gesto rápido que me dejó descolocado, me llevó los brazos tras la espalda para asegurar la otra.

—Pero ¡qué haces! —grité con fuerza mirándole con estupor.

—¡Órdenes de arriba, chico! ¡Lo siento!

No me lo podía creer. Las manos tras la espalda, la poca movilidad que podía tener con ellas por delante quedaba reducida a prácticamente nada.

—¿El teniente te ha ordenado hacer esto? —le grité por encima del ruido del rotor.

El oficial acercó su boca a mi oído.

—No ha sido el teniente, las órdenes vienen de más arriba. Lo siento, Shemesh. Pero estate tranquilo, trata de no ahogarte, trata de aguantar varios minutos. Tenemos buzos ahí abajo, ellos te sacarán. Volverás a casa, te lo prometo.

Mi cabeza daba vueltas, mil pensamientos bombardeaban mi mente. ¿Qué era todo aquello? ¿Órdenes de más arriba? ¿Ese coronel era quien me quería fuera? ¿Por qué? El oficial me puso en pie, y me enseñó la bolsita de cuero, la puso ante mis ojos mientras se encogía de hombros. Sentí cómo la metía al bolsillo izquierdo de mi pantalón. Yo seguía con la mirada perdida, sin reaccionar. Estaba aturdido, desubicado. Él me fue empujando hasta el portón del helicóptero. El aire azotó con fuerza mi rostro. El rugido del rotor era atronador. Un momento después, noté en mi espalda el empujón que me lanzó al vacío en la noche más oscura y siniestra que uno pueda imaginar.

CAPÍTULO 52

El impacto contra la superficie del agua fue mayor de lo esperado. No pude entrar en vertical; el empujón del oficial me hizo caer de costado, una postura imposible de corregir en el aire. El frío invadió todo mi cuerpo. No sé cuántos metros me sumergí, pero al menos tuve tiempo de hinchar mis pulmones para combatir los primeros segundos de desorientación bajo el agua. Mientras me hundía, me obligué a mantener la calma. Sabía que la situación era desesperante, era imposible que con las manos a la espalda pudiera acceder a las llaves del bolsillo. Recordé las palabras del oficial para intentar tranquilizarme: «Trata de no ahogarte, trata de aguantar varios minutos. Tenemos buzos ahí abajo, ellos te sacarán. Volverás a casa». En vez de tranquilizarme, esas palabras me llenaron de furia. Era injusto, yo no merecía eso, acabar así, de esa manera. Apreté los dientes. No. No iba a dejar que esos buzos me sacasen a la barcaza para quitarme las esposas y llevarme a la playa. «Ariel Shemesh, prueba no superada, descalificado». No, no lo iba a permitir. Como en otras ocasiones, me obligué a visualizar el fatídico recuerdo. Tel Aviv, la cafetería, el rostro del hombre, la mochila, la explosión. El cuerpo de Hadar, mi prometida, en mis brazos. Su último suspiro. Todo se reducía a entrar en la unidad y esperar a que alguna operación especial pusiera a ese asesino de nuevo en mi vida. Furia, venganza, muerte. Seguía hundiéndome. Daba igual tener los ojos abiertos, la oscuridad era total. La gelidez de las aguas penetraba hasta mis huesos. Necesitaba volver a la superficie, me estaba quedando sin aire. Me concentré en batir con los pies, simultáneamente, como lo haría una sirena en el mar, o como había visto bucear, avanzando con rapidez, a nadadores profesionales en la piscina. Acompañé el gesto imitándolo con mis manos en la espalda,

cuya movilidad era reducida, pero toda ayuda era buena en ese momento. Fui subiendo a la superficie, luchando metro a metro, notando la tensión y el esfuerzo de mis piernas. Logré sacar la cabeza y coger una buena bocanada de aire, hinchando mis pulmones todo lo que pude. Estar en la superficie era más incómodo, las olas me golpeaban, me desplazaban demasiado, ahí era imposible mantener una posición estable. Además, el hecho de batir continuamente mis pies para no hundirme supondría un gasto de energía que no me podía permitir. Tenía una cosa clara, era imperioso que pudiera pasar mis manos por delante de mi cuerpo. Si no hacía eso, sabía que en cuestión de minutos estaría exhausto y algún buzo me agarraría para llevarme a la superficie. Traté de no pensar en ello y paré de mover mis piernas para dejarme engullir por las negras aguas. Mientras descendía, me hice un ovillo para, en esa postura, intentar pasar mis manos por debajo de los glúteos, piernas y pies con el objetivo de llevarlas hacia delante. No fue posible, no tenía suficiente flexibilidad en los hombros y articulaciones, no había espacio suficiente para pasar mis piernas por el aro que formaban mis brazos. Con los tobillos también esposados, ese movimiento era imposible. Lo intenté varias veces, pero las manos quedaban lejos de poder pasar por debajo de los pies. La situación era desesperante, insalvable. Me quedaba sin aire, mi pecho ardía. Volví a batir con fuerza mis piernas para salir de nuevo a la superficie. Tragué algo de agua antes de sacar la cabeza para coger una agónica bocanada de aire. Tosí varias veces. Las olas me movían de lado a lado, sin poder permitirme estar en una posición vertical y controlada. Me hundí, necesitaba estar un par de metros o tres por debajo de la superficie, lejos de las olas. Una sensación opresiva en el pecho comenzó a apoderarse de mí. ¿Qué opciones tenía? ¿Tratar de nadar en esas condiciones intentando buscar la barcaza? Imposible, la postura no me permitía nadar avanzando lo suficiente como para desplazarme varias decenas de metros. Pasarían los minutos y, si mi cuerpo aguantaba una apnea brutal en esas condiciones, algún buzo aparecía para agarrarme y subirme a la barcaza. Y todo habría acabado para mí, todo el esfuerzo para nada. La sensación de rabia hizo desaparecer la

opresión del pecho, hizo desaparecer el frío que atenazaba mi cuerpo. Un calor interno, una furia creciente invadió cada célula de mi organismo. Y quizás fue eso lo que me dio la idea. ¿Y si conseguía descalzarme? No eran botas altas, no solía usar los ojales más superiores ni llevarlas apretadas. Eran un obstáculo a la hora de batir los pies para nadar; sin ellas sabía que avanzaría más rápido al ganar movilidad en los tobillos. Me estiré y, con el talón izquierdo, empujé el derecho para sacar el calzado. No lo conseguí a la primera, pero cedió lo suficiente para saber que con varios intentos lo lograría. Fue a la tercera cuando conseguí librarme de esa bota, cuando mis pulmones ya ardían, cuando pedían oxígeno con urgencia. Volví a patear para subir a la superficie a respirar. Notaba los músculos de mis piernas tensos, cansados del explosivo esfuerzo que requería subir varios metros estando esposado de pies y manos, luchando contra la corriente de agua y los movimientos de la base de las olas. Saqué la cabeza y cogí aire con ansias, pensando que unos segundos más y mis pulmones no habrían aguantado. Aproveché para mirar a los lados. La luz de la luna no era suficiente para ver gran cosa, tan solo los reflejos plateados en las olas que formaban una espuma blanca y salada que golpeaba mi rostro. Ni rastro de mis compañeros, ni rastro de los buzos y, como cabía esperar, ni rastro de alguna plataforma flotante cercana. Volví a hundirme para repetir la operación con la bota izquierda. Me costó más que la anterior, seis intentos. El esfuerzo me estaba pasando factura, y sentía que mi resistencia pulmonar se estaba viendo afectada. Volví a subir a la superficie, a pasar del silencio sepulcral de las entrañas del mar al bramido del oleaje. No sabía los minutos que habían pasado desde que fui arrojado al mar, pero había gastado mucha energía para simplemente quitarme las botas. «No pienses en ello, Ariel, concéntrate», me dije mientras cogía otra bocanada de aire. La musculatura de las piernas me ardía por el esfuerzo, no sabía cuánto tiempo más me iban a responder antes de empezar con calambres, antes de mandarme a las profundidades sin billete de vuelta a la superficie. Me concentré en el siguiente paso. Sabía que ahora podía nadar, bueno, más bien tratar de avanzar por el agua, con más libertad en los pies. ¿Sería capaz de encontrar la

plataforma? Sabía que en esa oscuridad sería como buscar una aguja en un pajar. Pensé en mi bolsillo izquierdo, en la bolsita con las llaves. Tan cerca y a la vez tan lejos para mis manos. Apreté los dientes. No, no podía ser. No me podían haber hecho eso. A mi mente volvieron las palabras del oficial en el helicóptero, y esta vez golpearon con más fuerza: «No ha sido el teniente, las órdenes vienen de más arriba. Lo siento, Shemesh». Cerré los ojos con fuerza, con todas las ganas del mundo de gritar de rabia en ese medio gélido y hostil, sabiendo que estaba a punto de caer en un remolino de desesperación. Pero no lo hice, no grité. Me concentré en transformar esa rabia en algo productivo. Comencé a girar sobre mí mismo, en la superficie del agua, para tener una visión de trescientos sesenta grados. Ni rastro de la plataforma flotante. El oleaje seguía creando un bamboleo incómodo en mi cuerpo, pero pude ver algo en la distancia, muy lejos. Unas luces. La playa, la línea de la costa, tenía que ser eso. Y allí, seguramente regocijándose en mi miseria, relamiéndose por mi fracaso en la prueba, estaba ese coronel. Apreté los dientes con fuerza. Necesitaba que esa rabia fuera mi combustible para lo que estaba dispuesto a hacer, necesitaba transformarla en el motor para mis piernas.

CAPÍTULO 53

A quinientos metros de allí, en la playa, el *walkie-talkie* del teniente volvió a hablar.

—Hazan en la plataforma, mi teniente.

—Recibido —dijo Schwartz soltando los prismáticos para contestar.

—Bien. Weiss y Hazan —comentó el coronel Greenberg a su lado —. ¿Se sabe algo de Geller y… del resto?

Schwartz apretó la mandíbula. Volvió a mirar con los potentes prismáticos; allí podía distinguir la plataforma donde ayudaban a Hazan a subir a la barcaza. Pensó en el coronel. Ya tenía a dos de sus favoritos dentro solo faltaba Geller para completar el trío. Miller estaba fuera; los buzos tuvieron que rescatarlo porque se le habían resbalado las llaves, impidiéndole soltar las esposas. Dejó los prismáticos para pulsar el botón del *walkie-talkie*.

—¿Qué se sabe del resto? —preguntó Schwartz.

—Un buzo acaba de saltar para chequear a Biton, a unos sesenta metros de la plataforma. Acabo de dejar otro buzo con Geller, a unos treinta metros, y nos dirigimos a la posición de Shemesh para soltar otro buzo a… —hizo una pausa—, la pantalla indica a ciento sesenta metros —respondió uno de los oficiales a bordo.

La barcaza era una embarcación de rescate equipada con un equipo sónar de localización. Los aspirantes no sabían que, en el interior de sus botas, bajo las plantillas, habían sido colocados unos chips que avisaban de su posición durante la prueba en la pantalla del sónar.

También había un equipo de rescate de tres buzos en la barcaza, que irían haciendo inmersiones para chequear el estado de los reclutas. Los buzos llevaban unas gafas militares subacuáticas de

visión nocturna, por lo que podían controlar a los aspirantes sin que estos se dieran cuenta de su presencia. Podían estar dos metros de ellos sin ser vistos, y sin necesidad de utilizar linternas submarinas. Eso daba mayor realismo a la prueba, mayor sensación de peligro en el aspirante, de sentirse desprotegido y aislado en un medio hostil. El teniente desvió su mirada hacia el coronel. El viejo miraba con sus prismáticos, sin poder evitar esbozar una sonrisa. Geller era el más cercano a la plataforma flotante. Schwartz desconocía si ya se había soltado las esposas o estaba en ello, pero estar tan cerca le daba ventaja. Pensó en los que ya habían pasado la prueba: Weiss y Hazan. Eran, sin duda, dos buenas incorporaciones a la unidad. De lo mejor de los cientos de aspirantes que habían comenzado el proceso de reclutamiento en Tel Aviv. Si Geller se sumaba al equipo, sería otro buen activo para la unidad. Schwartz no pudo evitar pensar en Shemesh. ¿Cómo le estaría yendo al chico? ¿Se le estaría atragantando esta prueba? Ciento sesenta metros era bastante distancia hasta la plataforma. El teniente reconocía que le caía bien y, pese a su juventud e inexperiencia en operaciones de campo, su talento y habilidades eran algo fuera de lo normal. Había leído sus informes cuando pasó a la fase final del proceso de reclutamiento, cuando ya solo quedaban cuarenta y siete reclutas. Todo eran alabanzas de sus superiores en otras unidades. Le llamó la atención la mención en el informe del fallecimiento de su prometida en un atentado en Tel Aviv, una bomba en una cafetería, colocada por el grupo terrorista Hamás. El psicólogo responsable de esa parte del informe recalcaba que el sujeto parecía actuar con la venganza continuamente en su cabeza, mostrando una determinación y resolución fuera de los parámetros considerados como normales. Había mostrado un exceso de valor y osadía en circunstancias de peligro que requerían mayor control y prudencia. El psicólogo señalaba que era necesario un seguimiento del sujeto para detectar posibles comportamientos que pudieran revelar estados de ansiedad, depresión o paranoia. El teniente no pudo evitar sonreír. Según el informe, Shemesh mostraba una determinación y una resolución fuera de lo normal. Y ese psicólogo estaba algo preocupado. Pero eso es lo que necesitaba Schwartz, eso era lo que necesitaba la

unidad. Gente que no dudaba, que no se amilanaba ante situaciones de peligro. Un activo con cojones. Pero no era solo eso, Schwartz había visto a Shemesh en acción, fuera de despachos de psicólogos y tests de tres al cuarto. El chico no era un imprudente, no era ningún temerario. Cuando actuaba lo hacía porque había sido capaz de analizar el entorno y la situación de cabo a rabo, y a una velocidad mucho mayor que el resto. Era resolutivo y pasaba a la acción cuando otros todavía estaban pensando de qué iba la cosa. Al teniente Schwartz poco le importaba que el chico actuara por venganza, que se agarrara a eso para canalizar su furia y frustración. Lo que le importaban eran los resultados a pie de campo, en situaciones complejas y hostiles, donde solo unos pocos eran capaces de salir airosos. Y Shemesh lo había demostrado una y otra vez. Volvió a pensar en la prueba. Estaba a unos ciento sesenta metros. Apretó los dientes mientras miraba por los prismáticos, calculando esa distancia para hacer barridos visuales a uno y otro lado de la plataforma. Y, en ese momento, como si el oficial de la barcaza pudiera escuchar sus pensamientos, el *walkie-talkie* habló de nuevo.

—Mi teniente, problemas con Shemesh.

Schwartz frunció el ceño mientras pulsaba el botón de comunicación en su aparato.

—¿Problemas? ¿A qué se refiere, oficial?

Unos segundos después, la respuesta hizo tragar saliva al teniente.

—El buzo no lo localiza. —Una pausa—. Y según el sónar, Shemesh se hunde. Su cuerpo ya está a quince metros de profundidad.

CAPÍTULO 54

Me di la vuelta para nadar de espaldas; en esa postura me resultaba más fácil avanzar batiendo con los pies y moviendo las muñecas lo poco que permitían las cadenas. Había vomitado dos veces y era consciente del mareo por la fatiga. Si aquello se alargaba, acabaría hundiéndome sin un gramo de fuerza para volver a la superficie. Seguramente mi familia recibiría un pésame empaquetado en mentiras para tapar lo ocurrido. Apreté los dientes, sin embargo, seguí moviendo pies y manos. Ni rastro de la maldita plataforma, ni rastro de la barcaza. Había pasado demasiado tiempo. ¿Nadie me estaba buscando? ¿Dónde estaban esos buzos que chequeaban a los aspirantes? ¿Había ordenado ese coronel que no hubiera asistencia para mí? El solo hecho de pensarlo me produjo un escalofrío que recorrió mi espina dorsal. Seguí contando mentalmente las batidas de mis piernas en un ejercicio para mantenerme despierto y concentrado. Yo sabía que estaba avanzando, y sabía que la dirección era la correcta. Lo que no sabía, ni quería pensar en ello, era si me quedaban suficientes fuerzas para lograrlo.

CAPÍTULO 55

Ni Geller ni Biton lo habían logrado, ninguno había conseguido subir a la plataforma. Los buzos ya los habían subido a la barcaza. Pero eso ya no era importante. El teniente Schwartz era un amasijo de nervios. ¿Dónde estaba Ariel Shemesh? Uno de los buzos había localizado la bota que llevaba el microchip. Al chico se le debió haber salido durante la prueba. Y eso no era bueno, nada bueno, porque ya no tenían posibilidad de rastrear con el dispositivo de localización. Schwartz había mandado al helicóptero a la zona, y ahora podía ver cómo el aparato iluminaba la superficie del mar con un potente foco. Pero había pasado demasiado tiempo y Schwartz sabía lo que eso significaba. Pulsó el botón del *walkie-talkie.*

—¿Todavía nada, oficial?

Unos segundos después llegaba la respuesta de su hombre desde la barcaza.

—Nada, tenemos a todos los buzos rastreando la zona donde Shemesh cayó al agua.

Schwartz soltó un juramento. El oficial del helicóptero le había dicho lo mismo. Ni rastro del aspirante. Nada en un radio de doscientos metros. El teniente sabía que acabarían encontrándolo, pero sería un cuerpo sin vida. ¿Qué diablos había ocurrido? ¿Qué le había pasado al chico? ¿Qué había fallado en esa prueba en la que tenían un equipo de asistencia preparado para supervisar a los reclutas? El teniente miró hacia su izquierda. Allí, en la arena, a unos cien metros, estaban aparcados los todoterrenos que los llevarían a la base. Estaba el equipo de sanitarios preparado. Schwartz había dado la orden de que estuvieran listos. Tenía la confianza de que encontrarían al chico todavía vivo, y necesitaba que los sanitarios estuvieran preparados para reanimarle. Pero de eso hacía ya más de

veinte minutos, y su esperanza se había ido diluyendo según pasaba el tiempo. ¿Qué le dirían a la familia? Apretó los dientes y negó con la cabeza. Él era el supervisor responsable del proceso de reclutamiento en la unidad. Él sería quien daría la cara en ese momento. El coronel estaba a su lado, con gesto serio, sin decir nada. Observaba con sus prismáticos.

—Meta a Geller en la unidad, teniente. Aunque no haya terminado la prueba, sus informes de evaluación son…

—Coronel —le cortó Schwartz sin importarle ya protocolos ni jerarquías—, tengo a todo un equipo de rescate buscando a Shemesh, buscando el cuerpo de un chico que no podrá volver a su casa como lo podrán hacer otros. —Sus siguientes palabras salieron de su boca con una furia incontenible—. ¿Y usted está preocupado por convencerme de que meta a uno de sus elegidos en la unidad? ¿Es consciente de la gravedad de la situación?

—¡Teniente, usted debería saber mejor que nadie lo que significa estar aquí! ¡Esto no es un programa para contratar financieros, jardineros o abogados! —Le señaló con el índice, amenazante—. ¡Usted conoce la vida militar, usted sabe que estas cosas pueden ocurrir, tanto en las pruebas de reclutamiento como en el campo de batalla!

El teniente Schwartz se giró hacia el coronel Greenberg, enfrentándole.

—¡No frivolice, coronel! ¡Yo soy el supervisor responsable de esta unidad, yo soy quien tendrá que hablar con esa madre!

De repente, gritos a su izquierda. Schwartz se giró y comprobó que varios sanitarios corrían hacia la orilla, hacia el lugar, a unos cincuenta metros de su posición, donde las olas daban su último empujón para llegar hasta la arena. Vio la silueta del chico, de rodillas, tambaleándose, como en un estado de trance o de semiinconsciencia. No, no podía ser. Sus ojos no daban crédito. Desvió la mirada un par de segundos hacia el lugar donde la barcaza y el helicóptero seguían con las labores de búsqueda. Medio kilómetro. Negó con la cabeza en un acto inconsciente. No, no podía ser. No se lo pensó dos veces y corrió hacia la orilla, hacia el chico. Llegó unos segundos antes que los sanitarios y, según se acercaba,

no se le pasó un detalle que su cerebro inicialmente no supo interpretar. Shemesh seguía esposado de pies y manos, lo cual era chocante, pero lo que horrorizó al teniente es que tenía las manos esposadas a la espalda. Schwartz entró en el agua y se arrodilló junto al chico. Su palidez era preocupante; temblaba, con restos de vómito en los labios morados y la mirada perdida. El teniente se fijó en sus pies: no llevaba las botas. Supuso que se las había quitado para nadar con más facilidad, evitando que fueran un estorbo. Pero ¿y las manos a la espalda? ¿Cómo demonios el oficial del helicóptero había podido…? Y fue en ese momento cuando lo entendió. Fue en ese momento cuando en su cerebro resonaron las palabras que el coronel Greenberg, entre amenazas, le había soltado en el despacho: «Si usted, teniente, no hace algo para que ese informe quede conforme a lo que hemos hablado, seré yo quien lo haga».

Schwartz sujetó a Shemesh para que no se desplomara en la orilla.

—¿Qué ha pasado, chico, qué ha pasado?

Tiritando, y con todo su cuerpo sacudiéndose entre temblores, el joven recluta se giró para mirarle a los ojos con una mirada vidriosa, llena de fatiga y extenuación. Pero al teniente le pareció advertir algo especial, diferente, en esa mirada: un brillo que delataba una furia y una determinación que habían hecho que Shemesh lograra esa hazaña, llegar en esas condiciones desde el punto de inmersión hasta la orilla.

—Órdenes… de… arriba, mi teniente —comenzó a decir el chico con voz débil y temblorosa—. Al parecer… al coronel… le gusta… por detrás.

Y se desplomó en los brazos de Schwartz. Los sanitarios se encargaron de sacarlo a la orilla, quitarle las esposas y asistirle con los primeros auxilios. El teniente se quedó allí, en pie, mirando cómo atendían al chico, todavía incrédulo por tenerle allí, con vida. Su mirada se desvió hacia el coronel Greenberg, quien, en la lejanía, parecía mirarle con una postura prepotente y un gesto desafiante. «No, coronel. Esto no quedará así. Como me llamo Daniel Schwartz, que esto no quedará así».

CAPÍTULO 56

Tres meses después, Beirut.

Miré por la ventana. Goldstein, el activo al mando en la operación especial, estaba dando las últimas instrucciones. Estábamos en un piso franco, en un barrio en las afueras de la ruidosa y caótica Beirut. Todavía me costaba asimilar mi presencia allí. No era desde luego el procedimiento habitual y, seguramente, nunca antes un novato había participado en una operación especial antes de un año de servicio en la unidad. Los otros seis miembros del equipo ya habían participado en unas cuantas operaciones como aquella, eran veteranos, curtidos en situaciones de ese tipo. Tenía claro que los informes de Schwartz en Tel Aviv eran los responsables de mi presencia allí. Y supuse que también del traslado del coronel Greenberg a otra base, otro despacho y otros menesteres. Una jubilación entre papeles, con más tinta y menos órdenes de campo. Imaginé que aquello le habría sentado como una patada al orgullo: relegado por sus superiores al último rincón de una oficina de segunda. Pero ese cabrón se lo merecía, eso y mucho más. Se merecía que lo hubieran metido en una maldita piscina esposado de pies y manos. Con las manos por detrás de la espalda, por supuesto. La semana que estuve convaleciente en el hospital de la base tuve ese pensamiento recurrente, una y otra vez. El coronel en la piscina. Un minuto, yo me habría conformado con un maldito minuto. Hoy habría un coronel menos en Israel y un bastardo menos en el planeta. Fue el teniente Schwartz quien me comunicó mi presencia en la operación de Beirut dos semanas después de salir del hospital. Me trasladarían a Tel Aviv para reunirme con el equipo, recibir las primeras instrucciones bajo las órdenes de Goldstein, y comenzar

con los preparativos de la operación. El servicio de inteligencia había conseguido información relevante para los intereses de Israel. En Beirut se iba a producir un encuentro entre un informante iraní y uno de los líderes de Hezbolá en Líbano. Nuestro gobierno quería esa información, seguramente información sensible y amenazante para los intereses de mi país, por lo que, en cuanto supieron de esa reunión, dieron luz verde a la operación. Siete activos de la unidad viajaríamos a Beirut, entrando al país en fechas diferentes, desde países de origen diferentes y con identidades falsas. En mi caso lo hice desde Berlín, con la identidad de un civil alemán, profesor de árabe, y fui el cuarto miembro de la unidad en llegar al piso franco, tres días antes del día de la operación. Habíamos repasado los detalles en Israel una y otra vez, reproduciendo los movimientos en las calles de Tel Aviv. Estudiamos los diferentes escenarios que podían darse en Beirut, y ejecutamos las diferentes posibilidades a la hora de capturar al informante y salir de la ciudad. Porque esa era la idea, interceptar al objetivo y trasladarlo a otra urbe de Líbano, a otro piso franco donde otro operativo se encargaría del interrogatorio del sujeto. La ciudad elegida era Nabatiyeh, y el operativo, compuesto por tres activos, ya estaba allí, esperando la entrega de su «paquete».

El claxon de un destartalado camión en la calle, a punto de chocar con una vieja furgoneta que había efectuado un cambio de carril en el último momento, me sacó de mis pensamientos. El tráfico de Beirut era un caos, incluso en ese barrio de las afueras de la ciudad. Goldstein seguía hablando, señalando el plano que había colocado en una pizarra sobre un caballete. Solo estaba representada la zona de la urbe que nos interesaba, la zona caliente, el escenario de la acción. Había dibujado un círculo negro englobando las calles donde se ejecutaría la parte más delicada de la operación: el secuestro del informante iraní.

Precisamente ahí, en el lugar de interceptación del objetivo, había dibujado una cruz roja, y siete chinchetas verdes marcaban la situación de cada uno de nosotros durante la operación. Goldstein tocó dos de las chinchetas, que estaban juntas, a seis calles de la cruz marcada en rojo, hacia el norte.

—Raz y Feldman, en el coche donde haremos el cambio. Introduciremos al objetivo, ya encapuchado y atado de pies y manos, en el maletero.

Los vi asentir concentrados, mirando el mapa, y Goldstein volvió a repasar con el rotulador verde, y por enésima vez, la ruta que seguiría ese vehículo, ya con el «paquete», hasta el piso franco donde solo iba a quedar Sofer, el encargado del equipo de radio y comunicaciones. Teníamos una hora para reunirnos nuevamente en el piso y salir de Beirut. Raz y Feldman continuarían con el vehículo de la operación, con el informante en el maletero, y el resto nos trasladaríamos a otro vehículo que teníamos preparado. La furgoneta utilizada por Bachar, Gross y Goldstein sería introducida en un viejo garaje, manejado por un contacto de la agencia, lista para ser pintada y retocada. Quedaría marcada temporalmente como «vehículo quemado» para poder ser utilizada más adelante, si se diera el caso, en otra futura operación, con diferente matrícula.

La operación en sí no entrañaba mucha dificultad. Era la típica actuación que puede hacerse de forma rápida y limpia. Yo estaría en la calle del mercado, mimetizado entre la multitud. Esperaría a que el objetivo, cuya foto yo había memorizado tras verla cientos de veces, pasara por la calle y doblara la esquina hacia el callejón donde, según las informaciones de la agencia, recibiría un sobre con documentación. No estaba claro si en ese callejón recibiría el sobre de manos de un contacto en la calle o si entraría en alguno de los tres comercios que allí había para recogerlo. Goldstein, Gross y Bachar, estarían esperando ese momento con la furgoneta aparcada en ese callejón. Una vez que el objetivo tuviera el sobre en sus manos, Goldstein y Gross saldrían de la furgoneta, lo introducirían dentro y se alejarían de allí, con Bachar al volante. Seis calles más al norte esperaban Raz y Feldman, y ahí el «paquete» cambiaría de vehículo para acabar siendo entregado en la ciudad de Nabatiyeh. Una vez todos los activos de la unidad estuviéramos fuera del país, pisando suelo de Israel, la operación se daba por concluida.

Goldstein concluyó con las explicaciones y dejó el rotulador en la mesa. Miró su reloj y nos miró a todos, uno por uno.

—Muy bien, quedan dos horas. Todos a sus puestos.

Vi cómo todos se levantaban de sus sillas e iban a las habitaciones, para vestirse acorde a la situación, para mezclarse con la población de Beirut. Yo me estaba levantando cuando vi que Goldstein me hacía un gesto para que permaneciera sentado. Fruncí el ceño. El resto había abandonado la estancia. Quería quedarse a solas conmigo. Se sentó junto a mí, en la silla que Feldman había dejado vacía.

—Shemesh, todavía no tengo claro qué haces aquí. No me importa quién cojones te ha recomendado o quién tiene interés en que un novato de tres meses forme parte de mi equipo. —Hizo una pausa y señaló hacia las habitaciones—. Llevo años con ellos en decenas de operaciones. Son mis hermanos; nunca fallan. Son putos relojes suizos. Eficientes, profesionales, letales. —Me miró a los ojos. La mirada pesada y dura de un veterano, de las que te hacen apartar la tuya. Yo no la aparté—. Si la cagas, si cometes el más mínimo error, les estarás poniendo en peligro. Nos estarás poniendo en peligro. Y eso no lo permitiré. —Señaló hacia la ventana—. Escucha, Shemesh, ahí afuera hay cientos de pequeñas circunstancias que pueden hacer que las cosas salgan mal. Para eso nos entrenan, para eso estamos preparados. Pero es el tiempo y la experiencia en estas situaciones lo único que puede sacarte del atolladero, de una situación que puede ser fatal para ti y, como consecuencia, para el resto del equipo. —Noté cómo su mirada, centelleante, se clavaba aún más en la mía—. Y tú no tienes ni ese tiempo en la unidad, ni la experiencia necesaria. Atento a estas palabras, chico, porque quiero que se te queden grabadas a fuego: si algo saliera mal, y no estás en este piso en la hora acordada, nadie irá en tu busca. Quedarás solo, con tu identidad, en terreno hostil. No existirás ni para Israel, ni para esta unidad. —Alzó ligeramente el tono de su voz—. Tampoco existirás para mí. Si la cagas, nadie te sacará de la mierda. Si caes en manos del enemigo… bueno, ya sabes.

Él se levantó y salió de la habitación, para prepararse, para reunirse con el resto. Yo me quedé sentado, mirando las marcas en el mapa, mi chincheta verde. Me quedé así un buen rato, pensando en sus palabras.

CAPÍTULO 57

Miré hacia la derecha. El objetivo aún no había llegado. Me rasqué la barba. Nunca había tenido barba durante tanto tiempo, tres meses, pero era un elemento necesario para la operación, para pasar inadvertido en el entorno. El calor era sofocante. Iba ataviado con unos anchos pantalones negros, una holgada camisa blanca y un chaleco oscuro sobre la camisa. El turbante, con el típico patrón de cuadros, estaba bien sujeto con un cordón negro. La amplia y desahogada vestimenta me permitía ir armado sin que bultos extraños pudieran delatar la presencia de la pistola que llevaba en una sobaquera o el puñal en una funda en mi tobillo derecho. También llevaba mi pequeña navaja suiza, la que me regaló mi padre cuando era un chaval, oculta en un bolsillo interior del pantalón. La llevaba más como un amuleto que como un arma de combate. Seguí observando el entorno. La estrecha calle tenía vida, vibraba con el griterío del mercado, con el ir y venir de personas entre puestos de carne, fruta, verduras y todo tipo de productos regionales. El olor a comida y especias era fuerte, una bomba de estímulos para las fosas nasales de quien no está acostumbrado a ese tipo de lugares. De vez en cuando se escuchaba el rugido ronco y enfermizo de algún destartalado vehículo que se hacía paso entre la multitud. Vi una vieja camioneta cargada de cajas parar junto a un desvencijado puesto de verduras. Instantes después, un par de jóvenes descargaron el género mientras el anciano propietario les indicaba dónde podían colocar las cajas. Tras coger el puñado de billetes de manos del viejo, los jóvenes subieron a la camioneta y esta se alejó a trompicones, entre toques de claxon y tosidos de un tubo de escape que soltaba negras bocanadas de humo. De vez en cuando veía pasar a hombres en motocicletas, algunas de ellas cargadas con

enormes bolsas atadas de cualquier manera. Esquivaban a la gente con la pericia de quien lo ha hecho durante muchos años.

Llevaba más de cuarenta minutos en esa calle, fingiendo interés por el género y camuflado en aquel griterío de voces y regateos. Hablaba árabe con fluidez, así que no tendría problemas para interactuar si alguien se dirigía a mí; podría mantener una conversación sin levantar sospechas. Pero prefería evitarlo, necesitaba concentración máxima para identificar al objetivo.

Lo vi aparecer por la derecha, entre unos puestos donde se vendían túnicas, turbantes y cinturones. Reconocí su rostro. Las facciones huesudas, la nariz aguileña, la calva incipiente y una barba rala me confirmaron que él era el hombre, él era Karim Haddad. Alto y enjuto, caminaba con largas zancadas y una postura ligeramente encorvada. Lo vi mirar a los lados, desconfiado, nervioso. Con disimulo, me llevé la mano al oído y susurré:

—Objetivo identificado. Aproximándose al punto de recogida. A treinta metros del cruce con el callejón. Pantalones rojos, camisa verde. Un zurrón marrón colgando de su hombro derecho.

Un instante después escuché la respuesta de Sofer, que se había quedado en el piso franco con el equipo de radio.

—Recibido. Goldstein, confirma situación.

Un par de segundos después pude escuchar la voz de Goldstein a través de mi auricular.

—Recibido. Estamos en posición, esperando el paquete.

De nuevo, la voz de Sofer.

—Ok. Raz, confirma situación.

—Recibido. A seis calles del punto de interceptación. Preparados, esperando intercambio.

En mi mente imaginé, por enésima vez, la secuencia de lo que estaba a punto de ocurrir. El informante doblaría la esquina para entrar en el callejón donde, al final del mismo estaba aparcada la furgoneta en la cual sería introducido. Karim Haddad caminaría por el callejón, entraría en alguno de los comercios y saldría unos instantes después con un sobre o carpeta en sus manos. Goldstein y Gross lo asaltarían, lo reducirían y lo meterían en la furgoneta. Bachar conduciría por el trayecto acordado hasta llegar al punto

donde se produciría el cambio de vehículo. El «paquete» estaría en manos de Raz y Feldman, que saldrían de Beirut rumbo a la ciudad de Nabatiyeh, donde sería entregado. Meses de preparación de una operación que se ejecutaría en cuestión de minutos.

Mis ojos seguían vigilantes mientras el objetivo doblaba la esquina. Me giré a la derecha para observar el mercado; todo parecía normal, nada llamaba mi atención. Volví la vista a la izquierda, hacia la intersección del callejón donde quizás Karim ya estaba recibiendo el sobre. Fue entonces cuando los vi. Entre la multitud, dos hombres hicieron saltar mi radar interno. Uno más joven, alto y delgado. El otro, algo más bajo y corpulento. Algo en su forma de caminar, de observar el entorno, me dijo que algo no iba bien. Esos dos hombres eran profesionales entrenados, como nosotros, y seguían los pasos de Karim. Mis sospechas se confirmaron cuando los vi doblar la esquina y entrar en el callejón. Comencé a caminar en esa dirección mientras llevaba mi mano al oído.

—Aquí Shemesh, dos sospechosos acaban de entrar en el callejón. Uno alto, túnica verde, el otro bajo y corpulento, pantalón negro y camisa roj…

El sonido de unos disparos en el callejón impidió que acabara la frase. Corrí hacia allí mientras buscaba la funda bajo mi camisa. Ya empuñando el arma, doblé la esquina para encontrarme con algo para lo que no sabía si estaba preparado. Gross yacía en el suelo, abatido por dos disparos en el pecho. La ventanilla del copiloto había estallado; los cristales cubrían el asfalto. Eché un vistazo fugaz al interior de la furgoneta. Bachar estaba echado hacia delante, sobre el volante, con un disparo en la cabeza. Al fondo del callejón, los dos hombres que había visto estaban introduciendo a Goldstein en un todoterreno negro, con los cristales tintados, que acababa de aparecer. Corrí en aquella dirección, pegado a la pared derecha, empuñando el arma, tratando de apuntar a la ventanilla del conductor. Pero era demasiado tarde. Con un chirrido de las ruedas en el asfalto, el todoterreno desapareció de mi vista. Seguí corriendo mientras me llevaba una mano al oído para pulsar el auricular con micrófono incorporado.

—¡Era una emboscada! ¡Gross y Bachar han caído! ¡Se llevan a Goldstein! —dije con la voz alterada por una respiración acelerada—. ¡Todoterreno negro, cristales tintados!

La respuesta de Sofer sonó en mi oído unos segundos después.

—¡Abortar misión! ¡Repito, abortar misión! ¡Todos de vuelta al piso franco!

Yo seguía corriendo, el corazón a punto de salírseme del pecho, la adrenalina atravesando cada célula de mi cuerpo.

—¡No! —respondí—. ¡Intentaré acercarme, trataré de identificar la matrícula! ¡Raz y Feldman podrían interceptarlo!

—¡Negativo, Shemesh! ¡Aborta misión, sigue el protocolo! —La voz de Sofer era firme y autoritaria—. ¡Ahora estoy al mando! ¡Treinta minutos para estar aquí! ¡Cortaré comunicación! ¡Protocolo de evacuación activado!

—¡No! —grité mientras doblaba la esquina para ver el todoterreno alejarse en la distancia. Diez metros más adelante, en esa misma calle, un hombre acababa de aparcar una vieja motocicleta frente a lo que parecía una tetería. Observé a varios hombres sentados en una improvisada terraza, fumando de una cachimba con varias tazas de humeante té sobre una pequeña mesa.

—¡Es una orden, Shemesh! ¡Protocolo de evacuación!

No hice caso. Seguí corriendo y no me lo pensé dos veces. Agarré el manillar de la motocicleta y me monté, arrancándola. Escuché gritos de los libaneses de la terraza a mi espalda y sentí cómo una mano trataba de agarrarme la camisa. Pero yo ya había acelerado y me liberé del agarrón fácilmente. Más gritos e insultos en árabe. Y, de nuevo, la voz de Sofer por el auricular.

—¡Repito, Shemesh, es una orden! ¡Treinta minut…!

Corté la comunicación manteniendo pulsado el botón del minúsculo dispositivo. Sabía el protocolo, sabía que mi obligación era seguir mi ruta acordada para la evacuación, presentarme en el piso franco junto al resto de integrantes del equipo y salir de Beirut cuanto antes. Yo era consciente de estar contradiciendo la orden de un superior, pero pensé en Goldstein, capturado por el enemigo frente a mis ojos. Apreté los dientes y seguí acelerando. Estaba

actuando en contra del protocolo de la operación, pero no actuaría en contra de mis valores. Un miembro del equipo, un compañero cuya vida pendía de un hilo. Yo tenía una cosa clara: trataría de aferrarme a ese hilo.

CAPÍTULO 58

Alcé la vista mientras conducía, esquivando vehículos con más imprudencia que pericia. Vi el todoterreno negro girar a la derecha. Calculé que había media docena de vehículos de por medio.

El rugido de la moto me atravesaba las piernas como un latido descontrolado. Estaba actuando como un animal que se lanza al fuego sin calcular nada. Las calles de Beirut pasaban como un torbellino de luces muertas, basura arremolinada en las esquinas, ventanas cerradas que me miraban como ojos apagados. Mantenía la distancia. Tenía que hacerlo. Si me acercaba demasiado, estaba perdido. Si los perdía de vista, Goldstein también lo estaría.

El todoterreno se fue dirigiendo hacia el sur, hacia los barrios de las afueras, zonas donde la electricidad es un lujo intermitente y las farolas parpadean como si quisieran apagarse para siempre. Un todoterreno con un operativo de varios militares en el interior, con Goldstein en sus manos. Yo, solo, detrás, en una vieja motocicleta, con el estómago hecho un nudo y el turbante vibrando por el viento del atardecer libanés.

Habíamos entrado en Dahiye, un suburbio pobre del sur de la ciudad. Yo había memorizado en mi cabeza el mapa de Beirut, y sabía que en esos momentos estaba en una zona considerada como peligrosa, totalmente desaconsejada para turistas, por la presencia de mafias y grupos terroristas que dominaban ese distrito.

Observé cómo el todoterreno se detenía frente a lo que parecía un bloque de apartamentos abandonado. Ventanas tapiadas, muros rajados y viejas pintadas. Para cualquiera, un edificio muerto. Para mí, una edificación siniestra y viva, un improvisado cuartel militar que Hezbolá había elegido para esa operación. No pude evitar pensar en la emboscada. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo nuestra

sección de inteligencia había tenido ese fallo? La información había sido en realidad un cebo para atraernos, para capturar a alguno de nuestros activos y sacar la información que ellos querían. Contrainteligencia, una batalla que en este caso había caído del lado enemigo. Traté de no pensar en ello, alguien en Tel Aviv tendría que asumir responsabilidades. Mi único objetivo en ese momento era mantenerme con vida en el campo de batalla y tratar de hacer todo lo que estuviera en mi mano por llegar a Goldstein. Cuando me encontraba a unos cincuenta metros del edificio, pude ver cómo tres hombres sacaban a Goldstein del todoterreno y lo metían por la puerta principal. Un hombre allí apostado asintió con la cabeza mientras les dejaba pasar.

No paré junto al edificio, ni siquiera desvié la mirada hacia allí cuando pasé por delante en la motocicleta. En esos momentos debía pasar por un libanés que transitaba por ese barrio rumbo a mi hogar, lo que sería una pequeña y humilde vivienda con mujer e hijos. Seguí conduciendo, ya a una velocidad moderada para no llamar la atención. Apagué el motor cuatro manzanas más adelante, tras un muro derruido junto a un solar vacío. Avancé desde allí, oculto entre las sombras, por una calle paralela a la del edificio donde habían metido a Goldstein. Al doblar la esquina y enfilar el bloque abandonado, mis sospechas se confirmaron: un generador en la parte trasera, un foco que se encendía y apagaba en intervalos exactos y dos figuras, armadas con rifles, recortadas en la azotea. No, aquello no estaba muerto. Efectivamente, era un cuartel. Una guarida disfrazada de ruina. Respiré hondo. El aire olía a óxido, basura y gasóleo. Tragué saliva. Tenía que pensar con frialdad. Calcular. Observar. Esperar. «Tranquilo, Ariel. No corras. No cometas errores».

CAPÍTULO 59

Calculo que estuve una hora reconociendo los exteriores. Sabía lo que Goldstein estaría soportando dentro; no podía verlo, pero lo imaginaba. Mi espera era necesaria: necesitaba evaluar la situación sin que se escapara el más mínimo detalle de lo que estaba a la vista. Ya lidiaría con el interior en su momento. Recordé la frase que Goldstein me soltó, con su voz grave y profunda, durante la preparación de la operación, en una maniobra en las afueras de Tel Aviv, cuando yo apenas aguantaba las jornadas interminables: «Un novato dispara antes de la cuenta cuando está nervioso. Un profesional espera hasta que el enemigo respira hondo y parpadea».

Cada músculo de mi cuerpo me pedía moverme. Correr. Empuñar la pistola, acercarme a la puerta y meterme allí, sacándolo a tiros. Pero eso era un suicidio. Tenía que esperar el momento preciso, la respiración profunda del enemigo. El parpadeo.

Apreté los dientes. Si Goldstein todavía estaba vivo, aguantaría. Y si estaba muerto… entonces yo no saldría de allí sin convertirme en un fantasma para ellos. Yo estaba seguro de que un veterano con la resistencia de Goldstein no se quebraría tan fácil, que aguantaría más de una hora de un interrogatorio acompañado de una tortura brutal.

Me obligué a quedarme quieto. La parte más difícil de todo aquello no era infiltrarse. Era esperar. El guardia de la puerta principal fumaba con la calma de quien cree que nadie lo está mirando. Otro hacía rondas perezosas por el perímetro, con una pistola en la mano. Arriba, en la azotea, los dos francotiradores repetían un patrón mecánico: cinco pasos a la izquierda, pausa, cinco pasos a la derecha. Como un metrónomo de muerte.

Desvié la mirada hacia el oeste. El sol ya se había puesto, hacía tiempo que el resplandor anaranjado había dado paso a unos tonos violáceos que auguraban la oscuridad total en los próximos minutos. Oscuridad, el manto con el que me cubriría para avanzar sin ser visto y entrar en la guarida del enemigo. Me tumbé contra la pared fría del callejón, sentí el corazón golpearme el pecho y me obligué a contar. Un número en cada respiración. Los segundos pesaban como plomo en los pulmones.

Goldstein estaba ahí dentro. Y yo iba a sacarlo. Costara lo que costara.

CAPÍTULO 60

El frío del muro se me clavaba en la espalda mientras seguía con mi mirada el vaivén del guardia. Uno, dos, tres pasos. Pausa. Inspiración lenta. Soltaba humo. Uno, dos, tres pasos de vuelta. Pausa. Otra calada al cigarrillo.

Se le notaba relajado, repitiendo un patrón automático fruto del aburrimiento y de la sensación de seguridad. Esa era la grieta en su muro, esa era mi oportunidad.

Me deslicé a la derecha, pegado a las sombras como si pudiera fundirme con ellas. Cada piedra bajo mis botas parecía gritar. El centinela giró la cabeza en dirección contraria y avancé: una, dos zancadas. El corazón se me subió a la garganta cuando levantó el cigarro para aspirar. Me quedé inmóvil, a dos metros de su espalda.

Entonces lo hice: un movimiento rápido, seco, entrenado mil veces. Mi brazo alrededor de su cuello, la otra mano tapando su boca. Forcejeó un segundo. Solo uno. El crujido fue breve y definitivo. Su cuerpo quedó inerte entre mis brazos. Lo arrastré hasta la penumbra, lo dejé recostado tras un contenedor oxidado. Silencio absoluto.

Mi mente gritaba por estar dentro. Tenía que entrar, pero el portón principal estaba descartado. A través del umbral intuí la luz de algún grupo halógeno. Sombras moviéndose y voces en árabe. Un par de guardias dialogando. Me giré y, sin separarme de la pared, rodeé el edificio hasta la parte trasera. Saqué, con lentitud y sigilo, mi cabeza por la esquina para escudriñar esa parte del edificio. Una especie de patio, rodeado por muros altos. Allí, en la fachada norte, encontré lo que buscaba: una puerta metálica, en ese momento sin vigilancia, probablemente un acceso de servicio. Me disponía a salir hacia la puerta cuando el crujir de unas botas en el pedregoso suelo

me hizo echarme hacia atrás y pegarme de nuevo a la pared. Volví a mirar desde la esquina y vi al guardia que hacía las monótonas y aburridas rondas por el perímetro del edificio, el que empuñaba una pistola. Caminaba con parsimonia hacia la esquina en la que me encontraba. Mi corazón se comenzó a acelerar. Realicé una inspiración profunda mientras me agachaba y sacaba el puñal de combate de la funda de mi tobillo derecho. Aún no quería usar la pistola, eso suponía alertar a los francotiradores de la azotea y a los guardias del interior. Sería un suicidio. Me quité el sudor de la frente con la manga de la camisa y empuñé el cuchillo de combate con fuerza. Tenía que hacerlo rápido, en cuanto él doblase la esquina. Pero no lo hizo, no continuó hasta donde yo me encontraba. Llegó a la puerta metálica, estuvo varios segundos ahí parado y comenzó a caminar de vuelta, por donde había venido. Yo no podía desaprovechar esa oportunidad. Salí de la esquina con un sigilo entrenado, como el felino que acecha a su presa, convirtiéndome durante unos segundos en su propia sombra. No escuchó nada, no se giró. Le rebané el cuello desde atrás, cortando su garganta de lado a lado. Un tajo profundo que seccionó arterias, ligamentos y tendones. Él soltó un gemido ahogado antes de desplomarse como la marioneta a la que, de repente, le cortan las cuerdas. Sujeté su cuerpo y lo dejé tumbado, en las sombras, bien pegado a la pared. Los guardias apostados en la azotea no podrían verlo. Cogí su pistola del suelo. Era una semiautomática, una Browning 9mm Parabellum. Comprobé el cargador. Todo correcto. La metí en la parte baja de mi espalda, sujeta por la cintura del pantalón. Retrocedí unos pasos para ponerme frente a la puerta metálica. Cerradura sencilla. Sonreí para mis adentros. Uno nunca sabe cuándo su amuleto funciona yendo mucho más allá de la simple suerte. La ganzúa de navaja suiza hizo el trabajo en segundos. En mi cabeza, el clic sonó como un disparo, pero nadie vino. Inspiré profundamente, solté el aire y, ya empuñando mi pistola, me escurrí adentro.

CAPÍTULO 61

El olor me golpeó primero: humedad, cables quemados, polvo. Me encontré con un pasillo angosto iluminado por bombillas desnudas que zumbaban como insectos moribundos. Avancé despacio, arma en mano y la espalda rozando la pared.

Oí voces. Hombres conversando en árabe, a unos metros. Rieron. El eco me guiaba hacia ellos. Crucé un umbral y los vi: uno jugueteando con la cincha de un AK-47 que colgaba de su hombro. El otro apoyado contra la pared, su pistola en la funda. Evalué la situación en segundos. Me pasé la pistola a mi mano izquierda y empuñé el cuchillo de combate con la diestra. Trataría de eliminarlos sin disparos. En aquel momento, el arma más letal era el factor sorpresa. Me lancé sobre el primero, clavándole el puñal en el cuello antes de que pudiera reaccionar. Me giré con rapidez hacia el segundo, que trataba de sacar la pistola de la funda. No le di tiempo. Me abalancé y le hundí el puñal en el pecho. Soltó un gemido ahogado mientras yo seguía empujándole contra la pared, como si quisiera atravesarlo con el cuchillo hasta que la punta de acero tocase el ladrillo del muro. Tenía los ojos muy abiertos, mirándome con sorpresa mientras un hilillo de sangre le salía por la comisura de los labios. Cuando al fin saqué el puñal, él se deslizó por la pared hasta desplomarse. Me giré y comprobé que el primero aún respiraba y agitaba las piernas sobre un charco de sangre. Me agaché a su lado y acabé el trabajo. No quería sorpresas a mi espalda ni moribundos que pudieran alertar al resto.

Arrastré los cadáveres a un rincón y seguí avanzando. Cada paso era un latido; cada esquina, un posible final.

A lo lejos, un sonido atravesó el silencio: un grito apagado. Ahogué el instinto de correr hacia él. Podía ser una trampa. Podía

ser Goldstein. O ambas cosas.

Me detuve junto a una puerta entreabierta. Miré dentro. Una sala con mapas en la pared, una mesa llena de documentos. Un rifle apoyado contra una silla vacía.

Otro grito, esta vez más fuerte. Sí. Era él. Reconocería esa voz rota en cualquier lugar del mundo. El estómago se me encogió. No había tiempo que perder.

Llegué al final del pasillo. Una puerta metálica, cerrada por dentro. La luz que se filtraba parpadeando por la rendija inferior era demasiado blanca, demasiado artificial. El zumbido eléctrico y un chisporroteo acompañado de otro grito lo confirmó: estaban usando los cables.

Respiré hondo. Puse la mano izquierda en el pomo mientras con la derecha empuñaba la pistola. Conté hasta tres y empujé la puerta de las entrañas de aquella guarida. La entrada al infierno.

CAPÍTULO 62

La puerta se abrió con un chirrido metálico y el mundo se comprimió en un instante. Tres hombres. Uno con un cigarro en la boca, sorprendido a medio gesto. Otro sosteniendo unos cables eléctricos que aún chisporroteaban. Un tercero, más joven, con una pistola apuntando perezosamente al suelo. Y en medio de todo, Goldstein. Atado a una silla, con el torso desnudo y la piel marcada por golpes y quemaduras. La cabeza caída, pero pude ver cómo su pecho subía y bajaba. Respiraba. Estaba vivo.

No me vieron llegar, no del todo. El primero en reaccionar fue el del cigarro. Levantó la mano, pero yo ya había apretado el gatillo. Un fogonazo retumbó en la sala y el humo del tabaco se mezcló con el de la pólvora. Cayó hacia atrás, desvanecido.

El de los cables soltó un alarido y corrió hacia mí; disparé dos veces sin pensar. Su cuerpo se dobló y golpeó el suelo con un ruido húmedo sobre el charco de una gotera tan vieja como el edificio.

El joven, el de la pistola, temblaba. Sus ojos buscaban el valor que no tenía. El valor, la determinación y la eficacia que yo sí tenía. Un certero disparo en su frente acabó aquel duelo que ya estaba decantado a mi favor cuando nuestras miradas se cruzaron.

Mi respiración era como un martillo. El eco del combate aún flotaba en la sala, pero ya no había nadie más. Solo Goldstein. Antes de ir hacia él, retrocedí hasta la puerta. Busqué por el suelo y cogí un cascote de cemento, caído de una de las deterioradas paredes. Lo introduje bajo la puerta, a presión, para que hiciera de freno en caso de que algún otro quisiera entrar, para ganar unos preciosos segundos ante esa posible irrupción. Satisfecho, me giré y corrí hacia Goldstein.

CAPÍTULO 63

—¡Goldstein! —dije, casi gritando, mientras le zarandeaba.

Levantó la cabeza con esfuerzo. Un ojo hinchado, sangre en la boca, la nariz partida. Vi cómo trataba de enfocar la vista, confuso al escuchar su nombre, desubicado al oír una voz conocida.

Corté las ataduras con el cuchillo; tenía la piel abierta, marcada por los cordones. Al soltarlo, se fue hacia delante y tuve que sujetarlo para que no cayera de la silla.

—Tranquilo, ya estás conmigo —le dije, aunque ni yo lo creía; afuera podía esperarnos un ejército.

Miré hacia la puerta. No escuché voces, tampoco pasos. Observé a los libaneses abatidos. Todos vestían pantalones y chaquetas verdes. Uno de ellos, el del cigarro, también llevaba una gorra. Era corpulento, como Goldstein. Asentí y me agaché junto a él. Le quité la chaqueta y la gorra y, con esfuerzo, se las puse a Goldstein mientras desviaba mi mirada hacia la puerta una y otra vez. Él se dejó hacer, entre quejidos y gruñidos. Lo dejé en la silla, todavía sentado, y le quité la chaqueta al joven que acababa de disparar en la frente. Me deshice de mi chaleco y me la puse por encima de la camisa. Volví a la silla. Goldstein parecía que iba recuperándose poco a poco.

—Shemesh, ¿eres tú? —dijo con la voz rota, todavía débil.

—El mismo. No tenemos tiempo, debemos salir ya.

No respondió. Supuse que todavía estaba procesando la información. Cuando le ayudé a incorporarse, gruñó de dolor, pero se puso en pie. Se tambaleó y, por un instante, pensé que caería al suelo junto a los libaneses, pero logró mantenerse. Suspiré. Me llevé la mano a la parte trasera de mi pantalón y le tendí el arma que

había cogido de uno de los guardias. La observó, ya con la mirada más enfocada, y la cogió, todavía con la mano temblorosa.

—¿El resto? —preguntó, seco, seguramente sabiendo la respuesta.

—Protocolo de evacuación —respondí—. Ya estarán fuera de Beirut.

Le vi cómo me observaba con una mirada que poco a poco iba recobrando su vida.

—Y tú, ¿qué cojones haces aquí?

Me quedé mirándolo, sin responder, pero tampoco tuvimos tiempo para más conversación. Desvié la mirada hacia la puerta. El eco de mis disparos había corrido como pólvora por los pasillos. Se escucharon gritos en árabe, órdenes. El golpeteo apresurado de botas en el suelo.

Me giré hacia Goldstein.

—Vamos.

Le sujeté del brazo y le arrastré hacia la puerta. Él cojeaba, pero no era un peso muerto: avanzaba con los dientes apretados, cada paso una declaración de guerra.

Quité el cascote de cemento, abrí la puerta y nos lanzamos al pasillo.

CAPÍTULO 64

Yo abría paso y Goldstein seguía mis pasos. A la izquierda, tres hombres corrían hacia nosotros. El primero intentó levantar el fusil, pero disparé antes de que lo lograra. Los otros dos retrocedieron buscando cobertura. Doblé una esquina y avancé por un pasillo a la derecha, casi a oscuras, guiado por la luz de alguna farola que se filtraba entre las desvencijadas ventanas.

Nos movimos rápido, sabiendo que cada segundo jugaba en nuestra contra. Yo escuchaba el caminar cojo de Goldstein a mis espaldas, jadeos en su respiración y algún gruñido de dolor por el esfuerzo. Me llegaban sonidos de las radios enemigas crepitando, de puertas que golpeaban en la distancia. El edificio entero se estaba despertando para devorarnos.

—Por aquí —susurré, guiándolo hacia el corredor por donde había entrado. Cada sombra era una trampa. Cada esquina, un posible verdugo.

El sudor me bajaba por la frente, me escocía en los ojos. El corazón me martilleaba como si quisiera romperme el pecho. Pero Goldstein estaba conmigo. Estaba vivo. Y no pensaba dejarlo atrás.

El corredor se estrechaba delante como la garganta de un monstruo. Los gritos en árabe y el eco de las botas enemigas golpeaban las paredes.

—Aguanta, Goldstein —murmuré. Él respiraba con dificultad, pero no soltaba la pistola. Ni una queja; ni un gesto de debilidad.

Un guardia apareció al fondo; su fusil brilló bajo la bombilla desnuda e, instintivamente, disparé. La bala le atravesó el hombro lanzándolo contra la pared. El estruendo atrajo a más. Podía sentirlo: nos rodeaban.

CAPÍTULO 65

Giramos por una esquina y casi tropezamos con un grupo de tres hombres. El primero apenas tuvo tiempo de levantar el AK-47 antes de que yo lo derribara con un disparo al pecho. Los otros dos se cubrieron tras el marco de una puerta y comenzaron a disparar. El pasillo se iluminó con destellos naranjas, el cemento saltaba a nuestro alrededor.

Me tiré al suelo, disparando hacia sus sombras. Goldstein, jadeante, se apoyó contra la pared y disparó con precisión quirúrgica. Uno cayó. El otro retrocedió malherido, arrastrándose.

—Todavía tengo puntería —gruñó, con media sonrisa ensangrentada.

Le ayudé a incorporarse. La adrenalina nos empujaba hacia delante. Una pared desconchada y desnuda a mi derecha, mostrando unos ladrillos agujereados, me indicó que ese era el pasillo por donde yo había entrado. Avancé hasta la puerta metálica que había forzado. La empujé con el hombro y se abrió con un chirrido que me heló la sangre. El aire fresco de la noche me golpeó el rostro: estábamos en el patio trasero, rodeado por muros que en ese momento resultaban aún más amenazantes.

Pero no estábamos solos. Dos hombres doblaban la esquina del edificio, a nuestra derecha. Nos vieron y gritaron una orden. Dudaron y entendí el porqué. Nuestras chaquetas verdes, como las suyas. La gorra de Goldstein. Y la duda acabó con ellos. Disparé sin tiempo para pensar. El primero cayó de inmediato, la bala le atravesó la garganta. El segundo intentó encarar el fusil, pero Goldstein, pese a su cojera, lo abatió con un tiro limpio en la frente.

Con nuestras espaldas pegadas a la pared, miré a Goldstein haciendo un gesto con mi mano hacia arriba, hacia la azotea.

—Había dos, armados con rifles, cuando entré —le susurré.

Asintió. Señaló hacia la izquierda, hacia la verja del muro.

—Corre, Shemesh, yo te cubro. Iré después.

Miré hacia allí y volví a poner mis ojos en los suyos. Negué con la cabeza. Con esa maniobra, el segundo lo tendría más complicado, perdería el factor sorpresa de los primeros metros.

—No, lo haremos al revés. Yo te haré la cobertura —le dije, y no le di tiempo a responder—. ¡Ya, rápido!

Goldstein comenzó a correr hacia la verja, apretando los dientes, cojeando. Yo me separé de la fachada varios metros y miré hacia arriba, apuntando con la pistola. Escuché un grito en árabe y vi una silueta recortada en el cielo, apuntando con el rifle hacia Goldstein. Disparé. Fallé, la bala pegó en la cornisa, haciendo saltar pedazos de hormigón, pero obligó al guardia a echarse hacia atrás para ponerse a cubierto. Aproveché ese momento para esprintar hacia la verja. Goldstein ya la estaba trepando, pasando sus piernas por encima. Yo no corrí en línea recta, lo hice haciendo eses para dificultar la puntería de lo de la azotea. Tres disparos levantaron polvo a mi lado, dos a mi derecha, uno a la izquierda, pero seguí corriendo, sin detenerme, sin mirar atrás. Goldstein, ya en el otro lado de la verja, comenzó a disparar para darme cobertura. Funcionó, los disparos del enemigo cesaron. Trepé la verja metálica como pude, con cada músculo de mi cuerpo ardiendo. Salté al otro lado desde lo más alto y juntos, corrimos hacia el callejón más cercano. Detrás de nosotros, más gritos. Un chirrido metálico. Y varias sombras, ya asomándose por la entreabierta verja del patio.

CAPÍTULO 66

Corrimos entre callejones oscuros. Intenté guiarme hacia donde había aparcado la moto, a cuatro manzanas del edificio, tras el muro derruido junto al solar sin edificar. Los disparos silbaban detrás, rebotando en el hormigón. Las balas arrancaban trozos de pared a centímetros de nuestras cabezas.

La moto seguía donde la había dejado, apoyada contra el muro. La bendita moto robada que ahora era nuestra única salida.

—Súbete —le grité a Goldstein.

No discutió. Se montó detrás de mí, abrazándome con las pocas fuerzas que le quedaban. Sentí su sangre caliente empapándome la espalda.

Giré la llave. El motor rugió. Aceleré sin mirar atrás.

Los faros enemigos se encendieron al instante. El rugido de un motor detrás de nosotros. El todoterreno negro.

Apreté los dientes y forcé la moto al límite. Las ruedas chirriaban sobre el asfalto. Atravesamos callejones estrechos, saltamos un bordillo, casi perdimos el equilibrio. Goldstein disparaba hacia atrás cada vez que el todoterreno se acercaba demasiado. Las balas enemigas golpeaban el suelo a nuestro alrededor.

—¡Más rápido, Shemesh! —gritó él.

Como si pudiera. Como si mi corazón no fuera ya un tambor desbocado.

Un camión cruzó la intersección frente a nosotros. Frené en seco; la moto derrapó y nos escurrimos por un hueco imposible. Saltaron chispas al rozar el chasis contra el metal. El todoterreno no tuvo tanta suerte y embistió al camión en una explosión de cristales y gritos. No miré atrás; aceleré a fondo.

Varios kilómetros después, las luces y el ruido de la persecución quedaron atrás. En mi mundo solo quedaba la moto, el rugido del motor y la respiración entrecortada de Goldstein en mi oído.

Frené en un descampado, a las afueras. Apagué el motor. El silencio me envolvió como una manta helada.

Me giré hacia él. Estaba agotado, cubierto de sangre, pero vivo. Sonrió débilmente.

—Maldito loco hijo de perra —dijo—. Has vuelto a por mí, joder. Te has saltado todo el puto protocolo, Shemesh. —Tosió y lanzó un salivazo sanguinolento al pedregoso suelo antes de volver a posar sus ojos en los míos—. Gente como tú, chico. Compañeros como tú es lo que quiero tener a mi lado. En cada puta misión.

Yo asentí, devolviendo una sonrisa, incapaz de responder. Mi cuerpo aún temblaba. Mis manos, empapadas de sudor y pólvora, parecían no pertenecerme. Mientras localizaba con la mirada un coche que forzaría y puentearía para sacarnos de Beirut, no pude evitar pensar en lo que me esperaba en Tel Aviv. Había violado un protocolo, había incumplido órdenes de un superior. Me enfrentaría a una sanción, pero yo sabía que no sería una sanción de campo, no sería una inhabilitación. Sería una administrativa, burocrática, de las que se guardan en el fondo de un cajón. La misión había fallado por un error en nuestra sección de inteligencia. Gross y Bachar, muertos. Goldstein, capturado. Pero el contragolpe del enemigo también había fallado. Nadie había hablado y, gracias a mi insubordinación y a mi locura, ya no tenían rehenes que torturar o con los que negociar. Pasaría el mal trago del despacho en Tel Aviv, pero lo había conseguido. Y también sabía que mi nombre comenzaría a sonar con fuerza en las altas esferas de la agencia.

Soy un kidon. He matado a gente. Probablemente a demasiada. He querido creer que todo aquel que estuvo en mi punto de mira lo merecía.

Dudo que exista, ahí arriba, un ser de luz observando nuestros actos para juzgarlos. Si lo hubiera, mi trabajo no tendría sentido: él no permitiría tanta maldad.

A veces me pregunto si no seré yo mismo quien forma parte de esa maldad. Una marioneta movida por hilos invisibles, manejados desde despachos situados en oficinas y palacios con escudo y bandera en sus fachadas. La punta de una lanza empuñada por hombres de traje y corbata, débiles en un campo de batalla, pero poderosos en sillones de cuero y mesas de caoba. Hombres llenos de poder y vacíos de escrúpulos que justifican actos atroces a base discursos adornados con palabras medidas y estudiadas. Lo que a un lado de una frontera suena a patria, orgullo y justicia, al otro lado solo significa sangre, desesperación y muerte.

Siempre me he limitado a hacer mi trabajo tratando de apartar esos demonios de mi cabeza. Pero nunca se van. Los puedes aplacar, pero no expulsarlos.

Mi país se coordinó con otras naciones para crear un proyecto tan ilegal como inevitable. Los agentes

más letales de cada país fuimos reunidos para crear un equipo de limpieza de la escoria más peligrosa del planeta: dictadores, terroristas, mafiosos, narcotraficantes y todo aquel cuya presencia fuera sinónimo de peligro internacional.

En el Proyecto Clean Team trabajé durante años. Éramos sombras invisibles, letales y eficientes. Hasta que llegó la operación en Rusia. Ahí explotó todo…

PARTE VI

Ariel Shemesh (34 años)

«EL ADIÓS»

CAPÍTULO 67

Lovózero, Rusia. Año 2024.

Acabé de subir el último tramo de escaleras. Me detuve antes de doblar la esquina del pasillo que llevaba a la puerta del despacho del objetivo. Me llevé la mano a mi oreja izquierda.

—Israel en posición. Francia, ¿está el circuito controlado? —susurré.

Unos segundos después escuché la voz de Bastian.

—Circuito de cámaras en nuestro control. Todo en orden. Ahora mismo están ciegos.

Según el plan, yo tenía siete minutos para hacerlo. Durante esos siete minutos, en el puesto de control de cámaras verían la misma imagen, sin cortes, sin interrupciones. Todo en orden. Inspiré, dibujé mi ensayada sonrisa de camarero eficaz y servicial antes de doblar la esquina hacia la izquierda. Tenía el plano de la mansión en mi cabeza, hasta el último rincón. Habíamos preparado la operación durante meses. El despacho estaba en la planta superior, en el ala oeste. Y un hombre de seguridad, claramente un exmilitar, custodiaba la puerta. Lo vi mirar en mi dirección. Mantuve la sonrisa. Camarero eficaz y servicial. Frunció el ceño. Mi paso era ligero y decidido, como el de quien hace su trabajo de un modo profesional, acatando órdenes. Procuré que no se me cayera la bandeja que llevaba en una mano. El hombre, calvo, corpulento y con una nariz que delataba haber sido fracturada en más de una ocasión, hizo un gesto con su mano. Me detuve a dos metros. Sin perder la sonrisa, claro. Señaló con su barbilla hacia la bandeja.

—¿Qué es eso? —preguntó en un ruso de acento cerrado que reconozco me costó un poco entender.

—¿Esto? —respondí en mi más que aceptable ruso desviando la mirada hacia el cloche metálico que se apoyaba sobre la bandeja, cubriendo el plato—. *Kartoshka.* Buena elección como dulces para cuando se retire a descansar. Mi abuela los llama «dulces sueños».

—¿Quién lo ha pedido?

—Tu jefe —respondí con el tono molesto de a quien no le dejan hacer su trabajo.

—Tengo que confirmar —dijo, y se llevó la mano a la radio que llevaba sujeta en el cinturón.

—Oh, ¿confirmar? ¿Te refieres a los pasteles? ¿Por si acaso no llevan suficiente cacao?

Le vi coger la radio mientras me miraba confundido.

—Mira —dije levantando la tapa—. Compruébalo tú mismo.

En la bandeja no había pastelitos. Había un cartoncito donde yo había escrito «*bang*, *bang*». Tardé menos en sacar la pistola con silenciador y meterle dos tiros en la frente que lo que él tardó en leerlo.

—Perro uno eliminado —dije para que el equipo tomara nota de la situación.

—Perfecto, Israel. Acopla el dispositivo a la cerradura —contestó Bastian.

Saqué de un bolsillo un pequeño aparato electrónico, no más grande que una caja de cerillas. Lo puse contra el panel metálico de la cerradura. Pulsé el botón del aparato y se encendió la luz roja. Cinco segundos después, la luz cambió a verde, coincidiendo con un *clac* de apertura de la cerradura. Empujé la puerta con suavidad y asomé la cabeza. La estancia estaba vacía y a oscuras. Todo en orden. Entré, cerré la puerta y me llevé la mano al dispositivo intraauricular con micro incorporado.

—Estoy dentro.

—Bien, tenemos algo menos de cinco minutos. Ve a la mesa de despacho —continuó Bastian—. El portátil.

Encendí la pequeña linterna y avancé hasta la mesa. Me senté en el sillón y abrí el portátil. Pulsé el botón de encendido. Tal y como esperaba, la pantalla exigía una contraseña para entrar al sistema. Busqué nuevamente en el bolsillo y esta vez saqué una especie de

pendrive que conecté a un puerto del ordenador. Aquel cacharro dio fácilmente con la contraseña y pronto comenzaron a aparecer secuencias de códigos a toda velocidad, llenando la totalidad de la pantalla. Ese proceso duraría unos dos minutos, según las estimaciones de Bastian. Dos minutos que a mí se me iban a hacer eternos. Observé mi traje de camarero. El grupo de agencias había conseguido incluirnos a Zack y a mí en el equipo de camareros de la empresa de catering. Más de cincuenta personas que seguramente muchos ni se conocían entre ellos. Nadie puso pegas, nadie nos miró con suspicacia. El supervisor simplemente dio a todo el grupo las indicaciones pertinentes y todos fuimos organizando cajas, platos y bandejas que íbamos sacando del camión de la empresa e introduciendo en la mansión, hasta que yo aproveché el momento ideal para escabullirme y poder ejecutar mi cometido en la operación.

Miré la pantalla del ordenador. Los códigos descendían como una cascada de dígitos verdes. Una barra en la parte superior indicaba que el treinta por ciento de la información ya estaba transferida.

Repasé mentalmente la posición del equipo. Jimmy, el más alejado, esperaba a los mandos del helicóptero, en un claro entre aquellos bosques cubiertos por un manto nevado, a unos cuatro kilómetros de la mansión.

Bastian y Giulia estaban en una furgoneta todoterreno, equipada con el sistema de telecomunicaciones, aproximadamente a un kilómetro de distancia.

Johann estaba en lo alto de un promontorio, hacia el norte, a unos trescientos metros de la mansión, camuflado en la nieve con indumentaria térmica de color blanco, tras unos prismáticos de gran alcance y con un rifle de francotirador a su lado. El alemán era el encargado de vigilar todo lo que ocurría en los alrededores de la mansión. Y también el encargado de la ayuda en el plan de escape, eliminando a los dos hombres de seguridad que cubrían la fachada norte, el punto por donde saldríamos de allí.

Mark estaba dentro, como nosotros, pero él vestía de pajarita y en esos momentos estaría con una copa de champán en una mano y algún canapé en la boca. Yo desconocía cómo las agencias del

Proyecto Clean Team habían conseguido colarlo en la lista de invitados, entre políticos, empresarios, mafiosos y militares. Pero la identidad falsa creada había pasado sin problemas los chequeos del sistema de seguridad. El inglés se encargaba de vigilar los movimientos dentro del salón donde tenía lugar la exclusiva fiesta y banquete que celebraba el oligarca ruso Igor Salenko.

No pude evitar pensar en Eva Svensson, nuestra agente sueca infiltrada como acompañante del ministro bielorruso Dimitri Ivanov. En ese momento era la integrante de nuestro equipo en la posición más arriesgada y vulnerable. La CIA, a través de un contacto en un periódico de Minsk, había chantajeado a Ivanov amenazándole con hacer públicas ciertas informaciones que le relacionaban con una red de trata de blancas en el sur de Europa. Un asunto turbio donde jóvenes bielorrusas indocumentadas aparecían de repente en catálogos de supuestas agencias de modelos en Portugal, España e Italia. Había fotos de las muchachas, muchas de ellas menores de edad, en fiestas privadas que tenían lugar en yates o lujosas mansiones de multimillonarios. Y el caso es que el bueno de Ivanov aparecía en varias de esas fotos. A cambio de dichas imágenes, había accedido a asistir a la mansión de Salenko acompañado por la que supuestamente era su nueva conquista, una joven sueca estudiante de Medicina en la universidad de Minsk. Las órdenes eran claras: Ivanov, que ocuparía asiento en el banquete junto a Salenko, debía distraerle mientras Eva echaría las gotas de veneno en la copa del oligarca ruso.

Porque esa era la misión, la sustracción de la información del ordenador de Ivanov en su despacho y la eliminación del ruso durante el banquete con lo que parecería ser un ataque al corazón.

—¿Cómo va eso, Israel? —preguntó Bastian.

Miré la pantalla. Toqué con el dedo el diminuto dispositivo oculto en mi oído.

—Ochenta y siete por ciento —respondí.

Bastian comenzó a verificar posiciones.

—¿Wyoming?

—Todo en orden en mi nido —respondió Jimmy desde el helicóptero.

—¿Alemania?

—Perímetro de seguridad sin cambios. Los centinelas siguen patrullando sin mucho entusiasmo, a punto de morir congelados.

—¿Inglaterra?

Mark tardó en contestar. Me lo imaginé acabando de tragar algún canapé de caviar mientras sonaban los violines en el enorme salón con capacidad para más de trescientos invitados.

—Todo en orden por aquí —contestó en un susurro—. Desde mi posición veo a Suecia con Ivanov. Están hablando con Salenko y su mujer. Hay otra pareja con ellos que no consigo identificar.

—¿Montana?

—En las cocinas. Asegurando vía de evacuación por la fachada norte. Material preparado —contestó Zack.

El de Montana había metido cuatro mochilas en uno de los arcones de las cocinas, entre las bolsas del catering, para cada uno de los que estábamos en el interior de la mansión. Allí teníamos ropa térmica de abrigo, gafas de visión nocturna, bombas de humo, pistola, puñal de combate, botiquín y un rollo de cuerda de escalada.

—Bien —dijo Bastian—. Repasamos plan. Israel saldrá del despacho y se juntará con Montana en las cocinas. Desde el momento en que Suecia coloque el veneno en la copa del objetivo, tenéis menos de cinco minutos. Inglaterra y Suecia, con un minuto de diferencia, se levantarán disculpándose para ir al aseo, pero se dirigirán a las cocinas. Allí os juntaréis los cuatro, cada uno con vuestra mochila. Os ponéis la ropa térmica y Montana hará la señal por la ventana con el puntero láser para que Alemania elimine a los dos centinelas de esa zona. Recorreréis los trescientos metros hasta el promontorio y, desde allí, montaréis los cinco en las motos de nieve para cruzar el bosque, por la ruta marcada, hasta llegar al pájaro. Wyoming os sacará de ahí y quedaremos todos en el motel. Italia y yo llegaremos allí con la furgoneta, unos diez minutos después. —Una pausa—. Equipo, que empiece el espectáculo.

Desvié la mirada hacia la pantalla. Fruncí el ceño. La barra de descarga se había parado en noventa y nueve por ciento. La pantalla se quedó negra justo cuando escuché en mi pinganillo la voz de Johann.

—Movimiento por el este, veo luces… dos coches se acercan, no, tres, cuatro… son… ¡militares! ¡Es una trampa!

Y en ese momento vi cómo los códigos numéricos de la pantalla comenzaron a juntarse en un baile siniestro hasta crear la imagen de una calavera. Bajo la imagen se formaron unas enormes letras verdes: «Estáis muertos».

CAPÍTULO 68

Era una trampa. No era momento de pensar en qué podía haber fallado. Era momento de salir de allí. Escuché la voz de Bastian.

—¡Plan de evacuación activado! ¡Montana, suelta las bombas! ¡Distracción y evasión!

Saqué el *pendrive* del portátil, lo metí al bolsillo, coloqué la pistola en la parte trasera del pantalón, oculta por la chaqueta de camarero, y salí del despacho llevando la bandeja en una mano. Necesitaba llegar a las cocinas sin llamar la atención. Cuando comencé a bajar las escaleras, escuché alboroto en el salón. Zack había soltado las bombas; una espesa nube blanca lo invadía todo entre gritos y carreras. Giré a la izquierda, hacia las cocinas. Allí me esperaban Zack y Mark. Faltaba Eva.

—¿Y Suecia? —pregunté.

Se miraron en silencio.

—Hay que sacarla —sentencié.

—Israel, sabes que tenemos que salir ya. Plan de evacuación. Ya lo has oído —respondió Mark.

—No. Está en peligro, y con esta confusión podemos…

Zack me miró.

—Inglaterra tiene razón. Hay militares dentro, no podemos permitirnos que atrapen a cuatro activos del equipo. Lo sabes bien.

Por nuestros pinganillos pudimos escuchar la voz de Johann.

—¿A qué cojones esperáis? No os veo salir. Hacedlo ya, estoy cubriendo la zona. Eso se va a llenar de tipos malos.

Seguidamente sonó la voz de Bastian.

—Protocolo de evasión, repito, protocolo de evasión. Salid de ahí inmediatamente y venid con las motos de nieve hasta el punto acordado.

Cogí una mochila y la abrí. Estaba todo el material. Me giré hacia Zack y Mark.

—Las cajas de registro de la luz están en el sótano, junto a las calderas. Voy a dejarles ciegos, y con esto —saqué las gafas de visión nocturna—, voy a sacar a Suecia de aquí.

—Eso está llenándose de militares que nos buscan —dijo Zack señalando hacia el salón—. Saben a lo que vienen. Nos quieren a nosotros.

—Ir a por Suecia ahora es un suicidio colectivo. —Mark me observaba fijamente, tratando de hacerme entrar en razón.

—La hostelería es dura —respondí con mi mueca más grotesca—. Salid, Johann os cubre. Suecia y yo os alcanzaremos en el bosque.

Me giré hacia la puerta del sótano, pero Zack me agarró del brazo.

—¡Joder, Ariel! ¡Maldito suicida cabrón!

Bien, Zack no me había llamado por mi nombre en clave, y eso era bueno en una situación así. Le había sacado del protocolo. Lo miré y le guiñé un ojo.

—Joder, bajaré yo a cortar la luz —dijo, y miró a Mark—. ¿Cubres a este loco en el salón?

—Me cago en la puta —soltó Mark, asintiendo.

Mostré mis dientes en la mejor de mis sonrisas. Saqué la pistola y el puñal de combate, que ajusté con su funda en mi pernera. Cogí una bomba de humo en la otra mano y me puse la mochila con el resto del material de emergencia para la evasión.

—¿Vais a salir de una puta vez o hay que entrar a buscaros? —soltó Johann.

—¿No han salido aún? —preguntó Bastian exasperado—. ¿Qué está pasando ahí?

—Vamos a meter alguna hora extra —respondió Zack.

—¿De qué coño hablas? —farfulló Johann—. Si os retrasáis un minuto más, tendrá que venir Wyoming con el pájaro echando mierda a tanto militar ruso.

—Nos falta Suecia —dijo Mark.

—Protocolo de evasión, joder —gruñó Bastian, que debía de empezar a ver bastante negro lo de que pudiéramos salir de allí

librando el pellejo.

—La hostelería es dura —respondí antes de lanzarme hacia el pasillo que daba al salón, con la pistola en una mano y una bomba de humo en la otra.

CAPÍTULO 69

Recorrí los metros del pasillo a la carrera, con Mark a mis espaldas. Calculé que Zack cortaría la luz en menos de medio minuto. Tiempo suficiente para hacerme una idea rápida de la situación. El salón era un caos. Gritos, amenazas en ruso, militares armados. Y humo, mucho humo. Lo cual me venía genial para avanzar entre la confusión sin ser visto, pero fatal para localizar a Suecia. Casi choqué con un militar al que despaché con un tiro en la frente. Entre la humareda, vi a dos rusos arrastrando a Ivanov hacia el exterior. Era un objetivo al que querrían interrogar a fondo; supuse que tenían las mismas intenciones con nosotros. Me llevé la mano al dispositivo intraauricular.

—Alemania, van a sacar a nuestro paquete bielorruso. Fachada este.

—Recibido. Intentaré que no lleguen a abrirlo —contestó.

Me imaginé a Johann desplazándose por el promontorio hacia el este, buscando una buena línea de tiro.

—¡Las escaleras! ¡Suecia subiendo! —gritó la voz de Mark a mis espaldas.

Me giré y vi cómo Eva subía corriendo, descalza, perseguida por tres militares. Corrí hacia allí empuñando la pistola. Antes de comenzar a subir las escaleras, vi cómo un soldado ruso, que comenzaba a apuntarme con su semiautomática, caía con un tiro en el cuello. «Bien, Mark, bien», pensé mientras subía los escalones de dos en dos. Llegué a la primera planta y miré hacia ambos lados del pasillo. Nada por la derecha. Vi a los militares correr hacia la izquierda. Me dirigí hacia allí. Uno de ellos se dio la vuelta y disparó una ráfaga de balas. Me lancé al suelo y sentí cómo saltaban por encima de mi cabeza cascotes y esquirlas de yeso de la pared. Por

poco. Apunté y disparé desde el suelo. Dos veces. La primera bala impactó en su hombro. La segunda en su rostro. Me incorporé viendo cómo los otros dos militares entraban en una de las estancias. Eva tenía que estar allí. En todo momento tuve en cuenta que ella no podía escuchar nuestras comunicaciones internas. Era el único activo en la operación sin dispositivo intraaricular. Siendo la acompañante de Ivanov, habría sido demasiado arriesgado que ella lo llevara.

—Paquete eliminado, junto a sus transportistas.

Johann había abatido a Ivanov y a los rusos que lo habían sacado. En una operación, salga bien o salga mal, es importante no dejar cabos sueltos. Y el ministro bielorruso era un cabo demasiado suelto. Aunque la información que sabía era muy limitada, no nos podíamos permitir que lo interrogaran.

Después escuché la voz de Mark.

—¡Israel, suben media docena más por las escaleras!

No me lo pensé. Solté la anilla de la bomba y la lancé hacia las escaleras antes de seguir corriendo en dirección a la estancia por donde habían entrado los dos militares rusos. En el pasillo se crearía tal densidad de humo detrás de mí que haría imposible tenerme como objetivo a mis perseguidores. Estaba a punto de maldecir por el micro a Zack cuando por fin se apagaron las luces y la oscuridad lo engulló todo. A mis espaldas, entre la densa humareda, escuché órdenes en forma de gritos en ruso. Pude descifrar que querían a la mujer viva. Bien, eso significaba que no la eliminarían. Querían capturar a Eva e interrogarla. Pensé que no sabía qué sería peor. Me coloqué rápidamente las gafas de visión nocturna y entré en la estancia. Era una suite enorme con salida a una terraza exterior a través de una puerta acristalada. En ese momento, uno de los rusos estaba intentando salir. No le di tiempo. Dos disparos, uno de los cuales entró por el cuello. Corrí hacia la puerta. Al salir a la terraza vi al militar ruso apuntando con su pistola a Eva. La luz de la luna, aunque tenue, era suficiente para reconocer nuestras siluetas. Se giró al escuchar mis pisadas y se colocó detrás de Eva, parapetándose detrás de ella, agarrándola mientras la apuntaba a la cabeza. Yo le estaba apuntando. Comenzó a gritarme en ruso. Decía

que dejara mi arma en el suelo, que si daba un paso más le volaría la cabeza. Supe que ese soldado estaba en un dilema. Tenía órdenes de capturarla con vida, pero, por otra parte, su propia vida estaba ahora amenazada y quizás eso era motivo suficiente para saltarse la orden de su superior. Pura supervivencia. Notaba mi respiración acelerada, mi corazón latía con fuerza. Tenía que hacer algo, en cuestión de segundos podían ir saliendo a la terraza muchos militares rusos. La voz de Johann sonó como música celestial para mis oídos.

—Tengo al ruso en el punto de mira. Necesito que Suecia se agache.

La fachada daba al norte, hacia el promontorio desde donde Johann estaba haciendo una labor de limpieza encomiable.

—Ok, ok —le dije al ruso mientras me agachaba lentamente para dejar mi pistola en el suelo.

Yo tenía contacto visual con Eva. Ella estaba nerviosa, pero en ningún momento perdió la compostura. Me miraba fijamente. Decidí soltar unas palabras en un español que Eva pudiera entender, pero no el ruso. Me acordé de la letra de la canción «arriba y abajo», de Coyote Dax, de cómo la estuvimos bailando entre tragos de cerveza todos los miembros del equipo en un bar de mala muerte de El Paso varios meses atrás, celebrando una operación que salió bien en Ciudad Juárez.

—¡Eva, abajo, abajo! ¡Ahora! —grité. Ella lo entendió: se agachó ante el asombro del ruso, que no supo qué hacer. Esos dos segundos bastaron para que el proyectil viajara desde el promontorio hasta la base de su cráneo.

El ruso cayó a plomo sobre las baldosas y yo corrí hacia Eva. Comenzamos a escuchar ruidos y gritos en la suite. Estaban entrando más militares.

—Alemania, entran en la habitación, necesito que sepan que quien salga aquí fuera estará en tu punto de mira —dije mientras miraba por encima de la balaustrada de mármol. Unos ocho metros de altura. Mientras sacaba y desenrollaba la cuerda de la mochila, escuché cómo las balas de Johann iban destrozando la puerta

acristalada que daba acceso a la terraza. Eso mantendría a los rusos dentro de la habitación unos cuantos segundos.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Eva mientras hacía el nudo con la cuerda en la balaustrada. La vi mirar hacia abajo, calculando la altura.

—He tenido noches más aburridas —contestó.

Cogí la ropa térmica de mi mochila y se la ofrecí.

—Ponte esto, no creo que ese vestido sea buena idea para una evasión.

—¿Y la tuya? La ropa de camarero quizás tampoco es lo más adecuado.

—La hostelería es dura —respondí con una mueca.

Saqué un par de bombas de humo, quité las anillas y las lancé hacia la puerta acristalada. Desde el interior de la suite salían gritos y órdenes en ruso.

—Eso nos cubrirá el descenso. ¿Preparada?

Eva asintió. Dirigí la mirada a sus pies. Estaba descalza, había querido deshacerse de sus zapatos de tacón en su huida. La sueca se dio cuenta y sonrió.

—Estar bella para una gala es duro —dijo, y pasó por encima de la balaustrada para comenzar el descenso por la cuerda.

El humo blanco se extendía por la terraza. Johann seguía disparando, escuché quejidos y los impactos de las balas en los cuerpos de los rusos.

—Sal de ahí, Israel, a mí también me has dejado ciego con las bombas y no quiero confundirte con un ruso.

—Recibido —contesté. Miré cómo Eva descendía los últimos metros. Escuché disparos en esa zona. No podía ver a ningún civil invitado a la fiesta y temí que algunos militares rusos estuvieran disparando a mi compañera—. ¿Qué son esos disparos por ahí abajo?

Las palabras de Johann me tranquilizaron.

—Inglaterra y Montana, cubriendo a Suecia y eliminando soldaditos rusos. ¡Baja cagando leches, Israel!

—¡Cada vez hay más, joder! —dijo Zack—. No podemos aguantar más, colega. Baja y ponte a correr.

Y es lo que hice. Descender y esprintar como alma que lleva el diablo. Vi por delante, a unos treinta metros, también huyendo bajo la cobertura del rifle de Johann, a Zack y a Mark. Detrás de ellos, quedándose cada vez más rezagada, corría Eva. Si correr descalzo ya es de por sí más incómodo, hacerlo sobre una capa de veinte centímetros de nieve es como tratar de atravesar un infierno blanco.

Mientras corría, escuchaba en la distancia el agradable sonido del rifle de Johann, pero también empecé a escuchar gritos y disparos desde la terraza de la mansión, a nuestras espaldas. Y la cosa parecía ir relativamente bien entre silbidos de balas y pedazos de nieve que se levantaban a escasos centímetros de mí, pero todo se torció cuando vi caer a Eva. Un proyectil le había atravesado el muslo.

CAPÍTULO 70

—¡Suecia ha caído! —grité por el micro mientras llegaba a su altura y me agachaba para asistirla. Vi las siluetas de Mark y Zack desaparecer tras el promontorio, el lugar donde habíamos dejado bien ocultas y preparadas las motos de nieve.

Eva se retorcía de dolor; me tumbé a su lado mientras las balas silbaban sobre nosotros. Saqué el botiquín de la mochila: necesitaba un torniquete urgente y una buena dosis de morfina. Observé cómo algunos soldados rusos corrían desde la mansión hacia nosotros.

—Lárgate, Ariel —me dijo—. Tienes tiempo de llegar hasta la moto de nieve. Déjame la pistola que yo te cubro desde aquí.

—Ese es el chiste más gracioso de toda la fiesta —respondí mientras apretaba la goma del torniquete con fuerza.

—No podemos dejar que nos cojan a los dos. Sal de aquí, yo me apaño.

Solté una risita.

—Sí, tú te apañas —contesté—. No te veo con esa pierna para bailar, Eva. Y tú tampoco eres de invitar a la pista de baile a los rusos. Eres muy arisca —solté mirándola mientras le enseñaba mis dientes en una mueca que siempre le hacía reír.

Soltó una pequeña carcajada y negó con la cabeza.

—Maldito cabrón —dijo.

—Yo también te quiero, Eva —contesté antes de clavar en su muslo la aguja y empujar el émbolo de la jeringuilla.

Hizo un gesto de dolor apretando los dientes.

Los disparos continuaban, y los militares rusos seguían acercándose a nosotros. Calculé unos diez o doce, avanzando agachados, con mucha cautela porque los disparos de Johann ya habían tumbado a varios. Yo sabía que en cuestión de segundos Eva

y yo íbamos a tener un problema gordo. Zack, Mark y Owen estaban a punto de montar en sus motos de nieve y seguir la ruta marcada hasta el punto donde Jimmy esperaba con el helicóptero. Y era lo correcto, eran las órdenes, seguir el protocolo de evasión.

Lo siguiente que hice fue acumular nieve delante de nosotros, a modo de pequeño muro tras el cual parapetarnos. Estábamos tumbados y eso reducía nuestra superficie como blanco para los rusos, pero a medida que se fuesen acercando lo iban a tener mucho más fácil. Mi improvisado tabique de unos cuarenta centímetros era un recurso para muy poco tiempo. Yo no tenía la ropa térmica, y uno de mis enemigos estaba siendo la gélida noche que me atacaba con su viento, como un cuchillo que penetraba en mis carnes hasta los huesos. No sabía si, con los dedos ateridos, sería capaz de apretar el gatillo para cargarme al primero de esos cabrones que llegara hasta nosotros.

Dejé de escuchar el inconfundible sonido de los disparos de Johann. Eva también se dio cuenta. Estaba tumbada boca arriba, observando el negro firmamento estrellado. Su respiración se había calmado y yo podía ver el corto ascenso de las nubes de vapor cada vez que ella exhalaba.

—Ariel —me dijo con una voz suave y templada. La morfina estaba haciendo su trabajo—. No tenías que haberlo hecho.

—No me des sermones, guapa, que para eso tengo a mi madre. —Alcé mi cabeza lentamente por encima del ridículo murete y la bajé cuando una bala salpicó mi cara de nieve llevándose un buen pedazo de mi construcción a escasos centímetros a mi derecha.

—Gracias —dijo ella—. Gracias, joder.

No respondí. Seguía luchando por intentar mantener mis atenazados dedos en una posición de disparo sujetando la pistola.

—Esto no lo hace nadie —continuó y la vi girar su cabeza hacia mí—. Solo un maldito loco como tú.

Volví a responder de nuevo con mi mejor mueca de enseñar los dientes y ella sonrió, pero ya con menos intensidad, una media sonrisa un poco triste, de las que saben lo que se avecina. De fondo escuché el rugido de las motos de nieve. En mi cabeza deseé suerte a mis compañeros para futuras misiones, ellos iban a conseguir

salvar el pellejo. Por el otro lado, hacia la mansión, los gritos de órdenes en ruso cada vez eran más cercanos. Calculé unos cincuenta metros. Quizás un minuto. Volví a observar a Eva. La sueca seguía observando el firmamento, con una ligera sonrisa en sus labios. Supuse que estaría recordando los mejores momentos de su vida, la infancia, su familia y quizás le diese tiempo a rememorar varias imágenes con nosotros, sus compañeros de operaciones. Yo le iba a decir algo sobre que había sido un placer compartir varios años con ella, entre operaciones peligrosas y celebraciones en bares no menos peligrosos, pero justo en ese momento mi cerebro advirtió algo que no debería estar ocurriendo. El sonido del motor de las motos de nieve era más cercano. Y venía acompañado de disparos. Estiré el cuello y observé que los rusos se habían tumbado en la nieve para evitar ser el blanco de esos disparos. Vi llegar las tres motos de nieve con Johann, Mark y Zack disparando a los rusos con una mano mientras manejaban la moto con la otra. Sonreí a la vez que me sentía orgulloso de formar parte de ese operativo, con compañeros también capaces de saltarse un protocolo para sacarnos de allí.

Zack aparcó su moto junto a Eva mientras Mark y Johann seguían disparando sin tregua a los rusos. Se bajó y se colocó junto a la sueca.

—Vamos, cabrón —me dijo—, ayúdame a subirla antes de que nos maten a todos. Solté una carcajada entre temblores y castañeo de dientes y pudimos colocar a Eva entre nosotros, Zack conduciendo y yo sujetando a la sueca para que no cayese de la moto. El rugido del acelerón que vino después fue para mí el mejor sonido de aquella noche, música para mis oídos en un infierno blanco donde el frío, las balas y la muerte no dejaron de sobrevolar nuestras cabezas.

Conseguimos llegar al helicóptero, al punto de evasión, Zack conduciendo como un demonio en un bosque donde cada árbol era más peligroso que un militar ruso, yo tratando de evitar que Eva, ya inconsciente, cayese, y Johann y Mark cerrando una comitiva tan ruidosa como suicida.

Salimos de allí, salimos de Rusia, pero ese fue el fin del proyecto Clean Team. Había un topo en la operación, alguien había alertado a

los rusos y todo había explotado por los aires.

CAPÍTULO 71

Tel Aviv. Doce días después.

Llegué a mi apartamento un viernes, en un vuelo desde París. Después de la misión fallida en Rusia, pudimos llegar a Estonia, y nos instalamos en un piso franco en Tallin en el que estuvimos cinco días. Incomunicados, esperando una llamada o instrucciones que no llegaban. Nadie sabía qué había podido ocurrir. Obviamente se había producido una filtración de información: un topo. ¿Dónde? ¿Quién? Esas eran cuestiones que quedaban por encima de nuestro salario. Los servicios de inteligencia de las diferentes agencias deberían lidiar con eso. Eva estaba mejor. Un contacto de la CIA en Tallin nos mandó finalmente un médico que pudo extraer la bala y darle a Eva las atenciones profesionales que necesitaba. El sexto día nos dividimos. Varios fueron hacia Polonia, otros en dirección Alemania y Zack y yo fuimos a Rumanía. Allí estuvimos otros cuatro días más, moviéndonos entre pensiones de mala muerte, pagando en metálico con identidades falsas. Los servicios secretos rusos andarían tras nuestra pista y toda precaución era poca. Me despedí de Zack y volé hacia París. Él lo hizo hacia Bruselas. Dos días en París, deslizándome entre sombras, en barrios donde hasta la policía se lo piensa antes de meter la nariz por esos lares. Cuando el avión procedente de París tocó el asfalto de la pista, ya en suelo israelí, pude respirar tranquilo.

Vacié el buzón: facturas de suministros y varios folletos de propaganda. Me interesaban estos últimos. Los revisé con atención, buscando la esquina inferior derecha. No hallé el mensaje esperado, pero en una publicidad de un gimnasio vi unas iniciales en bolígrafo azul: Y.H.

Fruncí el ceño. Subí con los papeles al apartamento. Dejé mi pequeña maleta en el dormitorio, las facturas en la encimera de la cocina y tiré a la basura los folletos de publicidad. Desvié la mirada hacia el reloj, sobre la puerta de la cocina. Las siete y media de la tarde. Bien, calculé que tenía una hora para encontrarme con Y.H.

Llevaba más de media hora sentado en la terraza de la cafetería cuando lo vi pasar. Continué lamiendo el helado de pistacho. Él caminaba por la acera de enfrente. Llevaba un maletín. Sonreí mientras recordaba nuestros momentos de la infancia. Las peleas, las trastadas, las aventuras infinitas. Yuval Horowitz trabajaba en la agencia, en uno de los departamentos de inteligencia. Seguía sin darse cuenta de que yo le observaba, seguramente ensimismado en sus pensamientos. Silbé sin hacer ningún otro gesto. Le vi mirar hacia la cafetería. Tardó unos cuantos segundos, en mi opinión demasiados, en darse cuenta de que yo estaba allí. Le vi sonreír y cruzar la carretera para acercarse. Un taxi frenó y pulsó el claxon. Yuval hizo un aspaviento y le sacó el dedo medio.

—Eres demasiado previsible, Yuval —le dije mientras él dejaba el maletín sobre la mesa y se sentaba en la silla—. Haces el mismo recorrido hasta tu apartamento, más o menos sobre la misma hora. Si un espía enemigo quisiera…

Me cortó con un gesto de su mano.

—Los agentes de campo sois unos paranoicos —se limitó a decir.

Me encogí de hombros. Mi amigo no tenía remedio, y yo tampoco quería discutir.

—¿Qué ha ocurrido, Yuval?

Lo vi mirar hacia los lados.

—Mejor en mi casa —respondió—. Tengo que enseñarte algo.

CAPÍTULO 72

El apartamento de Yuval estaba a dos manzanas. Era pequeño, de toque austero y minimalista. Perfecto para un hombre soltero y algo rarito como mi amigo. Había intentado tener relaciones serias con varias mujeres, pero ninguna lo aguantaba más de tres semanas. Entramos a su despacho y abrió uno de los cajones de su mesa de escritorio. Sacó un sobre amarillo, grande, y lo puso sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Por un momento creí que Yuval me daría detalles sobre el desastre en Rusia, pero lo descarté. Él no sabía nada del Clean Team; asumía que, cuando yo desaparecía, operaba en misiones encubiertas para el Mossad. Supuestamente nadie en la agencia, excepto el director y el Primer Ministro, conocía de la existencia del proyecto.

—He dado con una información, de casualidad, y quería que tú…

Dejó la frase a medias. Hizo un leve gesto con su cabeza hacia el sobre. Sentí un hormigueo en mi nuca y un escalofrío recorrió mi espalda. Si mi amigo, contradiciendo los protocolos de la agencia, estaba facilitando información sensible a un operativo de otro departamento, el asunto no solo era delicado, seguramente era grave. Saqué los folios del sobre y comencé a leer. Vi el nombre de mi padre, junto con el de otros dos agentes. El corazón me empezó a latir con fuerza y sentí cómo la boca se me empezaba a quedar seca.

—¿Qué…? ¿Qué es esto? —pregunté levantando la mirada de los papeles.

—Tu padre, Ari. Los rusos han capturado a los tres agentes del Mossad que estaban en un piso franco en Chechenia. Entre ellos, tu padre.

No respondí. Me senté en la silla. Masajeé mis sienes con los dedos, cerrando los ojos, apretando los dientes.

—Es información clasificada, Ari —continuó—. No debería estar contándote esto. Ocurrió hace once días.

Hice un cálculo mental tan rápido como alarmante. Once días. Eso nos situaba en la mañana siguiente a la operación en la mansión de Salenko. ¿Casualidad? En mi mundo, las casualidades no existen.

—¿Se saben los detalles? —pregunté mirando a los ojos de mi amigo.

—No.

Continué mirándolo con mi rostro serio, pétreo, tratando de ver algo en sus ojos que quizás su boca no me estaba contando.

—Lo juro, Ari. Si supiera algo más, te lo contaría. Simplemente lo que te he dicho es motivo suficiente para que me sancionen, lo sabes. Eres mi amigo, joder, y ya sabes lo que significa tu padre para mí.

Asentí, algo avergonzado de haber dudado de Yuval por unos instantes.

—¿Qué información os llegó? —le pregunté.

—Poca cosa. Que los rusos habían localizado el piso franco y habían hecho una intervención rápida y eficaz, sin darles tiempo a nada.

Sabía lo que eso suponía. Los rusos habían recibido la información ese mismo día, de eso yo estaba seguro. Si supieran de la existencia de ese piso tiempo atrás, habrían montado un equipo de vigilancia de los movimientos y rutinas de los agentes del Mossad. Y yo sabía con plena certeza que mi padre los habría detectado, burlado y salido de allí sin dejar rastro. Lo cual solo dejaba la opción de que alguien les había facilitado ese mismo día la dirección del piso franco. Ese mismo día. Los rusos. El día siguiente al fiasco en la mansión de un oligarca ruso conectado a las más altas autoridades del Kremlin.

—Hay algo más, Ari —dijo Yuval—. Y esto que voy a contarte se salta todas las líneas rojas de mi puesto en la agencia. Es tan confidencial como ilegal y peligroso.

Lo miré sin decir nada, invitándolo a continuar.

—Hace varios días di con algo que me resultó extraño. Era un mensaje borrado en el servidor. El correo había sido enviado desde Moscú. —Hizo una pausa. Yo entrecerré los ojos—. Lo habían enviado al correo personal del jefe.

Un calor incómodo me invadió desde el vientre, atenazándome la garganta, secándome la boca. ¿El director del Mossad? Eso eran palabras mayores.

—¿Y bien? —pregunté, incapaz de sonar calmado. A Yuval le costó continuar, pero lo hizo tras un par de inspiraciones profundas.

—Conseguí recuperarlo. Hablaba en clave y no lo decía explícitamente, pero indicaba que los tres paquetes ya estaban a buen recaudo y que las órdenes de pago se habían ejecutado.

Pude escuchar el rechinar de mis dientes. Mi corazón golpeaba el pecho con fuerza y los pinchazos en mis sienes iban a más.

—Pensé en ti, Ari. Pensé en tu padre. Y en un acto irracional, del que seguramente algún día me arrepentiré, conseguí introducirme en las cuentas bancarias del jefe.

Volvía a posar la mirada en los ojos de mi amigo. Anticipé la respuesta antes de que sus labios comenzaran a moverse de nuevo.

—Dinero —dije—. Mucho dinero transferido a sus cuentas.

—Sumas importantes transferidas a unas cuentas de Suiza y las Islas Caimán. Hablo de millones de dólares —comentó mientras sus ojos se posaban en los folios que descansaban en la mesa.

Asentí, me puse en pie y caminé hasta la ventana. Fuera, en la calle, todo continuaba igual. Ciudadanos caminando por las aceras, pensando en sus cosas cotidianas. Vehículos circulando con prisa, entre frenazos y pitidos. Pero a miles de kilómetros mi padre se pudría en una celda, si es que había resistido a los interrogatorios y seguía con vida.

—Voy a preguntárselo —dije sin dejar de mirar por la ventana—. Necesito que él me lo diga, mirándome a los ojos. Necesito escuchar sus explicaciones.

—Ari, sé cómo te sientes, pero…

—Voy a preguntárselo —le corté.

Escuché su suspiro a mis espaldas. En la calle, una madre discutía con un niño de unos cinco años que estaba parado frente a

una tienda de chucherías, señalando el escaparate.

—No puedes, Ari. No puedes presentarte así por así en su despacho y…

—No se lo preguntaré en su despacho —lo interrumpí. Me di la vuelta para clavar mis ojos en los suyos—. Se lo preguntaré en su casa, en la intimidad. Él y yo. Solos.

Me miró como a un loco.

—¿En su casa? —Negó con la cabeza—. Ari, su mansión es una puta fortaleza en lo alto de una colina. Tiene hombres de seguridad, videovigilancia continua… ni siquiera tú podrías hacerlo. Es una locura y supondría tu detención y… prefiero no pensarlo.

Me acerqué varios pasos hacia Yuval.

—Tú puedes conseguir los planos de la casa, información sobre procedimientos y turnos de sus hombres de seguridad —contesté y lo miré durante varios segundos—. Y también sé que puedes hackear su sistema de cámaras.

Vi cómo su boca se abría lentamente. Le temblaba el labio inferior y tenía el ceño fruncido.

—No, joder, estás loco, Ari. No, de verdad, es imposible que…

—Yuval —le corté—. Somos amigos desde que éramos niños. Hemos vivido mucho juntos. Conoces a mi familia tan bien como yo conozco a la tuya. —Hice una pausa. Apoyé mi mano en su hombro sin dejar de mirarle a los ojos—. Somos como hermanos. ¿Me ayudarás en esto, Yuval?

No contestó, pero su expresión me lo dijo todo.

—Gracias —dije mientras caminaba hacia la puerta—. Te debo una.

CAPÍTULO 73

Tel Aviv. Cuatro días después.

Entró en la habitación tarareando algo. Ya tenía su pijama puesto. La luz que entraba por el amplio ventanal era tenue. La luna en menguante y el resplandor artificial de una Tel Aviv iluminada permitían distinguir poco más que su silueta cuando cerró la puerta. La mansión, construida en la zona alta de Givatayim, ofrecía una espectacular panorámica sobre la urbe y el Mediterráneo. Era como una fortaleza inexpugnable en lo alto de una loma. Una construcción que mandaba un mensaje de advertencia, de poder. El mensaje que le gustaba transmitir a Gideon Ashkenazi, el más alto cargo en el Mossad.

—No la enciendas —dije levantándome del butacón de cuero que había en una esquina, a un lado de la cama.

Su gesto quedó a medio camino, paralizado. Se giró hacia mí. Salí de entre las sombras, apuntándole con la pistola.

—Me gusta la oscuridad —continué—, como a ti, supongo. Pero tú la usas también en operaciones encubiertas, tan oscuras y secretas que ni tu propio país tiene constancia de ello.

Se quedó donde estaba, sin decir nada, evaluando la situación, sin todavía entender quién había podido burlar su sofisticado sistema de seguridad para entrar hasta el corazón de su hogar.

—Avanza unos pasos, hasta ahí. —Señalé con el cañón y el silenciador acoplado hacia un claro en la habitación, donde la luz vaporosa de la noche penetraba como un foco pálido y siniestro.

No obedeció al instante; giró sutilmente la cabeza hacia la puerta.

—Ni lo intentes. Acabarás con un disparo, por la espalda. —Hice una pausa que en su cabeza caería como una losa—. Quizás es lo que mereces. ¿Vas a darme ese gusto? —Volví a señalar el pequeño claro en la amplia habitación.

Ashkenazi avanzó y quedó frente a mí con gesto desafiante. Me quité el pasamontañas que ocultaba mi rostro y distorsionaba mi voz. Vi sorpresa en sus ojos, y un destello de temor que no pudo ocultar.

—Shemesh —dijo.

Sostuve su mirada. Tenía los ojos vivos de un ave rapaz, siempre alerta, preparada para saltar sobre una presa. Pero lo que en ese momento tenía delante no era una presa. Era un depredador. Y él sabía, de primera mano, que yo era tan peligroso como eficiente y letal.

—Arrodíllate —le dije con voz seca.

—¿Qué diabl…?

—¡Arrodíllate!

Lo hizo. Negaba con la cabeza, mirando al suelo.

—Estás acabado, Shemesh, esto que has hecho…

—Chechenia —le corté—. Piso franco. Tres agentes capturados por los rusos. ¿O debería decir vendidos?

—No sé de qué me habl…

Calló cuando coloqué el cañón bajo su barbilla y le obligué a levantar la cabeza.

—A los ojos, mírame a los ojos.

Sus iris grisáceos brillaban a la luz de la luna. Las pupilas se contraían a la vez que su mandíbula se tensaba.

—Has vendido a mi padre a los rusos. Y a otros dos agentes. ¿Solo ha sido por dinero o hay algo más?

—No sé de qué hablas, Shemesh. Esto te va a costar…

Apoyé el cañón en su frente. Comencé a ver miedo en su mirada.

—¿Por qué?

Yo sabía que el nombre de mi padre sonaba en la agencia como posible futuro director del Mossad. También sabía que él no aceptaría ese cargo. Mi padre era agente de campo, no de oficina. Le gustaba más actuar que dar órdenes. Quizás Gideon Ashkenazi

había visto la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro. Quitarse de encima a un posible competidor entregando su cabeza en una bandeja a los rusos y llenar sus bolsillos. Dinero manchado de sangre. La sangre de mi padre, Jacob Shemesh. Apreté los dientes.

—¿Por qué? —repetí.

—No sé nada… no…

Le temblaba la voz. Estaba siendo consciente de que yo no iba de farol, de que su vida corría peligro. Quien estaba en pie, apuntándole a la frente con un arma con silenciador, no era un asesino profesional cualquiera: era un kidon, la élite entre los cuerpos de élite. El ápex en la jerarquía de depredadores humanos. Y había entrado allí para buscar la verdad. Y también venganza.

Presioné con más fuerza el cañón contra su frente. Cerró los ojos, apretó los dientes.

—No… Shemesh… no he tenido nada que ver en eso… lo juro, lo juro… alguna filtración, la agencia lo está estudiando, lo juro, lo juro…

Mis labios se torcieron en una media sonrisa. Irónica, sarcástica, peligrosa. Esa situación me recordó a la que, según la leyenda, protagonizó Ruy Díaz de Vivar en lo que hoy se conoce como la jura de Santa Gadea, en la que hizo jurar al rey Alfonso VI de León, delante de toda la alta nobleza de Castilla, que no tuvo nada que ver en el asesinato de su hermano, el rey Sancho II de Castilla. El rey se declaró inocente y, quizás en ese preciso instante, comenzó a germinar la semilla que acabaría con el destierro del de Vivar de tierras castellanas.

—¡No te creo! ¿Por qué me voy a fiar de tu palabra, maldita víbora? —Hice una pausa. Mi corazón cabalgaba en mi pecho, mi respiración se aceleraba—. ¿Por qué? —susurré entre dientes.

Su frente ya estaba perlada de sudor. Su labio inferior temblaba.

—Por favor… por favor… —suplicó con los ojos cerrados y la desesperación atenazando su garganta.

—No cierres los ojos. Mírame y ten el valor de decirme que no has tenido nada que ver en lo del piso franco de Chechenia. ¡Ten el valor!

Mi cuenta mental me indicaba que me estaba quedando sin tiempo. «Tienes tres minutos y cuarenta y dos segundos desde que entras en su habitación. A partir de ese momento, sus cámaras de videovigilancia recuperarán la señal de vídeo en vivo y el fragmento preparado desaparecerá. Si no has salido en ese tiempo…», me había explicado Yuval sin necesitar acabar la frase. Unas órdenes y unos pasos a la carrera en el pasillo confirmaron que ese tiempo ya había pasado. Apreté aún más el cañón contra su frente y el dedo índice comenzó a presionar el gatillo.

—No… por Dios… por Dios… —dijo entre sollozos.

La puerta se abrió y dos guardaespaldas me apuntaron con sus armas. Los miré. Por el pasillo se escuchaban más voces de refuerzos que iban llegando.

—Eres un traidor y una vergüenza para tu país, maldito gusano —le dije—. Debería acabar contigo aquí y ahora para llevar a cabo la misión más importante de mi vida, la que elimina al ser más vil que conocerá mi país.

No disparé. En vez de eso, bajé mi arma, retrocedí dos pasos y, colocándome de rodillas, dejé la pistola en el suelo y puse mis manos entrelazadas en mi nuca. Vi cómo Gideon Ashkenazi se ponía en pie gritando, señalándome y hablando a sus guardaespaldas. Tenía una mancha oscura por toda la pernera del pijama. Comencé a sonreír justo cuando media docena de guardaespaldas caían sobre mí, reduciéndome a golpes y poniéndome unas esposas con mis manos tras la espalda. Perdí el conocimiento con una de las patadas que recibí en la cabeza.

CAPÍTULO 74

Prisión de Ayalon, Ramla. Seis días después.

Me habían conducido a un centro de detención de alta seguridad vinculado al Shin Bet, el servicio de seguridad interior. Allí fui interrogado y retenido durante dos días. Fui muy escrupuloso con lo que dije para no destapar a Yuval como mi fuente de información. Me sacaron de esa celda para trasladarme en una furgoneta de cristales tintados a la prisión de Ayalon, en la ciudad de Ramla, a unos veinticinco kilómetros de Tel Aviv.

Era una prisión especial donde acababan funcionarios del Estado, presos preventivos durante juicios complejos y casos sensibles, como lo era el mío.

Violar los sistemas de seguridad y perpetrar un allanamiento de morada con amenaza de muerte al director del Mossad no era un delito menor. Se consideraba como una amenaza contra la seguridad del Estado.

Aún no conocía mis cargos, pero imaginaba las palabras «traición» y «terrorismo interno» en un expediente que me condenaría a treinta años de aislamiento. En Israel no existe la pena de muerte, pero los tentáculos de Ashkenazi eran lo bastante largos como para que mi cuerpo apareciera sin vida una mañana cualquiera.

Volví a realizar otra serie de cien flexiones y me senté con mi espalda apoyada en la pared, sudando, jadeando. Un minuto para recuperar antes de la siguiente serie. Un minuto donde mi mente volvía a viajar a Rusia, a algún lugar de Siberia donde mi padre se estaría deteriorando en alguna prisión de mala muerte entre nieve, interrogatorios y torturas. Si es que había sobrevivido.

Y pensé en mi madre, que estaba en España, junto a mi hermana Carol. No volvería a verlas, nunca. No sabrían de mí, recluido durante años en un penal de máxima seguridad. Nadie las avisaría de mi muerte si se diera el caso.

Pensándolo en frío, tenía que admitir que la furia me había cegado, que la sed de venganza me había hecho actuar sin pensar en las consecuencias reales que vendrían después. Supongo que, en aquellos momentos, mi cerebro solo pensaba en ejecutar a la sanguijuela de traje y corbata que había vendido a mi padre, a la autoridad de un servicio de inteligencia que supuestamente debía proteger a los ciudadanos de su país, y no entregarlos a las fauces del mejor postor. Y aún menos a sus mejores agentes de campo, los que verdaderamente arriesgaban la vida por los intereses de su país.

Me estaba incorporando cuando escuché el sonido del cerrojo de la puerta. Un funcionario de prisiones apareció en el umbral. Observé que se trataba del alcaide, el cargo más alto de la cárcel. Lo había visto dar órdenes a varios guardias el día que me trasladaron a mi celda.

—Ven, acompáñame.

Acabé de incorporarme. Lo miré. No me habían sacado de la celda de aislamiento desde mi llegada. ¿Dónde me llevaban? Observé dos guardias armados tras el alcaide. Máximas precauciones para trasladarme a donde quiera que fuese. Seguí los pasos del alcaide con los guardias a mis espaldas. Caminamos por un largo pasillo con celdas a ambos lados, atravesamos un patio exterior en esos momentos vacío y, tras subir seis escalones y cruzar una puerta metálica verde, otro estrecho pasillo nos condujo al lugar donde me indicaron que entrara. No era una celda, era una estancia más amplia y estaba mejor iluminada. Había una mesa y dos sillas enfrentadas en el centro, bajo una lámpara fluorescente. ¿Una sala de interrogatorios? No, no era lógico querer interrogarme o torturarme a esas alturas. ¿Para sacarme qué? Yo ya había explicado mis motivaciones el primer día, en el centro de detención de alta seguridad. Mis ojos observaron el suelo con detenimiento. No había manchas sospechosas de ser rastros de sangre, sombras que delatasen una limpieza tras una ejecución. La sangre siempre deja

rastros: marcas en las superficies y el olor en el ambiente. Descarté que fueran a ejecutarme, al menos en esa estancia. Los guardias armados se quedaron en la puerta, vigilándome mientras el alcaide salía para volver a aparecer varios minutos después. Me lanzó una bolsa de plástico que atrapé al vuelo. Saqué varias prendas: pantalón negro, camiseta blanca y una sudadera del color de la tierra oscura.

—Vístete con eso. Creo que puede ser tu talla —dijo.

Aún no entendía muy bien aquello, pero hice lo que me decía. Me quité el buzo de presidiario que me habían dado a mi llegada a prisión y me puse el pantalón y la camiseta.

—Todo —me dijo—. Póntelo todo.

Me encogí de hombros y me puse la sudadera. En parte lo entendí. No puedes subestimar lo que puede hacer un kidon con una simple prenda en sus manos. Le vi mirar hacia la puerta. Escuché pasos que se acercaban.

—Las manos a la espalda —me ordenó—. Las esposas —le indicó a uno de los guardias.

Dejé que me esposaran. Mi curiosidad por esa extraña situación iba en aumento. ¿Qué iba a pasar en los próximos minutos? La respuesta llegó un instante después: el Primer Ministro de Israel cruzó el umbral con la mirada clavada en mí.

CAPÍTULO 75

Venía acompañado por varios hombres de su seguridad personal. Grandes, con largos abrigos negros y pinganillos. Los guardas de la prisión se cuadraron ante su presencia. El Primer Ministro avanzó hasta quedarse enfrente de mí. Traía un sobre marrón en una mano. Se giró para hablarle al alcaide.

—Lo habéis esposado.

—Señor, el protocolo de… —empezó a decir el funcionario de prisiones.

El Primer Ministro negaba con la cabeza.

—Quitadle las esposas.

—Sí, señor —contestó haciendo un gesto al guardia que me había esposado.

El guardia quitó las esposas y volvió junto a la puerta.

—Quiero estar a solas con este hombre —dijo el Primer Ministro.

—Pero, señor, ese hombre…

La máxima autoridad de Israel se giró hacia el alcaide, sin decir nada. Su rostro lo decía todo.

—Sí, señor —fueron las palabras del otro antes de desaparecer por la puerta con sus dos guardias.

Vi que un par de hombres del Primer Ministro se quedaron en la puerta. Él les hizo un gesto para que salieran. Sus gestos transmitían inconformidad, pero, tras observarme durante varios segundos, salieron fuera. No cerraron la puerta completamente, y yo estaba seguro de que se quedaron allí mismo, en estado de alerta para simplemente empujar la puerta y entrar con rapidez en caso necesario.

—¿Nos sentamos? —El Primer Ministro señaló las sillas.

Asentí y ocupé una de ellas. Él dejó el sobre en la mesa y se sentó en la otra, mirándome a los ojos.

—Shemesh —dijo.

—Señor.

Se quedó observándome unos instantes con ojos inteligentes e inquisidores.

—Entiendo que sabes lo que has hecho —dijo por fin. Asentí—. Amenaza contra la vida de un alto cargo del estado. —Dio un par de toques con un dedo en el informe—. Eso es lo que pone ahí.

Quedó en silencio tratando de analizar mi reacción a esas palabras. Me mantuve imperturbable. Sonrió.

—Un tribunal podría sentenciarte a varias décadas de prisión, chico. Te pudrirías aquí o en otra cárcel de máxima seguridad.

No respondí. No podía evitar pensar que, al otro lado de la mesa, al alcance de mis manos, tenía al máximo representante del Estado de Israel. Era la máxima expresión de poder en mi país, y una de las personas más poderosas del mundo entero. Alguien que, con una sola orden, podía enviar a todo un ejército y centenares de misiles más allá de las fronteras, arrasando países y provocando un genocidio en cuestión de días. Y ahí estaba, hablando conmigo. Si me abalanzaba sobre él, de nada le serviría su rango; acabaría con él en segundos, antes de que sus escoltas pudieran reaccionar. Sonreí por dentro ante semejante paradoja.

—El informe llegó a mi despacho dos días después del… incidente, cuando acabaron de interrogarte. Cuando leí tu apellido, me acordé. Ariel Shemesh, hijo de Jacob Shemesh. Yo mismo te entregué en mi despacho la medalla al valor, nuestra estrella de David. Lo recuerdo perfectamente.

Asentí. Esa medalla colgaba del collar de mi gata, Santa. Nunca me han gustado los trofeos que premian la individualidad, ni me han interesado las ceremonias donde te hacen creer importante.

—Pedí tu ficha completa. —Le vi mirar hacia el sobre—. Un historial impecable. Misiones imposibles, acciones heroicas y… —hizo una pausa, sonriendo—, un sentido del compañerismo muy marcado. Eres capaz de saltarte órdenes y protocolos si puedes salvar a un compañero en peligro, incluso arriesgando tu vida.

Me mantuve en silencio, dejando que el Primer Ministro soltase su discurso, con la incertidumbre de no saber por dónde iba todo aquello.

—En el interrogatorio has realizado acusaciones graves contra Gideon Ashkenazi, tu superior. Aseguras que vendió a tu padre y a otros dos agentes a los rusos. Dices que varias de sus cuentas en el extranjero han engordado misteriosamente.

Asentí. Sabía lo que me iba a preguntar a continuación.

—¿Cómo conseguiste esa información?

—Señor —dije—. No revelaré esa fuente.

Observé cómo asentía, con una ligera sonrisa en sus labios.

—Ocultar información sensible relacionada con nuestros servicios de inteligencia es un delito grave.

No respondí.

—Sí, lo suponía. El informe no miente. Ariel Shemesh protege a compañeros y es capaz de cargar con la culpa con tal de no delatarlos. —Hizo una pausa para observarme con más intensidad—. Pero ¿sabes qué, chico? Me gustas. En serio, lo he estado pensando. Si yo fuera un activo de la agencia, me gustaría tener gente como tú a mi lado. No todo el mundo es capaz de hacer lo que tú has hecho y mantenerse en silencio.

Cogió el sobre y sacó varios folios. Me miró.

—Creo que has hecho grandes cosas por este país y no mereces acabar aquí. No habrá juicio porque voy a indultarte. Hoy mismo podrás ir a tu casa. —Se quedó unos instantes callado, observando mi reacción. No pude evitar alzar una ceja—. Pero lo que has hecho debe tener una consecuencia, chico. Quedas expulsado de la agencia, por tiempo indefinido.

En ese momento empecé a atar cabos. El Primer Ministro no iba a informar a un agente de campo como yo de información sensible de estado, pero yo sabía lo que estaba ocurriendo. Tras mi declaración, ese informe había llegado al Primer Ministro y él había ordenado una investigación a la división de contrainteligencia. Habían encontrado indicios. Y seguramente él habría ordenado que investigaran a Ashkenazi sin que el director del Mossad lo supiera, para poder tirar del hilo hasta el final y comprobar si realmente

estaba actuando como un doble agente, vendiendo información a los rusos.

El Primer Ministro cogió el sobre y se puso en pie. Giré la cabeza cuando vi a uno de sus guardaespaldas entrar en la estancia. Un instante después entró el segundo.

—Señor… —comencé a decir.

—Dime, Shemesh.

—¿Mi padre? ¿Se sabe…?

Se quedó observándome sin contestar de inmediato. Su semblante no transmitía emociones, era como una estatua de hielo incapaz de sentir, esculpida solo para representar superioridad. Negó con la cabeza.

—Los rusos lo niegan, pero yo me pondría en lo peor, Shemesh.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—Señor, tenía pensado salir del país. Visitar a mi madre y a mi hermana, en España.

Se detuvo, pero no se giró para contestar.

—Haz lo que quieras, chico. Considérate libre —contestó. Pero enfatizó muy bien sus siguientes palabras—. Pero recuerda cada minuto de tu vida quién eres, qué eres y… a qué país le perteneces.

El Primer Ministro salió por la puerta y yo me quedé allí, sentado, tratando de asimilar que no me pudriría en una celda, que era teóricamente libre. Tratando de asimilar que probablemente los rusos habían ejecutado a mi padre.

Dos horas después, un vehículo de la prisión me dejaba en el portal de mi edificio de apartamentos. Lo primero que hice fue visitar a mi vecina, Miriam Shushan. La señora Shushan era una viuda de setenta y un años que vivía con sus cuatro gatos y que se encargaba de cuidarme a Santa cuando yo estaba fuera de casa, en alguna misión. Me dio un caluroso abrazo, me invitó a una taza de *sahlab* con unas pastas y me contó que Santa había estado muy a gusto con sus vecinos felinos. También me preguntó por mi padre y le contesté que estaría una larga temporada fuera, por cuestiones de trabajo. Ella creía que nosotros éramos representantes de una

empresa de tecnología, y que continuamente estábamos trabajando en las diferentes delegaciones en el extranjero.

Tras llevarme a Santa a mi apartamento, comencé a planificar el viaje a España. En un mapa, tracé la ruta de los diferentes países que atravesaría. Saldría al día siguiente, en mi furgoneta. Antes de salir me pasaría por el apartamento de Yuval y le dejaría un mensaje en clave en un folleto de propaganda en su buzón, dándole las gracias y diciéndole que todo estaba bien.

Empezaba una nueva vida para mí. La puerta de la agencia se había cerrado a mis espaldas, quizás para siempre. Abandonaba mi país natal con sentimientos encontrados. No podía quitarme el dolor de la traición por lo de mi padre, y esperaba que los sentimientos de angustia y decepción se fueran diluyendo con el tiempo.

Tenía unas ganas enormes de visitar mi segunda tierra, España, por primera vez en mi vida. Estaba exultante ante la posibilidad de viajar por toda la península en mi furgoneta, con Santa a mi lado, visitando lugares en los que, mil años antes, había estado Ruy Díaz de Vivar. Y, sobre todo, tenía muchas ganas de abrazar a mi hermana Carol y a mi madre. No las avisé de mi viaje. Quería que fuera una sorpresa inolvidable.

Actualmente viajo por España, la tierra de mi madre. Estoy conociendo el país, conectando con mis raíces hispanas. Tratando de borrar imágenes de mi pasado. Tratando de mitigar el dolor de la pérdida. Y también el de la traición.

Viajo en furgoneta, y siempre con mi gata.

PARTE VII

«UN DÍA DE FURIA»

CAPÍTULO 76

Madrid, España. Año 2024

Aparqué y apagué el motor de la furgoneta. Alcé la vista y observé la vivienda. La placa del muro indicaba el número doce. Era un bonito chalet, en una urbanización de Boadilla del Monte, a unos treinta minutos conduciendo desde el centro de Madrid. Era la casa de Carol, el hogar de mi hermana. Todavía me costaba creer que estaba en España, por primera vez en mi vida. La tierra de mi madre, de mis raíces hispanas. Me quedé con las manos en el volante, pensativo. Hacía varios días de la conversación con el Primer Ministro. Dejaba atrás mi país, mi ciudad, mi hogar. No sabía por cuánto tiempo, no sabía qué me depararía el futuro. Pero en esos momentos tampoco me importaba. Salir de allí era como huir del dolor, el de la pérdida de mi padre. Sabía que esa posibilidad siempre estaba ahí. Un agente de campo puede ser detectado, capturado y ejecutado por el servicio de inteligencia de otro país. Nos entrenan para entender eso desde el principio. Pero en esos momentos me di cuenta de que uno nunca está realmente preparado para esa situación. Perder a mi padre me había roto. La imagen de ambos despidiéndonos en mi apartamento de Tel Aviv venía una y otra vez a mi mente. Hacía tres meses de eso. Él salía hacia Chechenia con otros dos agentes para recabar información sobre un objetivo que estaba en el punto de mira del Mossad. Un par de semanas después yo viajaría a Estonia. Allí me iba a reunir con el resto del grupo del Proyecto Clean Team para preparar la operación de la mansión del magnate ruso. Su rostro sonriente desde el umbral de la puerta, el abrazo, las palabras: «Suerte, Ariel, te dejaré aviso cuando esté de vuelta. Ten cuidado, hijo».

Esas palabras. «Ten cuidado, hijo». Siempre eran sus últimas palabras cuando nos separábamos al emprender una nueva misión. Y, cuando volvíamos, siempre nos dejábamos el mismo aviso, él en el buzón de mi apartamento y yo en el suyo: un panfleto publicitario, de cualquier empresa, en el que dibujábamos la cara sonriente de un gato y la fecha en la que habíamos vuelto de nuestra misión en la esquina inferior derecha. Era nuestra manera de decir que ya estábamos en casa. Apreté con fuerza el volante, con la mandíbula tensa, con la mirada perdida. Ya no habría más gatos sonrientes ni más «ten cuidado, hijo».

Esperé casi una hora acariciando a Santa hasta que se abrió la puerta de la propiedad. Miré el reloj del salpicadero. Eran las siete y diez de la mañana. Supuse que iría a trabajar en coche, pero Carol salió a pie por la puerta peatonal. Llevaba un maletín en una mano y un pequeño bolso colgando de un hombro. Tenía el pelo más largo que la última vez que nos habíamos visto, hacía más de un año y medio, en su visita a Tel Aviv, cuando decidimos que lo mejor era que mamá regresara con ella a Madrid. Mi padre y yo pasábamos demasiado tiempo fuera de casa, lejos de Israel, y mi madre se quedaba sola más de lo que debería. Lejos de nosotros, pero también lejos de su hija en España. Carol era su primera hija, fruto de un matrimonio anterior con un empresario español. Cuando Carol me propuso que nuestra madre pasara una temporada con ella, me pareció una buena idea. Mamá no puso pegas. Añoraba a su hija, y yo sabía que también añoraba España.

Dejé a Santa en el asiento de copiloto cuando mi hermana estaba a menos de diez metros de la furgoneta. Abrí la puerta, salí y me apoyé sobre el capó delantero, con los brazos cruzados en el pecho y mi mejor sonrisa en la cara. Mi hermana no estaba pendiente, iba mirando la pantalla de su móvil.

—Perdone, señorita, ¿conoce algún sitio por aquí cerca donde pueda desayunar?

La vi levantar la mirada de la pantalla. Y después, la sorpresa en su rostro. Abrió la boca, dejó el maletín en el suelo soltando un «¡joder!» y se lanzó a mis brazos. Nos dimos un abrazo de esos que quedan para el recuerdo. Pudimos estar así, abrazados, sin

soltarnos, sin poder decir nada, varios minutos. Yo notaba su respiración entrecortada. Cuando se separó de mí tenía lágrimas en los ojos. Puso las manos en mi rostro, con cariño, con ternura. Me miró.

—Ari, joder, estás aquí… ¿Cómo…? ¿Por qué no me has avisado? ¿Qué haces aquí? —Cerró los ojos, los volvió a abrir y continuó con su batería de preguntas—. ¿Vas a quedarte un tiempo? Oh, Dios mío, estás aquí, en mi casa, no me lo creo, joder, no me…

—Tranquila, Carol, tranquila. —Sonreí, le quité una lágrima de la mejilla con el dorso de mis dedos—. Yo también me alegro de verte.

Posé mis ojos en el maletín. Ella siguió mi mirada.

—Supongo que vas a trabajar. Mira, puedo esperarte y nos ponemos al día cuando vuelvas. Prometo responder a todas tus preguntas —le dije guiñando un ojo.

—No, no, no, para nada. —Sacó el móvil que había guardado en el bolsillo de su chaqueta—. Ahora mismo llamo a mi secretaria y le digo que me anule la agenda, que me cojo el día libre.

—No, de verdad, Carol, no hace falta, luego podemos…

Llevó su mano a mi boca, obligándome a callar.

—En mi agenda mando yo, nene. Y tú, como mi hermanito menor, ya sabes. Callar y obedecer.

Solté una pequeña risita y asentí, rindiéndome a sus órdenes. La vi mirar hacia la furgoneta. Santa estaba subida en el salpicadero, observando con curiosidad, vigilante. Carol se acercó hacia ella.

—Oh, ¡has venido conduciendo desde allí, y te has traído a Santa! —Me miró con una amplia sonrisa en el rostro—. Eso solo puede significar que no vienes para una visita fugaz, en plan «hola, abrazo y adiós», ¿verdad, Ari?

Sonreí, me encogí de hombros.

—Bueno, en principio, vengo con idea de pasar una temporada, sin fechas concretas. Quería haceros una visita a mamá y a ti, quizás pasar uno o dos días juntos y… la idea es visitar algunas zonas de España que me hace ilusión conocer.

—¡Vaya! —Arqueó las cejas—. ¿Una temporada en España? ¿Sin fechas concretas? ¿A vosotros os dan vacaciones así, en plan… sin fechas de vuelta?

Torcí el gesto. No sabía cómo explicarle lo sucedido a mi hermana. O quizás no quería contárselo. Lo de la operación fallida, lo de mi padre, los días en prisión, mi salida de Israel…

—Digamos que… estoy en modo *stand-by*.

—Vale, lo pillo. Algo así como «no tengo que trabajar, pero si me llaman, tengo que volver».

Me quedé pensativo varios segundos. Podía valer para salir del paso. Asentí.

—Algo así.

La vi sonreír. Me volvió a dar otro abrazo.

—Bueno, sea como sea, mi hermanito está aquí, joder, eso hay que celebrarlo. —Soltó sus brazos y señaló hacia su chalet—. Venga, coge a Santa y entremos. Os invito a un desayuno casero que os va a saber a gloria.

Señalé hacia su casa.

—¿Está mamá dentro?

Vi cómo el semblante de mi hermana cambiaba. Me miró a los ojos. Ella tardó en responder y yo noté un vacío en la boca del estómago.

—Ari, tengo que contarte algo sobre mamá.

No sé si fueron las palabras, el tono o el lenguaje corporal de mi hermana, pero en ese momento supe que otro huracán iba a poner patas arriba mi mundo.

CAPÍTULO 77

—¿En una residencia? Pero ¿cómo…?

—Todo empezó hace unos ocho meses, Ari. Mamá empezó a… no sé, yo la empecé a notar rara. Olvidaba cosas, demasiadas cosas. No se acordaba de lo que le había dicho unos momentos antes. —Cerró los ojos y suspiró—. Un día salió a dar un paseo por aquí, por la urbanización. Algo que había hecho muchas veces. No supo volver, Ari. Me volví loca buscándola, llamé a la policía. Apareció junto a un centro comercial, a casi tres kilómetros de aquí, desorientada, sin saber decir su nombre a quienes se acercaron a ayudarla.

Bajé la mirada. Inspiré y solté el aire. Necesitaba soltar la presión del pecho.

—La llevé a mi médico, que me derivó a otro. A un neurólogo, uno de los mejores especialistas de Madrid. Pruebas y más pruebas. —Me miró a los ojos—. Mamá sufre un tipo de enfermedad degenerativa, una especie de demencia senil galopante.

—Galopante —repetí sin ser consciente de haberlo dicho. Galopante. Un adjetivo más propio de caballos que de diagnósticos.

—Tuve a mamá los siguientes tres meses en casa —continuó Carol—, estuve sin trabajar para atenderla, pero…

Su voz se quebró en el inicio de un llanto. No dije nada. No podía.

—Era imposible. No era capaz de atenderla como ella merecía. Lo mismo estaba horas sin moverse, como una estatua mirando por la ventana, que salía de casa sin avisar, en un momento en el que yo estaba duchándome o en cualquier otro lugar de la casa. —Hizo una pausa. Le costaba hablar—. Era un peligro. La vitrocerámica, la caldera, las herramientas que guardo en el garaje. Un día estaba yo hablando por teléfono y sentí un fuerte olor a gas. Cuando fui a ver

qué pasaba, la vi hurgando en la caldera, con el gas encendido. La grité, la intenté apartar. Cogió un cuchillo de la encimera y me dijo: «Si te acercas a mi pequeña te rajo de arriba a abajo, hija de mala perra». —Cerró los ojos. Vi cómo las lágrimas descendían por su rostro—. No me reconoció, Ari. Mamá no me reconoció.

Tragué saliva. No respondí. Seguí mirando al suelo sin poder mirar a mi hermana, como si no fuera capaz de enfrentarme a las palabras que salían por su boca. Carol se recompuso y continuó.

—El neurólogo volvió a revisar a mamá y me recomendó, mejor dicho, casi me obligó a ingresarla en una residencia especializada en ese tipo de trastornos degenerativos. Allí tienen médicos y recursos para garantizar su seguridad y su calidad de vida.

«Garantizar su seguridad y su calidad de vida». ¿Qué había pasado con mi madre? ¿Por qué? ¿Por qué a mí, por qué a nosotros? Me levanté. Santa, que estaba tumbada junto a mí, se incorporó y me observó con esos ojos felinos de un azul cristalino que transmitían viveza e inteligencia. Caminé unos pasos hasta la ventana y me quedé mirando la calle. Mirando, pero sin observar. Estaba aturdido y confundido. Una parte en mi interior se negaba a aceptar aquello. Era mamá. Mi madre, mi… mi todo. Noté lágrimas formándose en mis ojos.

—Llévame allí.

Pasos a mi espalda. Mi hermana me abrazó por detrás. Noté su calor, su respiración entrecortada en mi nuca.

—Llévame, Carol, llévame a ver a mamá.

CAPÍTULO 78

La residencia estaba en el centro de Madrid, en la calle Arturo Soria. Era un edificio blanco, moderno, luminoso. Me recordó a un hotel de lujo de Oslo donde años atrás actué en una operación encubierta. Pero yo sabía que el envoltorio es solo eso, un envoltorio. El mármol blanco y las cristaleras no podían ocultar las batallas que se libraban dentro: la oscuridad de enfermedades crueles que apagaban vidas día tras día. En esa guerra, la soledad y el tiempo eran las armas más eficaces.

Mi hermana me guio por varios pasillos largos, de un suelo brillante, encerado. Olía a ambientador caro, una fragancia de vainilla y violetas. Otro intento de enmascarar el característico e inevitable olor de la vejez, de la decrepitud, de la muerte. Nos paramos frente a una puerta, la número siete de la primera planta. Carol me miró a los ojos.

—Escucha, Ari. Mamá no es la mamá que recuerdas.

—Lo sé, me lo has dicho varias veces.

Ella suspiró. Seguía mirándome a los ojos.

—No te reconocerá.

—Lo sé. También me lo has dicho varias veces.

Mi hermana desvió la mirada hacia la puerta y la posó nuevamente en mis ojos.

—¿Preparado?

—Sí —mentí.

—Bien, actuemos con normalidad, no le des importancia a sus gestos o comentarios disparatados, si es que los hace. Háblale como siempre le has hablado.

«Normalidad» era una palabra que en esos momentos escapaba a mi control. Carol abrió la puerta y ambos entramos. Era una

habitación individual, acogedora, decorada con estilo. Más parecido a un hotel que a una residencia. Mi corazón latía con fuerza, a un ritmo taquicárdico. Traté de controlar mis nervios. Mi madre estaba sentada en un sillón, dándonos la espalda, mirando por el amplio ventanal de la habitación. Fuera se podían ver unos jardines bien cuidados, con una fuente de piedra en el centro. Había personal de la residencia paseando con varios ancianos que arrastraban los pasos con andadores y bastones. Carol se acercó a mamá, le tocó un brazo y se inclinó hacia ella.

—Hola, mamá. Hoy vengo con una visita muy especial. Ha venido a vernos Ariel.

Mamá no respondió. Su mirada seguía perdida a través de los cristales. Yo no me moví. Sentía mi boca seca. En ese momento tuve miedo de enfrentarme a algo para lo que no estaba entrenado: la pérdida de mi madre. Mamá estaba allí, en cuerpo presente, pero sus recuerdos se desvanecían. Entendí que somos memoria; nuestra vida es un tapiz formado por miles de hilos entretejidos que dan sentido a la existencia. Y el tapiz de mamá se estaba haciendo jirones.

—Acércate, Ari —dijo Carol.

Avancé con pasos indecisos. Me coloqué junto a mamá. La observé. Ella seguía mirando a través del ventanal, ajena a toda presencia en la habitación. Estaba bastante más delgada que la última vez que nos vimos. Mi madre mantenía esa esencia de belleza femenina en sus facciones, en cambio, su mirada había perdido el brillo y el aura inteligente que yo recordaba. Era una mirada distante, opaca, vacía. Intenté tragar una saliva que no tenía. Me acerqué más, la toqué el hombro con delicadeza. Miré a mi hermana. Carol asintió. Le di a mamá un beso en la mejilla.

—Hola, mamá, soy Ari. He venido a verte. —No pude controlar mi voz quebrada—. He venido a… estar contigo.

Ella siguió impasible, con esa rigidez en sus facciones, típica de enfermedades degenerativas que van transformando a personas en formas pétreas, carentes de una expresión facial que demuestre la más mínima emoción. Cerré los ojos. Empezaba a notar la humedad

bajo mis párpados. Inspiré y solté el aire lentamente, tratando de relajarme, de entender. De aceptar.

Carol se dio cuenta. Carol es lista.

—Ari, os dejo un rato a solas, ¿vale? El tiempo que precises, cariño. Estaré en la cafetería. Tengo que hacer unas llamadas de trabajo, así que no te preocupes por mí. Cualquier cosa que necesites, te acercas y me dices.

Asentí. Mi hermana me dio un abrazo. Cogí aire y lo mantuve para no romper a llorar en ese momento. La vi salir de la habitación. Me giré hacia mi madre. Seguía en la misma postura, sin moverse, sin quitar la vista de la ventana. Cogí una silla que había en una esquina de la habitación y la coloqué junto a su sillón. Me senté y posé mi mano sobre la suya. Mamá no se inmutó. Me quedé así varios minutos, pensativo, tratando de espantar los demonios que acudían a mi mente. Estaba perdiendo a mi madre. Quizás ya la había perdido. Puede que ella nunca volviese a ver a su hijo, a reconocerlo, a hablar con él, a pesar de tenerlo a su lado cogiéndole de la mano. No luché por contener mis lágrimas. Las dejé salir, a borbotones, rompiendo la presa de mis sentimientos, mi pantano de emociones. Estuve llorando durante minutos, maldiciendo en silencio, mirando por un ventanal que parecía mantener absorta la mente de mi madre. Cuando me recompuse pensé que quizás lo justo sería sacar esos sentimientos afuera, en voz alta, contárselos a mi madre. Lo justo para ella. Lo justo para mí. Seguramente ella no entendería mis palabras, no prestaría atención a la voz de un extraño. Quizás para ella sería como un ruido de fondo más, formando parte de un entorno distorsionado y brumoso. Pero sentí que en ese momento necesitaba vaciarme, no dejar nada dentro. Cogí aire durante varios segundos y lo solté. Coloqué la silla enfrente de ella y le cogí las dos manos con suavidad, con la dulzura y el cariño que ella siempre me había regalado. Mamá seguía con la mirada perdida. Mirándome sin verme.

—Mamá —comencé a decir con un nudo en la garganta—, he venido a verte, a visitaros a Carol y a ti. Han pasado casi dos años desde la última vez y… —hice una pausa. No iba a ser fácil—, quiero que sepas que…

Cerré los ojos. Más lágrimas.

—Te quiero, mamá. Quizás no te lo he dicho tanto como debería, o tanto como mereces. Te quiero por estar siempre ahí, por la familia que creaste, por el amor incondicional que siempre nos has mostrado. —Otra vez el nudo en la garganta. No estaba siendo fácil, joder—. Te quiero por tu valentía, por ser esa madre coraje que nunca se amilanó ante nada ni ante nadie. Por enseñarme que, sin respeto, honestidad y justicia, todo lo demás no importa, no sirve para nada. —Sentía el calor de las lágrimas descendiendo por mi rostro. Continué mirando a sus ojos vacíos de emoción—. Te quiero y te querré siempre, mamá, siempre te tendré en mi memoria, tu nombre siempre estará en mis labios.

Paré para recomponerme, para tratar de respirar, para que mi voz no saliese quebrada desde una garganta que sentía atenazada por la emoción. Inspiré y solté el aire en un largo suspiro.

—Tengo que contarte algo, mamá. No sé si lo entenderás, pero necesito que lo escuches. —Hice una pausa. Suspiré—. Es sobre papá. Seguramente no volveremos a verle. Estaba en una operación especial y… aún no sé por qué, pero… algo salió mal y… los rusos lo capturaron. —Mi madre seguía inmóvil, sin reaccionar—. Al parecer, todo indica que él y otros dos agentes fueron apresados y… seguramente interrogados y ejecutados. —Apreté los dientes. Solo el hecho de mencionar lo de mi padre me generaba una rabia interior que me costaba contener. Suspiré—. Pude leer un documento de mi amigo Yuval, del departamento de Inteligencia. Decía que el agente Jacob Shemesh…

No sé qué encendió la chispa, si fue el nombre de mi padre o mi propia voz, pero la mirada de mi madre se enfocó de repente. Sus ojos buscaron los míos con un brillo nuevo. Sus manos agarraron las mías con fuerza.

—He hablado con tu padre, Ariel. Puedes estar tranquilo, mi pequeño. Lo que te han hecho no volverá a suceder.

CAPÍTULO 79

Me eché un poco hacia atrás, dejando que sus manos continuaran apretando las mías. Yo estaba en *shock*, no me lo esperaba.

—¿Mamá? —conseguí decir.

—Ari, no volverá a suceder, cariño. Ya le he dejado claro a papá que no te llevaremos de nuevo donde esos hombres de batas blancas. —Sus labios consiguieron dibujar una sonrisa—. No más juegos, cariño. No más pruebas.

Fruncí el ceño. Traté de situarme en el contexto al que se refería mi madre. Mi corazón volvió a latir con fuerza, nervioso, no quería dejar escapar esa oportunidad. Quería hablar con mi madre, aprovechar ese momento de lucidez, ese instante en que la maldita enfermedad había bajado la guardia.

—No te entiendo, mamá. ¿De qué me hablas? ¿Qué es eso que has hablado con papá?

Mi madre apretó un poco más mis manos y amplió la sonrisa.

—De lo de ayer, cariño. Las pruebas en ese colegio raro, lo que le hiciste al hombre malo que os asustaba. Lo que no querías contarme. No fue culpa tuya, Ari. Actuaste muy bien y tanto papá como yo estamos orgullosos de ti. —Una de sus manos se posó en mi muslo y dio dos palmaditas—. Y estate tranquilo, cariño, que no volveremos a llevarte allí.

Mi madre se giró a uno y otro lado para mirar por la habitación.

—¿Dónde has dejado tu gato de peluche?

Y en ese momento lo entendí, ese recuerdo que, sin saber cómo ni por qué, se estaba procesando en el cerebro de mi madre, me llegó con claridad. Las pruebas de la agencia, cuando yo tenía unos seis años. El incidente con el hombre disfrazado para monitorizar nuestra reacción frente al miedo. Quise seguirle la corriente, estaba

emocionado al verla reaccionar, deseaba tener una conversación con ella, aunque tuviese que retroceder a mi yo de seis años.

—Lo he dejado en mi habitación, mamá. Para no perderlo.

—Oh, muy bien, cariño —respondió con una sonrisa.

Después se quedó en silencio. Tuve miedo de que las brumas de su mente hubieran regresado para envolver sus recuerdos y nublar sus pensamientos. Decidí hablar para que esa conversación no fuese la última con ella.

—Mamá.

Mi madre reaccionó.

—Dime, cariño.

—Me gustó lo que me contaste de Ruy Díaz, lo que le ocurrió en el mercado y cómo sus padres le perdonaron. —No pude evitar esbozar una sonrisa. Recordaba aquella conversación con mi madre. La tenía grabada en mi memoria porque fue la primera vez que ella me habló del Cid Campeador.

—¿Te gustó, Ari?

—Sí, mamá. Y estoy muy ilusionado por llevar la sangre de ese guerrero.

Nos miramos a los ojos. Ella estaba viendo a su hijo de seis años. Yo, por primera vez desde que había entrado en esa habitación, estaba viendo a Alicia de Vivar. Estaba viendo a mamá. Sus facciones cobraron algo de vida, sus ojos se abrieron un poco más, en un pulso interno contra la maldita enfermedad.

—¿Quieres que te cuente alguna historia más de Ruy?

Sonreí. Tragué saliva. Un par de lágrimas cayeron al dorso de mi mano.

—Por favor, mamá. Me encantaría.

Sonrió. Para mí, en esos momentos, era sin duda la sonrisa más bella del planeta. Hizo un gesto con sus manos en sus muslos. Cuando era pequeño, después de merendar, me gustaba colocar mi cabeza en su regazo mientras ella me revolvía el cabello contándome las andanzas del Campeador. Aparté la silla y me puse de rodillas en el suelo. Me eché con cuidado hacia ella, apoyando mi cabeza en su regazo. Comencé a notar sus dedos acariciando mi cabello.

—¿Te he contado el momento en el que el rey Alfonso VI decidió desterrar a Ruy? Cuando lo expulsó de Burgos, de su amada tierra.

Mamá me había contado ese suceso decenas de veces. Me sabía su relato de memoria, incluso las pequeñas bromas que incluía para hacerme reír.

—No, mamá. Ese nunca me lo has contado.

Y mi madre comenzó a relatar las desventuras del Campeador, tal y como yo recordaba de aquellas tardes en Tel Aviv, imitando la solemne voz del rey, las obedientes respuestas del héroe burgalés y las insolentes intervenciones de algún que otro conde castellano envidioso de las hazañas del Campeador. Lloré como no lo hice a los seis años, mientras sus dedos se enredaban en mi cabello. Lloré mientras Alicia le contaba a su pequeño Ariel cómo el Cid salió de Burgos con el orgullo herido y la cabeza alta; cómo dejó atrás las murallas con un puñado de seguidores que acabarían siendo la mesnada más temida de cuantas han galopado y batallado en la península.

Fueron más de dos horas del momento más emotivo que recordaré jamás. Cuando Carol entró por la puerta y se acercó a nosotros, mi madre hacía rato que había dejado de hablar, que su mirada se había vuelto vacía y distante de nuevo. Las malditas brumas de la demencia habían cubierto por completo su lucidez, arrebatándome a mamá para llevársela a los rincones más oscuros y sombríos de su cerebro. Mi hermana me vio sentado en el suelo junto a las piernas de mamá, con los ojos enrojecidos y llorosos, sollozando, sin querer separarme de ella, sin poder hacer nada contra un enemigo invisible que cada vez conquistaba más terreno en la mente de Alicia de Vivar.

Carol se arrodilló junto a mí. Me abrazó.

—Ari, por Dios, Ari —me dijo con voz temblorosa.

—No, mamá no, ¿por qué? Oh, Carol, todo el tiempo que he estado fuera, en operaciones, por el mundo y… —mi voz se quebraba por momentos—, ella estuvo sola todo ese tiempo y…

—No digas eso, Ari. Has sido el mejor hijo que una madre puede tener…

—No, mamá… yo…

—Ariel, mamá siempre ha estado orgullosa de ti, ¿vale? —Me cogió la cara en sus manos y me miró a los ojos. Los suyos también estaban húmedos y vidriosos—. Y siempre lo estará, Ari. Mamá siempre estará orgullosa de ti.

No pude responder. La presión en el pecho y el nudo en la garganta sometían mi voluntad. Solo pude abrazar a mi hermana y seguir sollozando y gimiendo como un niño pequeño. Como un niño de seis años que siente que ha perdido a su madre.

CAPÍTULO 80

Salimos de la residencia a las ocho de la tarde. Carol me ofreció su casa para quedarme varios días, pero decliné su oferta. Le dije que necesitaba procesar lo de mamá a solas, para aceptarlo, para poder visitarlas con otro ánimo, quizás en un par de semanas. Mi idea era viajar unos días con Santa para desconectar, salir de Madrid, hacia el norte de España, acercándome a Burgos, las tierras donde hacía casi mil años nació Ruy Díaz de Vivar. Pensé que eso me relajaría, me distraería y aliviaría el dolor que sentía dentro de mí. Carol lo entendió, me dio un fuerte abrazo y me hizo prometerle que en un par de semanas aparecería de nuevo por su casa.

Monté en la furgoneta y conduje hacia el norte, sin estar muy pendiente de carteles y señales que aparecían en la autovía. Mi cabeza todavía estaba en la habitación de la residencia, mis retinas tenían grabada la imagen de mi madre, ausente, con esa mirada perdida que atravesaba el ventanal para posarse en ninguna parte. Todavía notaba una ligera sensación de opresión en el pecho, como si mi corazón aún no hubiera acabado de lamer sus heridas. Pero yo sabía que esas heridas dejarían cicatrices para siempre, porque mamá ya no volvería a ser la de antes. Santa había pasado al asiento del copiloto y me lanzaba miradas furtivas, sabiendo que algo no iba bien con su amo.

Tras una hora de conducción, decidí parar en un área de descanso. No tenía apetito, así que decidí preparar la cama y echarme a dormir. Cuando me tumbé, Santa se acercó, se frotó varias veces contra mí y se hizo un ovillo a mi lado. No puedo decir que esa noche dormí. Pasé horas mirando al techo, escuchando los monótonos ronquidos de Santa y luchando contra las imágenes del semblante rígido e inexpresivo de mi madre. Cuando el sueño

parecía vencerme, desperté sobresaltado por los retazos de una pesadilla: mi madre era engullida por un líquido negro, espeso y humeante. Ella alargaba la mano hacia mí, gritando mi nombre, pero yo era incapaz de alcanzarla para salvarla. Santa se despertó bufando, molesta, pero un momento después vino a mi lado y comenzó a lamer el dorso de mi mano. Yo estaba sudando. Aparté la cortinilla de la ventana y vi que estaba amaneciendo. Estaba claro que dormir iba a ser imposible, así que decidí recoger la cama y ponerme al volante para tratar de calmarme, de distraerme.

Recorrí unos cuarenta kilómetros y decidí entrar en una población, de la que ni recuerdo el nombre porque no estaba pendiente de los carteles. Creo que era provincia de Segovia. Mi idea era darme un paseo para despejar la cabeza y entrar en alguna cafetería para desayunar algo.

Aparqué junto a un parque, bajé de la furgoneta y comencé a caminar. A unos treinta metros por delante, un Audi rojo estaba estacionando. El conductor salió primero y abrió la puerta del copiloto. Una mujer rubia trataba de salir del coche. El hombre la agarró del brazo y tiró de ella, parecía molesto de que ella tardara tanto. Continué caminando hacia ellos. El hombre era delgado, vestía unos jeans, chaqueta vaquera y llevaba una gorra negra. Le vi susurrar algo a la mujer, de malos modos. ¿Una amenaza? Se pusieron a caminar en mi dirección. La mujer llevaba un brazo en cabestrillo y el hombre la agarraba de la muñeca del otro brazo. Me fijé en los nudillos blancos, en la fuerza con la que la estaba agarrando. Seguí caminando, acercándome a ellos. Ella era una mujer de unos treinta y tantos años, con una belleza natural que no podía enmascarar la tristeza de su semblante. Me fijé en algunas marcas violáceas en su ojo derecho y también en el cuello. Mis ojos se posaron en el rostro del tipo. Ceño fruncido, enfadado. Estaba a unos quince metros de ellos y ya notaba las malas vibraciones que desprendía. A medida que nos aproximábamos, vi que él susurraba otra orden mientras apretaba su muñeca con más fuerza. La vi asentir levemente, con miedo. No puedo evitar fijarme en los detalles; me entrenaron para que nada pasara desapercibido. Y los pequeños detalles suelen dar la información más valiosa.

En esos momentos no pasaba nadie por allí cerca, pero sé que cualquier otra persona que hubiera visto lo que yo vi habría pasado de largo. Un «no es asunto mío» para evitar problemas, un «mejor no meterme» para no enfrentarse a un tipo violento, pasar de largo para evitar una posible agresión. Muchas veces el miedo puede salvarnos el pellejo. Pero en muchas otras, nuestro miedo supone que el pellejo lo pierda otra persona. Nunca pasé de largo cuando vi que podía ser de ayuda, y esa vez no iba a ser una excepción.

Cuando estaba a varios metros de ellos, puse cara de sorprendido y le hablé a ella.

—Vaya, ¡cuánto tiempo! Te había perdido la pista, mujer.

Tanto ella como él se mostraron confundidos. Pero se pararon, yo estaba en medio de la acera, bloqueando el paso, mirándola.

—¿No me recuerdas? —continué—. Sí, mujer, han pasado años, pero, vaya, tú estás igual.

—Yo… no… —comenzó a decir ella mirándome.

—Aparta, imbécil —soltó él—, te estás equivocando de persona.

—No, para nada, nos conocimos hace años. Es verdad que yo tenía el pelo más largo y…

—¿No me has oído, subnormal? ¿Quieres que te reviente la boca?

No le respondí. Yo seguía mirándola. Sus ojos transmitían miedo. Le temblaban los labios. No se atrevía a hablar.

—¿Va todo bien? —dije dirigiéndome a ella con mis ojos fijos en los suyos.

No fue capaz de responder. La vi tragar saliva.

—Me cago en tu puta madre, payaso. Apártate si no quieres que te raje de arriba a…

—Estoy hablando con ella —le corté sin siquiera mirarle—. ¿Va todo bien? ¿Necesitas ayuda?

Ella desvió su mirada fugazmente hacia el hombre que la seguía agarrando por la muñeca y me miró. Comenzó a negar levemente con la cabeza.

—No, yo…

Escuché un *clic* a mi derecha y vi al hombre empuñando una navaja. Me giré hacia él sin quitar ojo del arma.

—¿Qué pasa, cabrón? —Sonreía mostrando unos dientes amarillos y marrones—. ¿Ya no eres tan valien…?

No acabó la frase. No esperaba una reacción tan rápida y brutal. Un codazo en la sien suele ser bastante eficaz para interrumpir frases. Al tipo se le doblaron las piernas y cayó como un muñeco de trapo. Quedó boca arriba, con los ojos en blanco y la lengua fuera.

—Oh, Dios mío. Qué has hecho… Ahora me va a matar, cómo explico yo que…

—Me estaba amenazando —contesté—. No me quedó más remedio. —La miré a los ojos—. Y creo que contigo no han sido solo amenazas.

—Sí, pero… no lo entiendes, no…

—¿Quieres que te acerque a una comisaría? Deberías denunciarlo. —Señalé su rostro—. ¿Lo has denunciado antes?

Ella negó con la cabeza.

—¿Policía? ¿Denunciar? No, no. Eso sería lo último.

Se acercó al hombre. Me miró.

—¿Está muerto? No se mueve.

Desvié la mirada hacia el tipo. Seguía con los ojos en blanco. Me encogí de hombros.

—Supongo que no. —Me agaché para coger la navaja del suelo, la metí en mi bolsillo y palpé el pulso del agresor en el cuello—. Pero estará un buen rato así. —Miré a la mujer—. ¿Por qué no quieres denunciar?

La vi tensar la mandíbula. Sus ojos transmitían una mezcla de miedo y rabia.

—Tienen a mi hija y a mi pequeño. Si aviso a la policía, si lo arrestan, él nos matará a todos cuando lo suelten. Me lo repite cada día.

Fruncí el ceño.

—¿Tienen? —Miré al que seguía inconsciente—. ¿Hay más aparte de este?

Asintió.

—Mi cuñado. Está en el caserón, con mis hijos. Es… —Hizo una pausa, le costaba hablar—. Es complicado.

—Quizás pueda ayudarte. Si me cuentas qué es lo que ocurre realmente.

Se quedó pensativa. Indecisa. Volvió a desviar la mirada hacia el suelo, al de la gorra. Comenzó a negar con la cabeza.

—No, tú no puedes… —Su voz sonaba débil y resignada—. Nadie puede ayudarme. Lo mejor será que espere a que se recupere para que me lleve a que el gordo me arregle el brazo.

Observé su brazo en cabestrillo.

—¿Te lo han roto?

No respondió.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Tengo la furgoneta aparcada ahí adelante —dije señalando a mi Volkswagen California—. Voy a meter a este dentro para no llamar la atención aquí en la calle. Me acompañas, me lo cuentas todo y yo trataré de ayudarte.

Se quedó mirándome, pensativa.

—¿Eres policía?

—No.

Estuvo un rato sin decir nada, evaluándome.

—¿Por qué haces esto?

Tardé unos segundos en responder.

—No me gustan los tipos malos.

CAPÍTULO 81

Cargué con el de la gorra al hombro y lo llevé hasta la furgoneta. Ella caminaba a mi lado susurrando que aquello acabaría mal. Una anciana que paseaba a un perro nos miró con el ceño fruncido; yo le devolví una sonrisa.

—Le tengo dicho que no se puede beber tanto —dije cuando pasaba a nuestro lado. La vi negar con la cabeza y susurrar algo en señal de reprobación.

Una vez en la furgoneta, le quité la chaqueta vaquera y la gorra. Con su propio cinturón le amarré las manos a la espalda y le até los tobillos con los cordones de sus botas. Cogí un trozo de esparadrapo de mi botiquín y le tapé los labios. No quería que Dientes Marrones se pusiera a chillar y llamara la atención. Santa se quedó observando al intruso inerte que yo había dejado tumbado y atado en los asientos traseros y me miró, como pidiendo explicaciones.

—Solo será un rato, te prometo que quitaré este paquete en cuanto pueda.

—¿Cómo? —dijo la mujer desde la acera.

—Hablaba con mi gata —respondí girándome hacia ella—. ¿Me quieres contar qué ha pasado?

Ella suspiró. Desvió su mirada hacia el interior de la furgoneta. Supongo que ver a su agresor noqueado y reducido le dio el coraje para confiar en mí. Asintió. Observé cómo comenzaban a formarse algunas lágrimas en sus ojos.

—Mi marido murió hace algo más de un año. Un infarto. Su hermano se hizo cargo de nosotros. Él ya vivía en nuestra casa porque no tenía dónde caerse muerto. Mi marido decía que tenía que ayudarle, que, al fin y al cabo, era su hermano, que si no le echaba una mano acabaría por ahí tirado. Dijo que sería algo

temporal. Pero cuando Enrique murió, empezó mi infierno. —Hizo una pausa—. Nunca me cayó bien, siempre me observaba con miradas lascivas, de deseo, pero también de desprecio. Es un machista, un misógino de mierda. Comenzó a trapichear con drogas y a moverse con drogadictos y delincuentes. Me pegaba y abusaba de mí. Hasta que empezó a interesarse por Cristina.

—Tu hija —dije. Ella asintió.

—Tiene diecisiete años. Él ya no solo me obliga a prostituirme a mí. —Su voz se transformó en un llanto—. A mi hija la deja para clientes selectos. Dice que noventa euros bien valen un polvo con ella, que no piense yo que eso es violar, que solo la están haciendo una mujer. Y, además, me dice que de alguna forma tenemos que pagarle el poder vivir en la casa, la comida, la ropa y el colegio del niño.

—El niño —repetí.

La repugnancia que estaba formándose dentro de mí estaba dando paso a esa sensación que yo conocía. La adrenalina disparándose en mis venas.

—Mi hijo Sebas. Tiene siete años y… lo que está viviendo… lo que tiene que ver cada día en esa casa…

—¿Nunca has intentado parar eso? Acudir a la policía, a alguna asociación de ayuda…

—Nos tiene amenazados de muerte. Yo nunca puedo salir de la casa si no es acompañada —explicó mientras desviaba la mirada al interior de la furgoneta—, y a mi Sebas le recuerda cada día que, si dice algo en el colegio, no volverá a vernos. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Es como estar en un callejón sin salida, me gustaría actuar, ser valiente, enfrentarme a él, pero…

—Ya. Tus hijos.

Asintió y suspiró entre sollozos. Señalé a Dientes Marrones.

—¿Quién es este?

Ella trató de recomponerse. Cogió aire y asintió.

—Un amigo de mi cuñado. Es como un guardaespaldas por si algún drogadicto no paga o por si algún cliente se pasa en exceso conmigo o… con Cristina. «El negocio es el negocio y valen más

vivas que muertas», suele decir cuando a alguno de sus clientes se le va la mano con nosotras.

—¿Dónde te llevaba ahora? Dijiste algo sobre un gordo que te iba a curar el brazo. ¿Algún médico amigo de tu cuñado?

Negó con la cabeza.

—Es un veterinario. Es uno de sus… clientes. —Bajó la mirada, avergonzada—. Un malnacido asqueroso. Mi cuñado me ha mandado varias veces a su clínica, para darme puntos en alguna brecha o cuando un tipo me dislocó un hombro.

Me quedé pensativo.

—¿Cómo tienes el brazo? —le pregunté.

—Es la muñeca. Igual la tengo rota. Tengo mucho dolor al moverla.

—¿El gordo te la puede curar?

Asintió.

—Supongo. Tiene máquina de rayos X, opera animales. Digo yo que podrá hacer algo. Pero no podemos ir allí, no puedes venir conmigo. —Hizo un gesto con su barbilla hacia el tipo que seguía inconsciente—. Si ve que no voy con él, puede alertar a mi cuñado, a ti no te conoce. No, mis hijos. No.

—Tranquila. ¿Cómo se llama este? —pregunté señalando a Dientes Marrones.

—Ángel.

—¿Y tu cuñado?

—José Ramón, pero todo el mundo le llama Jota.

—Bien. Le diremos al gordo que Ángel está indispuesto, que ha tenido que ir a Urgencias por un mareo, y haremos como que yo soy un conocido de Jota. —La miré. No parecía convencida—. Confía en mí.

Se quedó unos segundos pensativa y finalmente accedió.

No sabía si el veterinario tenía cámaras en su clínica. Por precaución cogí la gorra de Ángel y me la puse. Nunca está de más taparse un poco el rostro en terreno desconocido. Cerré la furgoneta y miré a la mujer.

—Esa clínica, ¿está lejos?

—No. Cinco minutos caminando.

—Bien. Vamos.

Asintió y se puso a caminar a mi lado.

—Me llamo Elena —dijo.

—Encantado, Elena. Yo soy Ariel. Y ahora tendrás que presentarme al gordo.

CAPÍTULO 82

La clínica estaba en un edificio de fachada gris, una planta baja junto a un supermercado y una peluquería. Tenía unas amplias cristaleras con unos vinilos con formas de animales y un cartel en el que se leía «Clínica Veterinaria Happy Pets». Se ve que el gordo sabía hacer felices a las mascotas de la región.

—Parece que está cerrada. Es muy pronto —dije.

—Abre a las diez, pero él estará dentro. Mi cuñado lo ha llamado.

Desvié la mirada hacia su brazo.

—¿Qué ha pasado?

—Él no podía dormir. Estaba drogado. Vino a mi habitación. Me dijo que, si a mí no me apetecía, él se encargaría de que le apeteciera a Cristina. —Cogió aire y suspiró. Cerró los ojos—. Me tumbé boca arriba y le dejé hacer. Le molestó que no quisiera besarle. Cuando acabó, me empujó y caí de la cama al suelo. No sé si me he roto algún hueso.

Casi prefería no preguntar, no saber más sobre la difícil situación de Elena y sus hijos. Cuanto más me contaba, más crecía la rabia en mi interior. Llamé al timbre. Coloqué la visera de la gorra ocultando parte de mi rostro. Si había cámaras, trataría de que mi cara no apareciera al descubierto. Un momento después, la puerta se abrió y un hombre obeso, desaliñado, con pelo rizado y barba apareció en el umbral. Miró a Elena y después me observó con desconfianza.

—¿Quién es este? —le dijo a Elena señalándome—. Jota me ha dicho que te traía Ángel.

—Soy Rodrigo, Ruy para los amigos, un colega de Jota. Acabo de llevar a Ángel a Urgencias, le ha dado un mareo y se ha puesto a vomitar. Jota me ha dicho que me encargue.

El gordo me volvió a observar de arriba a abajo. Se encogió de hombros y asintió.

—Muy bien, Elena —dijo mirándola y sonriendo—. Muy bien, Ruy —continuó mirándome a mí. Hizo un gesto para que pasáramos al interior.

—A mí, de momento, llámame Rodrigo —contesté mientras entraba.

No me pareció ver ninguna cámara, pero mantuve la visera de la gorra un poco baja por precaución. El olor era fuerte y algo desagradable: animales, fármacos y lejía. Se notaba dejadez en el orden y la limpieza. El veterinario atravesó una puerta que había tras el mostrador. Le seguimos. Caminamos por un pasillo y nos indicó que pasáramos a una sala que supuse haría de quirófano para intervenciones. Había una camilla con la superficie metálica, un lavamanos de aluminio, una mesa con bandejas y utensilios de cirugía y una estantería con las baldas llenas de botes y cajas de fármacos.

—Jota me ha dicho que te has dado un golpe en el brazo, ¿verdad?

Elena asintió. Se quitó el pañuelo que hacía de cabestrillo entre gestos de dolor.

—Creo que es la muñeca. No sé si estará rota.

El gordo le palpó la muñeca y se la movió. Elena soltó un grito de dolor.

—Vamos a hacer una placa. —Me miró—. Nos esperas aquí, ¿vale?

Asentí. Salieron de la sala para dirigirse a otra. Aproveché para acercarme a la estantería para ver qué fármacos había. Quizás alguno me podía interesar. Tardaron menos de cinco minutos. Yo ya había revisado lo que quería y estaba esperando, con la espalda apoyada en la pared. Entraron y el gordo señaló el antebrazo de Elena. Lo llevaba vendado hasta el codo.

—Ha habido suerte, no es una fractura, sino una fisura en el radio. Le he puesto una férula para inmovilizarlo y una venda como refuerzo. —Sonrió y le guiñó un ojo—. En tres o cuatro semanas ya

podrás agitarla para volver a hacer esos trabajitos manuales… ya me entiendes.

Elena se quedó seria, no dijo nada. El gordo carraspeó.

—Bueno, Jota me ha dicho que mandaba a Ángel sin dinero, que… me lo pagarías… ya sabes… como la última vez. —Se llevó una mano cinturón y empezó a desabrochar la hebilla mientras me miraba—. ¿Te importa esperar fuera? Serán diez minutos.

No me moví. Miré a Elena. Podía ver el miedo en sus ojos. Negarse a satisfacer al gordo sería cabrear a Jota. Y estaban los niños. Cruzó sus ojos con los míos. Yo asentí. Eso la debió confundir porque titubeó antes de darse la vuelta y comenzar a levantarse la falda. El gordo seguía mirándome.

—¿Te importa esperar fuera, Rodrigo?

—Jota me ha dejado claro que esté en todo momento junto a ella. —Me encogí de hombros—. Qué sé yo, quizás no se fía.

Le vi sonreír. Tenía la frente perlada de sudor, ya estaba excitado. Se encogió de hombros.

—Así que eres un mirón, te pone ver cómo la empotro, ¿eh? —No respondí—. Bien, como quieras, igual aprendes algo. Otro día igual te llamo cuando me vuelva a tirar a la niña. Eso igual incluso te pone más. —Se giró hacia ella—. Date la vuelta, cariño, así de pie, apoya las manos contra la camilla y échate un poco hacia delante. Y bájate ya las bragas.

—¿Tienes familia? —le pregunté, de repente.

Se dio la vuelta para encararme, molesto.

—¿Qué cojones te importa a ti?

—Me importa. Tampoco mucho, pero me importa.

Suspiró.

—No, no tengo puta familia, ni pareja ni hijos. No tengo ninguna puta carga en mi vida. Hago lo que me da la puta gana y punto. ¿Estás contento, Rodrigo? ¿Me dejas cobrar mis servicios? ¿Te ha dicho Jota que te la menees mientras nos miras?

—No. Gracias por la información. Perdona, continúa.

Elena se giró para mirarme a los ojos. Vi rabia, frustración y resignación. Quizás yo no era tan salvador como parecía.

—Date la vuelta, guapa, y venga, bájate las bragas o te las bajo yo —le dijo mientras se bajaba los pantalones y los calzoncillos.

No quise darle ni un minuto más a la repugnante escena. La sangre ya me hervía a demasiada temperatura. Ya tenía al gordo en la situación más vulnerable en la que puede encontrarse un hombre: con los calzoncillos por las rodillas y dándole la espalda a alguien a quien no querrías.

Antes de que Elena se bajara las bragas, avancé y lo agarré por detrás, hundiendo el codo bajo su barbilla para que mi antebrazo y el bíceps presionaran los lados del cuello. Mi brazo izquierdo hizo de tenaza tras su nuca, reforzando una llave que comprimió con fuerza las carótidas. Él trató de agarrar mis antebrazos en un intento de escapar, de respirar, pero era demasiado tarde. En menos de quince segundos ya no forcejeaba. Sus brazos se aflojaron, sus piernas se doblaron y lo dejé tumbado en el suelo, inconsciente. Elena me miró y después al veterinario. Estaba alterada, hiperventilando.

—Tranquila, coge aire. Ya ha pasado —dije mientras avanzaba hacia la estantería.

Calculé que tenía entre treinta y sesenta segundos para que el gordo recuperase la consciencia. Me puse unos guantes de látex, cogí una jeringuilla y la cargué con un fármaco que había localizado cuando el veterinario le estaba haciendo la radiografía a Elena.

—¿Lo has estrangulado? ¿Está… muerto? —preguntó mirando el cuerpo inerte.

—Aún no —dije mientras me acercaba y me arrodillaba junto al veterinario sin pareja, sin hijos, sin ninguna puta carga en la vida y que hacía lo que le daba la puta gana y punto. Hasta ese momento, claro.

Palpé la zona lateral de la cabeza, justo por delante de la oreja y por encima del hueso que forma el pómulo. Fui acercando la jeringuilla al punto de punción que ya tenía localizado en el cuero cabelludo, bien oculto por la cantidad de pelo que tenía, perfecto para pasar desapercibido en cualquier revisión forense.

—¿Qué… qué haces?

No me giré para responder.

—La respuesta larga es inyectar diez miligramos de adrenalina en la vena temporal superficial, un poco por encima del borde superior del arco cigomático, en una dirección ascendente.

No respondió.

—La respuesta corta es finiquitar al gordo.

—¿Eso lo va a matar?

Acabé de inyectar la adrenalina y me puse en pie.

—No será la causa oficial —dije mirándola a los ojos—, pero sí lo es el formar parte de algo inadmisible. Para un forense, será simple infarto provocado por la obesidad y una vida descuidada. —Lo señalé—. Y si lo que le he puesto no lo mata, lo dejará tonto, que ya me vale para que no pueda declarar.

Miré a Elena. Vi en sus ojos que ella empezaba a entender que yo no era un ciudadano cualquiera.

—¿Te preocupa que este tipo no vuelva a visitar tu casa?

Me observó. Negó con la cabeza.

—¿Crees que las mascotas del barrio no estarán *happy* si no las atiende el gordo?

Volvió a negar con la cabeza.

—Muy bien, pues no se hable más, vamos a subirle los calzoncillos y los pantalones al empotrador y a dejar esto sin pruebas de que parezca que ha estado aquí alguien más. —Hice una pausa y la miré a los ojos—. Y después vamos a visitar a Jota para explicarle que la muñeca no está rota. Verás qué contento se pone. Si es que ya tengo ganas de conocerle.

CAPÍTULO 83

Cuando llegamos a mi furgoneta, Dientes Marrones ya estaba consciente. Y también confuso. Seguramente no entendía por qué demonios estaba atado de pies y manos y tenía un esparadrapo sellando sus labios. Y por qué una gata blanca lo miraba con curiosidad felina. Me fijé en que tenía un par de zarpazos en la frente. A Santa no le suelen gustar los extraños que entran en su territorio, especialmente los que desprenden malas vibraciones. Al vernos, el colega de Jota se puso muy nervioso, moviéndose violentamente, tratando de gritar, de soltarse. Apoyé su propia navaja contra garganta y le susurré unas palabras que lo dejaron más quieto que un geranio. Mucho más efectivo que tomarse una tila. Me puse la chaqueta que le había quitado, le saqué las llaves del coche y caminé hacia el Audi. Conduje el vehículo hasta dejarlo paralelo a mi furgoneta, junto al portón lateral. El Audi tenía un maletero bastante amplio, lo cual era perfecto para mi geranio de dientes marrones.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Elena.

Miré a uno y otro lado. En ese momento no había personas cerca. Abrí el maletero. Vi que dentro había un pasamontañas y un bate de béisbol. Sonreí. El bueno de Ángel, la mano derecha de Jota, bien preparado para visitar a algún cliente que debía dinero o a algún camello de la competencia. Me acerqué al esbirro de Jota y le volví a susurrar unas palabras al oído en un tono que dejaba las cosas bien claras. No se movió cuando lo cargué al hombro y lo metí en el maletero. Cogí el bate, cerré y miré a Elena.

—Vamos a devolver este paquete a su propietario. Le diremos a Jota que llegó en mal estado, que no lo queremos.

Me observó unos instantes. Posó sus ojos en el bate de béisbol. Pude ver dudas en su mirada.

—Escucha, te agradezco todo esto… todo lo que estás haciendo por mí, pero… mi cuñado es muy peligroso. Es agresivo, está muy loco, te puede matar. Sé que te matará si entras allí. Siempre tiene una escopeta cerca. En más de una ocasión ha amenazado con ella a drogadictos o clientes que no quieren pagar.

Entonces fui yo quien se quedó unos segundos mirándola a los ojos, buceando en unos iris azules que desprendían tanta belleza como tristeza. Y también miedo. Asentí.

—De acuerdo. Te agradezco la información. Confía en mí, ¿vale? Todo saldrá bien. —Le entregué el bate—. Anda, coge esto y entra al coche.

Dudó unos segundos antes de asentir, cogerlo y meterse en el Audi.

Elena me explicó que el caserón estaba en las afueras, a unos cuatro kilómetros, aislado en la falda de un monte con pinares donde Jota tenía varias plantaciones de marihuana. Mientras yo conducía, miré a Elena en varias ocasiones. Estaba pensativa, mirando a través de la luna delantera. Supuse que, con cierta ansiedad, pensando en lo que podría ocurrir a continuación. Y era lógico, sus hijos estaban en la casa.

Yo iba conduciendo con precaución, pendiente de la carretera. Por un momento pasó por mi cabeza la imagen de un control de la Guardia Civil, dando el stop al coche de Ángel, un elemento muy conocido en el pueblo. Mandándome parar, pidiéndome la documentación y registrando el vehículo. Me imaginé la confusión de los agentes al encontrar en el maletero a mi geranio, tratando de moverse entre gemidos ahogados. Aparté ese pensamiento de mi mente y seguí concentrado en la carretera.

—¿Sabes quién es Rozalén? —dijo Elena de repente.

Negué con la cabeza.

—Es una cantante española —continuó—. Tiene una canción llamada *La puerta violeta*. Escucho esa canción una y otra vez. Trata sobre la violencia de género, lo que tenemos que soportar muchas mujeres. La letra habla de una mujer y de un monstruo gris que vive

con ella, que lo rompe todo, que no para de gritar. Que la amenaza, la anula y la golpea. —La escuché tragar saliva. Le costaba continuar. Pero lo hizo—. Esa mujer vive en el miedo cada día, sabiendo que ese no es su sitio, que un ser deleznable la está marchitando. Pero se siente encadenada. —Su voz se quebró, comenzó a sollozar, sin embargo, siguió hablando—. Le gustaría escapar, pero no puede, no se atreve.

Me miró con lágrimas en los ojos.

—¿Y sabes lo que hace?

Me giré hacia ella. Negué con la cabeza.

—Dibuja una puerta violeta en la pared. —Hizo una pausa, cogió aire—. Y se imagina que al atravesarla aparecerá en otro lugar muy lejano, en un prado verde donde puede reír, gritar y correr en libertad. Y sabe que ahí, lejos de él, se siente a salvo. Yo soy esa mujer, Ariel. Yo soy esa mujer.

Supe que en ese momento era mejor permanecer en silencio. A veces es mejor no intervenir. Dejar que la persona hable, que suelte todo lo que tiene dentro, todo lo que presiona su alma. Dejar que las lágrimas fluyan, que las emociones rompan las cadenas y salgan al exterior.

—Supongo que esa puerta violeta es la metáfora de pedir ayuda, antes de que sea demasiado tarde —comentó, todavía entre sollozos —. Lo he pensado cientos de veces, ¿sabes? La canción habla de sentir la necesidad de dar un portazo, de girar la llave y no mirar atrás. Yo tengo esa necesidad. —Su voz se quebró en un llanto—. Huir, escapar del monstruo. Pero me falta el coraje. Por ellos, por mis hijos. Sé que si lo denuncio y lo encierran será cuestión de tiempo el que vuelva a estar en la calle. Y matará a mis hijos, conmigo delante, para que yo lo presencie antes de matarme a mí. Me lo repite continuamente.

Permanecí conduciendo en silencio. Podía sentir la culpa de Elena, casi palparla entre las palabras que salían de su boca. Se sentía culpable por no tener el coraje de hacer algo que pudiera salvar a su familia. Pero ella quería salvarla definitivamente, no quería arriesgarse a una solución temporal que podría suponer una ira y una venganza posterior por parte del monstruo.

—Por eso me imagino una y otra vez dibujando una puerta violeta en la pared, y atravesándola, con mis hijos. Los tres. Huyendo de él, escapando de esta pesadilla.

Permanecimos varios minutos callados, ambos sin decir ni una sola palabra. Yo conduciendo, ella con la mirada perdida.

—No se me da bien dibujar —dije finalmente.

—¿Cómo? —respondió mirándome y frunciendo el ceño.

—Lo de dibujar puertas y eso. No se me da bien. Yo soy más de matar al monstruo.

CAPÍTULO 84

Elena me indicó el camino de entrada a la finca donde estaba el caserón. Era una carretera estrecha que necesitaba un asfaltado nuevo. No puse mucho interés en esquivar los baches y socavones para cuidar los amortiguadores del Audi de Dientes Marrones. Unos cien metros más adelante venía un Mercedes en nuestra dirección.

—¿Ese coche? ¿Es Jota?

—No. Es de un cliente habitual. Un empresario que viene cada semana. Todos los jueves. —Hizo una pausa. Cerró los ojos y suspiró —. A divertirse con mi hija.

Cuando nos cruzamos, me fijé en el conductor. Un hombre de unos cincuenta años, trajeado, con el pelo canoso y engominado. Me imaginé al tipo saliendo de su lujoso chalet esa mañana, despidiéndose de su mujer diciéndole lo de su reunión de empresa de cada jueves, yendo a la habitación de su hija para darle un beso en la frente y desearle un buen día en el cole, mientras su retorcida mente pensaba en cómo violar ese jueves a Cristina. Apreté los dientes. En otra situación habría cruzado el Audi frente al Mercedes. Me habría bajado con una sonrisa para tocar en su ventanilla y, al bajarla, le habría enroscado el cinturón al cuello hasta ver su rostro tan rojo como el pescuezo de Judas. Habría apretado hasta que ese pervertido realmente se viera a punto de morir. Y le habría dicho cuatro cosas. Con calma, susurrando, mirándole a los ojos. Pero no podía permitírmelo. No quería que el fulano engominado tocara el claxon o tratara de gritar pidiendo ayuda. No quería que pudiera alertar a Jota, al monstruo gris de Elena armado con una escopeta. Pero memoricé la matrícula, por si acaso. Tengo muy buena memoria, y la vida da muchas vueltas. Uno nunca sabe dónde puede

volver a tropezar con la misma basura. Y me gusta que mi planeta esté limpio y ordenado.

Vi la vivienda a lo lejos. Una construcción antigua y robusta, de piedra gris y teja roja. Junto al caserón divisé un cobertizo que supuse serviría como garaje para algún vehículo o como trastero para guardar herramientas y cacharros viejos. Desvié la mirada hacia el monte. Un frondoso pinar se extendía ladera abajo y moría a unos treinta metros de la fachada posterior de la vivienda.

—¿Aquella camioneta roja? —pregunté.

—Es la de Jota.

Seguí conduciendo los últimos doscientos metros y aparqué junto al cobertizo. No había ningún otro vehículo aparcado allí, solo algunas cajas, un viejo cortacésped y material de jardinería. Era espacioso, de construcción metálica, con unas vigas gruesas en el techo y paredes de chapa, seguramente aluminio. Bajé la visera de la gorra por si a Jota se le ocurría mirar por la ventana al escuchar el motor del Audi.

—No tienes por qué hacerlo, Ariel —me dijo nerviosa cuando apagué el motor.

—Lo sé —respondí—. ¿Me pasas el bate, por favor?

—Te disparará.

—Procuraré no darle tiempo. Llevo la chaqueta y la gorra de Angelito. Eso siempre despista, siempre ayuda a ganar unos segundos preciosos.

Se quedó en silencio unos instantes, pensativa.

—Tengo miedo. Mis hijos. Están los dos ahí dentro. Sebas no ha ido hoy al colegio, se ha levantado con algo de fiebre.

—No les pasará nada. Cuando yo entre al salón, vete con ellos y encerraros en una habitación. Y esperáis ahí hasta que yo vuelva.

Otro momento de silencio, de pensamientos encontrados en la cabeza de Elena. De valorar posibles riesgos y beneficios. Supe que la imagen de vivir sin la bestia que los tenía atemorizados y encadenados pesaría más en la balanza. Finalmente, asintió y suspiró.

—A estas horas siempre está en el piso superior, en el salón, contando billetes u organizando la marihuana que venderá durante

el día. —Hizo una pausa—. Siempre con la escopeta en la mesa, cerca de él.

—¿Puertas de acceso?

—Solo esa. —Señaló con un gesto de su barbilla a la de la fachada principal—. Y la llave es esta. —Alargó la mano hasta un llavero que había junto a la palanca de cambios y tocó una de ellas. Volvió a mirar hacia el caserón—. Al pasar el recibidor, hay unas escaleras a la derecha que conducen a la primera planta. Ahí está el salón.

—Vale. No te preocupes. Vamos, camina a mi lado tal y como lo hubieras hecho con Ángel.

Cogí el llavero, bajé la visera de la gorra para ocultar un poco más mi rostro y salimos del coche. Comenzamos a caminar hacia la casa, yo algo encorvado, como había visto hacer a Dientes Marrones. En uno de mis bolsillos llevaba su navaja, en mi mano derecha el bate de béisbol y, en mi interior, una buena dosis de furia.

CAPÍTULO 85

Abrí la puerta. Le indiqué a Elena que me guiara, que fuera un par de pasos por delante. Eso ayudaría a ocultarme tras ella durante unos segundos en el momento de entrar en la estancia de la casa donde estaba Jota, fuera el salón o alguna otra habitación. El interior de la casa olía a humedad y a marihuana. La cueva del monstruo, la guarida de Jota. Pasamos el recibidor. Ella señaló unas escaleras que quedaban a la derecha. Asentí. En la planta superior se escucharon voces, a gritos. Era la voz de un hombre, supuse que sería Jota. No pude descifrar lo que decía. Elena se volvió para mirarme. Estaba temblando. Negué levemente con la cabeza, sin decir nada, quitando importancia. Hice un gesto con mi barbilla hacia la escalera. Tras unos segundos de duda, asintió y comenzó a subir los escalones. Cuando alcanzamos la planta superior, los gritos continuaban. Y pude escuchar lo que decían.

—¡El cliente manda, joder! ¡Y si te dice que le hagas eso, se lo haces! ¡Punto! ¿Me escuchas? ¿Me escuchas, joder? —Una pausa—. Bien, espero que te quede claro. Hoy ha pagado, pero como vuelvas a negarte y deje de venir, te voy a dar tal paliza que no van a querer tocarte ni los drogatas. ¡La última que te di te parecerán caricias con la que te espera si no haces caso!

Elena se había parado. La vi coger aire, le costaba respirar. Se giró para mirarme a los ojos. Supongo que lo hizo a modo de último test, para saber si yo me iba a achicar ante los gruñidos de la bestia. Pero en mi mirada vio algo diferente. Lejos de achicarme, esos gritos alimentaban un fuego interior. Mi furia había ido creciendo sin parar, pidiendo salir, ansiosa de encontrarse con el monstruo. El fulgor de mis ojos y la tensión de mi mandíbula fueron la respuesta. La «Jota»

estaba a punto de encontrarse con otra letra: una mayúscula, letal y desconocida en el abecedario de aquella casa.

Elena asintió, se giró y me guio por el largo pasillo que conducía hacia las voces de ese desalmado, de ese monstruo gris que hacía que ella tuviera que imaginarse pintando puertas violetas para escapar de esa pesadilla.

CAPÍTULO 86

—Está en la habitación de Cristina —me susurró mientras caminábamos por el pasillo—. La tercera puerta, a la derecha.

—Bien —contesté también susurrando—. ¿Qué puerta es la del salón?

Me había quedado con lo que me había dicho anteriormente, lo de que Jota siempre tenía una escopeta a mano, en la mesa del salón. Esa era la única variable de la ecuación que podía hacerme sentir algo incómodo.

—La última, la del final.

Asentí sin decir nada mientras avanzábamos por el largo pasillo. La primera puerta, a la izquierda, era una cocina. La segunda puerta, estaba entreabierta. Pude ver fugazmente a un niño sentado en el borde de la cama. Supuse que era Sebas, el hijo de Elena. Miraba con angustia hacia el umbral. Me fijé en el pantalón de su pijama. Se había hecho pis encima.

En ese momento, lo vi salir de la tercera puerta a la derecha, la habitación de Cristina. Yo caminaba encorvado tras Elena, ocultando el bate de béisbol tras mi pierna derecha. Se quedó en medio del pasillo, mirándonos.

—¡Ya era hora, joder! ¿Tanto ha tardado en follarte el gordo? —Señaló el brazo de Elena. Todavía no se había dado cuenta de que Ángel, con su chaqueta y su gorra, en realidad no era Ángel—. ¿Había algo roto?

—Una… una fisura —dijo Elena levantando el brazo con la férula.

Ella siguió caminando, y yo detrás, todo lo oculto que podía. Pero cuando estábamos a unos tres metros, se dio cuenta.

—Pero… ¿quién cojones…?

Aparté a Elena y me abalancé sobre Jota, aprovechando los últimos dos metros para añadir toda la inercia que pude al ataque con el bate. No se lo esperaba. Le dio tiempo a levantar su brazo izquierdo para cubrirse la cabeza. El bate impactó con fuerza contra su antebrazo, acompañando al golpe un crujido que habría hecho levantar las cejas al traumatólogo más veterano de la provincia. Jota se echó hacia atrás sin llegar a caerse, gritando y maldiciendo. Caminó de espaldas hacia la puerta del salón, sin dejar de mirarme, con los ojos muy abiertos y escupiendo palabras sueltas que no logré entender. Me fijé en que su antebrazo mostraba una posición antinatural, como doblado por la mitad. Por un momento pensé en el gordo de Happy Pets, me pregunté si le llevaban cerdos como mascotas. Supuse que, si en ese momento le llevaba a Jota, no necesitaría hacerle una radiografía al cerdo para saber que esa pata estaba rota. Pero luego pensé que el gordo no estaba en condiciones de hacer ningún diagnóstico, no tendría en esos momentos el encefalograma con mucho movimiento.

Jota entró en el salón y yo le seguí como el invitado que admira la casa del anfitrión. Avanzó con ansiedad hacia la mesa, buscando la escopeta que descansaba junto a una botella de ginebra, un montón de papelinas y varios fajos de billetes. Él llegó a la mesa y alargó su brazo derecho hacia el arma. Yo me fui acercando mientras empuñaba bien el bate de béisbol, con las dos manos, como había visto hacerlo en la tele a los profesionales. A Jota le costó bastante colocar la escopeta en la única buena mano que le quedaba. A mí me costó muy poco ir colocándome en la postura perfecta para el golpeo que decide el partido. Para cuando se giró hacia mí, el bate ya se desplazaba a una velocidad considerable. Probablemente no con la precisión de los jugadores de las grandes ligas, pero eso tampoco era tan importante. Mi objetivo no era una pelota de ocho centímetros de diámetro. El mío era una cabeza de sesenta centímetros de circunferencia. No hay color. El impacto en la mandíbula fue para quitar el hipo a todos los habitantes en varios kilómetros a la redonda. Vi cómo varios dientes salían despedidos por los aires, entre la saliva sanguinolenta. *Home round*. Punto, juego y partido. Jota cayó al suelo todo lo largo que era. Ya podía

ver su mandíbula deformada. Supuse que habría algún hueso roto, pero ni soy cirujano maxilofacial ni pretendía llevar a Jota a Happy Pets para comprobarlo. Cogí la escopeta que había caído al suelo y la coloqué en la mesa, junto al bate de béisbol. No me preocupaban mis huellas, seguía llevando los guantes que me había puesto en la clínica del gordo.

Escuché pasos a mis espaldas y me giré. Era Elena. Se acercó mirando el cuerpo inmóvil de Jota.

—¿Está muerto? —me preguntó. Tenía gracia. Era la tercera vez que me preguntaba eso desde que nos conocíamos.

—No. Pero no pretendas tener una conversación con él ahora mismo. Está indispuesto.

La vi mirar a la mesa. El arma de fuego, el bate de béisbol, restos de sangre, tres dientes.

—Luego limpias eso, ¿vale? —le dije.

Asintió. Estaba como en *shock*. Llevaba más de un año aguantando a ese malnacido, sufriendo cada día, ella y sus hijos. Yo llevaba menos de dos minutos en la casa y ya había conseguido que Jota mantuviera la boca cerrada, bueno, metafóricamente hablando, porque estaba con ella abierta y la lengua fuera. Me agaché para hacer con Jota lo mismo que había hecho con Dientes Marrones. Le quité el cinturón y lo usé para atarle las manos tras la espalda. En el antebrazo roto parecía que el hueso estaba a punto de atravesar la piel, con una deformidad en pico que sobresalía a mitad de distancia entre la muñeca y el codo. Quité los cordones de los zapatos para atarle los tobillos.

—¿Tienes alguna cuerda larga a mano? —le pregunté a Elena mientras juntaba los tobillos de Jota y los comenzaba a atar con fuerza.

—¿Cómo?

—Una cuerda, una soga… que aguante el peso de una persona.

Me giré para mirarla. Ella se quedó pensativa unos instantes.

—Creo que en el cobertizo, en una de las baldas del fondo, hay un recambio de cinta para persiana. Se rompió una hace varias semanas y él le mandó a Ángel a comprar recambio, pero no lo ha arreglado aún.

—Bien, me vale.

—¿Quieres que vaya a por ella? —me preguntó.

—No, si está en el cobertizo, iré yo. Y Jota se viene conmigo.

Me eché a Jota al hombro, no sin esfuerzo. Era grande y pesado. Me acerqué a la mesa y también cogí la escopeta. En realidad, no era una escopeta de cartuchos, era un rifle, concretamente un Winchester. Quizás a Jota le gustaba cazar jabalíes, sobre todo los que se acercaban mucho a sus plantaciones de marihuana en el monte. Cuando fui a salir del salón, vi que en el umbral de la puerta estaban los hijos de Elena. La chica se tapaba como podía con una sábana. Estaba en bragas y sujetador. Era muy guapa, rubia y de facciones muy parecidas a su madre. Tenía ojeras y los ojos rojos de haber estado llorando. Me miraba con una mezcla de confusión y curiosidad. El niño se escondía tras ella, observándome a hurtadillas, sin ser capaz de mirarme a los ojos. Sin entender quién era ese extraño que había irrumpido de esa manera en su hogar y ahora cargaba con la bestia que tanto los atemorizaba. Me paré delante de ellos. No dije nada. No había nada que decir. La mirada de la chica daba muestras de entender que yo no era un peligro para ellos, más bien todo lo contrario. Había mucho miedo en los ojos del niño. Intenté esbozar una sonrisa.

—Perdón —les dije finalmente—. Me llevo esto fuera de la casa.

Se hicieron a un lado para dejarme pasar. Dejé atrás a Elena y a sus hijos, bajé con cuidado las escaleras cargando con Jota y me dirigí al cobertizo.

CAPÍTULO 87

Cuando me iba acercando al cobertizo, escuché ruidos de golpes en el maletero del coche. Se ve que Dientes Marrones estaba con ganas de respirar aire puro. No hice caso, de momento. Dejé la escopeta en el suelo y a Jota, bien atado, apoyado contra una de las paredes del cobertizo. Fui a buscar el recambio de cinta para persiana en la balda del fondo, tal como me había dicho Elena. Estaba metida en una bolsa de plástico. La saqué mientras observaba las vigas metálicas que atravesaban el techo de la construcción, de lado a lado. La cinta era una cuerda resistente, de unos cuatro centímetros de ancho, y tenía una longitud de unos cinco metros. Bien, de sobra para lo que yo quería. Me acerqué a Jota. Seguía grogui, pero poco a poco iba espabilando. Estaba emitiendo unos gruñidos, como el oso que empieza a despertarse tras una larga hibernación. La de Jota había sido bastante corta, de minutos, y supuse que también reconfortante. Pero eso se estaba acabando, porque a partir de ese momento su mandíbula rota y sin varios dientes le iba a mandar señales poco placenteras.

Cogí el rifle del suelo y comprobé que estaba cargado. Cinco balas, calibre 7 mm y expansivas, de las que aumentan su diámetro al entrar en el animal, abriéndose como una seta para causar un canal de herida amplio que provoque una muerte más rápida.

Jota comenzó a moverse, quejándose entre lamentos y bufidos. Vi cómo me observaba, todavía con gesto confundido. Me quedé un rato mirándolo, sin decir nada. Jota tendría entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Era alto y fuerte, ancho de espaldas. Tenía el pelo como la paja que va perdiendo su color para ir adquiriendo tonalidades grisáceas. Sus ojos azules me miraban con intensidad. Era un hombre atractivo, eso no se podía negar. Tenía cierto aire a

Robert Redford. A veces la belleza esconde la maldad más absoluta, como el envoltorio del veneno más mortífero.

—Quién… ¿quién *eref*? —preguntó haciendo una mueca de dolor.

Supuse que con la mandíbula rota y sin varios dientes, lo de pronunciar bien todas las letras iba a ser misión imposible para él. Trató de incorporarse y, al hacerlo, lanzó un aullido de dolor. Supuse que lo de moverse mucho, estando atado y con un antebrazo roto, iba a ser otra misión imposible para él.

—No importa quién soy. Lo importante es qué hago aquí.

Se quedó observándome, entrecerrando los ojos, desafiante.

—Te envía «el *negdo*».

No respondí. No lo negué, esa información me podía venir muy bien. Yo no sabía quién era «el negro», pero imaginé a otro camello y proxeneta que le hacía la competencia a Jota.

—Ya. *Vienef* a por mi *dinedo* y a *pod* mi *pdoducto*. —Escupió un salivazo sanguinolento al suelo—. *Efe fudaca hifo* de puta… le *matadé*. —Me miró con rabia—. A él y a *todof vofotrof*.

—¿Dónde lo tienes? El dinero.

Se enderezó entre gestos de dolor para apoyar bien la espalda contra la pared metálica del cobertizo. Sonrió.

—Vete a *tomad pod* culo, *hifo* de puta.

No dije nada. Me quedé mirándolo a los ojos. El monstruo gris de la canción de las puertas violetas. El que amenazaba, gritaba, violaba y, si hiciera falta, mataba. Pero no en mi canción. Me di la vuelta y comencé a caminar hacia el coche. Abrí el maletero. Ahí seguía Dientes Marrones, el lugarteniente de Jota. Seguía bien atado y amordazado con el esparadrapo en la boca. Se revolvió cuando lo agarré, pero un puñetazo en el estómago lo tranquilizó bastante. Lo saqué del maletero, lo tiré al suelo, agarré sus pies y lo fui arrastrando hasta el cobertizo. Vi a Jota arquear las cejas. Eso no se lo esperaba. Lo solté a un par de metros de su jefe. Se miraron confundidos. Me fijé en que, al fondo del cobertizo, en una esquina, había tres sillas apiladas, una encima de la otra. Cogí dos de ellas y coloqué una junto a Dientes Marrones, dejándola bajo una de las vigas que cruzaban el techo. La segunda la puse bajo otra de las vigas. Cogí la cuerda de la persiana, me subí encima de una silla y la

pasé por encima de la viga. Me bajé y le pasé el otro extremo de la cuerda por el cuello de Dientes Marrones, haciendo un nudo corredizo. Se revolvió como una sardina mientras lo hacía, moviéndose con gestos bruscos y espasmódicos, tratando de evitarlo, pero estaba atado de pies y manos y no tuve mayor problema. Le desaté los pies, cogí el rifle con una mano y, desde el otro extremo de la cuerda, comencé a tirar con fuerza con la otra, ayudándole, bueno, más bien obligándole, a ponerse en pie. Lo hizo con cierta dificultad. Durante el proceso, Jota no paró de soltar juramentos y amenazas por la boca, todas con ese acento tan especial que le daba una boca inflamada y sin varios dientes.

—Súbete —le dije a Dientes Marrones. Ya estaba en pie, junto a la silla.

Negó con la cabeza. Sabía lo que le esperaba al subirse en la silla con una cuerda al cuello que pasaba por encima de una viga metálica capaz de soportar el peso de su cuerpo. Se ve que la marihuana todavía no le había dejado tan tonto. Pero yo ya me suponía su actitud reticente, por eso tenía el rifle en la otra mano. Jota seguía insultándome en su idioma lleno de «efes» y carente de «eses». Apunté con el rifle y le disparé a una rodilla. Jota soltó un alarido espeluznante. Dientes Marrones abrió los ojos como platos. Yo sonreí.

—¿Te subes a la silla? —le pregunté apuntando a una de sus rodillas.

El bueno de Angelito fue rápido y obediente. Subió entre gemidos ahogados por el esparadrapo en la boca. Vi cómo quedaba en pie sobre la silla, manteniendo el equilibrio. Asentí y tensé la cuerda, haciendo que Angelito se estirase hasta ponerse casi de puntillas. Subí a la otra silla, pasé la cuerda por la otra viga, dando varias vueltas y la até con un nudo bien fuerte. Jota seguía bastante pesado con sus gritos y juramentos, pero lo consideré normal, la herida era bastante fea, mucha sangre y pedazos de hueso a la vista. Bajé de la silla. Angelito mantenía el equilibrio con el cuello estirado y la respiración entrecortada. Me giré hacia Jota y repetí la pregunta, por si la pérdida de sangre le nublaba la memoria.

—¿Dónde lo tienes? El dinero.

Me miró con ojos de loco, y me gritó fuera de sí.

—¡*Eftaf muedto*! ¡*Hifo* de puta!

No me pareció una respuesta útil, así que me giré y di una patada a la silla de Dientes Marrones. El peso de su cuerpo y la tensión de la cuerda hicieron sonar un crujido en su cuello, y Angelito empezó a contonearse con movimientos espasmódicos, jadeando y gimiendo.

Me giré hacia Jota. Su mirada había pasado de la rabia al terror. Tenía los ojos muy abiertos.

—En el *falón*, el *dinedo eftá* en el *falón*, en el *admadio*, en un doble fondo, en la *puedta* de la *eftantedía* de la *ifquiedda*.

Asentí, me parecía una respuesta útil, no me pareció que mentía. Jota estaba con más ansiedad que Pinocho en un incendio. Me giré hacia Angelito, que ya había dejado de moverse y colgaba tranquilo, relajado, con un leve balanceo. Solté el cinturón que ataba sus manos y se lo puse en el pantalón, como si siempre hubiera estado en su sitio. Le quité el esparadrapo de la boca, cogí el rifle y lo coloqué en sus manos, asegurándome de que sus huellas quedaban por toda el arma, gatillo incluido, como si hubiera sido él quien lo había manejado. Me di la vuelta para mirar a Jota. Su rostro transmitía auténtico pavor. Estaba comprendiendo mi plan. Asentí.

—Exacto, Jota. He cambiado un poco los tiempos de los acontecimientos. En realidad, habéis discutido, por lo que sea, eso da igual. Lo mismo Angelito quería quedarse con el negocio, o quizás era tu amante y se ha enterado que se la estabas dando con «el negro», por detrás, tú me entiendes. Un crimen por celos. —Chasqueé la lengua—. El caso es que Angelito se volvió loco y en un ataque de furia acabó con Jota. Pero luego entró en razón y se arrepintió, sabía que no iba a poder cargar con esa culpa y se colgó.

—No, no, no, *pod favod*, no…

—¿Ahora lloriqueas, Jota? ¿Dónde está el hombre hecho y derecho que amenaza, golpea y viola? —Me acerqué a él sin dejar de mirarlo a los ojos—. ¿Dónde está el macho que destroza sin piedad la vida de una mujer y sus hijos? ¡¿Dónde?!

Negué con la cabeza. Levanté el rifle hacia él, apuntándole.

—Tengo tres mensajes para ti. El primero es de Sebas, un niño que ha presenciado situaciones que lo dejarán marcado de por vida.

Disparé al hombro derecho de Jota. Aulló de dolor.

—El segundo es de Cristina, una adolescente que ha pasado, cada día, por un infierno lleno de demonios que la han poseído hasta quitarle el alma.

Disparé a su entrepierna. Los gemidos de Jota eran ya agonizantes.

—Y el tercero es de Elena. Ya no puede más, ya no quiere imaginarse pintando más puertas violetas. Ni una más.

Le disparé al corazón. Quedó tumbado de lado, con los ojos abiertos y una mueca grotesca en su rostro. La de un monstruo que no tenía cabida en mi mundo.

Le desaté y le puse el cinturón y los cordones de los zapatos. Dejé el rifle en el suelo, salí del cobertizo y me dirigí a la casa.

CAPÍTULO 88

Elena y sus hijos permanecían en el salón. Estaban tensos y asustados. El niño se escondió tras su hermana, que me miraba nerviosa, sin poder ocultar cierta fascinación por ese extraño que había irrumpido en su casa y había cambiado las cosas, y quizás su destino, para siempre.

—¿Los has…? —comenzó a decir Elena.

Me encogí de hombros.

—No te lo vas a creer —respondí—. Resulta que han discutido, seguramente por el negocio, me imagino que Ángel quería más parte o el negocio entero. Pilló a Jota desprevenido en el cobertizo y, en un ataque de locura, le golpeó con el bate, en el brazo y en la cara. —Hice una pausa—. Luego cogió el rifle y acabó con él. Cuatro disparos. Se ve que después le entraron la conciencia, la culpa y el remordimiento. Y, bueno, se ahorcó.

No dijo nada, me miraba con la boca abierta.

—De hecho, tú lo viste desde la ventana. Cómo discutían mientras Ángel empuñaba el bate de béisbol, los gritos y los ruidos en el cobertizo. Viste cómo después Ángel venía aquí, a la casa, fuera de sí, maldiciendo. Cómo cogía el rifle del salón y volvía. Y unos segundos más tarde, los cuatro disparos. Luego el silencio. Estuviste observando desde la ventana durante unos diez minutos y, al ver que nadie salía del cobertizo, decidiste ir a mirar. Te los encontraste así y decidiste llamar a la policía.

—Están muertos… —consiguió decir en un susurro.

—Bueno, es una forma de resumirlo, pero la policía querrá algunos detalles.

Avancé por el salón hacia la estantería. Me arrodillé y me dispuse a abrir la puerta que me había dicho Jota.

—¿Qué haces? —me preguntó.

Me giré hacia ella, todavía con el pequeño pomo de la puerta en mi mano.

—Abrir tu puerta violeta —contesté mirándola a los ojos.

La abrí y quité la tabla que ocultaba el doble fondo. Saqué una bolsa de plástico, negra, de las de basura. Estaba casi llena. Vacié su contenido en el suelo. Había fajos de billetes, decenas de ellos, enrollados con gomas. Solté uno y conté los billetes. Eran fajos de mil euros. Los conté. Había ciento trece. Me puse en pie.

—Empieza una nueva vida, aquí o lejos de aquí, eso es decisión tuya. —Señalé el dinero—. Suficiente para que tu hija estudie, para que tú montes un pequeño negocio si quieres, para que podáis vivir tranquilos una buena temporada.

Ella observaba el dinero, casi sin creérselo, asintiendo levemente. Miré por la ventana. Desde allí eran unos cuatro kilómetros hasta mi furgoneta. Calculé un paseo de unos cuarenta minutos. Me vendría bien para relajarme, para que mi adrenalina fuera recuperando sus niveles normales.

—Caminaré desde aquí hasta el pueblo. —Me giré hacia ella y señalé los fajos de billetes—. Vuelve a esconder el dinero. Espera unos quince minutos para que me dé tiempo a alcanzar la carretera general que lleva al pueblo y después llamas a la policía. Hazlo con ansiedad, con miedo en tu voz, como si acabara de ocurrir todo en ese momento. Háblales de la pelea, los ruidos, los gritos, los disparos. Ya cuando llegue la policía te pedirán la versión completa. —Observé a sus hijos y volví a mirarla a ella—. ¿De acuerdo?

Asintió sin ser capaz de decir nada, tratando de procesar todo aquello, lo ocurrido durante el día, la esperanza de una nueva vida.

Cogí el bate de béisbol que estaba en la mesa para dejarlo en el cobertizo al salir.

—Buena suerte —dije mientras me daba la vuelta y salía por la puerta del salón.

A mis espaldas escuché la voz temblorosa del niño.

—¿Quién es, mamá?

—Un ángel, cariño. Un ángel que nos ha enviado Dios —dijo ella.

Alcancé la carretera general a los diez minutos de salir del caserón y continué caminando por el arcén en dirección al pueblo. Pensé en lo que había dicho Elena, en lo del ángel enviado por Dios. Negué con la cabeza. Dios nunca enviaría a un ángel lleno de demonios. Él enviaría a alguien que dialoga, que predica bondades y pone la otra mejilla ante la violencia. Yo no pasaría el corte. Seguramente me querría a su lado, guardando sus espaldas por si a Satanás se le ocurriera hacer una visita al cielo. Es mejor mandar a la Tierra al que predica la paz, pero dejar a tu lado al que sabe hacer la guerra.

Llegué a mi furgoneta, abrí la puerta, me quité los guantes de látex y me senté, con las manos sujetando el volante y la mirada perdida a través de la luna delantera. En ese momento sufrí el bajón de adrenalina, mi cuerpo comenzó a sentirse vacío, cansado. Pensé en Jota, en la cantidad de personas como él que campaban a sus anchas, pegando, torturando, violando y matando. Llenando otros hogares de droga y desgracias. Destruyendo familias, desprendiendo hedor y maldad por cada poro de su cuerpo.

Mi mente me atacó, ensañándose conmigo. Sé que mi cabeza era mi peor enemigo. Visualicé a mi madre en esa residencia, perdiendo una batalla cada día, en la soledad que se construye cuando la memoria se desmorona. Mamá luchaba contra una enfermedad cruel, letal e invencible. Un enemigo contra el que yo no podía hacer nada. ¿Por qué? ¿Por qué era la vida así de injusta? Golpeé el volante con el puño. ¿Por qué había personas como Jota por el mundo? ¿Por qué esas temibles enfermedades no se ensañaban con ellos? ¿Por qué con mi madre? Ella había sido cariñosa, servicial, una persona con un corazón que no le cabía en el pecho. ¿Por qué? Golpeé de nuevo el volante, con más fuerza. Escuché rechinar mis propios dientes. Santa, lejos de asustarse, pasó de los asientos traseros al del copiloto. Comencé a sentir cómo las primeras lágrimas se formaban en mis ojos. La miré. Me observaba con esos ojos intimidantes, llenos de esa inteligencia felina que yo tanto admiraba. Inclinó la cabeza y siguió observándome. Finalmente, se colocó en mi regazo y comenzó a ronronear. Quité las manos del volante y la acaricié.

Mi mente continuó torturándome. Pensé en Hadar y en que su asesino seguiría respirando en ese momento. Pensé en mi padre, en la traición de hombres poderosos de traje y corbata para quienes una vida puede ser una moneda de cambio con la que negociar. Y volví a pensar en mi madre, en Alicia de Vivar, muriendo poco a poco, rompiéndose en pedacitos, perdiendo de la forma más cruel toda conexión con sus seres queridos. Una lágrima cayó sobre el dorso de mi mano. Santa la lamió, con su pequeña y áspera lengua. Y continuó lamiendo con suavidad. Suele hacer eso en mis momentos más oscuros. Ella sabe cómo conectar conmigo para aliviarme; sabe cómo mantener a raya a ese elemento primitivo y peligroso que, de no controlarse, acabaría por consumirme: la furia que habita en mí.

IMPORTANTE

Esto que quiero contarte ahora es importante, para ti y para mí.

Para ti porque ya conoces a Ariel y a su gata y, si has disfrutado de esta historia, me gustaría que esto no quedara aquí.

Quiero ofrecerte UN REGALO por haberme leído.

Algo muy especial que no se puede conseguir ni en librerías ni en Amazon ni en ninguna otra plataforma.

Solo por haberme leído y dejado tu reseña.

Un regalo que es puro thriller, tensión, acción trepidante y donde verás a Ariel Shemesh inmerso en una trama tan adictiva como espeluznante.

Una novela inédita, otra aventura de Ariel y Santa.

Nadie te regala una novela completa por haber leído otra, ¿no?

Cuando estés dentro recibirás acceso exclusivo a ella, y también adelantos de mis próximas novelas, algunas sorpresas, y contenido inédito de todo lo que vaya publicando.

Para ti será como viajar en la Volkswagen California, con Ariel Shemesh al volante y disfrutar de aventura en aventura. Quizás con Santa en tu regazo, acariciándola.

DESCÁRGALO GRATIS AHORA

www.egoitzmartinez.com

Y, como te he dicho, esto para mí también es importante.

Elegiste mi novela (entre millones para elegir) y llegaste hasta el final.

Como a todo escritor, a mí también me encanta que me leas y, si además lo has disfrutado, mi satisfacción no puede ser mayor.

Pero lo que ya me haría literariamente feliz es que compartas tu experiencia para que otros lectores y lectoras puedan disfrutarla también.

Eso a ti te lleva unos segundos, simplemente escribir qué te ha parecido con tu valoración de estrellas en Amazon.

Aunque solo sea una frase, sería lo más. No solo llenar el depósito de mi energía para escribir y ofrecerte historias que te apasionen, sino también dar de comer a la gata (estás sonriendo, y eso es bueno).

Me encantará que me cuentes qué te ha parecido la novela inédita y exclusiva que te he regalado.

Nos vemos en el email.

Un abrazo enorme.

Egoitz.

AGRADECIMIENTOS

A mi mujer y a mi hijo, por la paciencia y el apoyo. Sois el pilar más importante y sin vosotros nada de esto tendría sentido.

A Sandra (@correccionessandrag) por la corrección y maquetación y a Sara (@thebluecat.design) por el diseño de la portada. Son excelentes profesionales.

Y un agradecimiento muy especial, envuelto en un abrazo de oso, para ti, que has apostado por leer mi novela, que has dedicado unas cuantas horas de tu tiempo. Espero que hayas disfrutado de la historia, que te hayas emocionado con ella.

Deseo que Ariel y Santa hayan dejado una pequeña muesca en tu sección de «lecturas a tener en cuenta», porque las aventuras de este tándem tan peculiar continuarán.

¡Gracias por quedarte hasta aquí!

Ya formas parte de la serie Ariel Shemesh y para mí eres una pieza clave. Sin lectores no hay historias que merezcan la pena ser contadas.

Si después de esta novela sientes que te gustaría contarme personalmente qué te ha parecido, estaré encantado de leerte y contestarte.

Si ya te suscribiste a mi lista, tienes mi correo.

Si aún no lo hiciste, hazlo y hablamos.

https://egoitzmartinez.com

EGOITZ MARTÍNEZ



EMPECÉ A ESCRIBIR CON DIEZ AÑOS.

Y gané un concurso.

Es verdad, no era un Planeta. Era un concurso de relatos infantiles, en el pueblo de mis abuelos. Lo organizaban unos curas.

El premio: elegir entre un puñado de libros de una pequeña biblioteca.

Yo elegí «Chacal» de Frederick Forsyth.

El cura que organizaba aquello negó con la cabeza.

Me ofreció algo mejor para mí: «Fray Perico y su borrico».

Solo con la mirada que le lancé al cura ya tengo mi plaza fija en el infierno.

Tuve que salir de aquella biblioteca con el fraile gordo y el burro.

Pero el misterio, el thriller y la novela policiaca hervían en mis venas.

Años leyendo a Chandler, Conan Doyle, Agatha Christie, Henning Mankell, Patricia Highsmith, Lee Child y muchos más.

Una noche de invierno, sobresaltado por una pesadilla, me puse a escribir mi thriller.

El que siempre quise leer.

Un tipo de thriller peligroso.

De los que no puedes parar de leer.

De los que te mantienen en vela hasta altas horas de la madrugada.

Así nació mi personaje. Y su gata.

Ahí empezó la historia de Ariel Shemesh.

Quizá hayas oído hablar de él.

Lee mi propia historia, aquí:

https://egoitzmartinez.com/egoitz